

The illustration depicts a romantic scene between a young man and a young woman. The man, with dark brown hair and a light complexion, is shown from the chest up, wearing a light blue t-shirt. He is looking down at the woman with a gentle expression. The woman has long, wavy red hair and is wearing a pink beanie and a pink sweater with small red heart patterns. She is lying down, her eyes closed, with her head resting on the man's hand. The background is a soft, warm pink. In the bottom left corner, there is a small illustration of a spiral notebook with a pink cover and a blue pen. In the top right corner, there is a small illustration of a red and black patterned bottle, possibly perfume. The overall style is soft and romantic, with a focus on the couple's interaction.

YANIRA
GARCÍA

Estúpidamente encantador

*Estúpidamente
encantador*

YANIRA GARCÍA

Estúpidamente encantador

Primera edición: octubre 2023

© Yanira García, 2023

© Diseño de portada: Gabriela Rey @madameardent

© Maquetación: Yanira García

© Corrección: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por la ley.

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[EPÍLOGO](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

[Encuentra mis otras novelas](#)

Para nuestro primer amor.
Tal vez fuese infantil. Tal vez careciese de sentido.
Quizá fue efímero. O puede que fuese eterno.
Sea como fuere, nunca se olvida.
Gracias por colaros por nuestra ventana.

PRÓLOGO

En la actualidad. En cualquier parte del mundo que os apetezca (porque tengo mala suerte, pero no soy quisquillosa).

Querido diario:

Mi vida es una soberana mierda. Vaya, lo es, no hay otra forma de definir todos los acontecimientos que en un corto espacio de tiempo han puesto mi existencia patas arriba y te los especifico por si eres un diario escéptico y esas cosas: estoy a punto de casarme, con los consecuentes nervios que conlleva. Mi madre no deja de poner pegas en todas las cosas que hago. Que si debo dormir ocho horas para que mi cutis esté reluciente, que si nada de comer a deshoras porque es malo para el tránsito intestinal — mamá, si en algún momento lees esto, porque podría darse el caso de que no seas de esa clase de madres que respetan la intimidad de sus vástagos y nos conocemos, voy al baño con regularidad y bien, ¿vale?— y nada de ingerir hidratos después de las cuatro de la tarde. Joder, si yo a las cuatro de la tarde no pienso en otra cosa que no sea en tomarme un café, fumarme un cigarro a escondidas y zamparme un trozo de tarta del tamaño del Peñón de Gibraltar.

El caso es que lo que me tiene nerviosa no es la boda, ni siquiera que mi hermana esté embarazada de su primer hijo y no piense en otra cosa que no sea en leer revistas de esas de bebés, aprender, memorizar y obligarme a que yo lo haga también, sobre las distintas formas en las que un recién nacido se engancha a la teta.

Por favor, Camila, si tus pezones hablasen, si tuviesen voz y voto, no querrían que nadie te los arrancase de un mordisco.

Hasta aquí, todo muy guay, ja, ja, ji, ji, me parto y me mondo —aunque a mí maldita gracia me hace—.

Seamos honestos, querido diario, porque entre tú y yo nunca ha habido secretos, lo que de verdad me tiene en un estado de sudores fríos constantes es su regreso. El de él. Ese chico al que juré y perjuré odiar

cuando se marchó dejándome sola, sin una explicación, sin una nota de despedida, sin algo que hiciese ese adiós no menos doloroso, pero, al menos, entendible.

Que alguien, por favor, me cuente el motivo por el que no se puede escribir una simple nota de tres minutos. No te pido una caligrafía preciosa, ni siquiera corazones o stickers en ella, tampoco que seas limpio y pulcro. Solo unas tristes líneas que no hiciesen que me devanase los sesos durante los últimos tres años de mi vida. ¿A quién pretendo engañar? Obviamente, no habría estado menos enfadada de lo que sigo estando, y ese es el motivo de que haya retomado mi viejo diario, ese y que Bea me ha amenazado de muerte si no dejo de citarles todas y cada una de las cosas por las que tengo que seguir odiando a Adam.

Sé que había dicho que no lo nombraría, de la misma forma en la que me prometí que no me acercaría a él de ninguna de las maneras. No le miraría a la cara jamás y, cuando no me quedase más remedio, solo sería para escupirle algún comentario mordaz que hiciese que esta rabia que me consume disminuyese.

Bea lo llama despecho, yo lo llamo odio estúpido.

Y, entonces, lo vi esta mañana, frente a mi casa. Apoyado en la columna de madera que hay bajo su porche, con las manos dentro de los bolsillos y esa pose de "aquí estoy, nena, ¿tú me has visto bien? Sí, sabemos que me has visto bien". En ese instante, me percaté de que estaba autoengañándome.

Me quedé sin respiración, ¿vale? Muerte por falta de aire al reencontrarte con tu ex. Pa-té-ti-co.

No sé, en este momento se me ocurren mil y una formas de llamarlo, y ninguna de ellas sería aprobada por mi madre, aunque ella nunca aprobaría nada que fuese indecente, y todos mis insultos lo son.

Si mi vida fuese un diccionario obsceno, yo sería la reina de las palabrotas. Y Adam sería el rey del harén.

En fin, que ha vuelto. Adam ha regresado porque ambos tenemos un pequeño asunto que resolver. Un tema pendiente. Y, una vez lo solucione, podré pasar página.

Porque Adam de Haro no me gusta.

Porque Adam de Haro no me gusta nada.

Porque Adam de Haro es pasado, y ya sabéis que yo he seguido adelante, joder, que me voy a casar con Rafa.

Rafa es mi presente.

Rafa me gusta.

Estoy locamente enamorada de Adam.

No, no, perdón, lo he escrito mal, quería decir Rafa.

Estoy locamente enamorada de Rafa.

Sí, así es.

Porque es así, ¿verdad?

CAPÍTULO 1

Valeria

Hace diez años, cuando no sabía la que se me venía encima. Ingenuidad, ¿para qué coño te quiero?

No recordaba con exactitud el momento en el que el chico nuevo llegó para ocupar la casa de enfrente, ni siquiera era buena con las fechas, todo lo que tuviera números se hizo para que mi vida se convirtiese en un tormento.

Tormento el que me iba a causar él, y yo sin saberlo... En fin, que, si esperáis que os relate la forma en la que apareció en mi vida para cambiarlo todo, tipo giro dramático, lo siento, te has equivocado de puerta.

Solo sabía que los rumores en ese pueblo corrían como la pólvora, y que el chico guapo, nieto de doña Marcela y don Jacobo, había vuelto con su padre y, según se rumoreaba por ahí, era para quedarse.

—No puedo creerlo, ¿cómo pudo hacerle eso?

Entré en la cocina justo cuando mi madre estaba soltando esas palabras.

Dieciséis años hacía que la conocía y todavía me sorprendía el tono que utilizaba cuando chismorreaba. Odiaba eso, su faceta cotilla no me gustaba en absoluto. No porque se enterase de todo, sino por cómo lo pronunciaba cuando lo explicaba, como..., como si sintiese vergüenza ajena, asco, aversión o todas esas cosas juntas.

Mi madre siempre ha sido un poco juiciosa.

—¿Qué pasa? —Esa fue mi pregunta. Porque, a ver, que no me gustase su tono no quería decir que no me interesase saber lo que sucedía a mi alrededor. No me fastidies, que, a mis dieciséis años, todo era importante. Todo.

—Nada. —Fue la respuesta escueta que me proporcionó mi padre mientras peinaba el poco pelo que le quedaba. Todavía no se había dado cuenta de que, una vez empezase a desaparecer esa melena de la que tanto presumía en sus años mozos, no iba a volver.

Fruncí el ceño, no lo entendía, mi madre era como..., como una explosión de palabras, gestos y expresiones rocambolescas, en cambio, mi padre era todo líneas rectas, sin curvas, no se extralimitaba, guardaba las formas y la compostura. Te contaba las cosas como eran, sin ambages, sin rodeos, directo a la yugular, aunque primero, primero siempre intentaba protegernos, tanto a Cami como a mí.

Y, si te preguntas a quién salía yo, era una mezcla de ambos. Camila, mi hermana, era como mi madre. Cuatro años nos llevábamos, y ella seguía los pasos de mi progenitora. De estar presente en esa mesa, hubiera estado citando todas las frases que le había dicho menganita o fulanita sobre el tema que atañía al vecindario.

—La mujer de Óscar, la inglesa esa. —Ahí estaba el tono despectivo al que me refería antes

—. Lo ha dejado por otro. Parece ser que es más joven, más guapo y más rico.

Clavé la vista en mi padre, pues de lo que mi madre contaba había que fiarse más bien poco. En fin, la queríamos igual. Solo asintió mientras se llevaba un bollo del tamaño de su puño a la boca, uno que, si no me hubiese distraído pensando en el hijo de Óscar e Isabella —sí, la inglesa, maja, la inglesa—, habría sido mío y hubiese acabado en mi estómago y no en el de mi progenitor.

Tendría calvicie prematura, ahora bien, era rápido como él solo.

—¿Quedarse? ¿Definitivamente? ¿Ahí? —Y, por si no hubieran sido suficientes mis preguntas, señalé con mi dedo índice la casa de al lado, que se veía desde nuestra cocina.

Disfrutábamos de unas vistas perfectas de ella, porque tanto la suya como la nuestra contaban con un montón de ventanas que hacían que la intimidación escasease.

Benditas cortinas opacas, no os digo más.

Y, ya puestos, tal vez era un buen momento para especificar que uno de los hijos de Óscar y la inglesa era el mayor dolor de cabeza que recuerdo. No porque me hubiese dado un golpe, tampoco porque me hubiese arrastrado del pelo calle abajo, sino porque su lengua afilada, su mirada inquisitiva y esa pose de «tranquila, muñeca, que ya sé que te gusto, no disimules» me provocaba un pequeño dolor en el estómago, seguido de unas irrefrenables ganas de darle un puñetazo en su preciosa cara y, bueno, quizá también, apretar las piernas porque sí que tenía razón. Verano que pasaba en el barrio y verano que las tenía a todas comiendo se su mano.

Y es que era ingenua, pero no gilipollas.

—Según se rumorea —continuó. Y, cuando mi madre utilizaba palabras como esas, sabíamos todos que había contrastado la información con media calle—, han venido para quedarse. Jacobo y Marcela les han abierto las puertas de su casa.

—Es su hijo y son sus nietos, por favor, Cristina. —Ese era mi padre, recriminándole lo evidente a mi madre, claro—. Yo también acogería a mis hijas si sufriesen un desengaño de ese tipo.

—¿De qué tipo? —Camila entró en la cocina justo en el punto más álgido de la conversación. Mi madre señaló la casa de al lado.

—Los vecinos, se han mudado porque la inglesa le ha puesto los cuernos con uno más joven, más guapo y más rico.

Mi padre resopló consternado por la forma en la que mi madre lo expuso. Porque él habría sido igual de directo, pero menos ofensivo, en la forma de contárselo a mi hermana.

—¿Adam y Tristán han vuelto? ¿Se han mudado? ¿Para siempre?

Tres preguntas, al igual que yo, solo que sus intenciones y las mías eran bien distintas.

Sí, mi hermana sentía algo muy diferente por Tristán de lo que experimentaba yo por Adam. Ella no se exasperaba cuando lo veía; ella, bueno, ella hacía el ridículo de una forma ridícula. Vamos, que los dos hermanos conseguían que todas y cada una de las chicas estuviesen locas por ellos. Adam, siendo consciente de su físico y aprovechándose de él a su favor. Y Tristán, actuando como si todo le importase una mierda, aunque no fuese así.

Dos formas de conquistar muy distintas, sin embargo, igual de válidas y efectivas.

Me preguntaba a cuántas tías se habrían tirado con sus técnicas y si competían con el número de conquistas.

—Ni se te ocurra, Camila. —La advertencia de mi padre me trajo de vuelta a la conversación—. Esos chicos no están pasando por un buen momento, hay que ser respetuosos. Son nuestros vecinos. No quiero líos de faldas en esta casa. —Mi hermana se dispuso a replicar—. Tampoco en la suya —puntualizó la mar de bien.

Camila no estaba convencida, aunque no añadió nada porque sabía lo intransigente que era mi padre con ciertos asuntos. Sobre todo, cuando hablábamos de chicos. Y esos chicos en cuestión llevaban la palabra «problemas» tatuada en la frente.

Terminamos el desayuno con otro tema que nada tenía que ver con la llegada y posterior mudanza, no porque mi madre no supiese más cosas al respecto y quisiese compartirlas todas con nosotras, sino porque mi padre cambiaba de tema cada vez que el nombre de Óscar, Adam o Tristán salían a la palestra.

—Creo que voy a hacerme un implante capilar. —Sí, esa era una buena frase para que se nos olvidasen todos los cotilleos—. Ya sé lo que me vais a decir, que estoy guapo así. —Sonrió, a ver quién era el listo que le llevaba la contraria—. Echo de menos mi cabellera al viento. Vuestra madre se enamoró de mí al verla. Brillaba por sí sola.

—Dudo que mamá se haya enamorado de ti por tu pelo. —No podía ser tan superficial.

—Por supuesto que fue por su pelo —aclaró la susodicha tirando por tierra el romanticismo que intentaba dejar patente—. Vuestro padre nunca ha sido un hombre simpático.

—Bueno, no diría yo eso.

—Calla, Manolo, que eres más soso que una sopa sin sal.

—Creo que va siendo hora de que me vaya a clase —puntualicé.

Porque en ese momento era cuando se enzarzarían en una polémica de las de ellos y probablemente terminasen comiéndose a besos porque mi madre era una cotilla de primera y a mi padre se le estaba cayendo el pelo, sin embargo y contra todo pronóstico, se querían. Y mucho. Da igual que el motivo de su enamoramiento hubiese sido una melena que casi brillaba por su ausencia. En aquel momento, estaban enamorados. Para que digan que no hay un roto para un descocado.

Abandoné la cocina dejando a mi hermana y a mis padres allí.

Tenía clase y seguro que Bea me estaba esperando fuera. A mí o al bocata que le debía, porque digamos que me había cubierto en cierta travesura que implicaba que faltase a clase por un motivo de lo más necesario —porque morrear con uno de último curso lo era— y el pago era comida, por supuesto.

La sonrisa de mi amiga se ensanchó cuando llegué al final del caminito. Me tendió la mano y deposité en ella su desayuno.

—Mi deuda está saldada.

—Por ahora.

Guardó el tentempié en la mochila y comenzamos a caminar.

—¿Sabes que...? —comenzó ella.

—¿Te has enterado de que...? —solté yo.

Nos carcajearon al darnos cuenta de que habíamos empezado a hablar a la par.

—Tú primero —me pidió.

—Adam y Tristán van a vivir aquí. O eso es lo que mi madre nos ha explicado esta mañana en el desayuno.

Alcé la cabeza lo justo para darme cuenta de que Bea me sonreía.

—Mi madre ha contado lo mismo que la tuya.

—Parece que esos chicos van a estar en boca de todos durante un tiempo.

—Un tiempo, dice. —Se carcajeó de nuevo Bea—. Esos chicos serán el centro de atención durante una larga temporada.

—Los cotilleos dejan de ser novedad pasados los días. Ya sabes, unos llegan y otros se van.

—Como si yo fuese una experta en el tema. Desde luego que no lo era.

—No hablo de eso en concreto, hablo de que... ¿Adam y Tristán? Por favor, salvo que les hayan salido cuernos, su piel se haya llenado de granos de pus —enumera. Puaggg— y caminen a cuatro patas, esos chicos —y lo recalcó con toda la intención del mundo— serán el centro de atención mucho tiempo.

No había más que añadir, quien quisiera entenderlo, lo entendería y quien no...

Quien no, alzaba la cabeza y se encontraba a su peor pesadilla caminando en su misma dirección.

De nuevo me asoló ese estremecimiento, esas ganas de apretar las piernas y de huir despavorida.

«Que no se note, Val, que no se note el efecto que causa en ti».

Bea comenzó a darme codazos, como si no tuviese suficiente ya yo solita.

Carraspeó cuando se plantó justo frente a nosotras. No sé, ¿qué coño esperaba? ¿Una alfombra roja?

Bea y yo permanecemos en silencio. Un silencio delatador. Los hay, de veras, existen, no son un mito. Esos silencios decían mucho más que cuatro palabras mal puestas.

Y entonces sucedió... Ambos nos miramos y fue extraño, porque no éramos amigos, apenas nos conocíamos, no obstante supe, supe que Adam iba a hacerme perder la cabeza.

—¿Qué pasa, princesa? ¿Acaso te gusta lo que ves?

O la paciencia.

CAPÍTULO 2

Adam

En la actualidad, cuando me di cuenta de que huir ya no me sirve de nada.

Tres años han pasado desde la última vez que puse un pie en este barrio. Tres años en los que lo he echado de menos cada puto segundo, cada puto minuto, cada puto día de mi vida.

Y es que, en ocasiones, las personas nos equivocamos y tardamos un poco más en darnos cuenta de la inmensa cagada que hemos cometido. Y, a veces, solo rezas para que no sea demasiado tarde o para que la vida te dé una segunda oportunidad. Oportunidad que, estoy convencido, no merezco.

No soy un buen tío, os lo aviso desde ya. Para que no os hagáis falsas ilusiones. Un buen tío no se hubiese marchado sin decir nada, sin una explicación, una nota o, al menos, se hubiese tomado la molestia de llamar. Yo, en cambio, decidí comportarme como un gilipollas, ni siquiera como un estúpido.

«Estúpido». Recuerdo todas y cada una de las veces que ella me llamaba así. En todas y cada una de ellas me moría de ganas de besarla.

Eso no ha cambiado.

Yo sí.

Lo que siento por ella no.

Empiezo a entender que eso no cambiará jamás.

Observo desde la ventana de la que fue mi habitación en qué se ha convertido todo. Esas cortinas de amapolas ya no cubren la suya, tampoco hay una hilera de cojines de colores, formas y texturas variadas en el alféizar de la misma ni está ella escribiendo en ese dichoso diario del que no se separaba. Tampoco dibujando en los bordes de las hojas sonrisitas o flores. A Valeria siempre le han gustado las flores.

Ni siquiera sé si sigue haciéndolo. «Por supuesto que seguirá», porque si algo me gustaba de Val era que tenía las cosas muy claras y nunca jamás quiso cambiar por nadie. Y yo la quise así, tal cual era. No necesitaba que fuese otra. No quería a otra que no fuese ella. Esa es la cruda realidad.

Al igual de real es que yo sigo locamente enamorado de ella, y ella, en cambio, lo está de otra persona.

La puerta de mi habitación suena y alzo la vista cuando me encuentro con Tristán al otro lado.

—Parece que has decidido volver.

Intenta parecer tranquilo, no lo está. Que hayamos estado separados tres años, no quiere decir

que no lo conozca como si fuésemos hermanos.

Spoiler : lo somos.

Spoiler número dos: nos conocemos.

—Ya era hora de que lo hiciese, ¿no? No puedo dejarte solo durante mucho tiempo. Mírate, si te has convertido en un hombre de provecho y todo —lo provocho, él lo sabe.

Solo me sonrío y, algo tan sencillo como eso, me lleva de regreso al pasado.

Y, por ende, a ella.

Todo siempre ha girado en torno a ella.

Como si Tristán se hubiese dado cuenta del giro de mis pensamientos, mueve la cabeza señalando la ventana de mi vecina.

—¿Ya la has visto?

Niego con suavidad.

—No.

Saco un sobre de color marrón de dentro de un cajón de mi mesilla y se lo tiendo. Él lo abre sin rechistar, a pesar de que fue él quien me lo hizo llegar. Un leve vistazo es más que suficiente para que entienda lo que esconde ese sobre.

El principio de un fin. El motivo de mi regreso.

No debería haber sido así, de hecho, ni siquiera tenía que haberme ido. Debería haber afrontado aquel cataclismo como un chico de veinticinco años, con madurez, con entereza, con criterio y razonando la situación. No lo hice. No porque no quisiese, la verdad. Sino porque en ese momento, hace tres años, me di cuenta de que estaba vacío, de que no había nada que entregar, no tenía nada que ofrecerle, ni ofrecerme a mí mismo. Solo..., solo era un envase a rebosar de terminaciones nerviosas llenas de aire y carentes de sentimientos. Y nadie, absolutamente nadie, se merecía estar al lado de alguien que no pudiese entregar un cien por cien. Tampoco pensaba pedir que se conformase con un diez por ciento, quizá menos.

No soy esa clase de tíos. Seré un estúpido, sin embargo, desde luego, no un egoísta. O no esa clase de egoísta...

Ahora... me río yo de ese pensamiento. Porque no es menos egoísta el que huye para que los demás no carguen con un ser carente de todo lo que se pueda carecer, a veces, egoísmo es huir y dejar a los demás sin un puñado de explicaciones y muchas muchísimas inquietudes.

Así que, sí, soy un estúpido y también un egoísta. Y me mereceré todos y cada uno de los calificativos que me adjudiquen a lo largo de mi vida.

—Tú y ella... siempre...

No permito que termine la frase porque me va a romper. Y ya estoy hecho de pedazos que no encajan entre sí. No necesito que eso siga *in crescendo*.

—Un día hubo un ella, yo y siempre. Y me encargué de romperlo. Todo.

No podría hablar más en serio.

—¿Así que es eso? ¿Has venido a poner punto y final definitivamente? —A rendirme.

Me duele ese pensamiento.

—¿No has oído los rumores, Tristán? Vives en este pueblo.

Me acerco a él, le propino una palmadita en el hombro, y mi hermano me devuelve un puñetazo en el brazo. Esa es nuestra forma de querernos, siempre fue así. Antaño, a veces, se nos iba un poco de las manos, y papá se enfadaba tanto que terminábamos castigados sin cena. Imaginaos, un chico de dieciocho años y uno de veinte sin cena. Somos una familia atípica, siempre lo fuimos y siempre estaremos orgullosos de serlo.

—Los rumores pasan por mi lado, yo apenas les presto atención. —Y se señala.

Sus tatuajes, su forma de vestir y su barba lo convierten en un blanco fácil para los cotilleos. Tristán siempre ha estado por encima de eso. No tiene nada que esconder, a pesar de que todos se empeñen en colgarle etiquetas de algún tipo.

—Va a casarse. —Ella, sí.

—Lo sé. —Alzo una ceja inquisitivo.

—Pensaba que no te iban los rumores —ironizo.

—Y no me van. Esto, más que un rumor, es una realidad. Lo va a hacer. Con...

—Lo sé —repito, esta vez con un sabor de lo más amargo en la garganta.

Otra palmada a modo de consuelo.

—Te has rendido —finaliza dándole voz.

Sé lo que esconden sus pensamientos, sé que no lo verbaliza, pero que en el fondo de su mente está esa frase: «El Adam que conozco nunca lo habría hecho». Solo que ya no soy ese Adam.

Me carcajeo, lo hago de una forma de lo más sencilla, brota sola, sin pensar.

Niego. Observo a mi hermano, que me mira perplejo.

—¿Acaso piensas que estos tres años me han servido para convertirme en un buen tipo?

Mi hermano me lanza una mirada airada, está atando cabos. Hace bien.

—¿No? —pregunta poco convencido.

—Para nada. ¿Ves esto? —Bato el sobre frente a sus ojos—. No he venido por esto. He venido por ella. Por la princesa.

Clavo de nuevo la vista en la ventana y ya no sé si son las ganas de verla en esa habitación como tantas noches atrás o si es real, solo sé que un ligero movimiento se percibe a través de ellas. Por si acaso, me levanto y me quito la camiseta. No pienso jugar limpio, nunca jamás lo hice. No pienso empezar ahora.

Ya os lo advertí, no soy un buen tipo, soy uno egoísta. Uno que sabe lo que quiere y la quiere a ella.

—¿Y qué piensas hacer?

No aparto la vista de la ventana. Está ahí, lo sé. Siempre hemos tenido esa conexión, ese vínculo, siempre supe que era ella, hasta cuando me negaba a admitirlo, mis entrañas lo sabían.

—Portarme mal.

Tristán se levanta, me tira la camiseta y me revuelve el pelo.

—Te deseo suerte, Adam. Mucha suerte.

Lo que Tristán no sabe es que lo que necesito no es suerte, porque la suerte nunca acompaña a los tíos como yo, que juegan sucio.

Le guiño un ojo a la cortina justo antes de ponerme la camiseta.

«He vuelto, princesa».

CAPÍTULO 3

Valeria

En la actualidad, cuando sigue creyéndose que es la última Coca-Cola del desierto. Porque lo es, claro.

A prieto mi cuerpo contra la pared, por favor, ¿qué posibilidad existe de que se haya dado cuenta de que estaba observando a través de la cortina? Ninguna, obvio, tiene que estar todo en mi cabeza.

Es real, Adam ha vuelto. Y por la puerta grande. No, eso no está solo en mi cabeza.

—Pero ¿qué cojones? —Exhalo.

Como si no fuese suficiente el saber que está ahí, a escasos metros de distancia, que todos y cada uno de los recuerdos del pasado han regresado como una estampida en medio de la selva, mi cuerpo ha decidido, sin contar conmigo de ningún modo, tomar el control y prenderse.

¿Sabes? Adam siempre tuvo la capacidad de llevar mis emociones a un nivel superior. Siempre supo cómo provocarme para que respondiese a sus constantes pullas, cómo excitarme de una forma en la que, jamás de los jamases, mi cuerpo ha vuelto a encenderse o cómo hacerme sentir en paz. En paz, a pesar de nuestras guerras.

Con él me sentía en una jodida montaña rusa, solo que, cuando ese subidón acababa, mi cuerpo se revelaba, ansiando más y más. Porque éramos dos personas que se querían mucho, pero que no lo hacían de la forma en la que merecíamos.

Presiono mi cuerpo contra la pared como si de esa forma me fundiese con ella. No lo consigo, por supuesto, a Valeria San Martín nada le sale como quiere. Nunca. Jamás. He dicho.

La puerta de la habitación se abre de par en par y sin previo aviso, cuando intento que mi respiración se normalice.

Ni puto caso me hace.

—Joder, que es real, joder, Val, de verdad. Es él.

Ya, claro, como si no me hubiese dado cuenta mientras, no sé, ¿espiaba a través de la ventana?

—¿De qué hablas?

Bea, mi amiga, mi mejor amiga, la compañera de mis penas —que no penes—, me observa con suspicacia. Sí, nos conocemos tan bien y desde hace tanto tiempo que sabe que la mentira danza entre ambas.

Echa un vistazo hacia la ventana antes de que sus ojos regresen a mí de nuevo. Me aprieto mucho más contra la pared. Os aviso desde ya, si algún día consigo un superpoder, porque el destino, que es un completo capullo, decide premiarme por todas esas veces en las que se ha

comportado de forma odiosa para conmigo, quiero la invisibilidad.

Como arma letal sería cojonuda, sin contar con que podría ir en bolingas a todas horas. Oye, todo ventajas.

—¿Con quién te crees que hablas?

Se acerca. Me acojono. Porque Bea es pequeña, pero matona. Y es dentista, ¿qué hay peor en este mundo que ir al dentista? Ya, lo sé, ir al ginecólogo.

Vamos, en resumidas cuentas, que me da canguelo que flipas.

—Vale. Lo sé, ha vuelto. Y no contaba con nada de esto, ¿vale? No contaba con nada de esto —acepto tirando de dramatismo.

Porque mi madre sigue siendo muy cotilla, mi hermana es hipocondriaca, y yo soy un tanto dramática. Ah, y mi padre tiene una rata por cabellera. Estamos que lo bordamos, chica, en serio.

Mi amiga se acerca hasta donde se encuentra mi diario y lo abre por mi última entrada. Ayer, claro, cuando escribí y taché y escribí y taché, porque quería poner Rafa y en todas las puñeteras páginas se me colaba un Adam.

Maldito Adam, sigue invadiendo mi mente, a pesar de que han pasado tres años. Tres intensos años. Tres años de llamarlo y que siempre me saltase el contestador. Aun así, volvía a hacerlo.

Tres años en los que su ausencia se ha clavado en mi pecho como si de un hierro candente marcando mi costado se tratase.

Sin embargo, eso se acabó.

—Ya veo.

¿El qué? Lo digo en serio, se acabó. Adam es pasado. Y ya sabemos lo que se dice... Pasado, pisado y troleado. Vale, puede que esta última coletilla me la haya inventado.

—¿Has venido por eso?

Alza la vista, con toda probabilidad, ha visto la cantidad de erratas que he cometido en mi texto. Por disimular como lo hace la quiero tanto.

—He venido porque eres mi mejor amiga, la única que tengo, ya que mi hermano no entra en esa categoría, porque el chico del que estuviste locamente enamorada hace años —añade y, ojo, no se me escapa que habla en pasado y eso que ha leído parte de lo que he tachado y retachado— ha vuelto y no quiero ni imaginarme cómo debes de sentirte.

¿Confusa? ¿Enfadada? ¿Dolida? ¿Insegura? ¿A punto de estallar en llamas al verlo sin camiseta? Puto pecho, ¿cómo es posible que siga siendo tan increíblemente atractivo?

No, ahora fuera de coña, si me conceden un superpoder, quiero hacer y deshacer a mi antojo el físico de alguien. «Otro gallo te cantaría, Adam».

—Estoy bien. —Algo tan sencillo como una mentira como la copa de un pino.

—Ya, vale, no te creo. —Y me tiende el diario—. Y me da que nadie lo haría si balbuceas como lo haces o si lee tu última entrada. Ni siquiera me han hecho falta más de dos líneas, tal vez tres. Val, estás jodida.

Esas son las palabras que nunca quieres escuchar, es una dosis de realidad a la que temes enfrentarte, porque, joder, yo soy consciente de ello, pero quieres que todos los demás te digan que no, que todo va a salir bien, que se marchará de nuevo, podré continuar con mi vida y el impacto de él en lo que soy hoy no será en absoluto memorable.

Luego llega tu amiga y te suelta esa frase, y todas tus ilusiones —preciosas, por cierto— se van al traste, porque empiezas a ser consciente de que poner los pies en la tierra es un puñetero asco.

—Bea... —Creo que lloriqueo, imaginaos cómo me siento.

—No pasa nada —y lo dice ahora, no podía haber empezado por ahí. No, claro que no—. Haremos como que no existe. Pasando por no mirar por la ventana sin que él te vea. Baja esa persiana o, mejor, múdate a una isla virgen sola. O con Rafa.

Con *Adam* no me iría, no se lo merece.

—Dejemos a Adam fuera de esto.

Bea se acerca con lentitud, me siento presa, y ella lo sabe.

—He nombrado a Rafa.

¿Mencioné algo de que se había acabado? ¿Sí? Pues ya veis... Maldito subconsciente, ¿puedo cambiar de superpoder una vez más?

—No quiero hablar de ello, no de nuevo. No pienso hacerlo.

Y, cuando me pongo cabezota, lo hago muy mucho. Ella también lo es, ya la iréis conociendo, que aquí cada uno tiene lo suyo, no os vayáis a pensar.

—¿Y Laura? ¿Crees que Laura ya lo sabe?

Laura es una amiga que tenemos en común. Es decir, es mi amiga y la amiga del enemigo. Es como una aminemiga andante. Aunque, estoy convencida de que, si Laura tuviese que elegir bando, con lo enfadada que está, elegiría el mío. Porque los tres años han pasado para todas.

Todas.

—Estoy segura de que, si no lo sabe, lo sabrá en cuestión de horas. —Saca su teléfono, lo mueve frente a mis ojos. Me temo lo peor—. Le he mandado un mensaje. Ni confirmo ni desmiento que estoy a la altura del cotilleo de tu santa madre.

Madre, que, por cierto, cuando se entere, pondrá el grito en el cielo porque..., porque las he pasado canutas este tiempo, ¿vale? Y es una metomentodo, pero es mi madre y me consoló durante semanas. Ahora, por supuesto, adora a Rafa.

Porque Rafa me hace bien. Rafa me hace feliz y, sobre todo, Rafa me quiere.

CAPÍTULO 4

Adam

Hace quince años, cuando la vi. CUANDO LA VI.

El primer día que me crucé con Valeria, sin siquiera saber cómo se llamaba, supe que me iba a volver loco por ella.

Fue así, fácil, sencillo, no necesitabas darle vueltas, no tenías que admitir nada ni buscar motivos para que sucediese. Simple y llanamente ocurría.

Y ella ocurrió en mi vida.

No recuerdo con exactitud la edad que teníamos, no te puedo decir si medía metro y medio, si pesaba treinta kilos o si todavía necesitaba dormir con una pequeña luz en la habitación por si acaso los monstruos de mis pesadillas saliesen en busca de una presa.

No recuerdo nada que tenga que ver conmigo. Ahora bien, de Val lo recuerdo todo.

Llevaba un vestido de amapolas, todavía ni siquiera era consciente de que esa era su flor favorita. Tenía el pelo lleno de trenzas, que más tarde supe que se las había hecho su mejor amiga tras la merienda y le había prometido llevarlas hasta que se estropearan.

Se las deshice todas. Y ella huyó corriendo hacia su casa, llamándome estúpido porque, por aquella época, para nosotros un insulto como ese causaba un impacto brutal.

Y ese impacto del que os hablo se apoderó de mi pecho. Me sentí como una auténtica mierda. La había hecho llorar cuando lo que realmente quería era que sonriese, que me sonriese a mí y a nadie más.

No supe hacerlo.

Por aquel entonces, no me había dado cuenta de que habría muchas cosas futuras que no sabría gestionar y que todas estaban ligadas a ella.

La segunda vez que la vi, supe que sería la mujer de mi vida.

Sin más.

Era ella.

Fue el verano siguiente, mis padres todavía eran felices o eso quise pensar. Mi madre no dejaba de hacerle carantoñas a mi padre, que las recibía de buen gusto. Echaba mucho de menos todo aquello, ¿sabes?

Extrañaba esos pequeños detalles porque no eras consciente de que sucedían hasta que no lo hacían más. Y, entonces, te fustigabas por no haberlo aprovechado cuando todavía te quedaba tiempo para hacerlo. Por no haberte quedado ensimismado observando unas trenzas mal hechas, un vestido de amapolas, un beso en la mejilla o un plato de sopa en familia.

—Que sepas que le he explicado a Bea lo que ha pasado. Y está furiosa.

Sonreí para mis adentros. No pensaba contarle lo que me hacía sentir. Nunca lo admitiría.

Porque yo era un tipo duro, y mostrar sentimientos te hacía blando en muchos sentidos.

—¿Y qué piensas hacer al respecto, princesa?

La rabia bullía en su interior. Lo notaba por la forma en la que se le encendían las mejillas, los puños apretados y el fuerte pisotón que dio con sus zapatillas blancas con cordones de colores. De muchos colores.

—Nada. —Me desconcertó su respuesta. No era lo que esperaba—. Y no me llames así. Jamás.

Val nunca era lo que esperaba, era mejor.

—¿Nada? —Omití su petición. Ella era la princesa de mi cuento, ese final feliz que hacía que sonrieses al acabar un libro.

Valeria no lo sabía, pero ella sería mi final feliz.

—Bea dice que a los chicos hay que ignorarlos, no podemos ceder ante sus estupideces. Y solo los estúpidos hacen estupideces, ¿lo pillas?

No fui capaz de contener la sonrisilla.

Mocosa. Mocosa inteligente y perspicaz.

Esa, justo esa, fue la vez en la que supe que no la dejaría ir. Nunca.

Hasta que lo hice, por supuesto.

Y no ha habido día en el que no me arrepintiese de ello.

CAPÍTULO 5

Valeria

En la actualidad. Cuando te das cuenta de que preparar una boda es estresante.

Querido diario:

Solo quiero darme a la bebida. Así de claro lo tengo.

La elección del vestido se ha convertido en una tarea la mar de ardua. Mi madre quería encaje. Mi hermana quería brillo. Bea quería raso, y yo solo quería comer.

Mi santa madre no me ha dejado tomar hidratos en todo el día. Salvo porque..., bueno, porque me los comí sin que ella se enterase. Ya sabes, me gusta vivir al borde de la ley, rozando lo imposible y rezando para que no te pillen. A ver quién es la guapa que se pega tres meses a base de brócoli y lechuga.

Nadie, absolutamente nadie, quiere cagar de color verde.

¿Acaso soy la mujer de Hulk? No, gracias.

Total, sabéis lo que ha sucedido, ¿verdad? Pues que no nos hemos puesto de acuerdo, mi madre ha empezado a entrar en pánico porque quedan dos meses y no hay nada cerrado.

Y, cuando hago referencia a nada, de veras que lo es. Ni siquiera se han enviado las invitaciones. No es que me guste dejar las cosas para último momento... Es solo que... No sé, no quiero pensar en los motivos para no haberlo hecho, ¿vale?

Se supone que debería estar muy feliz. Cami se ha casado, he vivido —y sufrido— con ella el proceso de su boda, y podemos afirmar que no nos parecemos en nada.

Ella tenía todo cerrado ocho meses antes. Yo no.

Ella eligió el menú, si hasta pensó en los veganos, pues, sin exagerar, un año o más, creo que lo hizo desde que se comprometió. Yo no.

¿Un vestido? Por favor, si tenía hasta la ropa de cambio por si se manchaba durante la cena guardada en el armario. Yo no.

Y podría seguir citando cosas en las que ambas nos diferenciamos, pero entiendo que ha quedado más que patente que son muchas. Muchísimas.

Digamos que me gusta vivir al filo de lo imposible, aunque mamá piensa que es al borde del infarto o del colapso arterial. Ya sabes, ¡boom!

Y luego está él. Ya sé que Bea me ha aconsejado que no fisgonee, que no mire por la ventana, que baje la persiana, ¿y qué quieres que te diga? Eres tú, puedo ser brutalmente sincera contigo porque sé que esta vez nadie te leerá —mamá, estaría muy feo que tú lo hicieses—. Lo hago. Hasta de forma inconsciente, es como si mi cuerpo supiese que ha vuelto, como si esa conexión que siempre tuvimos siguiese ahí. Es una verdadera lástima que desapareciese cuando él lo hizo, así, al menos, habría podido localizarlo en el mapa. No sé, haber cogido un globo terráqueo, haberlo hecho girar y girar y pararlo con mi dedo. Aunque..., ¿qué hubiese hecho al respecto? ¿Ir a buscarlo? Puede que lo hubiese hecho, porque, por aquel entonces, cualquier cosa valdría la pena por Adam.

Ya no.

Sé que lo repito, que lo he hecho. Sé que también hacía mucho tiempo que no acudía a ti, hasta ahora, que él ha llegado. Sé que ya no soy la misma, la cuestión es..., ¿quiero volver a serlo?

No tengo una respuesta para esa pregunta. Y, siendo honesta, creo que tampoco quiero tenerla.

Solo sé que ha vuelto y que una parte de mí, la que tira de la herencia materna, esa parte cotilla, quiere saber el motivo. Tal vez se haya enamorado de otra, quizá también vaya a casarse, y no sé si eso me haría feliz o inmensamente desdichada.

Y sí, ya sé lo que piensas, ya sé que no tengo motivos para sentirme de esa manera porque yo, YO, soy la que planea una boda con el amor de su vida. ¿Mentirosa? ¿Por qué? ¿Cómo osas llamarme así?

Eres mi diario, se supone que tienes que seguirme la corriente. Estar de mi lado, apoyarme en las buenas y en las malas.

De veras... Me decepcionas.

Te dejaré reflexionar sobre ello, yo, mientras tanto, voy a bajar al bar un momentito. Creo que necesito una cerveza y un baño de agua fría.

Chauuuuu.

CAPÍTULO 6

Adam

En la actualidad. Cuando te mueres de ganas de verla, pero el destino no está de tu parte.

Soy consciente de que tengo muchas cosas que hacer, de que debo hacer otras tantas, y en todas ellas hay explicaciones que dar.

Sin embargo, solo deseo verla. Volver a verla. Aunque me rompa por el camino hacerlo, aunque no sepa cómo enfrentarme a su mirada o no tenga claro con qué Valeria me encontraré. ¿Será la Valeria que se avergonzaba cuando la besaba en público? ¿La Valeria que se ponía furiosa cuando la llamaba princesa? ¿O la Valeria que tenía agallas para destrozarse el mundo cuando alguien se interponía entre ella y sus planes? O, tal vez, esa Valeria que escribía en su diario y dibujaba en las esquinas de las hojas cualquier cosa que se le pasase por la cabeza.

Me gustaría encontrarme con todas y cada una de sus versiones y no sé, con suerte, enamorarme un poco más de ella de lo que lo he estado siempre.

Desciendo las escaleras y llego al piso de abajo. Cierro los ojos ante la familiaridad de todo. No hay arma más poderosa en la vida de una persona que los recuerdos.

Hago un barrido por el salón, apoyado en la barandilla de madera por la que Tristán y yo nos lanzábamos esos veranos que pasábamos aquí. Todavía recuerdo el primer golpe que me di. Tristán se rio de mí durante días, me salió un chichón enorme justo bajo la frente, que, por suerte, pude disimular con el pelo. Luego se la devolví a él, no iba a ser el único en lesionarse.

Sonrío. Esta casa está llena de momentos y de recuerdos.

No me hace falta siquiera esforzarme para ver a mi abuelo sentado en el pequeño sofá orejero que hay frente a la ventana del salón, ahí, con su periódico. Ni siquiera los leía cuando los compraba, lo hacía con días de retraso, afirmaba que, de esa forma, los problemas ya se habrían solucionado y el mundo sería un poco mejor. Me gustaba su forma de pensar. Mi abuelo siempre fue un gran hombre. Un hombre increíble.

Mientras tanto, mi abuela cosía en una mecedora de madera. Sigue ahí, justo ahí. A Tristán y a mí nos encantaba y nos peleábamos por ocuparlo y balancearnos. Lo hicimos con tanta fuerza que en más de una ocasión salimos volando por los aires.

Éramos unos pequeños trastos.

—Adam. —El susurro me trae de vuelta al presente, apartando los recuerdos.

Mi abuela ha cambiado y a su vez no lo ha hecho. El rubio de su cabello ha dejado paso al blanco, su piel tiene más arrugas y su postura es menos recta. ¿Sabéis lo que no ha cambiado? Sus ojos, la ternura que desprenden los mismos, el cariño, el sentirte arropado con una mirada, eso sigue ahí. A pesar de que a ella también la abandoné cuando más me necesitaba.

—Marcela. —Siempre ha odiado que la llame por su nombre. Tengo cierta fijación por

llevarle la contraria a la gente, ya me iréis conociendo.

—Anda, ven a abrazar a tu abuela —me pide.

No me lo pienso. Echo un último vistazo al sofá en el que estaría mi abuelo sentado y me acerco a ella. Tiene los brazos abiertos, y me agacho para que pueda envolverme entre ellos y yo a ella a su vez.

—Auuu —me quejo cuando me propina una colleja.

—Esa por llamarme Marcela.

—Auuu —protesto de nuevo—. ¿Y esa? ¿De regalo? —bromeo llevándome la mano a la nuca.

—Esa por haberte marchado. —Entonces me la tengo más que merecida—. Anda, acompáñame, he hecho café.

—¿Me estás invitando a uno?

—Por supuesto. Ya no me asusta que te cuelgues de la lámpara del salón. Has crecido. —Se para durante unos segundos y me observa. Lo hace con atención—. Has cambiado y a la vez no lo has hecho —sentencia tirando de mi mano.

Supongo que en eso tiene razón. Mi abuela siempre ha sido una sabia.

—Tú, por el contrario, no lo has hecho.

—Adulador.

Me carcajeo y la invito a sentarse mientras preparo todo. Para mis abuelos, la hora del café o té era una especie de ritual. Tomaban asiento y compartían confidencias. Hablaban de cualquier cosa. De mi padre, de mis trastadas, de las peleas en las que Tristán se metía o fantaseaban con nuestro futuro prometedor.

Deposito la cafetera sobre la mesa, dos tazas, el azúcar, galletas y unas servilletas, y tomo asiento justo frente a ella.

—Has cambiado el mantel. —Estoy evitando la conversación y sé que no debo hacerlo, es solo que... todavía me duele. Me duele mucho.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirle a tu abuela después de tres años sin verla? —Ya veis, directa al grano. Tal y como la recuerdo. Como la esperaba.

—Lo siento.

Bajo la vista. No sé si me cree, no sé si lo hace, tampoco estoy seguro de merecerlo. Me fui, la dejé sola. Una parte de mí se quedó aquí, a su lado, una parte intangible que la pensaba todos los días y sabía, era consciente de que estaba bien, de que Tristán iba a cuidar de ella. A pesar de todo, me marché, y no debí haberlo hecho.

—Ya lo sé. —Tiende su mano hasta que cubre la mía—. Sé que fue duro. Sigue siéndolo para todos, Adam. Y no te guardo rencor por ello. Siempre fuiste como tu padre. Y como tu abuelo.

Alzo la vista y me sorprende no encontrar ni una sola lágrima en su rostro mientras que el mío está lleno de ellas.

No me he permitido derramarlas en este tiempo, me he centrado en pasar página, en esconder el dolor dentro de mí y en no mostrar debilidades. Porque siempre creí que eso era lo que tenían que hacer los chicos. Mi madre siempre me enseñó que un verdadero hombre no lloraba.

Si me viese ahora...

—No soy un buen tipo, abuela. No lo soy. —Lo pienso y lo verbalizo.

Mi abuela sonríe. Se le arruga mucho más la frente y se le llena de líneas y marcas de expresión.

—El día que asumas tus defectos y los quieras, los aceptes... Ese día serás feliz. Y no hay nada que te merezcas más que la felicidad. —Guardamos silencio unos segundos porque no sé

qué responder a eso, no sé qué espera que diga o que haga. Solo..., solo me quedo quieto, aguardando e interiorizando sus palabras—. ¿Café doble y sin azúcar? —Asiento—. Como tu padre y tu abuelo.

—¿Café con leche y doble de azúcar? —cuestiono a su vez. Mi abuela confirma mi pregunta—. Hay cosas que nunca cambian, siempre has sido una golosa empedernida.

—¿Por qué cambiar si me gusto tal y como soy? Bueno, a ver, tal vez me quitaría unas arruguitas de aquí. —Se toca la frente—. Y otras por aquí. —Se toca los ojos—. Un puñado de acá. —Continúa bajando—. Y, si me apuras, algunos kilos que se han acumulado en zonas que no me gustan, sin embargo, de resto, estoy conforme.

Mi abuela tiene un carácter adorable, como podéis comprobar.

—¿Y bien? ¿Novedades?

Mientras tomamos nuestra taza de café, me explica los cambios del pueblo. No hay gran cosa; bodas, hijos, bautizos y nos saltamos esa parte que nadie quiere escuchar.

—Tu hermano sigue soltero. No hay forma de que se busque una chica. Tiene treinta años. A su edad, yo ya había tenido a tu padre —protesta.

—Tristán es así. —Y siempre lo ha sido, va por libre y es feliz.

—Dice que está muy ocupado con el trabajo, se pasa horas y horas fuera, en ese lugar. Haciendo esas cosas.

—¿Tatuajes?

Me he ido tres años, pero he mantenido el contacto con mi hermano. Él ha sido el único que conocía mi paradero.

—Eso, sí. Si hasta quiso hacerme uno a mí, ¿te lo puedes creer? ¿Qué clase de vieja se hace esas cosas?

—¿Una molona? ¿Con personalidad?

Mi abuela frunce el ceño.

—¿Estás insinuando que no molo? ¿Que no tengo personalidad? —Me carcajeo—. ¿Te ríes a mi costa, muchacho?

—No sería yo capaz de ello —me defiendo.

No parece muy convencida, no obstante, lo deja pasar.

Suspira y sé que ha llegado el momento.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti?

Alzo la vista y la miro directa a los ojos. Es mi abuela, mi familia, uno de mis pilares fundamentales, ha hecho de madre más veces que la mía propia.

—Terminé mis estudios. Conseguí trabajo, uno que al abuelo le encantaría. —Sonrío al imaginar cómo de orgulloso estaría de mí si supiese que al final me gradué y soy ingeniero—. No he tenido tiempo de mucho. —No he querido tenerlo tampoco.

Otra vez su mano sobre la mía.

—Tu abuelo, tu padre y yo estaríamos orgullosos, aunque fueses basurero, cariño.

Trago con fuerza. No me merezco sus palabras, no cuando me fui y la dejé.

—Y he vuelto —añado sin más—. Para quedarme. Contigo. Con Tristán.

—Y con ella, ¿verdad?

Ni siquiera tiene que pronunciar su nombre porque ambos sabemos a quién se refiere. Mi abuela ha sido consciente de nuestra historia, siempre la he hecho partícipe de mi vida.

—Sí. —No voy a dudar. Pienso luchar por ella.

—Bien. Porque esa chica sigue enamorada de ti de la misma forma en la que tú lo estás de ella.

—Abuela, se va a casar —sentencio.

Lo tengo muy claro, solo que no pienso dejar que ese pequeño impedimento me condicione.

—¿Y? Torres más altas han caído, hijo. Ahora sal ahí y demuéstrole que has vuelto a por ella y que no piensas rendirte. Porque nunca te enseñamos a tirar la toalla.

No, no me enseñaron a eso.

—Gracias, abuela. Gracias por entenderme, por seguir a mi lado, por esperarme.

Mi abuela se incorpora y se acerca a mí, me da otra colleja y me escuece el cuello.

—Como vuelvas a marcharte, esas collejas se convertirán en palos. Advertido quedas. Y... recoge la cocina, no mantengo a vagos.

Bienvenido a casa, Adam. Cómo echaba de menos esto.

CAPÍTULO 7

Valeria

Hace diez años. Cuando le hice cruz y raya para toda la batalla. O casi toda...

— ¡N

o lo soporto!

Bea me observaba mientras se zampaba el bocata de chorizo que le había llevado ese día. El pago, en esa ocasión, era por adelantado, se suponía que había quedado dentro de quince minutos en el invernadero con Lucas, un chico un par de cursos mayor que yo. Y, bueno..., si todo salía como yo tenía en mente, tendríamos dos hijos; un niño y una niña, y nos casaríamos en alguna isla paradisíaca rodeados de nuestra familia y nuestros amigos.

Esa era la idea. En mi cabeza lo veía con una claridad tal que hasta el moreno que pensaba pillar en la luna de miel me sentaría de lujo.

—A la cola, maja, que, en cuestión de no soportar, yo voy primero.

—¿Estás hablando de Tristán? —inquirí.

—Pues claro, ¿de quién si no? ¿Lo has visto? Se pasea por aquí como si fuese el rey, como si todas leuviésemos que rendir pleitesía, y no es más que un chico con una cara bonita y un cuerpo de infarto. —Porque teníamos dieciséis años, pero no éramos ciegos, eso había que dejarlo claro de antemano.

—Es que es un chico con una cara bonita y un cuerpo de infarto, Bea, por favor. —Por favor, ¿ehh?

—Y su hermano, ese al que odias tanto, también. ¿O no?

Claro que Adam era eso, eso y muchas más cosas, solo que... admitirlas en voz alta no entraba en mis planes. Porque era como aceptar que me gustaba, y de Adam no me gustaba nada.

Nunca me gustaría nada.

—Antes me comería un hormiguero al completo que admitir que ese chico es guapo. No lo es. —«Sí, sí que lo es».

—Si tuvieses que elegir entre Lucas y Adam para repoblar la humanidad en caso de que llegase el fin del mundo, ¿con quién te quedarías?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Tú responde.

—Con Lucas, por supuesto. La duda ofende. —Y la mentira ofendía mucho más, solo que... «Me comería un hormiguero», que no se os olvide.

—Ya... —Suspica, esa era mi amiga. En situaciones como aquella me arrepentía de lo mucho que me conocía.

—¿Y tú? ¿Tristán o Alberto?

Alberto era el tío con el que Bea se enrollaba de vez en cuando, un rollo, nada serio. Ninguna de las dos habíamos pasado de un par de magreos y unos besos.

Estábamos quedándonos atrás, pero... éramos de esas que pensaban que acostarse con cualquier tipo no era lo correcto. No necesitábamos una declaración formal, un compromiso o una pedida de mano. Era extraño, era como si esperásemos al chico ideal con el que hacerlo. Un tipo que, por lo visto, no estaba en nuestro instituto.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Le dio otro bocado y masticó abriendo la boca. Era repugnante y lo hacía para sacarme de mis casillas y para desviar la atención, eso también.

—Bea, nos conocemos, no te va a funcionar esa técnica, responde sin más. Y con honestidad, a ser posible.

Masticó y masticó como si lo que tuviese en la boca no fuese pan, sino una paella y medio tiburón blanco.

— *Frsrsttsb* .

—¿Qué?

Tomé asiento a su lado, en las escaleras de las gradas. Desde allí, teníamos vistas privilegiadas de los chicos mientras jugaban al fútbol. No teníamos ni idea de deportes, ni nosotras ni ninguna de las chicas que estaban allí. Íbamos a lo que íbamos.

—Tristán.

Sonreí con amplitud y luego esa sonrisa se me borró de sopetón cuando llegó volando una camiseta, sudada, y acabó sobre mi cabeza.

—¿Qué coño...?

Alcé la vista y me encontré con la mirada de todas las chicas. Tenían la boca abierta, seguían haciendo un barrido y entonces lo vi. El motivo de mi enfado y de mis calenturas. Así, de golpe y porrazo.

—¿Me devuelves mi camiseta? —Al menos no me había llamado «princesa». Esa vez.

Hice una bola con su camiseta, una bola perfecta, y me di la vuelta con toda la entereza que pude. Ascendí y ascendí hasta que llegué a la papelería más cercana, coloqué en mi semblante mi mejor sonrisa de no haber roto un plato y la lancé dentro.

Joder, al menos encesté, hubiese sido horrible no hacerlo. No habría causado el mismo impacto.

Mis manos en las caderas hacían juego con su sonrisa petulante. Sonrisa que, por cierto, me moría por borrarle de un plumazo. De un plumazo en forma de puñetazo.

—Tal vez puedas buscarla tú.

Me di la vuelta y hui como alma que llevaba el diablo. Al poco, escuché pasos tras de mí. Por un momento pensé que sería él. Durante unos instantes, deseé que lo fuese. Con toda mi alma.

Qué hipócrita era. Odiaba a Adam de Haro casi tanto como lo deseaba.

Bea se colocó a mi lado segundos después, y pude respirar tranquila.

—¿Qué ha sido eso?

Ni siquiera yo lo sabía. No tenía la respuesta y no estaba del todo preparada para tenerla.

—Una estupidez. Otra de las muchas que comete. Cada día.

—¿Sabes? —Me sujetó la mano y frenó mis pasos. Cedí, aunque había algo que me pedía que no lo hiciera—. Yo admito que salvaría a Tristán, sin embargo, tú..., mentirosilla, deberías admitir que ese chico te gusta.

—No pienso admitir nada porque no es cierto. Estoy con Lucas.

—Lucas es un rollo.

—Como Alberto lo es para ti, ¿no?

Estaba dando en el clavo porque ambas sabíamos que mi amiga gritaba a los cuatro vientos que no le gustaba Tristán, que iba de esto o de aquello otro, sin embargo, en el fondo..., en el fondo estaba colada por él.

Y yo iba por el mismo camino. Solo que a mí no me apetecía en absoluto reconocerlo. Prefería seguir engañándome, a ser posible.

—Vale. Sí, lo que tú quieras. Ya sabes que me gusta Tristán, aunque no pienso admitirlo en público. Es un chico odioso y pagado de sí mismo. Y yo no busco esa clase de tíos, yo necesito uno que me quiera por encima de todo y no solo para chuscar.

Chuscar era lo que ella quería con él.

«Y tú también con Adam, maja».

Ni de coña pensaba admitir eso. Ni. De. Co. Ña.

—Tengo que irme, he quedado. —Le mostré mi reloj y decidí hacer eso que tan bien se me daba. Largarme cuando las cosas se ponían feas.

Pensándolo bien, a Adam también se le daba bien eso, ¿no? Me lo demostró años después.

Dejé a mi amiga plantada allí sabiendo que nos veríamos por la tarde y que la conversación no había terminado. Eso también lo tenía bastante claro. Porque Bea era mi mejor amiga y era pesada como una vaca bajo el brazo. Casi tanto como lo era yo. O mi hermana Camila.

Entré en el invernadero unos minutos antes de mi cita. Estaba nerviosa y no porque fuese la primera vez que iba a hacer aquello con Lucas, nada tenía que ver con eso, estaba nerviosa por la reacción que había tenido mi cuerpo y que había intentado esconder por todos los medios cubriéndola de indiferencia cuando Adam me era cualquier cosa menos indiferente.

—Has llegado puntual —susurró en mi oído mientras me sujetaba por la cintura y me daba la vuelta.

Lo primero que vi fueron sus ojos, su sonrisa y entonces pensé que nuestros hijos serían guapísimos.

Coloqué mis manos alrededor de su nuca y, cuando sus labios se acercaron a los míos, todo cambió por completo.

Los ojos que me miraban no eran marrones, eran verdes.

El pelo que tocaba con mis dedos no era lacio, era rebelde, como su dueño.

El pecho que veía era musculoso. Fornido. Y no llevaba camiseta.

Y los labios no eran los de Lucas, definitivamente no lo eran. Eran otros labios, carnosos, sonrosados, ardientes y letales. Como su dueño.

No era Lucas, era Adam al que iba a besar.

Y, aunque me pesase reconocerlo, era a quien me moría por besar.

Lucas fue el primero en separarse.

—Tenemos que volver, ha sonado... —Se refería al timbre de clase, ¿no?

Asentí, sin más.

—Ahora voy.

—¿Te espero?

—No, no. Voy a retocarme. —Como si hubiese maquillaje de por medio. Lo que necesitaba, lo que de verdad necesitaba era recomponerme tras ese beso con..., con Adam.

Salió del invernadero, y yo lo hice minutos después.

Di un pequeño grito cuando una mano sujetó la mía. Me giré sin entender nada.

—Veo que eres una princesita mala. —Su tono, ese tono, justo ese era el que me encendía y

enfadaba a partes iguales. No pensaba dejar que lo notase.

—¿Y? —le pregunté con rebeldía.

Obvió mi pregunta. Lo odié por ello.

La comisura de su labio se alzó y lo supe. Supe que su próxima frase iría a matar.

—Y dime, princesa, ¿has besado a Lucas pensando que era yo?

Acarició mi barbilla y se marchó.

Estaba jodida. Bien jodida. Eso era una verdad incuestionable.

CAPÍTULO 8

Adam

En la actualidad, cuando te escupen en el café y no en la cara.

S algo de casa, le he prometido a mi hermano que pasaría por su estudio y que llevaría café. La conversación con mi abuela ha ido mejor de lo que esperaba y eso me deja tranquilo o me proporciona la máxima paz que puedo permitirme teniendo en cuenta que he estado tres años lejos de todo y de todos. Incluida ella.

Nada ha cambiado por aquí, no sé qué esperaba, quizá que las casas fuesen distintas, que las calles no tuviesen el mismo color o, no sé, que la panadería oliese a pintura y no a pan recién horneado. Me río de lo ridículo que suenan mis pensamientos porque he estado fuera tres años, aunque a mí me han parecido trescientos.

Entro en la panadería, y allí está Laura, inconfundible, con su pelo de color violeta. Vaya, eso sí que ha cambiado, la dejé siendo rojo. El gorro apenas consigue que todos los mechones rebeldes, como lo es ella misma, queden cubiertos. La rejilla que lleva hace lo que puede.

Como si notase mi presencia o se sintiese observada, alza la cabeza, y nuestros ojos se cruzan.

No sonrío. Yo tampoco lo hago.

Cuando llega mi turno, me acerco al mostrador.

—¿Qué te sirvo? —Fría y distante. Esta no es la Laura que dejé.

—Vale, he sido un completo capullo. Lo sé, lo admito. He vuelto, Laura, y me alegro mucho de verte.

He sido honesto, Laura siempre ha sido mi mejor amiga, mucho más que Rafa. Laura siempre ha sabido entenderme, me ha escuchado, aconsejado, apoyado y todos los «ados» decentes que se os pasen por la cabeza.

—¿Qué te sirvo? —Implacable.

Sí, es mi amiga. Me lo va a poner difícil y, de veras, me lo merezco. Me lo merezco mucho.

—Dos cafés con leche. Uno con espuma, ya sabes que a Tristán le gustan esa clase de cosas. —Intenta que no le vea asomar la sonrisilla—. El mío como siempre.

Laura se gira y comienza a calentar la leche mientras el café cae en sendos vasos de poliestireno.

Los coloca sobre la madera de la encimera, donde puedo verla, y comienza el proceso de preparación y decoración. Joder, a mi hermano le hace una espiga con la espuma. ¿Qué coño? ¿Una espiga para Tristán y en el mío?

Tose sobre mi vaso, mucho, muy fuerte. Casi que observo cómo cae saliva en él e intento que no vea mi cara de asco, pasmo y disgusto por lo que está haciendo.

—¿Algo más?

Pues...

—Pensaba pedir un par de cruasanes, pero teniendo en cuenta el estado de mi café... —Me observa con mala cara. A ver, que yo tampoco estoy muy contento con ella en este preciso momento—. No sé si es mejor dejarlo para otro día.

Me sirve dos cruasanes. Uno lo coge con la mano, lo tira dentro de la bolsa, lo espachurra y me lo tiende. El otro, con sumo cuidado lo envuelve en una servilleta de flores y con una sonrisa me lo acerca.

Una sonrisa que, desde luego, no va dirigida a mí.

—¿Algo más?

—Joder, Laura...

Se gira sin dejarme acabar.

—Son ocho euros.

¿Perdona?

—¿Ocho euros por un cruasán escachado y un café con leche lleno de babas?

—¿Algún problema con eso? —inquire cruzándose de brazos.

—Vale, me lo tengo más que merecido.

Me tiende la mano y mueve los dedos para que suelte la pasta. Lo hago. A ver, tenía muy claro que Laura es una tía con dos ovarios y que no me iba a resultar sencillo que me perdonase, porque somos amigos, fuimos los mejores amigos y me marché. Sin despedirme, sin decirle nada. Como hice con todos, menos con mi hermano.

Tristán siempre supo dónde estaba, solo que respetó mi petición de mantenerlo en secreto.

—Que tengas un buen día, gilipollas.

Se da la vuelta y entra dentro del obrador.

Laura, veinte millones. Adam, cero mil cerocientos cero cero.

Tiro mi vaso y mi cruasán, y me dirijo hacia el estudio de tatuajes de mi hermano. Me tomo su café con leche, a ver, que Laura ha hecho uno estupendamente y me ha entrado envidia al ver ese dibujo perfecto y esa canela por encima. Lo siento, Tristán, así aprenderás a no encargarme ningún tipo de recados. Al menos, ninguno que tenga que ver con comida.

Cuando me estoy acercando, mi mirada se cruza con la de Bea, que está por fuera, vestida de violeta, con un gorro lleno de muelas.

Sonrío al darme cuenta de lo que eso significa.

—Bea... —Mi voz sale estrangulada. Es Bea, joder, Bea.

—Adam, cuánto tiempo. Veo que sigues vivo, es una pena. Pensé que te había atropellado un camión, había esparcido tus restos por la carretera, y los buitres habían dado buena cuenta de ellos. Es la única explicación lógica para que te comportases como un auténtico gilipollas.

Se da media vuelta, y me quedo plantado en el sitio.

—Vaya, hermanito, veo que por aquí se alegran de verte.

Golpeo su vientre con el paquete que me dio Laura, y mi hermano se carcajea, a pesar de que le he dado con fuerza. Es un tipo duro. O yo soy un blando.

Entro, y él lo hace tras de mí, aún carcajeándose, cómo no.

—Esto también me lo merezco.

—Por supuesto que te lo mereces.

—He visto a Laura. Está muy mosqueada.

—Cuéntame algo que yo no sepa.

Me giro y veo cómo mi hermano saca del envoltorio el bollo y lo engulle.

—Bea es su mejor amiga —sentencio—. Tenía... Creía...

Tristán se acerca mientras hago el ridículo y balbuceo como un llorica.

—Bea es una fiera. Siempre lo ha sido. Y es normal que defienda a su amiga, Adam. Yo te he defendido a ti todo este tiempo, eso es lo que hace la familia, apoyarse. Y yo entiendo lo que has pasado, cómo te has sentido. Cada persona se enfrenta a sus fantasmas como buenamente puede o como cree que es correcto.

—Pero nos equivocamos, ¿no?

—Todos lo hacemos. Tú decidiste huir, sin contar con nadie, sin pedir consejo. No puedes pretender regresar y que todo sea como antes.

—No esperaba eso. —Un poco sí—. Y me lo he buscado yo solito, además... Eso lo hará más interesante, ¿no crees?

Mi hermano mastica y sonrío.

—Por supuesto, me encantará ver cómo te machacan esas chicas.

—¿Esas?

—Bea, Val y Laura. Me ha escrito. —Mi corazón se acelera al pensar que pueda ser ella—. Laura está muy enfadada y me ha dicho que espera que el café sea de tu agrado. —Por supuesto que lo ha sido, sonrío de soslayo—. ¿Y mi café?

—No sé de qué me hablas —respondo socarrón.

Aguardo la réplica de mi hermano justo cuando la puerta se abre, y Román sale del estudio con una chica. Lleva el brazo envuelto en papel film.

Nos quedamos en silencio mientras ella abandona el estudio. Nos guiña el ojo, y mi hermano despliega sus dotes de caballero abriéndole la puerta.

—Por favor. —Suspira Román acercándose a mí—. Joder, Adam, por fin has vuelto. ¿Te han invitado a la boda?

—Ja, ja. ¿Te han salido ya los pelos de los huevos? —Sí, ¿qué le vamos a hacer? Somos tíos y a veces nos comportamos como tal. Esperad a que empecemos a mandarnos fotos de nuestros truchos, ahí será menos divertido que ahora, os lo garantizo.

Me abraza, y yo le devuelvo el gesto.

—Tu hermana acaba de ponerlo fino —le explica Tristán.

Sí, Román y Bea son hermanos. Mi hermano y su hermano son socios. Tatuadores. Con poca piel libre y mucha tinta en ella. Eso sí, son buena gente.

—Y Laura, Laura también lo ha hecho —sentencio. Total, no está de más contarle.

Román desvía la mirada, y mi hermano se carcajea.

—¿Qué pasa?

—Laura y este, en fin...

—¿Qué? —Clavo los ojos en Román esperando una explicación al respecto.

—Tuvimos una noche. Eso es todo.

¿Una noche?

—Eso es todo porque ella quiere. Laura pasa de él. Román sigue suspirando por ella —me narra mi hermano *grosso modo*.

—No me toma en serio, piensa que es un rollo y ya está.

Joder, sí que me he perdido cosas.

—¿Se lo has explicado? —indago.

—Por supuesto que lo he hecho.

—¿Y qué te ha respondido?

—Me ha escupido en el café.

Me carcajeo. Mucho. Muy fuerte.

Sí, mucho me temo que Laura también es un hueso duro de roer.

CAPÍTULO 9

Valeria

En la actualidad, cuando te lo encuentras y no respiras, no hablas y la realidad de la situación estalla en tu cara.

— Y

las flores tienen que ser de tonos claros: rosas, pastel, amarillos... Todo tiene que encajar con la estética del lugar porque estamos en primavera y es la época perfecta para poder elegir todo lo referente a la decoración.

—Mamá —suplico. De veras, mi santa madre camina como si tuviese uno de esos resortes en el culo, dando vueltas y girando alrededor de mí, como evaluando, porque, aunque no lo parezca, ella siempre te está sometiendo a un examen sorpresa. Y no estoy segura de haber aprobado alguno—. No quiero que el lugar huela a cementerio.

Las flores me pirran, sobre todo, las amapolas. Esas son mis favoritas desde que tengo uso de razón. He pedido, he rogado y casi me he puesto de rodillas para que mi madre las incluya en mi día. No hay forma. Asegura que no son elegantes, no huelen bien y no sé ni cuántas cosas más ha soltado al respecto, así que he decidido claudicar y darlo por imposible.

—¿A cementerio, Valeria? ¿A cementerio? —Cuando utiliza ese tono, se me ponen los pelos de punta.

—Mamá... Algo simple, es una boda sencilla. Nada de ramos sobrecargados de flores, nada de un vestido hasta arriba de pedrería y encaje, un convite de lo más normal y pocos invitados.

Mi madre frunce el ceño. Obviamente, no le está haciendo maldita gracia lo que le digo porque Camila se casó y casi que fue el evento del siglo. Ni los Gipsy Kings.

Yo no quiero eso para mí.

—No tienes gusto, Valeria, por eso me estoy encargando yo de todo. Sabemos que, si lo dejase en tus manos, te casarías en vaqueros y zapatillas. —La idea me resulta de lo más atractiva, no puedo negarlo.

—Yo solo te digo que... tú puedes organizar lo que quieras. —Porque ambas sabemos que lo hará—. Pero decidiré hasta qué punto se lleva a cabo lo que tú me aconsejes y lo que no. No te olvides de que la que se casa soy yo. Fin.

Mi madre abre los ojos como platos, y mi padre carraspea, anda, si está aquí, solo que en silencio porque, cuando mi madre se pone intensa, es mejor pasar desapercibido.

—Qué malagradecida que eres, Valeria.

Alzo los hombros. Abandona la cocina de malhumor. Vaya, ya la he cagado de nuevo.

—Papá...

Mi padre deja entrever un poco de sus ojos y me observa.

—Has hecho bien, cariño. Tu boda, tus normas. —Me guiña un ojo y vuelve a sumergirse en lo que quiera que esté leyendo. Espero que no sean las esquelas—. Por cierto, ya me he enterado de que ha vuelto. —Hace un par de leves movimientos con la cabeza señalando la casa de al lado—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondo rápido y con un tono grave. No demuestra que mi respuesta sea real, aun así, mi padre asiente.

—Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Necesito que mamá deje de organizarme la boda.

—Cualquier cosa menos eso.

—¿Dinero?

—Eso tampoco.

—¿Un *jet* privado para huir a una isla desierta?

—Otra cosa, cualquier otra cosa.

Empiezo a no tener claro que sea cierto.

—Me voy al bar.

—Eso sí te lo puedo conceder. —Me guiña un ojo y me lanza un beso.

Le revuelvo el pelo al pasar por su lado y me insulta porque se le cae el peluquín que se ha puesto hoy. Tiene varios, sí. Mi padre ha sabido verle el lado bueno a las cosas. ¿Que no tienes pelo? Pues ahora puede lucir distintos peinados y colores, según su vestimenta, estado de ánimo y, no sé, ¿el clima? Sí, puede ser, no lo descarto tampoco.

Salgo a la calle y camino hasta llegar al local en el que Laura, Bea y yo nos reunimos cuando estamos hasta el culo de todo y de todos. Y hoy es uno de esos días en los que me sobrepasan las cosas, es más, estoy harta hasta de mí misma.

Cuando entro, no me sorprende ver a mis dos amigas apostadas en una de nuestras mesas favoritas, cerca de la zona de juegos, tomándose algo. Sin mí.

—Vaya, qué buenas amigas sois, habéis avisado y todo. Nadie, ninguna de las dos, ha tenido un día peor que el mío. —Y no es coña. No exagero. No me lo invento.

Se callan ambas de forma súbita. Esto me huele a cuerno quemado.

—Bueno... —Esa es Laura. Tartamudea. Ojo a eso.

—Teniendo en cuenta cómo es tu madre, pues hasta te entiendo. —Al menos Bea disimula mejor.

Le daría las gracias si mi radar particular no me dijese que aquí se cuecen habas.

—¿Qué pasa? —Las señalo de forma alternativa con mi dedo índice. Laura baja la cabeza, Bea alza el mentón.

Lo de que era peleona lo habéis pillado a la primera, ¿no?

—Nada.

Bea le da un codazo a Laura. Protesta y se toca la zona.

—No solucionamos nada escondiendo el tema. Hay que enfrentarse a las cosas, además... —Uhhh, esa sonrisilla en la cara no presagia nada bueno—. Ella ya lo ha superado. —Me señala. Me acojono—. Así que no va a suceder nada cuando se lo encuentre.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué me odias, destino? ¿Por qué?

Carraspeo, y mis dos amigas evalúan los daños.

Observo el local, no veo a nadie. Por lo tanto, no está por aquí, puedo respirar con tranquilidad.

«¿Y por qué coño tengo que estar preocupada?». ¡Es pasado! Pasado, pisado y troleado.

—Tiene toda la pinta de que, en efecto, no va a pasar nada.

—Laura, no me gusta tu sarcasmo —la acuso condescendiente.

—Ya, es delito que no te hayas acostumbrado en estos años.

Muchos años, la verdad.

Y entonces... lo siento. Lo percibo. Lo noto. Mi cuerpo de pronto se pone en alerta porque es consciente antes que nadie de que está aquí, pero aquí aquí, cerca.

No quiero hacerlo. No sé si estoy preparada para hacerlo. No, desde luego, Bea no tiene razón. No lo estoy. Sí que puede suceder algo cuando lo vea, sin esconderme tras una cortina, sin una pared que nos separe, sin una distancia que haga que me sienta del todo segura.

Percibo su cercanía y cierro los ojos de sopetón, como si de esa forma fuese a desaparecer.

Por supuesto, esto es la vida real y no sucede lo que quieres que ocurra.

—Hola, princesa, ¿me has echado de menos?

Mi cuerpo se convierte en una mancha de gelatina en el suelo. En una mancha enorme y pegajosa, y me veo ahí, tirada, esperando a que todos me pisen, en especial, a que él lo haga. Lo vuelva a hacer.

Y no pienso dejar que eso suceda de nuevo porque ya no soy aquella chica que fui. Esa Valeria que conocía ya no existe. He aprendido de mis errores, de los errores que hemos cometido y del enorme error que fuimos juntos.

Me giro y toda esa convicción se va a la mierda. A la más absoluta mierda.

Guapo a rabiar. Alto, más alto de lo que lo recordaba. Esa barba que siempre fue una perdición para mí, esa media sonrisa que conquistaba a cualquiera allá por donde la desplegase y esos ojos..., el verde de sus ojos que enamoraba casi tanto como un bosque en primavera.

Adam es real, está aquí y ha vuelto.

Permanezco en silencio unos segundos que a mí me parecen lustros. Adam no se mueve y percibo el calor de su cuerpo cerca del mío. Un calor que anhelo, aunque no quiera que sea de esa forma.

No puedo impedirlo, siempre fuimos eso, siempre fuimos inevitables.

Abandono el local con la convicción de que no sé qué coño estoy haciendo, de que me estoy mintiendo y de que pensaba que lo había superado. Estaba segura de ello. Ahora no lo estoy tanto.

—Val. —Me asusto—. ¿Estás bien?

Bea se acerca y me coge de la mano con cariño.

Mi Bea, ella más que nadie sabe lo que Adam y yo compartimos, lo que supusimos uno en la vida del otro. El vacío que dejó su ausencia. El dolor y las lágrimas.

—No, no estoy bien, pero lo estaré.

Rotunda y contundente, esa soy yo. Y quiero creerme, necesito creerme y sé que puedo conseguirlo.

—Vamos —me apremia.

—¿Y Laura?

—Vendrá en un momento. La he dejado dentro con Adam.

—¿Crees que lo matará?

—¿Quieres que lo haga? —me pregunta sonriendo.

Me contagia el gesto y me dejo llevar calle abajo hasta que llegamos al polideportivo en el que tantas veces hemos bebido y fumado a escondidas.

En el que nos besamos por primera vez.

En el que nos despedimos por última.

—Vale, veo que eso de que lo tenías superado era una patraña. —Ya está Bea dando a matar.

Una vez más—. Aunque no sé por qué me sorprende después de los mil tachones que tenías en tu diario.

—Tengo que superar esto, Bea, me caso dentro de dos meses.

—El plan de huida a la isla virgen sigue en pie.

—¿Te estás escuchando?

—Es la única forma de que tú y él... Él y tú...

—No hay ningún yo y él ni ningún él y yo —contrataco. Aunque no sé si me creo mis propias palabras.

—Vamos a ver, Valeria. —Alzo una ceja, la cosa se pone seria si me llama por mi nombre completo—. Adam siempre fue tu criptonita. Somos conscientes todos.

—Mientras no sea consciente él... —lloriqueo.

—Eso no puedo garantizártelo.

—Me llamó princesa. Lo hizo a sabiendas de lo mucho que me ofende, como antes, como cuando éramos unos chiquillos.

—Puede que lo haga para fastidiarte y que sea solo esa su intención. No tiene por qué haber vuelto con ningún otro motivo. Incluso podéis ser amigos. —¿En serio?

—¿Te crees ese discurso que me estás soltando o...?

—¿O lo digo porque eres mi amiga y porque darle voz a lo que pienso no es buena idea en estos casos?

—No sé si quiero escucharlo —cedo.

Percibimos unos pasos apresurados acercarse y las pulsaciones se me aceleran al instante. Bea se incorpora y me toca el hombro.

—Es Laura. —Hace una pausa—. Espero que hayas hecho algo más que escupirle en el café o destrozarle el cruasán —apunta Bea.

Aquí ha pasado algo de lo que yo no me he enterado.

—Me ha pedido disculpas, de nuevo —me explica—. Lo he visto esta mañana y le he escupido en el café. —Vale, ya sé de dónde viene todo eso—. Yo... no sé qué pensar. Lo he visto arrepentido, tal vez debamos escuchar lo que tiene que decir. Dejarlo hablar.

—¿Tú la has visto? —pregunta Bea mirándome—. Te estás ablandando. Yo no te he enseñado eso —suelta con retintín.

—Tal vez tengas que hablar con él y pasar página. Volver a ser amigos —insiste Laura dirigiéndose a mí y obviando el comentario de Bea.

—Yo no quiero ser su amiga. No puedo serlo —sentencio.

No estoy preparada para serlo.

CAPÍTULO 10

Adam

Hace diez años. Cuando me colé en el baño de las chicas por primera vez.

La dinámica de Valeria había tomado forma y..., bueno, la mía también.

Ella me evitaba, y yo la buscaba.

Ella se escondía, y yo la encontraba.

Yo la llamaba princesa, y ella me llamaba estúpido.

Eso sí, lo tenía todo controlado.

Mentira. Nada estaba controlado porque Valeria era como un puñetero huracán: impredecible, imparable y arrasaba con todo a su paso.

Me tenía loco. No había otra forma de definirlo.

Sabía que se estaba viendo con ese tal Lucas. Un tipo que me hubiese caído bien de no ser porque estaba con la chica con la que yo quería y no sabía estar. Y me temo que a Valeria le encantaba restregarme en la cara lo mucho que le gustaba el chico en cuestión porque se besaban cada vez que yo andaba cerca, como si no me diese cuenta de ello. Ese era su juego, solo que... yo también tenía el mío.

—Avísame si viene alguien, no tardaré nada en salir.

Laura me observaba como si me hubiese vuelto loco de remate. Era mi mejor amiga y siempre estaba ahí, apoyaba mis locuras, aunque primero oponía resistencia. Se encargaba de añadirle algo de cordura al asunto.

—¿Te has vuelto majara? ¿Te diste un golpe en la cabeza o algo esta mañana cuando te levantaste?

—Tristán me empujó por la escalera... —comencé a explicar.

—Ya lo entiendo todo... —me interrumpió.

—Pero estaba preparado para su placaje, así que, a pesar de que me entenece tu preocupación, amiga mía, no me he dado ningún golpe en la cabeza ni en ningún otro lugar, ya puestos.

—No lo entiendo...

La dejé con la palabra en la boca. Era consciente de que en breve tendría que volver a clase y para mi desgracia, a pesar de que era repetidor y por eso seguía ahí —por eso y porque le había prometido a mi abuelo que acabaría el curso y que me convertiría en un hombre de provecho—, Val y yo no compartíamos más que alguna asignatura aleatoria.

Entré con decisión, mentiría si confesase que no tenía cierta tensión en el cuerpo. No por lo que estaba haciendo, sino por verla. Empezaba a acostumbrarme a esos horribles nervios que sentía cada vez que de Val se trataba.

Me sorprendió no encontrarme con Bea, tampoco había otras chicas por allí. Estábamos solos, por primera vez lo estábamos, y no pensaba desaprovechar la oportunidad. No era de los que las dejaban pasar. Porque era estúpido, pero avisado.

Escuché el sonido de una cremallera, la forma en la que cogía algo del suelo y el pestillo de la puerta abrirse.

Intentó ocultar su sorpresa cuando me vio, apoyado de forma casual en la puerta que permitía el acceso a los lavabos al resto de estudiantes femeninas. Esa era una buena estrategia si alguien intentaba entrar o por si Laura abortaba misión.

Desvió la vista, se acercó al baño y entonces volvió a observarme a través del espejo.

En ese instante quise acercarme y contar todas y cada una de sus pecas. Lo prometo. Quise hacerlo. Por supuesto, no lo hice.

Todavía era capaz de contenerme.

—¿Qué coño haces aquí? —Siempre tan explosiva, con tanto carácter y con la boca tan sucia. Cómo me gustaba esa chica, joder.

Me arriesgué y me acerqué hasta ella, dando pequeños pasos en su dirección. Se limpió las manos tomándose su tiempo y me plantó cara.

—¿Crees que no sé lo que estás haciendo?

Se carcajeó. Sonó falso, aun así, lo hizo. Provocándose.

—No sé de qué me hablas. Tal vez te piensas que eres el centro del universo. Perdona por ser tan cruel. —Me sonrió de esa manera en la que no presagiaba nada bueno, de la misma forma en la que lo hizo cuando lanzó mi camiseta a la basura—. No lo eres. Auuu. —Como si a ella le hubiese dolido esa dosis de realidad, solo que yo sabía que no le dolía en absoluto.

Me tragué las ganas de empujarla contra la pared y explicarle lo que me dolía. Joder, seguro que no quería saberlo.

—Hablo de Lucas... Y de ti. —No me supo bien hablar de ellos dos, juntos.

No quería que hubiese un Lucas y un ella. Para nada.

—Ahhh... Pregúntame si me importa. —La ironía también se le daba de lujo.

Sonreí con suficiencia, ella también lo hizo. Se cruzó de brazos y se le acentuó el escote. Nadie podía tacharme de perverso, aunque lo pareciese. Clavé la vista ahí, y ella lo supo. No hizo nada, yo tampoco intenté disimularlo.

—Te importa, seguro que te importa —confesé volviendo a mirarla a los ojos.

—Te puedo confirmar que no, no lo hace. Ni una pizca. Y, si has venido para darme algún tipo de discurso sobre lo que puedo o no puedo hacer, permíteme que vuelva a ser de nuevo cruel: no lo necesito y no te lo he pedido. Ahora, apártate, estúpido.

Sonaba exigente, intentaba mostrarse fuerte, solo que, en el fondo, yo sabía que no le era tan indiferente como quería aparentar. Lo percibía en su cara, en la forma en la que lo besaba a él mirándose a mí, como si necesitase que yo estuviese presente para reafirmar su victoria.

—No pretendo darte ningún discurso, no soy de esa clase de amigos. —Soltó una risa seca. No iba a explicarle que tal vez en ese momento no éramos amigos, no obstante, lo seríamos. Tampoco pretendía contarle que tenía en mente ser mucho más que eso, dejaría las sorpresas para el final—. Solo quiero que sepas que no me importa que estés con él.

Me aparté, alcé las palmas de las manos y meneé la cabeza con desinterés. Uno que no sentía para nada.

Val dudó. Con total seguridad, no era eso lo que esperaba.

Creo que yo tampoco, teniendo en cuenta que había entrado enfadado por su último alarde de besitos en el pasillo.

Sí, he dicho «besitos».

—¿No te importa? —Pareció dudar—. ¿Y crees que a mí me importa que no te importe? —rectificó.

Me anoté un tanto por su primera reacción, por supuesto.

—Para nada. Lucas es un buen tío. —Al que me iba a cargar—. Y creo que te hace bien.

Me ardían esas palabras en la boca.

—Bien —soltó ella.

—Bien —zanjé yo.

Me hizo a un lado, empujándome como si estuviese muy enfadada. Mucho.

Cerré los ojos y apreté los labios. Me agarré al lavabo porque quería pararla, encerrarla en uno de esos cubículos y besarla hasta que nos desarmásemos. O hasta que encajásemos como quería que lo hiciésemos.

Quería algo o todo. Lo quería todo.

Escuché la puerta cerrarse y entonces respiré. Al momento, se abrió de nuevo y fue Laura la que apareció frente a mí y me arrastró fuera.

—¿Qué le has hecho? Valeria estaba muy enfadada cuando salió. Iba soltando tacos a diestro y siniestro.

Cosa que no me sorprendió.

—Solo le he dado mi bendición.

—¿Tu bendición para qué?

—Para su relación con Lucas.

—¿Acaso ella te la ha pedido?

—No —confirmé lo que Laura ya sabía.

—¿Qué coño te pasa con ella, Adam? Nunca te había visto así, las tías hacen cola por ti, no me jodas. ¿Valeria?

Asentí.

—No me importan el resto de las chicas, solo ella.

—¿Es un capricho? Ya sabes, como no puedes conseguirla..., la deseas aún más.

Lo había pensado. Lo juro. Había barajado esa opción como una muy válida. Solo que la descarté con rapidez porque tenía muy claro que no era eso lo que sentía. No era un reto, a pesar de que lo fuese. Vaya contradicción esa.

—No lo es.

Laura me miró con recelo, no tenía del todo claro si estaba contando la verdad o era una mentira.

—Vale, pues quiero que sepas que estás bien jodido porque esa chica te odia profundamente. Y te lo has ganado a lo largo de los años, nadie puede culparla de ello.

Lo sabía. Muchos veranos buscándole las cosquillas y ahora, ahora que estaba aquí, a pesar de que habíamos crecido y de que ella ya no llevaba trenzas, seguíamos igual.

—¿Me odia?

Puede que tuviese una autoconfianza de la hostia, sin embargo, no tenía del todo claro que ese odio fuese real.

Laura solo asintió. Ella así lo creía.

Entramos en clase hablando de otras cosas que nada tenían que ver con mi vecina de al lado.

Al día siguiente, Lucas y Valeria no estaban juntos. Por lo que supe, lo dejó al acabar las clases, justo después de mi intrusión al baño femenino.

Llamadme presuntuoso, pero no os negaré que lo esperaba. Tal vez no tan pronto, aunque me

alegraba que hubiese sido así.

CAPÍTULO 11

Valeria

En la actualidad. Cuando escribir en el diario es mejor que husmear por la ventana.

Querido diario:

Hoy lo he visto. Lo he visto de frente, quiero decir. O sea, de frente sin espiarlo, cara a cara, porque de frente lo he visto también a través de la ventana. Tú ya me entiendes o no, porque eres prima hermana de las libretas y, claro, entenderme no está dentro de tus labores, digamos que me soportas. Sí, exacto, eso es.

Verlo ha sido como una bofetada. Como un incendio. Como un subidón de adrenalina después de un salto en paracaídas o como esconderte para fumarte un pitillo sin que tu madre se dé cuenta de ello. Justo como hago en este instante.

Me he prometido dejar de fumar, lo juro, lo haré, y no solo porque esté harta de escuchar a Bea refunfuñar, sino porque es un vicio insano y todas esas cosas que ya sabemos, solo que... lo necesito porque, tras lo vivido hoy, a ver quién es el guapo que me juzga.

¿Y sabes qué es lo peor? Lo peor ha sido darme cuenta de lo mucho que lo he echado de menos y de las inmensas ganas que tenía de abrazarlo.

¡Ya está! Ya lo he escrito. La realidad es esa, lo que lees o escuchas o sientes. La realidad es que... todas y cada una de las veces que he imaginado cómo sería nuestro reencuentro, cómo actuaría, cómo me comportaría o qué sentiría, no pensé ni por asomo que huiría sin más con el rabo entre las piernas. Yo. A lo que he llegado.

También he pensado mucho en eso que me dijo Laura antes sobre ser amigos. Incluso Bea lo mencionó, aunque luego rectificase.

Lo he descartado en varias ocasiones y lo he barajado otras tantas. Y, tras

meditarlo, he deducido algo superimportante. Tienen parte de razón. La tienen. Laura siempre ha sido la más sabia de las tres; Bea, la más impulsiva, y yo, la más cabezota. Como diría Marcela, la abuela de Adam, somos las tres patas de una mesa.

En fin, que he pensado mucho en ello. Y he llegado a la conclusión de que no podemos ser amigos, es imposible que lo seamos porque creo que, a pesar de todo, seguimos siéndolo todavía. Que, bueno, eso nunca lo hemos dejado de ser.

He querido mucho a Adam, tanto que duele. Y lo sigo queriendo, con matices.

Lo quiero como esa persona que formó parte de mi pasado, como ese chico que fue mis primeras veces en todo. Pero creo que ha llegado el momento de dejarlo atrás como lo que fue y solo asumir que es eso, pasado. Sin más.

Porque lo quiero, solo que no de esa manera.

Porque no lo quiero de esa manera.

De veras, créeme, no lo hago.

Y, si no lo hago, ¿por qué lo escribo tantas veces?

Joder, es horrible sentir dudas. Y confusión y todo a la vez y junto.

Tal vez sea hora de que hablemos y zanjemos todo lo que tuvimos, y quizá, de esa forma, pueda pasar página y casarme con Adam.

Con Rafa, joder, con Rafa.

Me cago en la puta.

No doy una, ¿ehh?

Chauuuu.

CAPÍTULO 12

Valeria

Hace nueve años, cuando se coló en mi habitación por primera vez.

E se día era mi cumpleaños.

Acabábamos de llegar a casa después de una jornada de lo más ajetreada.

Tuve clase, y mis compañeros me sorprendieron cantándome el *Cumpleaños Feliz* en medio del aula. La profesora Morán lo permitió, a pesar de que era recta como un palo. Tras el alboroto inicial, sacamos el cuaderno y nos marcó un examen de Química. Ohh, qué divertido y vaya regalazo que me había hecho la muy...

Lucas me llevó una caja de bombones, y la acepté de buen grado. Bea creía que lo había hecho con segundas intenciones o con la esperanza de que retomásemos nuestra relación donde la habíamos dejado meses atrás.

Eso no iba a suceder porque, aunque me jodiese admitirlo, no sentía nada por él más allá de la atracción física. Ni siquiera lo besaba pensando en él, posaba sus labios sobre los míos y, en mi cabeza, era otra boca la que devoraba.

—Buenas noches.

Me despedí de mis padres, y Camila y yo subimos a nuestra habitación. Habíamos salido a cenar todos juntos, como solíamos hacer cada vez que celebrábamos algo.

—Buenas noches, chicas —se despidió mi padre desde delante del televisor.

Mi madre debía de haberse metido ya en la cocina. O tal vez hubiese tenido una dosis más que suficiente de sus hijas por ese día.

Ni confirmo ni desmiento que me puse pesada con eso de que quería una mascota. Un gatito, redondito, gordito y juguetón. Un perrito blanco que se manchase cada vez que saliese o, no sé, una tortuga a la que llamar Velociraptor. Lo que fuese.

Mi madre tenía las ideas muy claras y era de esas que no cambiaban de opinión así como así.

—¿Crees que tengo los pies hinchados?

Ahí estaba mi hermana, la hipocondriaca.

—Tienes los pies perfectos.

Los observó, los analizó y no me creyó ni por asomo.

—Los meteré en agua y sal por si acaso. Buenas noches, Val.

—Buenas noches, Cami.

Me despedí y entré en la habitación. Todo está tal cual lo había dejado. Los deberes dispersos por todas las superficies planas que existían, bolígrafos en el suelo y algunos calcetines solitarios que no tenían pareja. Mamá aseguraba que teníamos una lavadora carnívora.

En fin, esos calcetines me los ponía para estar en casa, aunque no tenían a su otra mitad. No

importaba, era divertido mirar hacia abajo y encontrar ranas y serpientes. O aguacates y fresas. O amapolas de distintos colores, tamaños y formas.

Abrí la cajonera y extraje el pijama. Cogí ropa interior limpia y decidí darme una ducha antes de meterme en la cama. Una rápida.

Mientras se calentaba el agua, le envié una foto a Bea con el diario nuevo que me habían regalado mis padres y que estrenaría en breve. Sabía que eran cosas de niñas, es más, mi primer diario me lo regalaron con apenas siete años, diez hacía desde entonces, y no me importaba en absoluto admitir que no sabía que me aficionaría de esa forma a escribir. A trasladar mis pensamientos, sentimientos y emociones a un trozo de papel que nadie podría leer. No tenía que simular ser alguien que no era, no tenía que esconder lo mucho que me gustaba Adam o lo mucho que lo odiaba por ello. Podía escribir lo que me diese la gana sin más.

Una vez terminé de ducharme, regresé a mi habitación. Cerré con calma y... «Que alguien me pinche para despertarme de esta oscura pesadilla, por favor».

—Buenas noches, princesa.

Abrí la boca. Pegué mi cuerpo a la puerta y sentí que estaba cometiendo el mayor delito de mi vida y que, si mi madre se enteraba de eso, me castigaría por toda la eternidad o, peor aún, me ataría a la pata de su cama y no me dejaría abandonar su habitación nunca más.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso te has vuelto loco? Estás en mi casa, ¡en mi habitación! —Intenté no gritar, susurraba, solo que de una forma en la que me hacía sentir ridícula. Estaba nerviosa y excitada.

Sí, lo estaba. Lo escribiría luego en mi diario. Me moría de ganas de hacerlo.

—Muy bien, veo que sigues siendo inteligente. En efecto, estoy en tu habitación, en tu casa. —Aplaudí.

Sentí ganas de aplaudirle yo en su abdomen. Con los puños cerrados.

—No has respondido a mi pregunta, ¿qué haces aquí?

Me dio la sensación de que estaba nervioso. Se dio la vuelta y a punto estuve de pedirle que no se fuera. Cada vez me costaba más mantenerme alejada de él.

A pesar de que siempre se metía conmigo, de que era de lo más inoportuno, de sus comentarios hirientes o de que me deshacía las trenzas o tiraba de mi pelo suelto, me gustaba.

Reconocerlo era vergonzoso y puede que tuviese que comerme ese hormiguero que le había mencionado a Bea. Por eso quizá no lo afrontaba sin más —por la vergüenza, no por el hormiguero—, y me limitaba a escribirlo en mi diario y a esconderlo bajo el colchón.

Me acerqué con cautela y entonces volvió a entrar en mi habitación, en esa ocasión, llevaba una magdalena con una vela clavada en ella.

¿Qué? O sea, ¿qué?

—Es tu cumpleaños. Quería felicitarte. No he podido hacerlo en todo el día. No sabía que fueses tan querida. Una chica como tú, con ese genio y que tenga tantos amigos.

Sí, ahí estaba, el Adam que me buscaba las cosquillas, solo que... no podía dejar de mirar la magdalena, la vela y de pensar en el gesto que todo eso escondía.

—Es...

—Una magdalena.

Puse mala cara.

—Estúpido —lo insulté.

Sonrió, y casi me desmayé. Me gustaba cómo sonreía, es más, me gustaba demasiado, aunque eso él no lo sabría nunca, por supuesto, no sería yo la que se lo contase.

Colocó la magdalena con sumo cuidado sobre la cómoda de la que yo había sacado el pijama

que llevaba puesto. No me había dado cuenta ni siquiera de eso.

Adam conseguía que bajase mis defensas. Era odioso. Y, de nuevo, bochornoso.

—Veo que el orden no es una de tus cualidades.

Ladeé la cabeza.

—Tal vez quieras probar alguna de mis cualidades. —Me puse a dar golpes con el puño cerrado en la palma de mi mano, dejando entrever a qué me refería. No me hizo maldito caso, ni siquiera se estremeció.

—Me gustaría probarlas, por supuesto.

No hablaba de mi puño. No estaba preparada para preguntar a qué se refería, básicamente, porque, si me respondía algo obsceno, me lanzaría a sus brazos. Y no queríamos eso, ni tú ni yo lo queríamos. Puede que él tampoco.

Me acerqué con cautela y entonces sacó un mechero del bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Desde cuándo tienes un mechero a mano?

—Desde que mi amiga cumple años.

—¿Amiga? —Me reí. Mucho y muy fuerte. Él no—. No somos amigos. Somos enemigos.

—¿Eso somos?

«¿Eso somos?».

No respondí a su pregunta. Tal vez creyese que eso era lo que éramos, pero de lo que crees a lo que es siempre hay un mar de por medio.

Encendió la vela con presteza, alzó la magdalena y comenzó a cantarme. Bajo, muy bajo.

Mientras tanto, yo me derretía.

Lo hacía sin querer. Era mi cuerpo, el muy traidor, el que tenía vida propia.

—Ahora tienes que pedir un deseo —me contó cuando terminó.

Como podéis imaginar, estaba obnubilada. Por él, por su cercanía, por su voz, por el detalle, por todo.

Cerré los ojos y soplé la vela.

Me avergoncé de lo que había pedido. Por supuesto que lo hice, y lo achaqué a los nervios y a la emoción del día. Nunca, al deseo que sentía por él.

Quería que me besara. Me lo había imaginado en infinidad de ocasiones, sobre todo, cuando era Lucas el que lo hacía.

—¿Qué has pedido?

—No puedo contártelo, si lo hago, no se cumplirá.

Y solo deseaba que se cumpliera.

Me sonríó de nuevo. Me derretí un poco más.

Trencé mi pelo mientras él quitaba la vela. Y aguardó expectante.

Partió la magdalena en dos y me tendió la mitad. Estaba rellena de chocolate. Mi favorita.

—¿Cómo sabes que...? Bah, déjalo —rectifiqué a tiempo.

—Porque te miro.

Esa fue su respuesta. Y yo... me quedé boquiabierta.

Se comió su trozo de magdalena de un bocado, y yo, de dos, saboreando el chocolate y el momento que compartíamos. Estaba asombrosamente cómoda con él ahí, es más, no quería que se fuese y eso me daba rabia.

—No pienses que esto es una tregua, Adam.

—No pienso que esto sea una tregua, Val.

Me encantaba cómo pronunciaba mi nombre.

Sacudió sus manos y se acercó. Pensé que iba a besarme, joder, deseaba que cumpliera mi

deseo y lo deseaba ya.

No lo hizo. Me acarició la mejilla. Algo tan simple y con tanta intensidad que me descolocó.

—Feliz cumpleaños, princesa.

Se acercó a la ventana.

—Procura no partirte la crisma saltando hasta tu ventana. —Sonreí con malicia.

—Sería una auténtica pena.

—No tanta. —Alcé las cejas, y me sonrió.

Salió, y casi me llevo las manos a la barriga justo cuando volvió a entrar.

—Pronto. —Fueron sus palabras—. Pronto se cumplirá tu deseo.

Esa noche no pude dormir. Estaba demasiado excitada.

CAPÍTULO 13

Adam

En la actualidad, cuando no piensas darte por vencido y te conviertes en un tramposo.

El impacto en el pecho fue bestial.

Regresé al pasado cuando la vi. A las amapolas, a las noches en su habitación, cuando me colaba a través de la ventana y nos tumbábamos en su cama, a esos días en los que le robaba su diario y lo leía sin que supiese que lo hacía o a cuando me pillaba haciéndolo, a los calcetines desaparejados, a las confidencias y a los besos.

Regresé a su tacto y a lo que me hacía sentir con él.

Y la echo tanto de menos que me duele.

—¿Y bien?

Tras su huida, esperé la llegada de Tristán, tal y como planeamos esta misma tarde en el estudio de tatuajes. Román tenía que estar a punto de llegar también y le he pedido a Laura que regrese. Necesito explicarle todo, sincerarme, hacerlo de una vez. Porque Laura me importa muchísimo.

—Salió huyendo.

Mi hermano, apostado frente a mí, con un puñado de frutos secos en la mano y un botellín de cerveza en la otra, se sorprende por mi respuesta. O eso parece.

—¿Sin más?

—Sin más.

Mastica con extrema lentitud y traga.

—Pues era mejor de lo que esperaba. Yo te habría dado una hostia de campeonato.

Me carcajeo.

—Me alegra entonces que no hayas sido tú.

Él asiente. Yo bebo para matar el silencio y el anhelo y todo. Absolutamente todo.

—¿Y cuál es tu siguiente movimiento? —me pregunta yendo directo al grano.

—¿De qué movimiento habláis? —Román se acomoda al lado de mi hermano, justo enfrente, y me siento como un preso al que juzgan.

—Adam se ha encontrado a Val mientras nos esperaba.

Román, al que a veces te dan ganas de ahogarlo con una almohada, comienza a darse besos a diestro y siniestro.

—Nada más lejos de la realidad —apostilla mi hermano, que no pierde la sonrisa.

—Ha huido.

Nada, él erre que erre, sigue dándose besos a sí mismo.

—¿Entiendes ahora lo de Laura? —me pregunta mi hermano señalando a su compañero de

sillón.

Román frena en el acto cuando el nombre de mi amiga sale a la palestra y se deja caer como si se hubiese desinflado.

—No me hace maldito caso.

Le tiendo el puño, él lo choca sin pensar.

—Bienvenido al club de los imbéciles.

—Soy como un perrito faldero, la persigo, y ella no quiere saber nada de mí.

—Tal vez deberías utilizar la técnica contraria... —explica mi hermano, que sigue comiendo frutos secos—. Hacer como si no te importase.

—¿Es esa la técnica que tú utilizas con Bea?

—¿Con Bea? —inquiero sorprendido. Es decir, ¿Bea, Bea? Todavía sigue con ese asunto...

—Bea es un tema aparte. —Sí, esa Bea.

—Tu hermano finge que esa chica no le gusta, ¿sabes? Están todo el día discutiendo. Ella le deja basura en la entrada del estudio, y tu hermano le ha hecho pintadas en su puerta. Enamorado es insoportable.

Mi hermano lo empuja, y Román casi se cae al suelo porque no se esperaba el golpe en cuestión.

—Bea no me gusta en absoluto —sentencia y desvía la mirada.

Vale, está mintiendo. Y, aunque durante todo este tiempo no me haya sacado el tema ni yo haya preguntado, veo que hay cosas que no cambian, y Bea es un tema que mi hermano siempre ha tenido pendiente.

—Tristán, nos conocemos y sé cuándo mientes.

—Y yo sé cuándo tienes que cerrar el pico —me aconseja.

Como si no supiese que voy a pasar de lo que me diga de la misma forma en la que lo he hecho siempre.

Adoro a mi hermano, de veras que lo hago, y tenemos una relación sana, estamos muy unidos, sin embargo, es un cabezota del quince. Yo también tengo lo mío y soy egoísta, cobarde y la cago de forma regular, sobre todo con las personas que me importan. Pero quiero cambiar y arreglarlo todo, poner cada cosa en su lugar. Sin embargo, mi hermano siempre ha sido de esconder sus sentimientos tras una pátina de desinterés general por todo y las cosas le afectan más de lo que quiere demostrar.

—Se pelean y luego se acuestan, ¿qué opinas tú de eso? —insiste Román.

—Pienso que es mejor que te sientes a mi lado. —Porque mi hermano comienza a ponerse rojo y eso no es buena señal.

—Es mi hermana —insiste refiriéndose a Bea, por supuesto—. Y no le he roto la cara a tu hermano para defender su reputación porque sé que Bea es mejor que yo defendiéndose.

—Tu hermana es un tema que no te incumbe. —Tristán está a punto de explotar, que lo sé yo.

—Que no me incumbe, dice, ¿qué parte de que es mi hermana te has perdido?

—Y de que se la zumba. —Sí, no soy un buen tipo, me gusta meter un poco de cizaña también.

Tristán se incorpora, saca un billete del bolsillo y lo tira sobre la mesa.

—Que os den a los dos. —Y se pira.

—¡Ni se te ocurra ir a buscar a Bea! —grita Román.

Mi hermano, sin darse la vuelta, le muestra el dedo corazón y abandona el local.

—Lo has hecho mosquear —ironizo.

—Bah, no es nada nuevo, se le pasará. Solo quiero que se dé cuenta de que siente algo por

ella.

—¿Y Bea? ¿Siente algo por él? —Román alza una ceja—. Ya sabes, me he perdido muchas cosas en mis tres años sabáticos.

Tres años haciendo el imbécil y huyendo porque pensaba que era lo que necesitaba y no fue para nada así.

—Ella, bueno, es como un muro infranqueable. Me resulta imposible saber lo que quiere y lo que no. Solo sé que se comporta de forma sumamente rara cuando de Tristán se trata. Lo quiere matar, cosa normal en ella...

—Ya me he dado cuenta... —No se me ha olvidado la forma en la que me habló esta mañana cuando me vio.

—Lo es. Sin embargo, con Tristán hay algo raro, ya sabes que ellos siempre han tenido esa historia pasada, tienen asuntos pendientes. En el fondo, solo quiero que sean felices y sé que podría funcionar.

Coloco la palma de mi mano sobre su hombro, Román es un buen tipo. Siempre lo ha sido. Y estoy muy de acuerdo en lo que me cuenta, yo también creo que tienen temas que resolver y que no saben enfrentarse a sus sentimientos.

—Yo no me metería en sus asuntos —declaro.

—¿Quién te dice que yo me meta en sus asuntos?

Sonrío de medio lado, sabiendo que eso es justo lo que hace.

—Llámallo intuición.

Román se carcajea, ni confirma ni desmiente nada.

—Vale, pues tu intuición espero que me vea casándome con Laura, porque, joder, me muero por ella.

—¿Se lo has dicho? —Voy directo al grano.

—¿Cómo voy a hacerlo si no me permite ni acercarme? Creo que tiene un *spray* antiRomán en el bolsillo. Me acojona, Laura es una chica muy dulce, pero tiene su carácter. Intenté hablar con ella, contarle lo que siento, de veras.

—¿Y?

—No me quiso escuchar. Me explicó que entre nosotros estaba todo muy claro. Una noche y nada más. —No me sorprende.

—Dale tiempo.

—Eso he hecho. Aunque a veces me cuesta porque deseo acercarme, abrazarla, besarla... Estoy cansado de comprar cafés y tirarlos porque acaban llenos de babas.

Me carcajeo yo también.

—¿Sabes que esta mañana me escupió en el café? —se lo cuento para que se ría.

—Pues yo eso lo definiría como «gesto cariñoso» porque viniendo de ella... Dios, me tiene totalmente enamorado.

Otro más.

—Podemos formar un club, el de los estúpidos enamorados que darían cualquier cosa por sus chicas.

—Me pido ser el presidente. —Alza la mano.

Me encanta que, a pesar de todo, se lo tome así de bien.

Román y yo compartimos un rato más de risas y de confidencias, y le explico el motivo por el que he regresado.

Creo que es bastante consciente de lo jodido que estoy, es más, tengo la sensación de que le doy pena. Mucha más pena que antes.

Nos despedimos por fuera del local y prometemos vernos más ahora que he regresado. Tal vez una noche de billar o de pelis. Y pinchar a Tristán también está incluido en el plan.

Subo la cremallera de mi chaqueta mientras me encamino hacia casa de mi abuela. Es tarde, aunque no lo suficientemente tarde como para no compartir esa taza de té que siempre le gustaba tomarse antes de dormir.

He echado de menos hasta esos pequeños detalles.

Justo cuando estoy a punto de entrar en casa, alzo la vista y la veo sentada en el alféizar de la ventana, con las piernas por fuera y un cigarrillo en la mano. Ella no me ha visto a mí, lo que me permite unos segundos de ventaja para comérmela con los ojos.

Al menos con los ojos.

Por ahora con los ojos.

CAPÍTULO 14

Valeria

En la actualidad, cuando te arrepientes de eso que has pensado sobre ser amigos porque sigue haciéndote temblar hasta la raya del pelo .

— ¡R

afa ha venido! —Mi madre, que cuando de Rafa se trata es todo amor y devoción, grita desde abajo y empuja a mi padre para que suba a buscarme. Por si no la he escuchado. Estoy convencida de que Bea lo ha hecho desde la clínica dental. No os digo más.

Me topo con él justo cuando me dirijo a la escalera.

—Tu madre quiere que bajes porque ha llegado Rafa. —Pone los ojos en blanco.

Por todos es sabido que Rafa nunca ha sido santo de la devoción de mi padre. Y la verdad es que no lo entiendo, porque es un chico bueno, serio, trabajador, siempre tiene una sonrisa que regalarte y es servicial. Cualquier cosa que necesites, y en la que él pueda ayudarte, ahí está el primero.

Aun con eso, a mi padre nunca le ha caído del todo bien.

—La he escuchado. —Como para no hacerlo.

Me atuso el pelo y paso por su lado.

—No tienes por qué ir tan rápido, puedes hacerlo esperar. Tu madre se encargará de hacerle un café y de volverlo loco sobre los preparativos de la boda. Es más, le encantará que lo ponga al día porque... Ni siquiera entiendo por qué no se encarga él de todo eso con lo mucho que le gusta y disfruta y el suplicio que supone para ti. O, mejor todavía, no te cases con él.

—Papá... Ya sabes, lo hemos hablado.

—¿Y? No me gusta para ti. Es soso y aburrido. —Me tira de la mano y me mete de nuevo en mi habitación.

Yo cedo porque es mi padre y lo adoro.

—¿No se supone que eso es lo que debería convertirlo en el yerno perfecto? Nicolás lo es. Es el marido perfecto para Camila y te gusta para ella.

—Conoces a tu hermana. ¿Quién en su sano juicio podría aguantarla como Nicolás? Calla, menos mal que dio con un chico como él. Yo la hubiese metido a monja.

—Camila es especial. Ya sabes. —Y le guiño un ojo.

—Camila está todo el día buscando una enfermedad que encaje con su migraña, su gastroenteritis o su embarazo. Todavía pone en duda que dentro tenga un bebé y no una bomba radiactiva.

Me carcajeo porque sí, tiene razón. Cami es rara y, aunque yo la adoro, cuando empieza a describirte enfermedades y te explica las mil y una formas en las que se puede morir alguien sin haber cumplido los treinta, pues te saca de tus casillas, por supuesto. Y también te pone los

pelillos de punta.

—Bueno, pues Rafa terminará por gustarte, seguro.

Mi padre toma asiento en la cama y da un par de palmadas para que yo lo haga también.

—¿Sabes? Siempre pensé que te quedarías con él. —Señala la casa de al lado, miro por la ventana como si Adam fuese a aparecer ahí por arte de magia. Lo mismo que hice muchas noches, muchísimas, tantas que perdí la cuenta de ellas—. Marcela, Jacobo y yo comentábamos muchas veces lo bien que se os veía juntos, al menos, cuando no decidíais mataros. Erais como agua y aceite, y no me preguntes el motivo, pero, a pesar de no ligar a la perfección, era imposible no ver que, cuando os mirabais o cuando estabais cerca, había algo, una energía danzaba a vuestro alrededor. Hubieseis podido prender el cielo juntos.

«Hubiésemos podido prender el cielo juntos».

Esa frase que, *a priori* parece simple y llana, hace que todo en mi interior se remueva, porque sí, nos he sentido de esa forma muchas veces. Éramos como dos imanes, imposibles de separar. Hasta que lo hicimos.

—Lo que tuvimos Adam y yo siempre estuvo abocado al fracaso. Él se fue, yo me quedé. —Y todo lo demás que no pienso contarle. Porque puede que sea mi padre, no obstante, no soy del todo ilusa. Un poco, no del todo.

—Yo no lo creo. —Mi padre clava sus preciosos ojos en mí y me veo reflejada en ellos. Somos tan iguales... Aunque yo con mucho más pelo que él—. En fin, baja, te espera el aburrido de tu novio.

—Mi prometido.

—Eso está por ver...

Me carcajeo porque sí, a mi padre no le gusta nada Rafa, sin embargo, siempre ha sabido respetar mis elecciones, a pesar de ello.

Cuando llego a la cocina, no podría estar más de acuerdo con mi progenitor. No en lo de que sea aburrido, aunque Rafa nunca ha sido una fiesta andante, es..., bueno, es una persona a la que no le gustan los cambios, no es aventurero, no toma decisiones sin meditar los pros y los contras. Me da seguridad y estabilidad, eso es.

La escena es muy sencilla: mi madre le está enseñando una revista de flores. Sí, el cementerio entero está ahí y no solo eso, tiene varias más desperdigadas por la mesa con vestidos de novia. ¿Quién coño se lo va a poner? ¿Él o yo? Cáterin y hasta bailes. De veras, necesito que pase todo esto ya. Prefiero estar con mi hermana y sus búsquedas en Google sobre enfermedades que presente en esta sala.

—¿Nos vamos? Llegaremos tarde —los interrumpo.

—No tenemos prisa —responde mi madre, que sigue señalando la revista.

—Tenemos hora con Bea.

—Bea puede esperar —insiste mi madre.

—Bea y su consulta dental.

Porque Rafa es muy majo, pero odia ir al dentista.

Rafa sonríe, se levanta y le da dos besos a mi madre. Mi padre refunfuña algo detrás de mí, y lo pellizco cuando paso por su lado.

—Tienes a mi madre en el bote —sentencio cuando salgo de casa con él a mi lado.

—Para que un matrimonio funcione, tienes que tener una buena relación con la suegra.

Pues vaya, porque la madre de Rafa no me cae bien y, ya puestos, yo a ella tampoco.

—Sí, estoy segura de que eso es lo más importante para que un matrimonio funcione —ironizo.

No lo pillas, solo me coge de la mano, y caminamos así.

Me va contando todo lo que le ha pasado en el trabajo esta mañana, la tarde que tuvo ayer y el motivo por el que no nos vimos. Justo cuando le voy a explicar lo que hice yo, suena su teléfono y responde. Trabajo, por supuesto.

Mientras él habla, llego a la consulta y por fuera está Bea, peleando con Tristán, para variar. No sé ni por qué me sorprende. Román está a un lado, como si disfrutase de la escena.

—No me mientas, has sido tú el que ha dejado una bolsa con embutido podrido por fuera.

Tristán parece alterado, aunque..., con Bea hecha una furia, a ver quién es la guapa que se lo recrimina.

—Te he dicho que no he sido yo. Y no miento.

—¡Ja!

—¿Ja?

—Sí, ¡ja!

—¿Ja qué?

Pues menuda conversación esta.

—Dudo que no mientas. Porque te conozco y sé cómo eres.

—¿Me conoces? ¿Me conoces, dices? Perdona, pero no me conoces de nada.

Observo la escena, cómo se acercan cada vez más, y ya sé, de antemano, cómo va a acabar esto, y follar en la calle es delito. Creo. No estoy del todo puesta en el tema, sin embargo, estos dos cada vez que discuten lo hacen como cajón que no cierra.

—¿Román? —pregunto.

Él alza una ceja y sigue mirándolos. ¿De veras nadie va a hacer nada?

—Ya está bien, chicos. No hay necesidad de discutir de esta forma. Bea, no ha sido mi hermano. Tristán, basta ya.

Y *voilà*. Ahí está mi peor pesadilla, el fantasma de la Navidad o el terror de las nenas, como prefiráis llamarlo.

Lo que sucede es que Bea y Tristán se callan y se separan unos metros. Esto no se va a quedar así, mi amiga mañana no va a poder caminar, os lo digo ya.

Adam se percató de mi presencia y me regala una de sus sonrisas. Giro la cabeza ignorándolo, no sé cuánto tiempo me va a durar esta técnica y cuánto podré aguantar sin lanzarme a sus brazos.

Entonces una mano se posa en mi cintura y me recuerda que no puedo lanzarme a ningún lado porque estoy con Adam.

Joder, mierda, con Rafa.

Ra-fa.

—Ya estoy. —Observa la escena y entonces repara en él.

En el que fue uno de sus mejores amigos.

—¿Adam? ¿Adam de Haro? ¿Has vuelto?

No parece nada preocupado, en absoluto, porque Rafa es consciente de nuestro pasado. Del presente no, porque no existe y no existirá.

—He vuelto. —Y me mira y me desgarras por dentro.

Ha vuelto. ¿Cuántas veces quise que eso pasase?

—¿Bea? —pregunto intentando que me saque de aquí.

—Podemos ir pasando. Eres el siguiente, Rafa. —La comisura de los labios de mi amiga se alza como diciendo: «¿Ves? Yo sí digo el nombre correcto». Maldita arpía.

Paso por su lado e intento entrar.

—Tenía que haber dejado que te pegases con él. O que te lo follases aquí, delante de todos.

—Eso no volverá a pasar.

—¿Te lo has tirado delante de alguien? —No me sorprendería.

—No preguntes si no quieres conocer la respuesta.

Por supuesto que pienso preguntar, vamos que si lo haré.

—Tenemos que vernos y celebrar tu vuelta —apunta Rafa. Oh, sí, qué fiesta más chula esa.

—Sería genial, como en los viejos tiempos. —Adam me mira, yo pongo los ojos en blanco.

Sonríe, y me lloran las bragas.

Me cago en la puta.

Tristán y Román ya han desaparecido, Bea ha entrado, y Rafa lo hace antes que yo. Me doy la vuelta con la intención de entrar yo también y entonces me sujeta la mano.

—No me has olvidado. Lo veo en tus ojos. —Ni de coña.

—Te daré un consejo y gratis: vete al oculista.

Me deshago de su agarre y..., bueno, siento su tacto durante horas. Y me gusta más de lo que debería.

CAPÍTULO 15

Adam

Hace nueve años, cuando leí su diario por primera vez sin que ella lo supiera.

Hacía solo una semana que me había colado en su habitación y que, en cierta manera, habíamos firmado una especie de tregua.

No os apresuréis, no es que nos hubiésemos convertido en amigos del alma —porque Val no quería, por supuesto—, tampoco es que ella fuese todo sonrisas y suspiros y que yo hubiese dejado de provocarla. A esas alturas de la película tenía bastante claro que entre nosotros nada era idílico y no quería que lo fuese tampoco.

Primero, quería disculparme porque me había colado en su habitación. Solo que ya sabemos que eso de ser un buen chico no iba del todo conmigo.

Pensé que ella estaría y que podríamos, no sé, ¿charlar? ¿Besarla hasta que el mundo se consumiese y solo quedásemos ella y yo? ¿Hacer croché? No, dudaba que eso fuese algo que pudiésemos hacer. Val carecía de paciencia, y yo, de habilidades.

Me colé en su habitación de la misma forma que lo hice en su cumple. Supe que había llegado porque vi la luz reflejándose en las cortinas de amapolas y su sombra cruzando por ella. Llevaba horas esperando, aguardando. Había comprado una magdalena y me había llevado a Laura conmigo para hacerlo porque necesitaba que estuviese bien llena de chocolate, como sabía que a ella le gustaban, y mi amiga, para esas cosas, tenía un detector, un radar del dulce.

Laura aseguró que se me estaba yendo la cabeza, y yo solo pensaba que era un jodido genio. Sí, sabemos que eso de quererme mucho lo llevaba de puta madre, de ego iba algo sobrado.

Con la convicción de que ese día también había llegado porque, mientras hacía los deberes, vi una sombra de nuevo en su habitación, salté de mi ventana al árbol que estaba entre ambas casas y me colé de nuevo en su guarida.

Me había equivocado, Val no estaba ahí y esperaba que no estuviese comiéndose a besos con otro tío e imaginando que era yo. Porque eso era lo que pensaba que sucedía. Valeria me daba dolor de cabeza porque era como una jodida bomba a punto de explotar, y yo solo deseaba que saltase conmigo por los aires.

Dicho esto, y corriendo el riesgo de que me pillase su madre o su hermana como buen intruso que era, me tumbé en su cama, me coloqué ambas manos bajo la nuca y me dediqué a mirar el techo esperando no dormirme.

No sabía cuánto tiempo había pasado, solo que me aburrí. Observé lo que me rodeaba. Había calcetines desaparejados por todos lados, varios libros románticos que utilizaría para burlarme de ella, por supuesto, algunas pinzas para el pelo, una camiseta tirada en el suelo, bolígrafos de colores y una libreta.

O lo que parecía una libreta, encima de su mesilla de noche.

Sobra confirmar que llamó poderosamente mi atención y que, cuando la sujeté entre mis dedos, me sentí como si estuviese haciendo algo indebido, como si estuviese vulnerando su intimidad.

«Como si no lo estuviese haciendo ya, colándome en su habitación y quedándome en ella sin que esté presente». Eso me alentó a continuar.

Abrí la primera página, temeroso de lo que pudiese encontrar.

Solo había un par de líneas, su nombre y una fecha. Y dibujitos, de esos había varios.

Sonreí. Me parecía tan ella...

Pasé otra página más y encontré una advertencia:

Ni se te ocurra seguir leyendo, si lo haces, una maldición caerá sobre ti y te saldrán pelos en las manos. ¿Me has escuchado, mamá? Pelos en las manos, y tú y yo sabemos que no quieres tener las manos peludas como un orangután.

Eso sí que me sacó una carcajada de lo más genuina. Total, que pasé la página porque la maldición iba dirigida a su madre y no a mí. Alcé los hombros y me convencí de que no hacía nada malo.

Era un diario.

Separé la vista de las hojas y miré hacia mi habitación. Si Valeria se enteraba de aquello, me mataría. Me mataría con sus propias manos, peludas o no, porque allí, entre mis dedos, estaban sus más oscuros secretos. Y yo me moría por conocerlos todos. Todos y cada uno de ellos.

En fin, que me metí de lleno a leer.

Pasaba páginas y páginas en las que explicaba cosas de Bea, de su madre o de su hermana.

Hasta que un «Adam» se coló entre las líneas.

Mi corazón comenzó a latir con tanta rapidez que pensé que me estaba dando un jamacuco.

Hoy me lo he cruzado otra vez por los pasillos. Caminaba con una seguridad pasmosa, tanto era así que el resto de chicas se giraba para comérselo con los ojos. Alguna incluso suspiraba, por favor. ¿Quién coño se pensaban que era? ¿Chris Hemsworth? Si ni siquiera Adam es rubio.

Sonreí, vaya, me comparaba con ese tipo. ¿Ese era el tipo que a ella le gustaba? Porque, hasta donde yo sabía, Lucas tampoco era rubio. Ni siquiera pensé que le gustasen los rubitos.

Lo peor de todo fue que yo misma me percaté de que también me lo comía con los ojos. Por favor, tendría que lavármelos con lejía luego.

Bea me dio varios codazos y me dijo lo bueno que estaba Adam. Fingí vomitar. Era lo que tenía que provocarme Adam, vómitos.

Era... Vaya forma de conjugar el verbo.

Sin embargo, y puesto que hemos llegado al acuerdo tácito de no mentirnos, me moría de ganas de...

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

Alcé la vista y no pude acabar la frase. Joder, ¿en el mejor momento? ¿Justo cuando iba a saber lo que provocaba en ella? ¿Se moría de ganas de matarme? ¿De enterrarme vivo? ¿De arrancarme los ojos? ¿O tal vez quisiese arrancarme la ropa como yo quería hacer con ella en muchas ocasiones?

Cerré de un plumazo el diario sabiendo que volvería a por él cuanto antes.

No pensaba obviar para nada lo que había leído. Es más, no quería hacerlo ni de coña.

—Estaba aburrido y pensé que leer me vendría bien para relajarme. No esperaba que fueses tan buena plasmando sentimientos.

Me quitó el diario de la mano con una fuerza que me sorprendió. La rabia bullía en su interior y se lo notaba en las mejillas.

O tal vez fuese el deseo. Sí, podría ser el deseo. Quería que fuese eso.

Me recordó a aquella niña a la que le había destrozado las trenzas hacía años.

—La próxima vez que te aburras, puedes jugar con lo que meas.

Oh, esa había sido buena. Era ingeniosa. Me gustaba que lo fuese.

—O tal vez puedas jugar tú.

—Antes me corto las manos.

No quería hacerlo, sé que no debía hacerlo, sin embargo...

—Hay otras partes del cuerpo que puedes utilizar además de las manos...

Me dio un golpe en la barriga con el diario. Lo aguanté como pude.

—Fue-ra. ¡Ya!

—¿Segura? Estamos en la mejor parte, en la que te explico qué partes son...

Recibí otro golpe y me carcajeé, mucho. Ella se sorprendió y... rio conmigo.

Dios, lo supe, en ese momento lo supe.

La quería conmigo y la querría siempre.

Hasta que la cagué, por supuesto.

CAPÍTULO 16

Valeria

En la actualidad, cuando quieres darle con el puño en la cara y luego besarle todas y cada una de las heridas.

Querido diario:

¿Cómo se le ocurre? ¿Cómo se le ocurre tocarme la mano? Después de todo lo que hemos pasado, de su abandono, porque eso fue justo lo que hizo, se piró dejándome aquí, con muchas incógnitas y sin explicación alguna.

¿Quién se cree que es? No es nadie. ¡Nadie!

¿Y Rafa? ¿Ahora son amigos íntimos o qué? Es decir, ya en su día fueron amigos íntimos, claro, porque eso es justo lo que eran, no obstante, dudo mucho que lo haya echado de menos. No al menos como lo he hecho yo.

Y, bueno, no hablemos ya de la posibilidad de quedar y charlar como en los viejos tiempos, eso no va a suceder. Porque no podemos ser amigos. ¿Recuerdas que hace apenas unos días te dije que no podíamos serlo porque en realidad lo éramos? Pues era una soberana mentira.

Sí, ya sé que me miento mucho a mí misma y en infinidad de ocasiones y que solo contigo puedo ser totalmente sincera. Y con Bea, porque ella, a pesar de todo, entiende cómo me siento. Y hablando de Bea...

Creo que está más pillada que nunca por Tristán. Tenemos que tener una conversación de esas que tan poco le gustan sobre admitir las cosas y afrontarlas. Aunque yo no soy nada buena en llevar a cabo esta premisa, porque, desde luego, me va como el culo todo.

No me hagas mucho caso, creo que sigo en shock por todo lo que ha pasado.

Te dejo, tengo que mirar unas veinte revistas de vestidos de novia. Si no me paso por aquí mañana, es que habré muerto ahogada entre tanto

brillibrilli.
Chauuuu.

CAPÍTULO 17

Valeria

En la actualidad, cuando enfrentarte a una conversación cara a cara con Bea es como pelear en una piscina de barro.

— T

ú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Claro que sí... Tú y yo tenemos una conversación pendiente —recalca mi amiga con el dedo índice alzado.

Mucho me temo que no nos referimos ni por asomo al mismo tipo de conversación.

—Yo primero. —Tomo la delantera.

Sé de buena tinta que no va a ceder.

—¿Qué coño ha pasado esta tarde en la clínica? —Y ha ganado ella...

—Eso es justo de lo que quiero hablar. —Me cruzo de brazos.

—Vale.

—Vale —repito.

Sí, parece que ambas compartimos, además de amistad, humor. Vamos, que la cosa se nos puede ir de las manos en cualquier momento visto lo visto.

—Necesito salir de aquí.

No por nada o por todo, porque estar en mi casa últimamente me provoca estrés. Mi madre todo el día persiguiéndome para que elija hortensias cuando yo lo que quiero son amapolas. Mi hermana, que cada patada que da el bebé quiere ir a urgencias porque piensa que será capaz de atravesar la piel de su barriga y, no sé, quedarse así o algo, y mi padre..., mi padre, que me mira con tristeza, como si fuese consciente de que estoy cometiendo el mayor error de mi vida, pero asumiendo que es mi decisión y no la suya.

Bea no me lleva la contraria, salimos de mi habitación y bajamos las escaleras en silencio. Mi madre tiene puesto uno de esos programas en la tele que hablan de los cotilleos ajenos.

—Odio eso —sentencia mi amiga. No puedo más que darle la razón. Cuando la tiene, la tiene y punto.

—¿Has hablado con Laura? —Cambio de tema, al menos, hasta que estemos a solas.

—¿Sobre qué? —me pregunta.

—Sobre Román. —Sí, ese es otro frente abierto. A ver si voy a ser la única que tiene un marrón encima que te cagas, pues no, hija mía, aquí cada una tiene lo suyo.

—Va a ser que no. No soy de esas que se meten en los asuntos de los demás.

¡Claro que sí, maja! A papá gorila, plátanos verdes.

—¿Te estás escuchando?

—No, suelo comerte la cabeza a ti o, en su defecto, a Laura. Me dan pereza mis propios

pensamientos.

Comenzamos a caminar calle abajo, en dirección al polideportivo viejo en el que acabamos la otra noche también. Nos paramos frente a la pequeña tienda que hay al final.

—Entra tú —le pido, casi le suplico, cuando paramos en el estanco de la esquina.

—¿Yo? Ni de coña. Me niego a que crean que soy una fumadora. No lo soy, soy dentista, mira lo sonrosadas que tengo mis encías, eso no lo tiene alguien que fuma.

Me toco las encías por inercia.

—Las mías están perfectas.

—Ya me vendrás llorando cuando se te caigan todas las piezas dentales.

La dejo soltando un discurso de los suyos sobre las desventajas de fumar y los problemas bucales a largo plazo, y me adentro en el pequeño quiosco. No entiendo cómo es posible que por fuera sigan colgados los flotadores veraniegos del año pasado, apenas sin color, y que pretenda venderlos.

—Hola, Luzmila, ¿qué tal el día? —Sí, tengo que hacerle un poco la pelota porque no quiero que le cuente a mi madre ese vicio insano que tengo.

—Bien, muchacha, bien. ¿Ya tienes todo preparado para tu boda? —Niego. Pongo cara de asco, ella lo interpreta como pena. No es el caso para nada—. Tranquila, todo saldrá bien, es normal que estés nerviosa. —Asiento, poco más puedo hacer. Ahh, sí, pedirle una cajetilla de tabaco, por supuesto.

—¿Podrías, por favor, darme dos cajetillas de azul?

Esa voz no es la mía y no he sido yo la que las ha pedido. Aunque sí soy yo la que se sacude como una hoja de papel.

Me giro justo antes de pensar que hacer eso no es una decisión correcta porque..., porque me encuentro cara a cara con su sonrisa de medio lado, sus ojos verdes, ese pelo rebelde que le cae sobre la frente, y nos veo aquí, unos años atrás, intentando comprar tabaco sin que nadie lo supiese y..., bueno, eso no parece haber cambiado en absoluto.

—Adam, ¿cómo estás? Tu abuela vino a comprar el pan esta mañana. —Sí, esta es una de esa clase de tiendas en la que encuentras flotadores de playa, pan, refrescos y huevos del día—. Me explicó que habías vuelto. Te hemos echado de menos. —Es Luzmila la que habla, no he pasado del odio al amor ni nada por el estilo.

Carraspeo.

—No diría yo eso.

Luzmila me observa con estupefacción.

—Erais muy buenos amigos.

—Sí, exacto. —Lo éramos. Pasado, ya me entiendes.

Adam permanece en silencio como si todo esto le divirtiese muchísimo. No sé, me estoy poniendo un poco en evidencia, así que... cojo una botella de agua de la nevera y aborto misión tabaco. Bea estará más que encantada, a ver si así se le pasa el mosqueo que tiene.

Me despido de Luzmila y ni siquiera miro a Adam cuando salgo a la calle. No lo hago porque..., porque sería perjudicial para mi salud mental, y no, no quiero volver a eso.

Cuando he recorrido medio camino hacia donde se encuentra mi amiga, que está con su teléfono en las manos, seguro que viendo fotos de Tristán en Instagram, que lo sé yo, una mano sujeta la mía.

La electricidad me recorre de pies a cabeza. Maldito cuerpo, de todas las cosas que has decidido cambiar, justo eso no lo has hecho. Eres un traidor del quince.

—Toma, princesa.

Observo la cajetilla de tabaco que coloca en mi campo de visión y sí, ya sé que es asqueroso, sin embargo, es lo único que controla mis nervios, y... también es culpa suya. Todo es culpa de Adam, es mejor que vayamos asumiéndolo de una jodida vez.

No hago movimiento alguno para cogerla, a pesar de que me muero por hacerlo.

Sonríe, me sujeta la mano, me abre los dedos, la deja dentro y los cierra alrededor del cartón, como si de una caja se tratase, todo eso bajo su atenta mirada y la mía.

—Ya me darás las gracias.

Me guiña un ojo y sigue caminando sin más, despreocupado, como si no hubiese notado esas chispas que saltaban entre los dos, esa energía que nos rodeaba, esa tensión, deseo y anhelo que siempre nos envuelve.

Contengo el aire mientras lo observo caminar de forma despreocupada. Bea casi salta cuando se acerca a su altura y le grita «¡Bicho!» cuando pasa por su lado. No llego a saber si responde o no lo hace.

Comienzo a andar y los pies me pesan treinta kilos más que antes.

Abro la mano y le enseño la cajetilla. Bea chasquea la lengua con desaprobación.

—Tenía que haberle soltado algo mucho peor solo por eso. —Y señala el paquete de tabaco.

Yo sigo sin saber bien cómo responder, qué hacer o qué decir. Solo..., solo giro la cabeza y lo observo obnubilado.

Mi amiga tira de mí, y eso hace que salga del trance. Casi me arrastra hasta nuestro destino. Tomo asiento, saco el mechero de cactus y me enciendo un pitillo. Creo que hasta mi amiga tiene claro que lo necesito porque no me da la chapa sobre ello.

—Tienes que parar —me pide. Casi me exige. O me ruega, ya no sé bien.

Alzo la vista, la observo, sé a lo que se refiere.

—No puedo evitarlo, de verdad. No puedo hacerlo, es Adam.

—Lo sé, sé que es él, y él también lo sabe. Todos lo saben, menos Rafa. Parece de lo más tranquilo, si hasta propuso quedar con él como en los viejos tiempos. Ni se te ocurra. —Suena a amenaza encerrada en un sabio consejo.

—Tenemos que enfrentarnos a nuestro asunto pendiente —lloriqueo.

—Enfréntate a eso cuando estés bien, cuando hayas asumido su regreso.

—Se me acaba el tiempo, Bea. —Le doy una profunda calada y dejo que el aire salga, como si me purificase, y es asqueroso, lo es—. Tras la boda, dejaré de fumar.

Bea niega con la cabeza en varias ocasiones.

—Esa excusa la he escuchado muchas veces.

—Lo haré. Lo prometo.

No sé si se lo cree o no lo hace, solo que es tan buena amiga que asiente y no formula palabra alguna sobre lo que de verdad piensa.

—¿De qué querías hablar? —me pregunta.

Lo hace por mí, para que deje de pensar en él. Lo sé.

Suspiro, mi amiga se sienta a mi lado, me pasa el brazo por encima del hombro, y apoyo la cabeza en el suyo.

—Estaría bien que admitieses que sigues enamorada de Tristán. O, al menos, de la frustración sexual que sientes después de cada pelea.

Bea se carcajea. Ni confirma ni desmiente que tenga razón. Y eso, aunque ella no lo sepa, es una respuesta afirmativa.

Bea está loca por él, aunque..., ¿cuándo no lo ha estado?

CAPÍTULO 18

Adam

En la actualidad, cuando tienes una cita con tu mejor amiga y te da una dosis de realidad de la hostia.

— V

ale, aquí me tienes, querías verme, querías..., ¿cómo lo has llamado? Ah, sí, arrastrarte como una babosa, no, no, las babosas tienen más clase que tú, las babosas no huyen rápido. Ni siquiera pueden huir porque se las coge demasiado pronto.

Lo he pillado, Laura sigue mosqueada, me lo merezco. Y el escupitajo también.

—No lo he definido de esa forma —me quejo.

—Lo has definido como a mí me dé la real gana. Estas no son formas de disculparse —me acusa. No entre risas, ni mucho menos. Sería. Muy sería.

—Vale —concedo—. Soy una de esas babosas, no, estoy por debajo de la escala social de las babosas...

—Déjalo, no se te da para nada mentir, lo haces de pena. Sigues creyéndote el rey del mundo. Ladeo la cabeza, y me sonrío con suficiencia. Está poniéndome a prueba.

—Estoy un poco por encima del rey del mundo —me jacto.

Laura me da una colleja. Esto es lo más cerca que he estado de recuperar su amistad desde que llegué, así que lo asumo como una pequeña victoria.

—Joder, Adam, es que... no hay quien se enfadade contigo, y yo suelo enfadarme con los que se lo merecen, y tú te lo mereces.

—Me lo merezco. —Y tanto que sí.

—Por supuesto, desapareciste, lo hiciste y no nos explicaste nada. Ni siquiera tu hermano fue capaz de darme una razón. Nos quedamos destrozados, porque eres nuestro amigo y eres importante para nosotros. —No me pasa desapercibida la forma en la que lo expone, el cariño y el dolor.

Sí, les hice daño a todos cuando lo que intentaba era huir de la propia herida que sentía dentro de mí. Olvidar, lograr que me abandonase el sentimiento de pérdida, lo mucho que me rasgaba por dentro sin tener en cuenta lo que yo mismo provocaba en los demás. Y la desconfianza... Las dudas... Todo.

Exhalo todo el aire que encierran mis pulmones y que ni yo mismo había sido consciente de retener.

—Lo he hecho mal. Me equivoqué y he vuelto para arreglar las cosas, para disculparme con todos los que se merecen que lo haga.

Laura guarda silencio unos segundos.

—Y para recuperarla a ella, ¿verdad? —Ha dado en el clavo.

—Eso por encima de todas las cosas.

Laura chasquea la lengua, a pesar de que han pasado tres años, me sigue conociendo a la perfección. Muchas magdalenas juntos, muchas confidencias, muchos consejos y muchas mentiras para protegerme cuando me escapaba para verla. Cuando hacía pellas en clase o cuando decidía desaparecer con Valeria para comernos a besos sin que nadie nos molestase.

O cuando me colaba en el baño, y ella montaba guardia por fuera.

—Tienes que dejar que siga adelante. Todos te hemos echado de menos, pero ella...

—Lo sé. —No quiero que termine esa frase o todo mi autocontrol saltará por los aires y no le daré tiempo para acostumbrarse a mi regreso, para recuperar la confianza en mí. Me limitaré a ir a buscarla, sacarla de donde quiera que esté y llevarla conmigo al fin del mundo si hiciese falta.

—Ella lo ha hecho mucho más. ¿Sabes? —me pregunta. Alzo la vista, y nos miramos a los ojos—. Recuerdo todas y cada una de las veces en las que Valeria afirmaba que te odiaba. No sé cómo pude estar tan ciega. No lo hacía. Nunca lo hizo. Ni siquiera creo que ahora lo haga.

Permanezco callado. ¿Acaso eso es una invitación para que siga adelante? ¿A que no desista, a pesar de que ella no me lo ponga fácil?

—Estaba loco por ella. Desde que éramos dos renacuajos que se peleaban por cualquier cosa. Cuando no sabía cómo comportarme y pensaba que meterme con ella haría que se fijase en mí. Cuando le destrozaba las trenzas, le tiraba del pelo o deshojaba sus amapolas. Siempre ha sido ella. Con el paso del tiempo, esa afirmación se ha convertido en una verdad absoluta. Me fui, sin embargo, una parte de mí vivía recordándola. No hacía otra cosa que hacerlo y cuando me hundía en la soledad, en el abismo de la pérdida, en lo negro que lo veía todo, ella era la que le ponía color. El color de las amapolas.

Laura me sonríe. No creo que entienda la magnitud de mis sentimientos, ni siquiera sé si soy capaz de explicarlo bien, solo sé que de mi boca brotan verdades como puños, porque siempre, aunque me empeñase en que fuese de otra forma, mi mundo era Valeria. Nada más que ella.

—Soy su amiga y, a su vez, soy tu amiga. No quiero perderos... —Hace una pausa en la que me observa con atención. La panadería está sola, ambos estamos aquí, sentados, uno frente al otro, con dos cafés con leche llenos de espuma y canela, sin tomarlo, enfriándose, como su rabia y mi dolor por haberle hecho daño a mi amiga. A una de tantas personas—. No quiero perderte de nuevo y a ella tampoco, porque todos sentimos ese vacío en algún momento, y Tristán...

—Mi hermano es leal hasta la muerte —sentencio lleno de orgullo. Con el pecho henchido porque haya guardado mi secreto. Porque lo haya hecho a pesar de todo.

Laura asiente entendiendo las circunstancias y asimilándolas con serenidad.

—Soy vuestra amiga, Adam, y no quiero convertirme en un arma para ninguno de los dos. Me alegra haberte recuperado y, de veras, acepto tus disculpas porque entiendo...

—No pretendo que esto se convierta en un enfrentamiento para nadie, Laura. Seremos amigos como siempre hemos sido.

Laura se levanta de un bote y me observa desde arriba.

—Te fuiste por ellos, ¿verdad? —Apoya las manos en la mesa, me sigue observando suspicaz, como si todo hubiese encajado en ese instante—. Espera, espera... Dijiste que ibas a... Que ibas a...

—Lo dije. —No permito que termine. No es necesario porque ambos sabemos a lo que se refiere—. Y lo hice.

Laura se lleva la mano al pecho. El impacto es brutal.

—Dios, eres peor de lo que pensaba, eres, eres... ¡Estás loco como una jodida cabra! ¡Adam!

Sonrío.

—Siempre lo he estado. Loco por ella, ¿no?

—Tienes que...

—¿Recuperarla?

Mi amiga se toma la taza de café con leche de un trago. Lo bebe como si en ese vaso hubiese algo con alcohol y no una bebida sencilla y poco potente.

—No lo sé... —La pregunta me quema en la garganta. Me arde en los labios. Presiona para salir y lo hace.

—¿Es feliz? ¿Sabes si él la hace feliz? —Ni siquiera quiero pronunciar su nombre. No fui capaz de hacerlo mientras veía cómo Valeria elegía novio según le viniese en gana, y yo esperaba el momento. Mientras imaginaba que era conmigo con quien acabaría.

Laura se pasea por la estancia, nerviosa, sin saber en qué punto roza el límite de lo adecuado. Sin entender que necesito saberlo, aunque no quiero que sienta que la traiciona.

Necesito saberlo.

—Yo... no soy quién para responder a esa pregunta, Adam. Valeria es mi amiga.

Me tomo la taza de café con leche yo también. Está frío. No hay nada que odie más que el café frío. O sí, la distancia que me separa de Valeria, eso es lo que más odio en el mundo.

Dejo la taza sobre la mesa con un sonido sordo. Alzo la vista, Laura me observa, me analiza, me escruta. Siempre lo ha hecho y siempre ha sabido leerme. Por ende, mueve la cabeza negando.

—Yo no he dicho... —se adelanta.

Sonrío victorioso.

—No es necesario. A veces no hacerlo ya es una respuesta en sí.

Mi amiga se acerca y, cuando pienso que va a darme un golpe, lo hace de otra manera. Me abraza. Y os juro que ese impacto es más brutal que un puñetazo.

CAPÍTULO 19

Valeria

Hace nueve años, cuando tu amiga ya quería tema que te quemas con el hermano del enemigo.

Vaya día que había tenido.

Toda la mañana de clase en clase, preparando actividades, trabajos que entregar y algunas que otras diapositivas que no dependían solo de mí. Creo que odiaba trabajar en grupo.

Empujé la puerta de los vestuarios femeninos con la intención de cambiarme de ropa e ir a mi siguiente clase. Apenas había visto a Bea porque, según me contó la noche anterior, llegaría tarde a clase porque tenía una consulta médica.

Suponía que todavía no habría llegado. Suerte que tenían algunas.

Dejé caer la mochila al suelo con desgana y casi que hice lo mismo con mi cuerpo, solo que me frenó el posible dolor que sentiría posteriormente.

Escuché unos cuchicheos cerca y me incorporé. No porque fuese cotilla, sino que, si me iba a desnudar, al menos quería saber quién rondaba por la zona.

Me descalcé y di pequeños pasos en la dirección de donde provenía el sonido. Ruido, que, por cierto, ya no era el mismo de antes.

Cuando llegué al lugar del delito, mis ojos se abrieron como platos porque... Joder, no era eso lo que esperaba.

Ni siquiera sabía qué coño esperaba.

—Pero ¿qué cojones...?

Mi amiga, sí, esa que se supone que llegaba tarde por una causa mayor, estaba besando con auténtico frenesí a Tristán. Y al hacer alusión a las palabras «auténtico frenesí» hablo con conocimiento de causa porque la señorita se encontraba encaramada a él. Haceos una idea del nivel de deseo sexual y feromonas que danzaban a mi alrededor. Vamos, que hubiese podido quedarme embarazada solo con presenciar la escena.

Mi amiga fue la primera en reaccionar y, digamos que saltó al suelo, se pasó el antebrazo por los labios y juntó las piernas.

Ya, claro, a buenas horas.

Tristán, por el contrario, no se sintió para nada avergonzado y debería. No sé ni por qué bajé la vista hasta llegar a esa zona que era mejor no nombrar. Me arrepentí al instante de ello porque... Joder, porque era el hermano de Adam y estaba como estaba por culpa de mi amiga.

—Yo, bueno, es decir, yo... —No acabé la frase, me largué de allí sin coger siquiera la mochila y descalza. ¿Por qué coño me habría tenido que quitar los zapatos? ¿Quién en su sano juicio lo hacía cuando escuchaba ruidos? Pues yo, ya veis.

Cerré la puerta de los vestuarios de un portazo y me di de bruces con un pecho fornido, duro, cubierto con una camiseta de licra gris y, en fin, supe quién era sin siquiera alzar la cabeza.

Mi peor enemigo.

Mi perdición.

—Hola, princesa, ¿te persigue un dragón?

Me imaginé poniendo los ojos en blanco si no estuviese asimilando la escena que acababa de vivir.

Señalé al interior, no contaba con una réplica mordaz que darle. Era el *shock*, el trauma y esas cosas.

Que, a ver, yo ya tenía muy claro que a mi amiga le bailaba el ojo por Tristán, lo que no sabía, de lo que no estaba enterada, era que su vagina iba a juego en la danza.

—No quieras saber de qué huyo. —Del trauma y del psicólogo, para empezar.

Adam me hizo a un lado y entró.

No evité que lo hiciera, necesitaba que alguien compartiese conmigo aquello porque era muy *heavy*. Mi amiga y su hermano estaban a punto de..., bueno, se supone que ambas éramos vírgenes y esas cosas. Me daba la ligera sensación de que mi amiga, o bien había dejado de serlo, o bien dejaría de serlo en breve.

Maldita, me iba a ganar en eso. Tendría que ponerle remedio.

Y, hablando de remedio y de poner y esas cosas, Adam salió en ese preciso momento y lo único que hizo fue sonreírme.

En ese momento lo odiaba a él también porque seguro que tenía una idea para nada real de todo aquello. Me vería como una niña pequeña que no sabía lo que era el sexo y que no deseaba saberlo. Y sí que deseaba saberlo, solo que... no con el primero que se me pasase por delante porque una se tiene que hacer valer y, yo qué sé, empezaba a desvariar y esas cosas. Paradme que sigo.

—¿Te ha asustado que mi hermano y tu amiga...? —Sí, no acabó la frase, tampoco necesitó que lo hiciera, eso que olía, que flotaba en el aire, en sus palabras, era burla. Y no me gustaba a qué sabía—. ¿O es que lo que de veras te ha impactado es lo que se puede hacer en la soledad de un vestuario?

Eso me hizo reaccionar. Ahí estaba de nuevo el Adam que tanto odiaba, o deseaba, o ambas cosas y, por un instante, efímero, eso sí, me imaginé a mí encaramada a su cintura con su sexo cerca del mío, y no pude evitar que un escalofrío me recorriese. Al menos no fue un jadeo, eso, desde luego, habría sido mucho más vergonzoso.

—No digas estupideces. Aunque, claro, eso es justo lo que suelen hacer los tipos como tú. —Me refería a soltar tonterías por la boca.

—No me hagas explicarte lo que suelen hacer los tipos como yo, porque eso que vi ahí dentro —añadió mientras señalaba, sabedor de lo que provocaba en mí— no le llega a la suela de los zapatos.

Estaba bien jodida, porque entonces mi cabeza decidió que no tenía nada de efímero, absolutamente nada. Era una escena porno. Si hasta me imaginaba el color sonrosado de su miembro y, bueno, el placer que me iba a dar.

La cosa se caldeaba, el aire se encendía o bien era yo.

Seguro que era yo.

Era yo, no había dudas.

—Aparta. —Lo empujé. No se movió ni un ápice. Choqué de nuevo contra él pensando que lo haría.

Me llegó su olor y la cosa se complicó. Siempre se complicaba cuando de Adam de Haro se trataba.

Había empezado a fantasear con la posibilidad de que mis hijos llevasen su apellido y sí, me avergonzaba de ello. Lo había escrito en mi diario porque sabía que podía ser sincera y que no tenía que esconderme. No había tenido el valor de contárselo a Bea, imaginad cómo de bochornoso me resultaba porque ella era como mi diario, solo que respondía.

Y ella tendría que responder mucho después de lo que acababa de presenciar.

Y dejaría de darle bocatas, a partir de ese día me debía una muy gorda.

—No haces más que chocar conmigo, princesa, empiezo a pensar que te mueres por rozarme.

—Ya te gustaría a ti que fuese de esa forma.

Alzó los hombros. Esperaba su respuesta. La ansiaba, para ser más exacta.

—No solo me gustaría, me encantaría.

Ay, madre. Ay, madre, que me daba. Que me daba. Era un charco sexual en aquel momento.

—No pienso caer en tus provocaciones.

Sonrió. En ese instante, me sentí más loca por él que nunca. Bajó la vista y pensé que me iba a mirar el escote, como había hecho alguna que otra vez. Tenía que admitir que disimulaba bien y esperaba que él tampoco se diese cuenta de la cantidad de repasos que mi mente obscena le daba para atesorarlos para cuando... En la intimidad... Pues eso, que no tengo que explicaros más porque, joder, los orgasmos eran bestiales.

—Espera aquí —me pidió.

Volvió a meterse dentro de los vestuarios, y yo aguardé sin más. Bea tenía mucha suerte, porque si hubiera sido yo la que se estuviese dando el lote con... —con Tristán no, por Dios, eso era... impensable—, con cualquier chico, Adam, por ejemplo —guiño, guiño, codazo, codazo—, ya me habrían pillado y me habrían expulsado. Aunque tenía pinta de que a mi amiga en esta ocasión le interesaba mucho más vivir el presente que pensar en el futuro. Salvo que el futuro también pasase por trincharse a Tristán, que, dadas las circunstancias, no lo descartaba para nada.

—Toma. —Adam volvió a plantarse frente a mí y me tendió mis zapatillas. No iba a llegar a clase ni de coña.

—¿No tienes clase? —Aproveché mi pregunta para observar su figura.

Odiaba ser yo la que lo dijese, la que lo pensase, pero Adam era un pecado para la humanidad. Lástima que fuese tan estúpido.

—Ya no.

Llevaba mi mochila colgada al hombro, y me gustó el gesto. Me gustó demasiado. No lo admitiría jamás.

Me calcé los zapatos y me contuve para no mirarlo desde abajo. Sabía que, si lo hacía, terminaría cayendo de culo y esa era otra cosa de la larga lista de cosas que no quería que sucediesen delante de mi vecino y enemigo sexi a rabiarse.

—Gracias. —Le tendí la mano para que me diese la mochila. No lo hizo, al menos, no hizo lo que esperaba. Solo... Solo la sujetó con la suya y me arrastró con él.

No opuse resistencia. Ni siquiera me acordaba del significado de esa palabra. Estaba claro que él era el estúpido, pero yo me convertía en una imbécil sin raciocinio cuando lo tenía cerca. Qué divertido todo.

—¿A dónde me llevas?

Se giró, choqué contra él cuando frenó y me gustó sentirlo cerca.

—Vamos a portarnos mal.

Ufff, si el concepto que él tenía de portarse mal se acercaba en algo al mío, estaría desnuda en

menos que cantaba un gallo.

Lo seguí. Lo hice, aunque había algo, una pequeña voz de la cordura, cordura que perdía con él cerca, que me pedía que no lo hiciese, que me lo pensase bien, porque Adam era un pecado andante, pero yo quería vivir en el infierno. Lo hice sin oponer resistencia.

Saltó una valla blanca que había por un lateral, tras un seto, y alcé una ceja cuando me tendió de nuevo la mano. Tenía mi mochila, sabía que con eso me tenía en el bote.

—Esto no está bien —argumenté. Creo que lo decía más bien para autoconvencerme a mí misma de ello que por otro motivo.

—Esto está mejor que bien —respondió.

Lo creí.

Fue de las primeras cosas que creí.

Tendí mi mano y la sujetó. Percibí el calor, me gustó que así fuese, salté y, como una tonta, caí en sus brazos.

Joder, qué bien me sentía ahí. Y cómo me fastidiaba reconocerlo.

—No te acostumbres a salirte con la tuya, Adam.

Me hizo una reverencia. Quise darle un puñetazo en su preciosa cara y luego, bueno, tal vez besar todas las magulladuras. Sí, esa era yo, la Valeria que había caído en sus garras de seducción, a pesar de que me recordaba constantemente que no debía hacerlo.

Al final, Bea y yo no éramos tan distintas, ella odiaba a Tristán y le estaba comiendo la boca en esos vestuarios, y yo..., yo no había llegado aún a ese momento, sin embargo, ¿cuánto podría resistirme a ello? ¿Podría hacerlo siquiera?

—Hay una cosa que deberías saber, princesa. —Lo odiaba, me exasperaba y, a su vez, me moría por él—. Yo siempre me salgo con la mía.

Y vaya, vaya si lo hizo. Y no solo ese día.

CAPÍTULO 20

Valeria

En la actualidad, cuando una cena en familia puede convertirse en la Tercera Guerra Mundial.

A mo a mi familia por encima de todas las cosas, con sus virtudes, con sus defectos, con sus taras y con sus locuras, porque de la cabeza no andamos nada bien, sin embargo, cuando nos reunimos todos, se convierte en una jodida locura en la que, o bien terminas borracha, o bien acabas con migraña.

Y tiene pinta de que esta noche va a seguir la pauta de siempre.

—Ponme más vino, por favor —le pedí a Bea, que, tras la tarde que pasamos hace unos días, le supliqué que hiciese acto de presencia porque necesito apoyo moral para la charla que mi madre me suelta siempre que puede.

Para eso y para que me deje comer en paz.

Bea me rellena la copa y la suya de paso, sin embargo, mi madre decide que quitarme un filete y un par de patatas es su forma de controlar mi dieta.

—Para que quepas en el vestido.

No puedo posponerlo más. Mañana tenemos que ir a elegir esa cosa larga, ceñida, llena de pedrería y con un velo mortal que hará que sude como un pollo en una plancha. Como veis, estoy de lo más emocionada.

—Estoy seguro de que estarás preciosa con lo que elijas.

—Por supuesto, porque seré yo la que le aconseje.

Rafa sonrío a mi madre. Mi madre le sonrío a su vez a él.

—Creo que terminarán casándose ellos y lo digo de veras.

Mi padre se echa a reír, el comentario de Bea, por supuesto, es el causante de ello.

—Rafa la devolvería en tres días —apunta mi padre, al que también le va la marcha, como podéis ver.

—Siento no poder ir. Tenemos una revisión. Creo que hay algo que no anda bien aquí dentro.

—Camila señala su barriga, Bea me da un codazo.

—Donde de verdad no van bien las cosas es en su cabeza. —Mi amiga se ríe, empieza a subírsele el alcohol—. Y creo que en la mía tampoco, creo que voy a darme un salto a la casa de enfrente y ver a Tristán, Dios, qué bien meneas ese chico su enorme...

—Shhhh.

Mi padre tiene la boca abierta. Mi madre y Rafa siguen a lo suyo, y mi hermana está metida en Google, buscando, con seguridad, las formas en las que cree que morirá en las próximas veinticuatro horas. Nicolás, a su lado, creo que juega al *Candy Crush* o a *Apalabrados*.

Me temo que es el más listo de todos, se abstrae porque, si nos siguiese el ritmo, acabaría tan mal de la azotea como el resto.

—El bebé está perfectamente, Cami, y tú también.

Mi hermana interpreta las palabras de mi padre como una pista de lanzamiento, así que comienza a enumerar las cosas que pueden salir mal.

—El niño puede tener el cordón umbilical enrollado en el cuello. Tal vez se asfixie en el canal de parto. O antes de que empiecen las contracciones. Dios, ¿y si no soy capaz de dar a luz? ¿Y si no puedo empujar lo suficiente para ayudarlo a salir?

—Pues tal vez sea mejor que se quede ahí dentro si vas a volverlo tan loco cuando salga como haces con nosotros.

Sí, definitivamente, Bea está achispada. Porque ella es sincera, sin embargo, no suele serlo de forma tan hiriente, al menos, no delante de los demás, conmigo más bien sí.

—¿Qué has dicho? —pregunta mi hermana. Lo ha entendido, solo que es mejor darle la oportunidad a mi amiga de retractarse. Bea no lo hace, por supuesto, no es de esas.

—Bueno, es un placer compartir cena con vosotros, pero tengo ganas de mandanga. —Me da un golpe en el hombro y se acerca a mi oído—. Mandanga que a ti no te van a dar, al menos, no ese de ahí que está viendo jacintos y lirios.

Se marcha entre carcajadas. Yo me descojono también porque..., porque borracha es sagaz. Mi padre pone la mano encima de la mía y asiente.

—Me temo que tu amiga tiene razón. Y que yo esta noche tampoco me desmeleno.

Es mi turno de carcajearme porque se le rueda el peluquín en ese momento y, bueno, ver a tu padre medio calvo y medio no, pues es de lo más extraño, sí.

Dicho esto, se levanta y se marcha también sin siquiera despedirse. Rafa no se lo toma a mal, siempre ha sido consciente de que mi padre..., pues eso, que mi padre no siente predilección por él.

—Todo va a salir bien, Cami. No tienes de qué preocuparte, el niño está perfecto, tú estás perfecta, y vais a ser unos padres increíbles, estoy convencida de ello.

Mi madre alza la vista cuando escucha las palabras que le dirijo a mi hermana y me sonrío complacida. Le devuelvo el gesto, y se centra de nuevo en la conversación que mantiene con Rafa.

Comienzo a recoger la mesa y a llevar cosas a la cocina, meterlas en el lavavajillas y guardar las sobras para que mi hermana se las lleve.

Regreso al comedor, y Rafa ya se ha puesto en pie. Se abrocha el botón de la chaqueta y se acerca a darme un beso en la sien.

—Me lo he pasado genial esta noche.

Lo acompaño a la salida, cierro la puerta y caminamos hasta el final de la entrada de casa, donde está su coche aparcado. Me apoya sobre él y se cierne sobre mí.

Se acerca con suavidad y coloca sus labios sobre los míos. Unos labios que conozco bien, unos labios que he besado en infinidad de ocasiones, unos labios que no son los que en mi cabeza imagino.

Son unos ojos verdes los que me escrutan, no marrones. Es un cabello castaño y rebelde el que enredo entre mis dedos y son unos brazos atléticos los que me encierran entre ellos.

Me separo con brusquedad y llevo mis ojos hasta la casa de Adam. Y allí está él, lo observo, fumando en la ventana de su habitación con los ojos clavados en los míos. A pesar de la distancia, los siento sobre mi piel, porque siempre ha sido de esa manera. Siempre ha estado presente, aunque no lo estuviese, solo que, ahora que ha regresado, más aún.

Me siento extraña, por todo, y soy incapaz de dar un paso más en ese beso que compartimos. Me disculpo. Miento. Lo hago.

—Estoy cansada. Están siendo unas semanas de lo más intensas.

Lleva sus nudillos a mis mejillas y las acaricia con suavidad, entendiéndome. Sin siquiera dudar de mis palabras.

—Lo comprendo. Piensa que dentro de poco solo seremos tú y yo, sin estrés, sin agobio y sin nada que nos separe.

Sin nada que nos separe...

Joder.

Asiento, ¿qué más puedo hacer? ¿Sincerarme? Tal vez esta sería una buena ocasión para hacerlo, sin embargo, guardo silencio a pesar de todo. Y alzo la vista para encontrarme con Adam ahí. Sigue ahí.

—Buenas noches —me despido.

Rafa me da un suave beso, apenas un leve roce, y yo se lo devuelvo.

No espero a que se marche, sino que entro en casa, subo las escaleras y me encierro en mi habitación. Me tiro en la cama, me coloco de lado y nos veo ahí, de nuevo, en el pasado. Abro los ojos y los clavo en la ventana y, entonces, algo llama poderosamente mi atención. Apenas perceptible.

Me incorporo, permanezco sentada al borde, con los pies colgando, sin saber qué hacer, si acercarme o no hacerlo.

Por lo que implica el gesto en sí.

Al final, cedo, me incorporo y la sujeto entre las manos.

Una magdalena.

Abro la cortina, esperando encontrármelo tras ella, como antes, cuando Rafa me besaba. No hay rastro de él. No veo a Adam por ninguna parte.

Muerdo la magdalena y sonrío por lo deliciosa que está. Me avergüenzo de ello al instante.

Entonces caigo en la cuenta de algo.

Adam no solo ha regresado, sino que... se ha colado en mi habitación.

Y, de alguna forma, también en mi vida.

CAPÍTULO 21

Adam

En la actualidad, cuando la echas tanto de menos que no te importa ver cómo besa a otro. Y, con suerte, te imagina a ti.

La rabia me consume por dentro. Es imposible refrenar ese sabor amargo que me carcome las entrañas. Es como una puta puñalada en el pecho.

Es Rafa el que la besa. Es Rafa el que la encierra entre sus brazos. Es Rafa el que la degusta con ansia.

Y yo soy el que quiere hacer todas esas cosas y se conforma con recordarlas. Y con dejarle una magdalena en su habitación porque la vi y me recordó a ella. A nosotros. A lo que fuimos juntos.

Bajo las escaleras tras haberme fumado más de medio paquete de cigarros. Esa no es la solución, así que he decidido que tal vez salir a correr haga que un poco de mi rabia se marche en cada pisada.

O al menos eso espero.

Cuando llego al final de las escaleras, encuentro a mi abuela sentada en su sofá de siempre, rodeada de telas, con las luces encendidas y haciendo algo que luego regalará o que llevará a la beneficencia.

Alza la vista cuando me escucha y me sonrío con cariño.

—¿Una taza de té?

Tal vez sea mejor eso que salir a correr.

Asiento y la espero mientras coloca todo dentro de la cesta y se incorpora. Me coge por el brazo y vamos a la cocina de esa manera.

Toma asiento de nuevo y me deja hacer.

Caliento el agua, saco varios sobres que contienen el té y selecciono uno. Mi abuela es aficionada, por lo que tenemos mucha variedad.

De la nevera extraigo limón y lo corto en rodajas. Relleno las bolas con el té, tal y como ella me enseñó hace años, y los deposito en cada taza junto con el limón, que baila en la superficie.

—Uno para la señorita y otro para el cabeza de chorlito de su nieto.

Me tira de la oreja cuando me siento a su lado y sus manos arrugadas envuelven la cerámica.

—¿Qué sucede? —me pregunta.

Mi abuela tiene un sexto sentido, supongo que es fruto de todos esos años en los que hizo más de madre que la mía propia. De la que, a día de hoy, solo sé que se ha vuelto a casar y que viaja muchísimo. Lástima que ninguno de sus viajes sea para pasar tiempo con sus hijos. Quizá no recuerda ni que los tiene.

—Acabo de ver a Valeria. —Señalo hacia la calle—. Con él.

Mi abuela sonríe con suficiencia.

—Ya sabía yo que era por ella. Recuerdo cada vez que llegabas a casa enfadado porque esa chica te había hecho un desplante, porque se besaba con otro que no fueses t u o porque te ponía en tu lugar. Ahhh, esa chica tiene un genio de mil demonios. Siempre se lo he dicho a Manolo. Dos hijas y tan distintas... —Me sonríe recordándolo.

—Como Tristán y yo —apunto.

—En efecto. Tu abuelo siempre decía que Tristán siempre iba de tipo duro y era un trozo de pan, y t u..., t u no puedes ser ni aparentar ser un tipo duro. Solo con mirarte soy capaz de leer tus emociones.

Apoyo mis codos sobre la mesa.

—Puede que sea por la edad —me burlo.

—O puede que sea porque todavía, a mi edad, como bien dices, puedo darte una colleja —me responde con sorna.

Llevo mi mano hasta la suya y la acaricio con ternura. Es mi abuela y la he echado tanto de menos...

—Sigo enamorado de ella —sentencio.

Con mi abuela nunca ha habido secretos, jamás nos ha separado nada de eso, siempre hemos sido transparentes hasta cuando las cosas que había que confesar pudiesen doler u ofender.

—Ah, bueno, tranquilo. No es nada que no sepa. De la misma forma que s e que tu hermano est a loco por la amiga de Valeria y que intenta por todos los medios ocult rmelo. De hecho, s e que se ha ido con ella porque, por esa ventana —dice y señala hacia el salón, donde hace nada estaba sentada tejiendo—, la he visto salir y luego lo he visto a  el ir tras ella.

»Os pens ais que soy vieja y no me entero de nada y justo por mi edad he aprendido a ser paciente.

Me carcajeo y me llevo la taza a los labios, ella hace lo mismo.

—Tristán no quiere que hablemos del tema en cuest on.

—En eso también os parec is, a ti tampoco te gusta hablar de las emociones, es más, de la  unica que hablas es de ella. Del resto... Ni siquiera s e cómo te sentiste cuando te marchaste.

No lo sabe, porque no la hice partícipe de ello y s e que, aunque no quiera mostrarlo, se siente herida en el alma por haberla apartado.

—No quise que nadie estuviese ahí.

—Fíjate, y yo lo que más deseaba era estarlo. Y Tristán también y esa chica —añade mientras señala en dirección a la casa de al lado— también. Todos quisimos sostenerte de una u otra forma. Ahora que has regresado, tienes que demostrar que no volverás a marcharte.

—No lo har  —contesto lleno de convicción—. No lo har  —repito.

—Yo soy consciente de ello. Tu hermano también, pero... tienes que entender que no todos podemos confiar en tus palabras. Los hechos, Adam, son los hechos los que convierten una hipótesis en una realidad.

Rumio su consejo mientras bebo sin apartar la vista de la ventana que da a la casa de al lado. No puedo ver nada desde aquí porque tienen las cortinas cerradas, sin embargo, los imagino riendo, conversando o jugando a alguno de esos juegos ridículos de mesa que tanto le gustaban a Valeria. O puede que todo haya cambiado y ya no hagan nada de eso.

—S e que tengo que ser paciente y esperar a que confíe en mí, solo que... me duele no tenerla cerca.

—Esa es tu penitencia, Adam. Los actos tienen consecuencias y los tuyos no iban a ser menos. Eres guapo, pero eres humano y tienes que pagar, como todos los demás, por tus errores.

Asiento, porque mi abuela es sabia hasta para eso.

—Los echo mucho de menos, abuela. Echo de menos lo que fuimos. Las conversaciones, las peleas estúpidas, las tardes en el garaje ordenando herramientas que ya estaban ordenadas, cómo me revolvía el pelo o cómo me castigaba para que diese lo mejor de mí, para que me convirtiese en alguien que valiese la pena. Y no sé si lo habré conseguido, no sé si lo he hecho, y eso me pesa.

Mi abuela chasquea la lengua, rueda la silla y se acerca más a mí.

—Puedo garantizarte que ellos estarán muy orgullosos de ti. Porque no sé si te has convertido en un chico de provecho, lo que sí sé es que tienes un corazón inmenso y eso es lo que de verdad importa. Eso y rectificar, a tiempo o no, hacerlo.

Cuando mi abuela me deja solo en la cocina, sé que no necesito salir a correr, que me he tranquilizado y he asumido que esto forma parte del proceso. ¿Qué esperaba? ¿Que ella no rehiciese su vida? Rafa siempre estuvo loco por ella, es normal que aprovechara la oportunidad, no puedo juzgarlo por ello, yo habría actuado de la misma forma si hubiese sido al revés.

Subo las escaleras y me acerco a la ventana. La magdalena no está y hay, en su lugar, una nota.

«Déjame en paz, estúpido».

Sonrío. Otra victoria más, aunque ella no lo crea, es otra victoria más.

Esta noche no me colaré en su habitación y..., bueno, no estoy seguro de cuánto tiempo podré seguir evitándolo. Ya he estado demasiado tiempo alejado de ella.

CAPÍTULO 22

Valeria

En la actualidad, cuando probarte vestidos de novia se convierte en tu peor pesadilla. Más incluso que volver a ver a tu ex.

Querido diario:

Permíteme que me ponga dramática. Quiero morirme. Así de claro te lo digo, y sé que te estás preguntando el motivo de ello y no es que me haya poseído el espíritu de mi hermana, no tiene nada que ver con eso. Tampoco es que me haya probado unos diez vestidos, y mi madre me haya visto mal con todos. O, bueno, quizá esto sí que tiene mucho que ver en el tema.

Diez putos vestidos, ¿vale? Diez, que no uno o dos, diez, y en todos ha tenido algo que objetar. Muy baja, muy gorda, rolliza, te hace barriga cervecera, pareces una prostituta de la calle Matasuegras —dicho por ella misma—, pareces un tapón, el novio estará más guapo que tú y hasta tus abuelos estarán mejor que tú. Creo que, al octavo insulto, he desconectado y al décimo vestido he bebido a morro de la botella de champán. Parece ser que eso ha avergonzado a mi señora madre y entonces me ha pedido que nos marchásemos y que regresásemos mañana.

¡Los cojones regreso yo mañana! Ni de coña pienso hacerlo, ¿vale? Ni-de-co-ña.

Si sabe contar, que no cuente conmigo.

En fin, que, si llego a saber que lo que iba a provocar que acabase esa maldita tortura era cogerme una cogorza del quince, lo habría hecho antes de salir de casa. Tal y como mi bendito padre me propuso.

"Un trago, hija, eso no le hace daño a nadie". Sí, papá, tenías razón, un trago, aunque dudo que eso hubiese sido suficiente.

Insisto, querido trozo de papel al que amo más que a nada o, bueno, al que

amo en general, quiero a mi madre muchísimo y entiendo sus buenas intenciones, pero hoy he sentido el impulso de ahogarla con mis propias manos o no, mejor, meterle kilos y kilos de tul en la boca y hacer que se callase con esa tela.

Vale. Lo sé, sé que lo piensas, estoy sensible, lo admito. Muy sensible porque... ¡Porque Adam ha regresado! Eso sumado a nuestro asunto pendiente, ese del que tú y yo hemos hablado tantas veces o del que yo he hablado, y tú te has limitado a soportar con estoicidad, sí, ese. Y me voy a casar con Rafa, mira, joder, esta vez al menos lo he escrito bien, me anoto un tanto, aunque esto no me consuela.

Anoche estuvo en mi habitación, no me lo niegues, ¿vale? Estuvo aquí, me trajo su magdalena, me la comí sonriendo y recordé todas esas veces en las que hicimos eso mismo, no comer o, bueno, comer también, pero muchas otras cosas más. Las veces que intentó leer mi diario, las veces que te leyó y yo no lo supe o no quise saberlo, las veces que nos tumbábamos en la cama y hablábamos, cómo hacíamos planes de futuro, cómo visualizábamos nuestra vida juntos.

Y, bien, explícame por qué no mencionó en ningún momento que la mayoría de esos planes no se cumplirían porque él se marcharía, y yo..., yo me limitaría a quedarme aquí, echándolo de menos tanto que dolía, soñando con su regreso, esperando a que el dolor pasase y que lo sustituyese el amor que sentíamos. Que yo sentía.

He llegado a una conclusión, querido diario, tal vez yo tenía mucho amor para dar, sin embargo, no era suficiente para los dos.

Ahora que ha regresado, sé que ya no queda nada, no puede esperar que quede nada, porque no lo hay.

Seguiré con mi vida. Iré borracha a probarme vestidos de novia y mañana seré una morcilla andante de nuevo.

¿Qué? ¿Por qué me haces esas preguntas? ¿Es la vida que quiero? ¿Es esto lo que deseo? Por favor, por supuesto que sí. ¿O no? ¿O sí? ¿Quiero casarme con Adam? Claro que quiero casarme con Adam.

Maldita sea, con Rafa.

No doy una.

Chauuu.

CAPÍTULO 23

Valeria

En la actualidad. Cuando quieres empezar a celebrar tu despedida de soltera mes y medio antes porque sabes que eres una borracha, eso sí, también eres buena muchacha.

Esta vez he llegado al bar la última. Ni de coña soy la primera en atravesar esa puerta y encontrarme cara a cara con él.

Laura y Bea me esperan ya sentadas, charlando, discutiendo o lo que tengan en mente hacer hoy y, claro, cómo no, bebiendo. Olé por ellas. Cómo las amo.

—Vale. —Doy un golpe en la mesa y atraigo su atención y, ya puestos, la de las mesas de al lado—. He decidido que, si no lo veo, es como si no existiese; si no existiese, es como si no hubiese regresado; si no ha regresado, no está; si no está, no me afecta en absoluto y dejaré de hacer veinte millones de tachones en mi diario porque no hago otra maldita cosa que sustituir el nombre de Rafa por el de Adam. Tal vez debería ponerle un mote —cojo aire—, un mote del tipo «eresloputo peor» o «sipiensasquevoyacaerlallevasclaramajo».

Mis amigas me observan en un estado que no sé definirte. Están a caballo entre la estupefacción, el descojono, la lástima y la empatía.

—Y tú. —Señalo a Bea—. No me puedo creer que te marchases la otra noche a trincarte a Tristán, se supone que eso está acabado. Y tú. —Esta vez señalo a Laura—. Ya puedes ir soltando por esa boca lo que te pasa con el tío del que no quieres hablar y que sabemos que es el hermano de Bea, porque estoy hasta las narices de mis propias mierdas y necesito, al menos, que mis amigas tengan algo que contarme para dejar de pensar en todo lo que me pasa.

No han cambiado de gesto o sí, Laura lo ha hecho porque frunce el ceño. Que la he visto.

—¿Has acabado? —me pregunta Bea.

Me tiro en la silla como si me hubiese desinflado en ese instante. Mi madre estaría feliz si eso hubiese pasado porque hoy tampoco ha habido suerte con el vestido de novia. Y eso que me fui medio contentilla, un carajillo por aquí, otro carajillo por allá y..., bueno, una sevillana habría bailado y todo si mi madre no hubiese estado presente y la hubiese podido avergonzar.

—Por el momento, no puedo prometer nada. Hoy estoy que lo bordo. —Y lo digo en serio.

—Vale, pues es mejor que pidamos algo más fuerte si vamos a enfrentarnos a toda esta mierda.

—Yo necesito un cigarro —apunto.

—Creo que yo también —me acompaña Laura.

—Si tú ni siquiera fumas —la acuso.

Ojo, pero que de buen rollo, ¿vale? Que no fumar mola *cantidubi* y tienes a Bea contenta

porque tus encías estarán impecables. Nuestras almas medio corruptas, ahora, las encías, como el culito de un bebé que no esté cagado, ya me entiendes.

—Lo sé. Siempre es una buena ocasión para empezar, ¿no crees?

—No, no lo creo, ¿o prefieres que te recuerde quién es el culpable de mi vicio insano?

—Y de sus problemas bucales —apostilla Bea.

Al menos no dice nada de mis dudas porque aquí las amigas de cuerpo presente saben que las tengo. Aunque yo me niegue a admitirlo a bocajarro. Están, ¿vale? Como el oxígeno en el aire, no lo ves, pero sabes que existe porque no la has cascado.

Le muestro mi sonrisa como si de un caballo al que analizan para una venta se tratase. Doy golpes y todo con mi dedo para que vea que todo está genial.

—Mi boca está perfecta.

—Por ahora —insiste.

La tildaría de insolente si no la quisiese tanto.

—¿Quién empieza? —pregunto. Lanzo el anzuelo esperando a que alguna lo pique y bueno, pues que me den una alegría dentro de tanta mierda que cargo. No lo hacen. Al final no van a ser tan buenas amigas como yo esperaba.

»No hace falta que os solapéis la una a la otra, chicas —apaciguo—, por favor, si es que ni os entiendo, soy incapaz de escucharos porque habláis a la vez.

Bea se bebe su cerveza de golpe, y Laura me gira la cara.

—El sarcasmo te sienta como el culo.

—No hables de mi culo, que mi madre ya le ha dado bastante caña hoy y el pobre está deprimido.

—¿Sigues sin vestido?

Chasqueo la lengua.

—Empiezo a perder la poca paciencia que me queda.

El camarero, en ese instante, deja sobre la mesa tres copas de algo que no sé ni lo que es. En este momento, con el estrés que tengo encima, me bebería hasta el agua del florero, ese es el nivel.

—Puedes dejarla aquí —le pide Laura.

—Uhhh, crisis de chicas —se burla.

Le robo la botella y bebo a morro. Al camarero le cambia el semblante. Mañana todo el barrio sabrá que soy una borracha no anónima.

Y descubrirán ese secreto. Mientras solo sea ese el que descubran...

—Dame esa botella para acá. —Laura me la roba, bebe a morro, y me quedo patidifusa. Porque es Laura y es responsable. Las jodidas locas somos nosotras dos.

—¿Qué le pasa? —le pregunto a Bea.

—Ni puta idea, hasta hace nada hablábamos de que se iba a cambiar el color de pelo.

—¿Otra vez? Pero si el violeta le sienta bien.

—Estoy aquí. Y haré con mi pelo lo que me venga en gana. —Hostia, que Laura está en modo directo—. ¿Estás enamorada de él? —Me señala con la botella. Se la robo. Un poco por hacer tiempo y otro poco porque soy incapaz de contestar a esa pregunta.

—¿De quién hablas?

¿De Adam? ¿De Rafa?

—¿Sabes que esa no debería ser la respuesta? —me pregunta Bea.

Me cago en la puta. He caído en la trampa mortal tendida por la panadera/cafetera de mi amiga. Tocada y hundida. Si esto se lo explico a mi señor diario, tomaría vida solo por darme

una colleja que flipas.

—Hablo de Rafa, Val, por favor. Responde a mi pregunta.

¿Qué mosca le ha picado? ¿Por qué me pregunta eso? ¿Estará recabando información para soltársela al enemigo? No puedo obviar que son colegas y eso. Ay, no sé, ya dudo de todo y no solo de mí misma.

—Se supone que he venido aquí porque quiero que seáis vosotras las que confeséis vuestros problemas, y yo hacer de consejera. Olvidarme de los míos y eso.

—Contesta.

Bajo la cabeza. Es una pregunta complicada. No sé si puedo o si quiero responder. Son mis amigas, debería poder hacerlo. Es más, debería poder tener esa respuesta. Es que, joder, ni siquiera debería dudar de la respuesta.

—Seré yo la que te dé una contestación al respecto. —Es Bea la que toma la palabra y me preparo para su contundencia, esa a la que piensas que estás acostumbrada hasta que te deja en jaque y te das cuenta de que no lo estabas—. No estás enamorada de Rafa. —Alzo la vista, no aparto la mirada de la suya—. Y no solo porque haya leído tu diario y me haya percatado de la cantidad de tachones que tiene, en los que quieres poner Rafa y pones Adam, dejando las evidencias a un lado —añade, porque es evidente que eso sí lo he hecho—, no puedes enamorarte de él porque nunca has dejado de estar enamorada de Adam.

Y entonces te pones de pie como si tu pobre culo hubiese recibido la mordida de un caimán. Un caimán con nombre de mejor amiga y te duele. Te duele la mordida y te duelen sus palabras porque..., porque temes que sean ciertas.

—Eso...

—¿Qué? ¿Le vas a decir que eso no es cierto? —puntualiza Laura.

Joder, ¿se han puesto de acuerdo antes de venir? En plan: «Venga, hoy uniremos nuestras fuerzas para convertir el día de mierda de Valeria en hecatombe».

Porque más o menos eso es lo que está sucediendo.

¿Y sabéis qué es lo peor de todo?

Que me acojona tanto lo que dicen, las respuestas que me han dado, que me limito a darle un trago a la botella y a largarme de allí como una mujer madura que se comporta de forma inmadura.

Porque eso es lo que estoy haciendo. Y luego me quejo de que Adam se largase sin dar explicaciones cuando yo estoy actuando de la misma forma, ¿en qué me convierte eso? ¿En juez? ¿En verdugo? ¿En culpable? Casi que yo apostaría por esta última opción.

Camino calle abajo, acercándome al polideportivo abandonado en el que tantas tardes y noches he pasado, pensando, recordando cómo la primera vez que saltamos la valla del instituto, cuando Bea se enrolló con Tristán por primera vez, fue aquí a donde fuimos.

«Vamos a portarnos mal».

Esas fueron sus palabras y justo eso fue lo que hicimos. O lo que en su día pensamos que hacíamos porque la realidad es que no pasó nada malo, al contrario, ese día comenzó todo. O no, quizá todo empezó antes de eso, cuando lo vi por primera vez en la casa de sus abuelos, cuando, de verano en verano, crecíamos y nuestra aversión también.

Hasta que ese odio que creímos sentir se convirtió en lo mejor que tuve.

Freno mis pasos en seco cuando llego a una de las gradas y en ellas atisbo humo.

Se me corta la respiración y puede que sea un ataque de asma o el hecho de que, antes de verle la cara, sé quién está ahí.

Adam se gira, como si se hubiese dado cuenta de que he llegado, como si me hubiese sentido

cerca.

—Buenas noches, princesa, te estaba esperando.

CAPÍTULO 24

Adam

Hace nueve años. Cuando te diste cuenta de lo travieso que eras y de las travesuras que querías hacerle a ella.

El día en el que mi hermano y su amiga se estaban enrollando sí que supuso una especie de impás entre nosotros.

No nos besamos ni mucho menos, aunque ciertamente me moría de ganas de hacerlo. La cruda realidad era que siempre me moría de ganas. Cuando la veía, cuando la pensaba, cuando la rozaba... Valeria se había convertido en mi nueva obsesión, y eso era triste y desesperante a la vez, hasta vergonzoso. Esa era la forma en la que lo definió mi hermano, aunque..., vaya, no sé si él era el más indicado para hablar teniendo en cuenta la pillada que sufrieron. Y estaba orgulloso de ello, por supuesto.

—Bea te gusta —le solté delante de mis abuelos.

Por supuesto, mi abuelo Jacobo despegó la vista del periódico que leía —y que era de hacía varios días— y nos observó. Tristán no dejó siquiera de masticar, era como si no hubiese pronunciado palabra alguna.

—A ti te gusta Valeria, y yo no te recrimino nada. —Ahí sí que me prestó atención.

Vale, esa estocada me la había ganado.

—Esperad, que yo me entere. ¿Estamos hablando de chicas? Porque yo —y recalqué ese pronombre— soy experto en chicas. Miradme, soy un abuelo resultón. Siempre tuve a muchas mujeres tras de mí, vuestra abuela era consciente de ello y, claro, utilizó todas sus técnicas para enamorarme.

—¿Técnicas? ¿Qué técnicas? —era mi abuela la que lo preguntaba, por supuesto.

—No me hagas hablar de forma indecente delante de tus nietos o dejarán de vernos con los mismos ojos.

Mi hermano y yo compartimos una sonrisa, sabíamos que nuestros abuelos eran de esa forma. Estaban enamorados, seguían estándolo, a pesar de todo el tiempo que había pasado, de la edad, de los problemas, de las circunstancias y de los cambios. A ellos todo eso los había fortalecido como pareja y, en fin, a veces pensaba en por qué mis padres no podían ser como ellos.

—Vuestro abuelo es un gamberro.

Sonreí.

—Cuéntame algo que yo no sepa. —Esa fue mi respuesta y me gané un golpe con el periódico por parte de mi abuelo. Uno cariñoso, claro.

—Habladme de esas chicas, soy todo oídos.

—No hay nada que hablar. —Tristán nunca estaba por la labor de contar nada, él era mucho más reservado que yo para esas cosas. Iba de tipo duro y, en el fondo, no lo era para nada, solo

que su intimidad estaba cerrada a cal y canto.

—Val lo pilló besándose con su mejor amiga.

Tristán clavó sus ojos en mí y en ellos leí la promesa de que me mataría con sus propias manos si continuaba hablando. Era una lástima que no me diese miedo alguno.

—Y tu nieto está loco por esa chica —apostilló. Como si eso me importase.

—Eso ya lo sé. —Fue la respuesta de mi abuelo. Me sorprendió y a la vez no lo hizo—. Lo sé desde hace años, en cambio, lo tuyo es mucho más morboso.

Mi abuela soltó una carcajada mientras dejó sobre la mesa un plato de caldo.

—Es hora de cenar, no quiero disputas en la mesa.

Cuando mi abuela se dio la vuelta, mi abuelo le pellizcó el culo. Ella protestó, pero se echó a reír tras el gesto. Eran... Ojalá yo viviese un amor como el de ellos.

—Es Bea, Adam, le estás dando demasiada importancia y no la tiene. Solo fueron un par de besos y ya está.

—¿Y eso ella lo sabe? —preguntó mi abuelo.

Tristán apenas sonrió y eso no presagiaba nada bueno.

—Lo sabe. Lo sabe tan bien que fue ella la que marcó los límites.

Y, claro, creo que a mi hermano eso no le hacía demasiada gracia.

—Así que... es eso. —Yo observaba la conversación expectante—. Te molesta que, por una vez en tu vida, sea una chica la que te dice hasta qué punto quiere llegar, que no se muera por tus huesos y se arrastre como todas esas otras. —Mi abuelo era un jodido *crack* que sabía dar donde más dolía.

—No me molesta para nada porque esa chica no me importa en absoluto —recalcó mi hermano.

Mentira. Yo lo sabía, mi abuelo lo sabía y hasta mi abuela era consciente, solo que no abrió la boca. Porque esa era una de sus virtudes; guardar silencio y pasar desapercibida, esperar la ocasión y aconsejar cuando se lo pedías o cuando ella consideraba que lo necesitabas.

Tristán se marchó sin acabarse la cena. Decidió salir a correr, o a tatuarse algo, o vete a saber qué. Cada uno mataba la frustración como podía.

—¿Crees que ha ido a verla? —me preguntó mi abuelo directamente.

—Creo que ha ido a olvidarla y no lo conseguirá.

—Ohhh. —Suspiró—. Los dos hermanos locos de amor por chicas que no se lo ponen fácil. Qué maravillosa es la juventud, ¿verdad, Marcela?

—Solo tienes que tener paciencia. —Fue la respuesta de mi abuela.

Que te digan eso, cuando tienes diecinueve años, pues como que no te sirve de mucho porque, a esa edad, lo quieres todo para ayer. O antes de ayer.

Asentí porque no pensaba llevarle la contraria, no se me ocurriría.

Acabé mi plato y ayudé a mi abuela a recoger. Tomamos té con limón los tres juntos, y Tristán todavía no había regresado.

—Buenas noches, abuela —me despedí.

Sujetó mi mano, y frené mis pasos, esperando, no sé, un beso, un abrazo, una muestra de cariño por su parte.

Y la recibí, solo que no de la forma en la que esperaba hacerlo.

—Toma —me ofreció una caja que bien conocía yo.

—¿Cómo sabes...?

—Tu abuela es paciente. Y, por encima de todas las cosas, tu abuela sabe todo. —Me guiñó un ojo con afecto, y le di un beso, dos besos, tres besos...

Me estaba dando un motivo para ir a visitarla. Y estaba nervioso, expectante y ansioso por hacerlo.

Subí las escaleras, mentiría si te dijese que no lo hice con pasos acelerados. Me quemaba la cajita en la mano, me escocían las ganas de verla, con sus calcetines desparejados, escribiendo ese diario en el que guardaba sus secretos y que sabía que escondía mi nombre. Cualquier excusa me parecía cojonuda para estar con Valeria.

Descorrí la cortina de mi habitación y encontré la suya abierta también. Caminaba con la jodida libreta de los secretos en la mano. No entendía cómo podía escribir mientras daba vueltas por la habitación. Es que hasta eso me descolocaba de ella. Observé mi caja, el árbol, su ventana, y decidí lanzarme al vacío.

No de forma literal, por supuesto, de manera hipotética.

De una sola pieza, acabé en su ventana, en el alféizar de la misma y entonces fue cuando Val reparó en mí.

Y, oh, vaya, yo sí que reparé en ella. En su camiseta de tirantes, en su pantalón corto y en esos calcetines a los que hasta empezaba a acostumbrarme.

—¿Macedonia de frutas? —pregunté.

Val, sin entender bien a lo que me refería, bajó la vista hasta sus pies, ahí donde yo mismo tenía puestos mis ojos, y sonreí. Movié la pierna derecha para mostrarme las fresas y la pierna izquierda después para enseñarme los kiwis. Unos kiwis que tenían ojos y no parecían nada apetitosos.

No como Val. Val me resultaba deliciosa, estuviese como estuviese y sin haberla probado.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso pretendes matarte en una de esas intrusiones? —Sonrió páfida, y yo ya sabía lo que eso significaba.

—No pienso darte ese gusto. —Otros muchos sí.

—Tal vez es que estás sufriendo un trastorno de personalidad. Pasas de estúpido a allanador de moradas. Porque, ¡oh, sorpresa!, no te he invitado.

Apoyé la caja en el hueco de la ventana y entré tras eso en su habitación.

—He traído algo que sé que te encantará —le prometí.

—Oh, ¿sí? ¿Qué es? —Picó el anzuelo. Ya se le había olvidado eso de la invitación a colarme en su cuarto.

—Yo, por supuesto. —Y me señalé con descaro—. Sé que te mueres por probarme.

Esperaba un guantazo, no llegó, solo una carcajada que me sacudió las entrañas.

Dios, ¿en qué momento había pasado? ¿Cómo me había enamorado de esa chica? ¿Cómo lo había conseguido? Todo eran incógnitas.

—Claro que sí, Adam. —Pasó por mi lado, me dio un par de cachetadas que carecían de fuerza—. Tú sigue pensando eso, que estoy segura de que la hostia que te darás cuando descubras la realidad será más dura que caerte en una de tus intrusiones a las casas ajenas.

—¿Eso piensas? ¿Que me daré una hostia cuando descubra la realidad? —Me tomé mi tiempo para saborear la siguiente frase—. ¿O será al revés?

Rezaba para que fuese al revés.

—Date la vuelta —me pidió.

No entendía bien a qué se refería y tampoco ese cambio de tema. Aunque se lo permití. No me importaba. Mi abuela me había explicado que en la paciencia se encontraba un camino que llevaba a un fin mucho mejor. Si tenía que ser paciente con Val, lo sería sin pestañear.

—¿Vas a desnudarte? Porque prometo no asustarme, es más, prometo no lanzarme como un lobo hambriento. —Porque así era como me sentía con ella cerca.

—No flipes, Adam. Eso no va a pasar.

Sí, sí va a pasar.

Me giré, lo hice, pero, claro, con trampas, porque, ya sabéis, no era un buen chico. Nunca lo había sido.

Obtuve una buena perspectiva de lo que hacía gracias al espejo que había sobre su cómoda. Estaba escondiendo el diario bajo el colchón y, de paso, proporcionándome una buena panorámica de su culo.

Que sí, que sí, que no era un buen chico.

—Vale, ya puedes mirar.

Me giré con cara de no haber roto un plato e intenté esconder mi erección. No era de piedra, ¿vale?

Cogí la caja, la abrí sin mediar palabra y la sonrisa que Val me regaló bien hubiese valido partirme la crisma.

—Eres... Eres...

—Creo que la palabra que buscas es «increíble». De nada.

Me dio un golpe en el brazo justo antes de sacar una magdalena de la caja.

—Quiero que sepas que no somos amigos, Adam —me confesó antes de darle una mordida a su magdalena y cerrar los ojos mientras la masticaba.

Jo-der. Eso no me ayudaba en nada.

—No, por supuesto que no somos amigos —declaré.

Tomó asiento en su cama mientras yo sacaba mi magdalena y casi me la zampaba de un bocado.

Con ella no lo haría así, con Val me tomaría mi tiempo.

—Anda, ven, siéntate conmigo.

Sí, eso era no ser amigos, claro, por supuesto.

Lo hice, tomé asiento a su lado. Masticamos y tragamos en silencio y luego..., luego nos tumbamos en su cama. Sobre el diario que había escondido justo debajo de nosotros.

Esa fue la primera vez que me quedé en la cama de Valeria. La primera vez que hablamos durante horas.

Esa fue la primera vez en la que dos «no amigos» decidieron negarse lo evidente: eran mucho más que eso.

CAPÍTULO 25

Adam

En la actualidad. Cuando no sabes la suerte que tienes de estar cerca de ella.

— B

uenas noches, princesa, te estaba esperando.

Puede que el destino esté esta noche de mi parte o que me recompense, a pesar de todo lo que me he equivocado a lo largo de los años. O quizá sea un estúpido con suerte o un imbécil al que le ha tocado la lotería, ahora bien, ni en mis mejores sueños pensé que la chica de la que estoy locamente enamorado acabase a unos metros de distancia de donde me encuentro.

Me incorporo, lanzo mi cigarrillo sin ningún miramiento, y Val lleva la vista hacia donde cae. Eso me proporciona unos segundos para inspirar con fuerza, tomar aire y llenarme de valor para acercarme a ella.

La paciencia, a pesar de la insistencia de mi abuela, no es una de mis virtudes. A veces pienso que carezco de alguna.

—¿Qué haces aquí? —Valeria formula la pregunta, y eso me llena de satisfacción, al menos, en esta ocasión, no ha salido huyendo.

Y sigue aquí, a pesar de que en la nota que había en la ventana ponía que la dejase en paz. Si seguir a mi lado es el significado de esas palabras para ella, me empiezan a gustar y mucho.

Sí, la suerte está de mi lado esta noche. Y no soy de los que desaprovechan las oportunidades.

—Pensar.

—¿Pensar? ¿Tú? ¡Ja!

La comisura de mi labio se alza. Aprieto los puños. Me muero por recorrer la distancia que nos separa, encerrarla entre mis brazos y besarla. Volver a casa, a su sabor. A su tacto, a ella.

—Sí, pensar nunca se me ha dado bien. Lo mío ha sido más bien...

—Huir —sentencia. Lo verbaliza con tanta rabia que me corta las entrañas, sin embargo, aguanto el golpe porque es bastante menos de lo que me merezco.

—Iba a decir actuar.

Vuelvo a tomar asiento, intento no mostrar lo nervioso que estoy, que no se percate de mi estado, de lo débil que me siento, de lo inseguro que me encuentro.

Es ella la que me hace sentir así. Ella siempre ha tenido el poder. Uno del que no era consciente.

Doy un par de palmaditas a mi lado y rezo en silencio para que se acerque.

Cuando creo que se ha marchado, toma asiento a mi lado. Percibo su calor. Está bastante más cerca de lo que esperaba. Ladeo la cabeza y la miro. Está preciosa.

Val siempre ha sido preciosa, con sus pecas; con su melena castaña y rebelde; con su piel

morena y suave; con sus labios rosados, que parecen cerezas, y con sus voluptuosas curvas, que bien podrían volver loco a cualquiera.

Solo que ese loco soy yo y no quiero que lo sea nadie más.

Hay tantas tantas cosas que quiero confesarle, que quiero explicarle y que quiero contarle...
Tantas que ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Qué pasa entre tu hermano y mi amiga? —Es ella la que toma la palabra.

Saco la cajetilla de cigarros del interior de mi chaqueta y le ofrezco uno. Ella intercala la mirada entre el pitillo y yo.

—Sí, es un vicio insano y asqueroso y sigo siendo incapaz de dejarlo. —Tampoco soy capaz de dejarte a ti.

—Yo me he propuesto dejarlo después de la boda.

Se me congela la sangre en el cuerpo.

—Me parece una idea excelente —miento. No por el hecho de dejar de fumar, sino por la boda en sí.

Nada que tenga relación con ese enlace me satisface en absoluto.

—No has respondido a mi pregunta —indaga.

Prendo el mechero y enciendo su cigarrillo, tras eso, hago lo propio con el mío. Baja la vista y lo observa, se queda unos segundos mirándolo sin decir nada. No sé si se acordará de que es el encendedor que ella me regaló. Tiene nuestros nombres grabados y amapolas en él.

Es precioso. Casi tanto como ella.

Casi.

—Tengo la ligera sospecha de que mi hermano está loco por Bea, solo que no sabe cómo enfrentarse a la situación. —Exactamente como yo.

Val chasquea la lengua, apoya la espalda en la pared de la grada y flexiona las piernas con las manos en medio de ellas.

—Y yo creo que Bea piensa que tu hermano no quiere nada serio con ella y es por eso por lo que finge que tienen una relación basada en el sexo. —Ladeo la cabeza y la observo—. ¿Qué?

—¿Basada en el sexo? —pregunto buscando ruborizarla, provocándola como siempre he hecho.

—Sí, ¿acaso no sabes lo que es?

Una sonora carcajada brota de mi garganta, y Val..., Val sonrío.

Una sonrisa sincera y dirigida a mí. De pronto, me siento eufórico.

—Por supuesto que sé lo que es.

—Claro, cómo no, eres Adam de Haro.

Guardamos silencio tras esa pulla. Nos ensimismamos durante unos minutos y nos concentramos en... No sé en lo que se concentra Valeria, solo sé que yo me concentro en ella y en lo cerca que estamos y, a su vez, lo lejos que nos encontramos.

—Mi hermano siempre ha sido un tipo al que le cuesta mostrar sus sentimientos. Supongo que en eso nos parecemos, somos desconfiados por naturaleza. Ya sabes lo que vivimos en casa y, de una forma u otra, eso también nos afectó. Nos condicionó. Me condicionó —me sincero.

Tal vez no entienda lo que le estoy explicando o que no recuerde lo que le conté aquella Navidad, en su cama, tumbados como tanto nos gustaba estar. Puede que sí lo haga, con suerte quizá así sea. Esa noche fue lo más cerca que he estado nunca de explicarle cómo me sentía y de mostrar mi herida. O parte de ella, porque han llegado más. Tras esa, han llegado otras y me temo que mucho peores.

—No lo entiendo —finaliza—. Es muy sencillo, solo hay que hablar las cosas, la

comunicación es la base de todo. Tristán solo tendría que hablar con Bea y...

—O Bea hablar con él, ¿no crees? Si la comunicación es la base de todo, es una vía de ida y vuelta.

Val guarda silencio. Ha sonado a reproche y no lo es. Estoy a punto de disculparme cuando toma la palabra.

—Tienes razón. La tienes.

—¿La tengo? —Casi no me lo creo, no el hecho de que me dé la razón en sí, no es eso, sino que haya entendido a lo que me refiero.

—Sí, el canal es bidireccional. Ahora bien, cuando alguien comete un error, es ese alguien el que tiene que tomar la iniciativa y disculparse. —En algún momento hemos dejado de hablar de mi hermano y de Bea, me temo que ha sido de esa forma.

—En esta ocasión, la razón la tienes tú —afirmo.

Le doy otra calada profunda a mi cigarrillo y me armo de valor para soltarlo, para disculparme, para confesarle que siempre he estado ahí, aunque no me haya visto. Que sigo enamorado de ella, que no quiero que se case con Rafa, que quiero retomar nuestra vida donde la dejamos tres años atrás.

Que me arrastraría si hiciese falta.

Lo haría.

Quiero ser ese puto Adam egoísta que no quiere dejar que siga adelante con otro porque yo le pertenezco y espero que al menos una parte de ella, una pequeña parte de ella, siga siendo mía.

—¡Val! —Escucho gritos. Ella también—. ¡Val! —la llaman desde arriba.

Se mueve y nuestras piernas se tocan.

—Creo que han venido a buscarme —me explica. Está nerviosa.

Así estoy yo desde que la vi. Desde que la vi por primera vez cuando todavía llevaba trenzas.

—Eso parece, princesa.

Gira la cabeza con rapidez y le regalo una sonrisa canalla. Valeria traga con fuerza. No le soy tan indiferente como quiere hacerme ver.

Paciencia, solo tengo que tener paciencia. Aunque primero debería aprender en qué consiste eso.

Se incorpora, tira su cigarrillo hacia donde hace nada lancé el mío y se sacude el vaquero.

Cuando ha saltado un par de escalones, regresa sobre sus pasos.

—Todavía lo conservas —me suelta antes de despedirse.

Confirmo sus palabras con un leve asentimiento. Lo que ella no sabe, lo que no llega a comprender, es que conservo todo lo que tiene que ver con ella, incluso..., incluso conservo la esperanza de poder solucionarlo todo.

—Por supuesto, me lo regaló una de las personas que más he querido en mi vida.

Valeria permanece unos segundos plantada ahí, como si estuviese debatiéndose entre marcharse o quedarse. Finalmente, sube las escaleras.

—¡Ya voy! —grita—. Buenas noches, Adam.

—Buenas noches, princesa.

Permanezco unos minutos más allí hasta que considero que mis piernas son capaces de sostenerme. Valeria sigue siendo mi punto débil y mi punto fuerte.

Valeria sigue siéndolo todo para mí.

CAPÍTULO 26

Valeria

Hace ocho años. Donde dije Lucas, digo Diego.

No quería admitir que Adam me gustaba. Solo había sido completamente sincera con mi diario, lo había escrito y, tras eso, lo había vuelto a borrar porque no me parecía prudente esa confesión... No estaba segura de que mi vecino fuese tan noble como para no colarse en casa y leer mis secretos. Entre ellos, todos los relacionados con él. Así que había tomado una decisión: tendría dos diarios. Uno que dejaba a la vista y en el que escribía una sarta de mentiras sobre lo feo que era Adam, lo poco que me gustaba su actitud y, ya puestos, su cuerpo y lo estúpido que me parecía.

Aunque, siendo honesta, me parecía estúpido también en mi diario secreto. Porque lo era. Punto. Aunque me hiciese estremecer como la adolescente que era.

La cosa era que había decidido poner fin a esa tontería que me traía con mi vecino y, desde hacía un tiempo, amigo. Porque, por mucho que me pesase reconocerlo, Adam se había convertido en algo más que el chico que vivía en la casa de al lado y que me sacaba de mis casillas.

Lo esperaba. Muchas noches aguardaba a que se colase en mi habitación, se tumbase al lado en mi cama y comentásemos cosas como el amor que se profesaban mi amiga y su hermano y que se negaban a admitir, las locuras de sus abuelos, las tonterías de mi padre y lo ridículas que eran las enfermedades que mi hermana se inventaba.

Si hasta Camila se había negado a besar a algún chico con veinte años que tenía, porque había leído en Google que una persona podía tener hasta cien millones de bacterias por cada mililitro de saliva.

Aunque me jugaba mi brazo derecho, ese con el que escribía, que no le importaría que Tristán le comiese toda la boca, a pesar de las múltiples bacterias. Sí, Cami seguía loca por él. Era su amor platónico.

El caso era que yo seguía vivita y coleando, porque mira que me había dedicado a besar chicos.

Sí, había besado a muchos porque la cosa entre Adam y yo cada vez se volvía más y más intensa y necesitaba reafirmarme de alguna manera en que no me gustaba en absoluto.

Y ya sabemos lo que pasaba, que, por mucho que besase a cientos de sapos, mi cuerpo gritaba que solo quería a ese príncipe.

—¿Val? —Escuché mi nombre antes de que la cortina de amapolas se abriese frente a mis ojos.

Todavía no me había puesto el pijama, porque estaba escribiendo un par de líneas en el diario

de mentira por si Adam me pillaba cuando viniese esa noche. Y sabía que vendría porque..., porque me había visto besar a Diego. Y sé que fue así porque, mientras yo enredaba mi mano en su nuca y lo besaba, no pude apartar los ojos de los suyos.

Percibí la furia en su semblante antes de abandonar el pasillo. Justo cuando lo hizo, me separé y me sentí como una auténtica mierda, ¿qué coño estaba haciendo? ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué no admitía que me gustaba sin más? ¿Acaso era tan complicado? ¿Por qué tenía que serlo?

Puede que fuese por miedo. Miedo a que él no sintiese lo mismo por mí, a que yo fuese solo un juego para él o, yo qué sé, mucho peor, que lo nuestro fuese a más y que me dejase por otra cuando se aburriese.

Porque los tíos eran así, deseaban lo que no tenían y, cuando lo conseguían, se iban a por la siguiente víctima, y yo no estaba dispuesta a convertirme en nada de eso. Era Valeria San Martín, y yo mandaba en mi vida, nadie, absolutamente nadie, iba a gobernarme.

Lo que me faltaba.

En eso Bea y yo estábamos de acuerdo.

—¿Qué te pica? —le respondí acercándome. Estaba poniéndome chula, lo admito, solo que... Qué mal se me daba todo aquello, joder.

—No quieras saberlo —respondió.

Me acerqué y lo invité a entrar, deseaba que lo hiciese.

—¿No entras?

—Hoy no. —Negó con la cabeza.

Seguía enfadado, y yo era la culpable de ello. Reparó en el diario que se encontraba sobre mi mesa de noche. En él había explicado con todo lujo de detalles lo mucho que me habían gustado los besos de Diego. Solo fue uno, pero decidí incrementar el número por si..., por si acaso.

—Vamos.

Abrí los ojos de par en par.

—¿A dónde? ¿Por ahí? ¿Así? —Y señalé mi ropa.

—Por ahí. Por aquí. No. —Esas fueron sus respuestas.

—Voy a cambiarme. —Que conste que cedí porque quise ceder. Punto.

Salí de la habitación con un pantalón vaquero y una camiseta sencilla que me llegaba por debajo de la cintura. Todo en colores oscuros, iba a fugarme por primera vez de casa con Adam. Durante ese año, siempre había cerrado la puerta con llave, y nos quedábamos allí.

Cuando regresé, vi cómo dejaba el diario sobre la mesilla y pensé que me sentiría mejor. No fue el caso. No me gustaba mentirle, no obstante, tampoco quería admitir lo que sucedía. Lo que sentía por él. Eso era como abrirme en canal y permitir que me usase a su antojo.

No, eso no estaba en mis planes. Ni de coña estaría en mis planes.

—Y bien, ¿a dónde vamos?

Adam alzó la vista, me recorrió con ella y cabeceó afirmando como si me diese su beneplácito. Pasé junto a él y me quedé al lado de la ventana. Cuando se encaramó a ella, me sonrió y os prometo que me tembló hasta la raya del pelo.

—Vamos a portarnos mal.

Joder, yo quería portarme mal y mucho. Lo que sucedía era que solo lo quería hacer con él.

Accedí, me tendió la mano y percibí no solo su calor, sino también toda esa energía que irradiaba entre nosotros, que flotaba en el aire cuando estábamos más cerca de lo normal, aunque no tan cerca como me hubiese gustado estarlo.

—Tienes que confiar en mí, ¿vale? Sujétate fuerte a esa rama. —Y la señaló—. Luego te diré por dónde continuar.

No pensé en ningún momento que podría morir si me caía, no barajé esa opción y, cuando por fin puso sus manos sobre mi cintura para ayudarme a colarme por su ventana, fui muy consciente, demasiado, diría yo, del poder que él tenía sobre mí y de lo acojonada que me sentía por ello.

Porque hasta ese instante todo era una especie de juego de provocaciones y ese maldito juego ya se me quedaba muy, pero que muy corto para lo que éramos.

—Gracias —susurré.

Diría que hasta me ruboricé y agradecí la oscuridad de su habitación para evitar sus posibles burlas sobre ello. Adam asintió y me observaba, no sé qué es lo que pensaba y hubiera matado por saberlo, tal vez de esa forma no habría estado como estaba, nerviosa e insegura.

Qué asco, todo era más sencillo cuando se trataba de otro tío. Con Adam nunca jamás era de esa manera.

—¿Vamos a quedarnos en tu habitación? —Me anoté un tanto por no balbucear.

—No, imposible —negó—. Sígueme.

Adam abrió la puerta de su habitación sin miedo alguno, era todo confianza y control. Por eso también lo odiaba, yo parecía un flan a punto de derretirse, y él, una fruta exquisita y en perfectas condiciones. Qué vida más perra.

Todavía de la mano, bajamos las escaleras y, cuando llegamos abajo, nos cruzamos con Jacobo, su abuelo.

—Esto... —«Mierda», es lo que en realidad quería soltar.

—Volvemos en un rato, abuelo, estaremos cerca.

Jacobo nos miró suspicaz, sonrió al ver nuestras manos unidas y cabeceó afirmando.

No hubo ninguna pregunta, ningún consejo, ninguna amenaza y tampoco gritos. Es que ni se sorprendió al ver a su nieto de la mano de su vecina, chica que, por cierto, no había entrado en su casa por la puerta como las personas normales.

Jacobo tenía asumido que su nieto y yo no éramos personas normales.

Yo, por aquel entonces, no lo sabía aún. O sí, y solo tenía que aceptarlo.

Salimos a la calle y no percibí frío alguno. Miré mi casa, las luces de la habitación de mis padres estaban encendidas y me entró la risa.

Adam me empujó contra su pecho para amortiguar la carcajada tonta que me había salido. Estábamos portándonos mal porque, desde luego, si mis padres hubiesen sabido lo que estaba haciendo, si hubieran sido conscientes de que no estaba en mi habitación, no se habrían comportado como Jacobo. Al contrario, habría acabado en un internado cultivando hortalizas y rezando rosarios.

Alcé la vista cuando cesó mi ataque de ridiculez y me encontré con sus ojos verdes. Con sus preciosos ojos verdes.

Joder. Así era imposible mantener la compostura y, ya de paso, la cordura.

—Vamos —me pidió.

Menos mal que lo hizo porque, en ese momento, me habría lanzado a por sus labios sin dudar ni un segundo. Lo habría hecho allí mismo, en la calle, entre su casa y la mía, así acabase en el internado rodeada de tomates y cebollas.

Llegamos a un polideportivo al final de la calle. Estaba vacío, me sorprendió porque por el día ese era el lugar de encuentro de todos mis compañeros de instituto.

Descendimos dando saltos de un escalón a otro hasta que apenas quedaban dos o tres para tocar la cancha de baloncesto. Adam fue el primero en tomar asiento y me señaló el hueco a su lado.

Sacó un paquete de cigarrillos y me tendió uno. Lo rechacé, pero sí que me senté cerca. Muy cerca.

—Me olvidaba de que eres una princesa y las princesas nunca hacen ese tipo de cosas.

Sentí rabia. Por el apelativo, porque me gustaba que lo usase conmigo y por la forma en la que lo pronunciaba, como si fuese una damisela en apuros.

—Trae para acá.

Le robé la cajetilla, extraje uno, y él se lo encendió primero. Inhaló y me pareció asqueroso. Yo, por cabezota, lo hice también cuando prendió el mío.

Tosí. Tosí de forma ridícula y absurda. Me sentí un poco así también.

—Despacio —me aconsejó.

Despacio lo mataría a él.

—No entiendo qué puedes verle a esto. Es asqueroso.

Alzó los hombros, y yo..., yo me quedé fascinada observándole realizar ese gesto.

Se dio cuenta de ello, así que volví a llevarme esa cosa asquerosa a los labios para disimular.

—¿Por qué lo haces? —Vaya pregunta esa.

—Porque me has retado. Y yo no me acobardo jamás.

Me sonrió de medio lado. Pude embobarme mirándolo.

—Hablo de esos tíos. ¿Por qué los besas? —Esa pregunta no la esperaba—. ¿Por qué lo haces, Val?

El apelativo fue como un puñetazo en la barriga.

«Porque lo que hay entre nosotros es demasiado intenso».

«Porque tengo miedo, no a besarte hoy, a querer besarte siempre».

—Porque me apetece.

¿Qué otra cosa iba a responderle?

Tiró su cigarro, me quitó el mío de las manos y no sé dónde acabó. Me movió ligeramente hasta que quedamos mirándonos el uno al otro.

Su mano recorrió mi mejilla, y me estremecí. No tenía fuerza de voluntad para nada. Para acercarme, para alejarme, para nada.

—Me voy a portar mal, princesa. Me voy a portar jodidamente mal —me advirtió.

Me daba igual.

Y entonces me besó. No fue a Lucas, tampoco Daniel, Rodrigo ni Diego. En esta ocasión no tuve que besar a otro imaginando que era Adam el que lo hacía, el que me devoraba.

Abrí la boca para él, y su lengua y la mía colisionaron. Fue dulce, lento y delicado. Fue pasional y ardiente. Fue absolutamente perfecto.

Se separó de mí minutos después y me llevé los dedos a los labios. Sonreí con presunción.

—Quiero que sepas que no somos novios, Adam. No lo somos.

También le dije que no éramos amigos y mirad cómo de amigos habíamos acabado siendo.

—No, por supuesto que no somos novios —declaró.

Y tiré de su chaqueta con un hambre voraz. Nos besamos. Me arrastró al infierno con sus labios, y yo..., yo me dejé quemar con sus brasas.

CAPÍTULO 27

Valeria

En la actualidad. Cuando necesitas hablar con alguien de carne y hueso, solo que no quieres que sean crueles contigo. Y suelen serlo, claro.

— H

ermanos, nos hemos reunido aquí...

—Deja de tocarme los huevos, Bea, por favor, no nos hemos reunido aquí para nada que no sea darle al chisme.

—Uhhh, Laura, chisme, ¿tú la has visto? Porque fui yo la que la encontró hace dos días en el polideportivo con Adam. ¡Con Adam! Y te advierto que no soy yo la que se equivoca de nombres, en eso, la experta es ella. —Me dedica una sonrisa ladina porque la muy maldita tiene razón y no puedo llevarle la contraria.

—Solo estábamos hablando. —No tengo ganas de enfrentarme a esta situación. Desde el momento en el que escuché a Bea gritando mi nombre, supe que estaba bien jodida porque no podía esconder lo que había hecho.

Sigo sin estar preparada para la caña que me van a dar estas tres. Y digo tres, porque Bea vale por dos.

—Laura, por favor. —Tiro de empatía—. Es Adam.

Laura se cruza de brazos, esa excusa suena mal porque es mala. Carece de peso. Decir que es Adam es como asegurar que el azúcar no engorda. Una patraña como la copa de un pino.

—Yo la creo.

¿Qué? O sea, ¿qué?

Respiro con un poco más de fuerza, y ambas me observan.

—Ya sé que dije que lo mejor era no volver a encontrármelo, huir y esas cosas, pero la realidad es que es imposible hacerlo porque...

—Te recomendé irte a una isla virgen. Nadie escucha mis consejos.

Laura le propina un empujón.

—Porque tus consejos no son del todo buenos.

—Sobre todo porque eso de la isla desierta es caro de cojones. Y no hablemos de lo imposible que resulta —apunto con sorna.

Mi amiga, la del pelo de colores no, la otra, me dedica una mirada de odio.

—Tienes que comportarte como una persona madura. Y afrontar la situación. ¿No quieres admitir que sigues enamorada de él? Vale. ¿No quieres admitir que casarte con Rafa es el peor error que vas a cometer en tu vida? Vale. Pero huir tampoco es la solución. Tú —añade Laura y me señala— nunca lo has hecho.

No, nunca lo he hecho.

—Por eso he decidido que no pasa nada. Estoy con Rafa. —Ambas ponen los ojos en blanco, y todos sabemos por qué—. Y me voy a casar con él.

—Se te ha olvidado lo más importante.

—¿Beber? —Niegan.

—Afirmar que te casas con él porque lo quieres —sentencia Bea.

Teniendo amigas como ella, ¿para qué quieres enemigos?

—Bueno... Por supuesto que quiero a Rafa.

Porque lo quiero, ¿vale? Sí, aunque me equivoque de nombre y esas cosas. Ay, madre, ¿y si me equivoco de nombre en la boda? ¿Y si eso sucede?

—Ya. Y yo soy pelirroja de nacimiento —apostilla Bea.

—Tú no eres la más indicada para hablar. Adam y yo....

—No sé si quiero escuchar una frase que comience con «Adam y yo».

—Claro que la quieres escuchar. Adam y yo estamos de acuerdo en algo: Tristán y tú tenéis que hablar.

Bea abre la boca, abre los ojos y abre la mala hostia que percibo en el ambiente.

—Es decir, ¿no tenéis suficientes mierdas con las que cargar los dos y de las que hablar que habéis decidido utilizarnos a nosotros como excusa para no acabar follando como conejos?

En esta ocasión, la que abre la boca soy yo.

—Me temo que la conversación no va por buen camino, chicas —apacigua Laura, que se lo ve venir.

No lo consigue, porque Bea y yo somos muy cabezotas.

—Adam y yo no vamos a follar como conejos. No vamos a follar siquiera como ratones de laboratorio. Eso no va a suceder por lo evidente.

—¿Y lo evidente es...?

—Que me voy a casar. —Laura chasquea la lengua—. ¿Qué? —¿Qué pasa ahora?

—Esa es otra respuesta incorrecta, Val. Lo que deberías decir es que eso no va a ocurrir porque no quieres que suceda con él, porque tu vida sexual es espléndida y satisfactoria.

La realidad es que mi vida sexual es pobre y escasa.

Da pena que te cagas.

Es mi turno de chasquear la lengua.

—Ese no es el tema. Bea... —Me acerco a ella, intento romper la barrera que ha alzado porque es obtusa, muy obtusa.

—No, Val, no. Lo que Tristán y yo tenemos está muy claro. No hay exclusividad, él puede estar con quien quiera, y yo también, marcamos esas normas desde el principio.

—Las marcaste tú —sentencia Laura.

Y más allá de eso, las normas se quedan obsoletas. Si lo verbalizo, ¿creéis que me matará *in situ* ?

—Por supuesto, ¿qué esperabais? ¿Que me bajase las bragas cuando quisiera y darle a entender que me tenía a su antojo? No, ni de coña. No. No puede ser porque yo no soy de esa clase de tías que puedas usar y tirar. Si alguien tiene que usar y tirar, esa soy yo.

Asiento porque yo he sentido eso mismo, es más, siempre he defendido esa clase de posición.

Nosotras tenemos el poder, bastante tiempo se lo hemos cedido a ellos. No te jode.

—Vale. El problema está en que creo que lo que sientes por Tristán es más que deseo, más que sexo. ¿Con cuántos tíos te acuestas tú? —le pregunto—. Si lo que dices es cierto, y no tenéis exclusividad, ¿a cuántos tíos te tiras?

Bea guarda silencio y no es necesario ni que me responda.

—No tengo por qué contarte esas cosas.

Insisto: ¿qué? O sea, ¿qué?

—Bea, cariño —intercede Laura.

—¿No podemos hablar de otro tema?, por ejemplo, de cómo evitas tú a Román, que está loco por tus huesos y no se esconde. No se esconde como otros.

¿Qué otros? ¿Habla de mí? ¿De Adam? ¿De Tristán? ¿De ella misma? ¿Por qué todo es tan complicado y no fluye sin más?

Laura suspira y, cuando creo que nos va a mandar a freír chuchangas, habla.

—No sé cómo decirle que me gusta sin parecer una loca enamorada. Cuando nos enrollamos, cuando pasó aquello —añade y con aquello quiere decir que sí que lo hicieron como conejos—, pensé que lo más sensato era dejar las cosas ahí. Sexo sin compromiso, un par de polvos y listo.

»El tema es que nos hemos vuelto a ver, y Román me cae genial. A pesar de tener a una hermana como tú —bromea mirando a Bea, que le propina otro empujón—. Y estoy loca por él.

—Y tal vez él esté loco por ti. Como aquí ninguna habla de esas cosas —ironizo.

—No quiero saberlo. Es mejor vivir sin saber si es así, porque el rechazo es un asco. Sé lo que se siente y la verdad es que no es plato de buen gusto.

En fin, como veis, estamos todas bien jodidas y nos comportamos como mujeres adultas que saben lo que quieren, pero no lo hacen. Todo muy guay.

—Pues... —comienzo sin saber siquiera cómo continuar.

—Ya... Pues... —repite Bea.

Laura solo sonrío de medio lado.

—Lo mejor es beber.

—Y ahogar a las malditas mariposas —sentencia Bea, que lo diga ya es un paso, porque está admitiendo algo, aunque ella no lo vea de esa forma.

—Por el futuro. —Alzo la copa.

—Por el pasado. —Me sigue Bea.

—Por el presente. —Choca Laura.

Y por los tres chicos que acaban de entrar al bar y que, de una forma u otra, nos vuelven a todas locas.

CAPÍTULO 28

Adam

En la actualidad. Cuando te mueres de ganas de beber de sus labios.

— S

e supone que esta iba a ser una noche de chicos. —Mi hermano ya está protestando y acabamos de llegar al local.

—Esta va ser una gran noche de chicos. —Román alza las cejas en varias ocasiones y cabecea señalando a las tres chicas que, de una forma u otra, nos quitan el sueño.

—Ya lo entiendo todo.

Le propino un par de palmadas a mi hermano, que farfulla palabras que no sé si quiero entender. Román, por el contrario, no espera, avanza como una fiera que se dispone a comerse a su presa.

Y tiene nombre propio, para ser precisos.

—Pues sí que está loquito por Laura, sí. —Me descojonaría si mis ojos no se hubiesen encontrado con los de Val, que me observa suspicaz.

Diría que me está rogando que no me acerque. Lástima que no tenga en mente hacer lo que me pide. Porque, desde luego, no entra en mis planes.

Lo de no ponérselo fácil sigue en pie.

—Hola, chicas, ¿qué tal estáis? —Román es el que toma la palabra y permanece en primer plano. Por el contrario, Tristán y yo aguardamos tras ellas—. ¿Podemos sentarnos con vosotras? —pregunta con cortesía.

—Lo tiene comiendo de su mano —rumia mi hermano a mi lado, en un tono tan bajo que la confesión queda entre ambos.

—¿Y Laura qué dice sobre eso? —me intereso.

—¿Acaso me ves cara de querer meterme en otros asuntos que no sean los míos? —Pues también es cierto. Tristán no es de esos y, ojo, que lo agradezco, porque supo protegerme durante tres años.

—Tienes razón, bastante tienes con el asunto de Bea, ¿no crees?

Me gano un empujón por su parte y me recompongo bajo la atenta mirada de las chicas. Román parece haberse olvidado de que existimos.

—Pues tiene pinta de que vamos a tener que dejarle hueco a ellos. Gracias, Román, eres de lo más oportuno.

—De nada. —O no pilla la ironía de Bea o se la suda mucho. Me atrevo a afirmar que es lo segundo, porque se ha sentado al lado de Laura y la mira embelesado.

Me pregunto si yo también pondré esa cara cada vez que observo a Valeria. La mía, con toda probabilidad, sea peor.

Mi hermano toma asiento al lado de Val, y yo, por el contrario, al lado de Bea. Gracias,

Tristán, menudo favor de mierda me acabas de hacer.

—¿Y bien? ¿De qué hablabais? —Román toma la palabra.

Val y Bea se llevan una jarra de cerveza a la boca. Ambas comparten una mirada cómplice mientras Román sigue pendiente de Laura.

¿De veras que lo de estos dos solo ha sido una noche?

—No es de vuestra incumbencia —suelta Bea al final.

Val suspira. Mi hermano no aparta la vista de la chica que se sienta a mi lado. No lo culpo, yo tampoco lo hago mucho mejor con la suya.

Vaya rato más agradable, teniendo en cuenta que se puede cortar la incomodidad con un cuchillo sin filo.

Tristán se levanta a pedir algo de beber, e intento acercarme a Val. Coloco las manos sobre la mesa, y ella las observa como si pudiesen quemarle la piel. Es más, le quemaría cualquier parte del cuerpo si me tocase porque... Joder, cómo me gusta esa chica.

—Aparta tus manos de mi amiga, ¿es que crees que no me he dado cuenta de lo que pretendes? —Bea me increpa.

Me sentiría incómodo si no fuese porque me resulta de lo más gracioso cómo defiende a su amiga. Y, además de eso, estoy orgulloso de que la proteja. Al menos sé que tuvo a alguien en quién apoyarse mientras no estuve.

—No sé a qué te refieres, Bea.

—No te hagas el tonto conmigo, no te pega en absoluto.

—Ya, eso pienso yo de ti. No te hagas la tonta conmigo, porque sé que estás loca por mi hermano y eso no ha cambiado, ¿verdad? Pues lo que yo siento por Valeria tampoco lo ha hecho.

Bea boquea. Es la primera vez en la vida que lo hace y no es que me sienta especialmente bien por haberme anotado ese tanto, es que... quiero que entienda que mis intenciones son del todo deshonestas y que no pienso jugar limpio.

Lo siento, cuanto antes lo asuma, mejor será para todos.

—Está con Rafa —apunta—. Con Rafa, que fue tu mejor amigo, ¿lo entiendes?

Val se acerca como si quisiese enterarse de lo que hablamos, solo que Román y Laura acaparan su atención. Están hablando de la boda y ese tema en sí no me resulta nada atractivo.

—¿Y?

—Y tú te fuiste.

Eso sí que me duele.

—Tuve mis razones para hacerlo. Me equivoqué, ¿vale? Lo sé, lo hice, no tenía que haberlo hecho, sin embargo, perdona por no ser perfecto, por no comportarme de la mejor forma, por sufrir y no saber cómo enfrentarme a ello. Por ser humano, por cometer estupideces y arrepentirme cada puto día de mi vida, salvo porque llega un punto en el que ya no sabes cómo hacerlo, cómo dar marcha atrás, y el valor escasea porque crees que nada vale la pena. Que ni tú mismo ya la vales.

Tal vez no haya soltado todo lo que llevo dentro, pero el haberme abierto de esta forma ante alguien que no sea mi hermano o mi abuela, es más, que haya sido ante Bea, que también es importante en mi vida, que lo fue, me hace sentir un poco mejor.

Bea chasquea la lengua, y mi hermano llega en ese instante con tres jarras de cerveza que reparte entre nosotros.

—¿Y bien? —pregunta Tristán.

Mi hermano debe de haber percibido el dolor en mi gesto contrito, por lo que le dedica una mirada reprobatoria a Bea, que no ha abierto la boca tras mi confesión.

Niego, y Tristán, aunque poco convencido, se sumerge en una conversación sobre preparativos de la boda.

—Es un estrés. No logro dar con nada que me guste, no me siento cómoda con esto.

Escucho en silencio todos los motivos que enumera Val sobre por qué debería casarse en vaqueros o en *leggings*, y me la imagino yendo de esa forma al altar. Es más, la veo como si fuese de esa forma.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —me increpa.

Es la primera vez que se dirige a mí en toda la noche.

Niego en un par de ocasiones.

—Te estaba... imaginando —finalizo.

—Espero que vestida —sentencia Bea a mi lado, que me propina un par de codazos que asumo con entereza.

Parece haberse recuperado de nuestra pequeña charla.

Le guiño un ojo con descaro. La desnudez la dejo para la intimidad de mi habitación.

—¿Vestida de novia? —insiste Val.

Asiento confirmando su pregunta.

—No sé, por lo que veo, tu madre espera que seas un *muffin* llena de capas de tul. Tu hermana, que destagues, aunque no tanto como lo hizo ella, y tu padre...

—Mi padre... —comienza a hablar y su voz cada vez se pierde más entre el ruido.

La escucho murmurar algo sobre no casarse, pero no sé si mis oídos me engañan con el alboroto que hay en el local en estos momentos.

—Puedo ayudarte —me ofrezco.

Me observa perpleja. Paseo la vista por todos los presentes y diría que todos se encuentran en el mismo estado de estupefacción.

—¿Tú? —pregunta Laura.

—¿Tú? —la acompaña mi hermano.

Bea solo se remueve en el asiento y me propina una patada por debajo de la mesa. Recordadme que la próxima vez me sienta en la punta opuesta de donde esté ella.

—Espera... ¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —Esa es Val, que tampoco entiende nada.

A ver, ha sido una especie de impulso, ¿vale? Yo tampoco sé por qué he soltado esa soberana estupidez. Puede que solo sea fruto de la desesperación por pasar tiempo con ella, de la forma que sea, así tenga que elegir un ramo de novia o un vestido de mierda para casarse con otro.

Aunque, sinceramente, espero que eso no suceda.

—Estoy diciendo que puedo acompañarte a elegir un vestido de novia. Te conozco desde hace muchos años, somos amigos. —Ella tuerce el gesto—. Porque somos amigos. —Por el momento, en fin—. Y estoy de vacaciones. Tengo tiempo.

Para ti, todo el tiempo del mundo, si es necesario.

Mi hermano bebe. Valeria se toma la jarra al completo y la deja caer sobre la mesa con un golpe seco.

Pensad una cosa, su respuesta inmediata no ha sido una negativa, así que, ¿en qué posición me deja eso? En una victoria, aunque sea a medias.

—Vale —claudica.

¿Vale?

—¿Estás borracha? —pregunta Bea, que ahora la patada la dirige hacia el frente y es mi hermano el que la recibe.

—Gracias, Bea, por otro moratón.

—Calla —le advierte.

—¿Otro? —pregunta Román, que al menos aparta la vista de la cara de Laura. Por favor, ¿cómo no se ha dado cuenta mi amiga de esto? O es que pasa de él, claro.

—No preguntes —le aconseja—. A saber lo que hacen estos dos cuando no se están peleando —me burlo.

Bea me empuja. Mi hermano me hace una peineta. Val me sonrío.

Me quedo embobado mirándola.

—¿Cuándo? —Sueno desesperado, lo sé. Todos lo saben. Tengo que jugar las pocas cartas que tengo en mi mano.

El mejor jugador no es aquel que gana con ases, sino el que, con malas cartas, es capaz de darle un giro a la partida y vencer.

Y ese pienso ser yo.

—Mañana —sentencia.

Tiendo la mano para sellar el trato, ella también. Y sí, está muy borracha porque tiro de ella lo suficiente como para depositar un beso en la comisura de sus labios.

Puede que Bea me esté dando un golpe, ahora bien, soy incapaz de sentir algo que no sea a Val cerca.

Muy muy cerca.

CAPÍTULO 29

Adam

Hace ocho años, ¿quién dijo amigos? ¿Quién dijo novios? ¿Quién dijo algo?

La había besado.

Cuando le expliqué que íbamos a portarnos mal, en mis planes no entraba ese beso. Y ¿sabéis qué? Que estaba empezando a aprender que las cosas salían mejor si las improvisabas.

—La miras como si fuese tuya.

Giré la cara y observé a Rafa, sentado a mi lado, mientras mordía una manzana verde. Era uno de mis mejores amigos, polos opuestos, nos llamaba mi hermano Tristán, eso es lo que éramos. Toda la calma que él poseía, yo la transformaba en garra. Él era todo entereza, y yo, arrojo. Él era paciente, y yo me lanzaba al vacío sin medir las consecuencias y, aun así, éramos inseparables. No me preguntéis el motivo de ello, solo era así desde que regresé para quedarme.

Supongo que mucho tuvo que ver el hecho de que me aceptó sin más cuando solo era un forastero en un colegio que tenía grupos bien marcados. Tristán también formaba parte de él, solo que a ratos. Él era dos años mayor que nosotros y había trabado amistad con Román, el hermano de la mejor amiga de Val. Cuando no estaba con él, iba por libre. Mi hermano siempre fue un poco taciturno.

—No es mía. —No consideraba para nada que lo fuese, no era esa clase de tíos posesivos que veían a las chicas de las que estaban enamorados como algo propio. No. Sin embargo, yo sí que era suyo, con beso o sin él, lo era, y no tenía reparo alguno en admitirlo.

—Pues no lo parece —sentenció.

No quise hurgar en la herida ni mucho menos, pero no era estúpido, aunque Val me llamase de esa forma, era consciente de que Rafa también estaba pillado por ella y que no movía ficha porque yo estaba en medio de la ecuación.

Tristán siempre me advirtió que tuviese cuidado con él. Me aconsejaba que no me fiase de Rafa, porque un amigo puede dejar de serlo cuando hay una chica de por medio.

Sin embargo, yo no pensaba de esa manera. Porque respetaba a mi mejor amigo, y él me respetaba a mí.

O eso pensaba.

—Estoy loco por esa chica, tal vez es eso lo que quieras decir.

Pareció no afectarle mi comentario, pero sabía, en el fondo sabía, que lo hizo.

Creo que ese fue el día en el que planté la semilla por la que comenzó nuestro distanciamiento. Porque, aunque Val me hubiese repetido por activa y por pasiva que no éramos novios, que no lo seríamos, no dejábamos de buscarnos y de besarnos.

No es que quisiese conseguir de esa manera que no besase a otro, aunque rezaba para que así

fuese, sino que era algo que..., éramos algo que sencillamente tenía que suceder.

Había esperado muchos años por ella, siendo paciente, aunque por aquel entonces no tenía claro que lo fuese, y entonces, entonces que por fin había probado a Val, era imposible sacarla de mi cabeza.

—¿Y ella? ¿Qué piensa ella de eso? —me preguntó.

Parecía una cuestión sencilla, sin más. Yo sabía que quería más, que recababa información para saber hasta qué punto ella estaba interesada por mí, hasta qué punto él tenía oportunidad de algo. No la tenía.

No quería que la tuviese.

—No lo sé, tendrás que preguntárselo a ella.

En ese instante, Val alzó la mano y nos saludó. Rafa le devolvió el gesto con una sonrisa bobalicona en la boca. Yo, por el contrario, le guiñé un ojo con descaro prometiéndole sin palabras que me colaría luego en los lavabos y, bueno..., que pasase lo que tuviese que pasar.

—Tengo clase. Alguno de los dos tiene que sacar buenas notas y ser responsable, dejar de intentar meterse bajo las faldas de sus compañeras y centrarse en su porvenir.

Parecía un comentario amistoso, un consejo, una recomendación entre amigos. No lo era. Yo lo sabía. A pesar de todo, no le di mayor importancia.

Siendo honestos, si las tornas se girasen, si Val estuviese con él, se besase con él o fuese Rafa el que se colase por la ventana de su casa cada noche para hacerla reír, para tumbarse en la cama, comer magdalenas o leer su diario a escondidas, yo también me sentiría igual de enfadado que él.

Incluso mucho más.

Me quedé solo en la grada sentado mientras la observaba jugar a voleibol. Qué competitiva era.

Un par de palmadas en mi hombro, y mi hermano ocupó el sitio vacío.

—Rafa tenía cara de mosqueo —me explicó.

—Rafa está enamorado de Valeria —sentencié yo a su vez.

—Dime algo que no sepa.

—Que tú también estás pillado, solo que por la amiga.

Soltó una carcajada. Una ácida. Intentaba disimular. Conmigo se le daba de pena. Tal vez es que fuésemos hermanos, quizá era que pasábamos demasiado tiempo juntos, nos peleábamos constantemente o que nos conocíamos lo suficiente como para saber cuál era el estado de ánimo del otro solo con vernos.

—Es solo un capricho.

Chasquéé la lengua, y mi hermano intentó cambiar de tema.

—El abuelo me contó que os colasteis por la ventana y que regresaste tarde.

Todavía percibía el sabor de Val en mis labios y lo echaba de menos.

—La besé —le confirmé sus sospechas. O puede que esperase algo más. Ese momento no había llegado.

—¿Solo eso? —ahondó.

—No hay nada más. La besé y luego ella me besó a mí y fue un no parar.

No lo veía, solo tenía ojos para ella, sin embargo, sabía que Tristán sonreía.

—Estás jodido. Estás muy muy jodido —zanjó.

No tuve fuerzas para negarlo porque sí, desde el primer día en que me crucé con ella, supe que lo estaría.

—No me importa. Val merece la pena. Todo esto merece la pena y, no sé..., tú deberías plantearte si lo que sientes por Bea también la merece.

Me incorporé, quería darle el golpe de gracia a mi hermano, hacerlo pensar, porque esa era la única forma que tenía de que razonase las cosas. Era igual de obstinado que mi madre. Con toda seguridad, yo también lo era.

—Mamá llamó ayer —soltó.

Me paré antes de subir un escalón que me llevaría a los vestuarios femeninos.

—¿Y?

—Vendrá a vernos la próxima semana. Quiere que pasemos unos días con ella.

—Y luego se marchará. De esa forma limpiará su conciencia por ser una mala madre, por no estar en nuestros partidos de fútbol, por no aconsejarnos cuando lo necesitamos o por no darnos las buenas noches desde hace dos años, ¿verdad?

—No me preguntes si no quieres que sea totalmente sincero.

Como otras tantas veces, esa ya era una respuesta en sí.

—Siempre he querido que seas sincero.

Tristán se incorporó, se acercó a mí y se mantuvo a mi lado, apenas rozándome.

—Lo mejor es no esperar nada de nadie, así nunca hay decepciones de ningún tipo, Adam. —Era un gran consejo, tenía que admitirlo. Subió un escalón más mientras yo seguía allí, de pie—. Ahh. —Se giró—. Y ten cuidado con Rafa. Porque ambos queréis lo mismo.

No sabía si era un consejo o una advertencia, lo que sí averigüé era que Tristán tenía razón. El tiempo se la dio.

CAPÍTULO 30

Valeria

En la actualidad, cuando hablas sin pensar y luego pasa lo que pasa. Que vas a buscar un vestido de novia con Adam. ¡Esta vez lo he escrito bien!

Mi hermana me observa sin entender lo que le estoy explicando. Está apoyada en el cabecero de mi cama, tocándose su prominente barriga y las dudas se reflejan en su semblante.

—¿Con Adam? —insiste.

Tal vez no lo sepáis, pero lo ha repetido tres veces ya.

—Sí, Cami, con Adam. —Señalo la casa de al lado, y mi hermana mira por la ventana. Es la cuarta vez que lo hago.

—Al final, papá va a tener razón y ese chico siempre ha sido tu media naranja. Espero que la laves bien, porque a saber la de gérmenes que puede contener la piel de una naranja porque usan productos fitosanitarios y eso se convierte en un tumor. ¿Lo entiendes? ¡En un tumor! No sabemos lo que ingerimos... —Ya, ya empieza su diatriba, mucho había tardado.

Me acerco a ella mientras termino de ponerme mis pendientes favoritos, seguro que sabéis de qué son, ¿no? Te lo confirmo: ¡amapolas!

—A ver, no es el momento de hablar de productos fitosanitarios. —Le paso la mano por la barriga, y ella me sonríe como si le complaciese el gesto—. Pero sí hablemos de papá. —La vena cotilla está ahí, cuando antes lo asumamos, mejor—. ¿Qué es exactamente lo que ha dicho?

—¿A mí? —Asiento—. Nada. Sin embargo, no soy tonta, ¿vale? Y mientras todos creéis que estoy en una realidad paralela —añade. Sí, la de Google—, escucho, porque soy capaz de hacer dos cosas a la vez. Buscar diagnósticos mortales y escuchar.

Parece que no soy la única que tiene la vena cotilla en la sangre. Mejor esto no lo digamos en alto, porque Cami buscará algún tipo de enfermedad relacionada con la sangre y me moriré mañana.

—¿A quién has escuchado y qué has escuchado? —Necesito saberlo—. Rezo para que no se lo haya contado a mamá porque le dará un síncope y eso no habrá que buscarlo en Google, será un hecho constatado.

Tenéis que saber que mi madre nunca aprobó del todo la relación que Adam y yo mantuvimos, no lo hizo por un simple motivo y es que pensaba que era de esa clase de chicos que no se enamoraba. Y no sé si tenía razón o no, lo que sí sé es que, cuando se marchó, mi madre no bromeó con el tema, tampoco soltó un: «¡Te lo dije!», como supuse que haría, se limitó a mirarme con pena y a apoyarme cada vez que le preguntaba por qué se había marchado sin decir nada.

Mi padre, por el contrario, lo adoraba. Lo hacía, creo que le recordaba a esa faceta rebelde que vivió hasta que sentó la cabeza con mi madre. No sé, nunca se lo he preguntado, ahora bien,

de la misma forma en la que sé que Rafa no es santo de su devoción, sé que Adam sería su yerno ideal.

Mi hermana se dispone a contarme el chisme al completo, cuando llega una voz desde el jardín. O desde esa cosa que separa la casa de Adam de la mía. Me asomo, apoyo las manos en el marco y saco medio cuerpo.

—¿Sabes que, si te caes desde esa altura, es probable que te rompas todos los huesos de la espalda y de las extremidades? —Mi hermana me quiere mucho, porque esa visión que acaba de colar en mi cabeza es muy, pero que muy agradable.

—¡Valeria! —grita mi padre desde abajo—. ¡Val! Mira con quién me he encontrado.

Él sigue gritando sin percatarse de que ya lo escuché la primera vez y de que veo cómo abraza sin pena ni gloria a Adam. Que, para colmo, le devuelve el gesto sin dudar. Qué vida más perra, de veras, ahora se jactará de lo que ha hecho mi padre, tendrá el pecho henchido de orgullo y es probable que no haya quien lo aguante.

«Tampoco tendría que aguantarlo, porque solo a ti se te ocurre invitarlo a probarte vestidos de novia para casarte con otro». Mira qué bien todo.

—Ya bajo —grito desde arriba.

Adam alza la cabeza, aún entre los brazos de mi padre, y me guiña un ojo con descaro.

Sí, tal y como preveo, el día hoy va a acabar en una guerra de mi puño contra su preciosa cara. ¿He dicho preciosa? Quería decir horrenda, sí. Más que horrenda es horripilante.

—Esta conversación no ha acabado —le explico a mi hermana.

—¿Cuál? ¿La de los tumores? ¿Los productos fitosanitarios? ¿O el hecho de que a mamá le va a dar un infarto porque vas a probarte vestidos de novia con tu ex?

Rumio sus preguntas.

—Todas y alguna más —le explico.

Salimos de mi habitación y me acompaña hasta la puerta.

—Ya que estamos, voy a saludar a mi excuñado. A este paso, ella será mi exhermana—. ¡Adam! —grita extendiendo los brazos y mostrándole su preciosa barriga.

Sí, joder, es mi hermana y está más guapa que nunca. Es hipocondríaca y la adoro, a pesar de ello.

—Camila —la llama en la distancia.

Ella camina hasta que se abrazan. Yo me quedo atrás, observando la escena y sintiéndome un tanto perturbada por ello. Mi padre se acerca y se coloca a mi lado, me pasa la mano por encima del hombro y se le mueve el peluquín.

—No sabes lo que me alegra que hayas vuelto. Se te ha echado mucho de menos por aquí.

Me atraganto, y mi padre me lanza una mirada de advertencia.

—No lo digas.

—No sé a qué te refieres —me disculpo.

En ocasiones, contamos con el mismo sentido del humor, y yo también le pido que no hable de más, sobre todo, cuando está Rafa presente.

—A eso. —Y señala a mi hermana, que no solo abraza a mi vecino, medio novio, quiero decir, exnovio. Adam se dedica a tocarle la barriga con aprecio. Un cariño verdadero.

—Maldito sea —farfullo.

Mi padre se carcajea y se planta frente a mí, emborronando la imagen tan preciosa e hiriente que se desarrollaba delante de mis ojos.

Porque, joder, es Adam, ¿vale? Y abraza a mi hermana, y mi padre también le tiene cariño, y yo..., yo no sé ni cómo sentirme, porque desde la otra noche todo es confuso. ¡Qué coño! Desde

que volvió todo es confuso.

—Está claro que has pasado página, Val —me indica mi padre.

Y percibo el sabor de la ironía en su frase.

—Papá... —le advierto.

—Ya, ya. Me callo, lo sé. Siempre lo hago, ¿no? Hasta que no quiera hacerlo. De veras, Val, todos somos conscientes de esto menos tú. ¿Acaso...?

No permito que termine su frase porque, ¿de veras quiero enfrentarme a esta conversación sobria? ¿En el jardín de mi casa? ¿A plena luz del día? ¿Cuando voy a elegir un vestido de novia con Adam para casarme con el que fue su mejor amigo? ¿Mientras abraza a mi hermana y la llena de cumplidos?

Si ni siquiera ha dicho nada de ninguna enfermedad venérea porque la tiene totalmente eclipsada.

Por favor.

—Se te ha rodado el peluquín, déjame colocarlo bien para poder marcharme tranquila.

Mi padre asiente, sin embargo, más allá de eso, sabe lo que significa mi petición y la respeta. Respeto que no quiera hablar del tema, que no quiera abrir viejas heridas, aunque todos seamos conscientes de que están abiertas o de que, quizá, jamás se hayan cerrado. Por muy empecinada que estuviese, las tiritas eran una medida de contención momentánea. Con Adam siempre necesité puntos.

Tras dejar todo el pelo en su sitio, me despido dándole un beso en la mejilla y un aviso.

—Tú y yo tenemos que hablar. —Porque no dejaré pasar lo que mi hermana me contó antes o lo que estuve a punto de sonsacarle.

—Uhh, tengo miedo. —Se carcajea.

Eso parece llamar la atención de mi hermana y de mi vecino, que se acercan de la mano. Pongo los ojos en blanco, es decir, ¿Adam de la mano de mi hermana? Pero ¿esto qué esssssss?

Vivo en una realidad paralela, como en un universo ajeno a este donde todos parecen estar encantados con su regreso.

«Y tú también, solo que todavía reniegas de ello».

Calla, maldita sea.

—Deberías tenerlo —le sugiero.

—Veo que las cosas por aquí no cambian, ¿Val te está amenazando?

—Ya sabes cómo es. Es imposible domarla.

Adam clava sus preciosos ojos verdes en mí y, más allá del verde de su iris, distingo el brillo del fuego arder en ellos y rezo, rezo para que no verbalice lo que piensa, para que no lo demuestre, porque este muro de contención que he decidido elevar entre los dos cada vez se vuelve más frágil, como el hielo ante un calor abrasador.

—Siempre ha sido de esa forma, odiaría que cambiase. —Es a mi padre al que le responde y, sin embargo, es como si solo fuese a mí.

Contemplo a mi hermana, que sonríe de soslayo, y a mi padre, que tal vez evite demostrarlo, pero se siente cómodo con esto, con los dos, con la tensión que se palpa en el ambiente cada vez que estamos cerca porque siempre ha sido así, de esa forma.

—Deberíamos irnos —propongo rompiendo la tensión.

Intentando mantener una distancia que para nada quiero mantener.

Sí, ese muro que parece infranqueable se resquebraja por momentos, y yo..., yo ni siquiera sé cómo podré evitar que suceda.

Empiezo a plantearme el querer que siga en pie.

CAPÍTULO 31

Valeria

Hace ocho años. Cuando llegó el día de enfrentarse a muchas cosas, entre ellas, a ese pequeño problema llamado «himen».

E staba decidida a seducirlo.

Había llegado el día en el que, con Adam o sin él, quería dejar de ser la pobrecita Valeria San Martín, más conocida como « *the virgin* ».

¿No era él el que en infinidad de ocasiones me decía que nos íbamos a portar mal? Pues esta vez sería yo la que lo hiciese.

Tenía todo preparado. Bea estaba advertida de que sería mi plan B por si mis padres esa noche la llamaban para preguntar dónde estaba. Esta vez no habría bocata de recompensa porque todavía estaba asimilando que le había comido toda la boca —y no tenía la certeza de que no hubiese comido algo más— a Tristán. Así que ese era el pago; mi silencio a lo sucedido aquel día y el perdón por haber elegido sus labios antes que mi compañía. Porque encontré a mi amiga besándose con Tristán, y ella no fue capaz de venir tras de mí y, no sé, inventarse una excusa o lo que fuese.

«Upsss, me tropecé y caí encima de él y una cosa llevó a la otra y la otra a la otra y sucedió lo inevitable».

Como inevitable era lo que tenía en mente para aquella noche.

En fin, que Bea decía que lo odiaba y mirad cómo acabó la cosa.

—¿Te has depilado?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Casi le grité al teléfono. ¿Nerviosa, yo? No entiendo por qué lo piensas.

—¿Sí o no, Val?

—Sí. —La duda ofendía.

—Bien. Pues hazle de todo y mañana me lo cuentas.

Me colgó el teléfono antes de que la insultase o de que le preguntase a qué se refería con ese «de todo». Porque no era una ingenua, pero no tenía nada claro hasta dónde había llegado ella con Tristán, con Alberto o con cualquier otro. Porque la maldita no me lo había contado. Para unas cosas era de lo más charlatana y para lo que le interesaba guardaba silencio como una pecadora en una iglesia. No sé si me explico...

Me armé de valor y salté al árbol que separaba su casa de la mía. Fui tan estúpida —como solía serlo él— que ni me fijé en que su ventana estuviese abierta.

Por suerte para mí, no tuve que hacer el camino a la inversa. Seguí el mismo patrón que me había enseñado las veces que nos habíamos escabullido para fumar a escondidas y para besarnos sin reparos, y llegué al alféizar de su ventana, sana y salva.

—Menos mal. —Respiré.

Estaba nerviosa. Muy nerviosa, y odiaba sentirme de esa manera.

Me colé en su habitación sin saber si Adam estaría allí o no. Lo encontré sumido en la oscuridad, con una mano bajo la nuca, unos auriculares puestos y los ojos cerrados.

Me pareció más guapo que nunca y no porque estuviese tranquilo o callado —porque callado estaba guapo, sí—, sino porque transmitía paz, sosiego, calma, y de pronto me percaté de que no era solo que transmitiese eso, es que eso es lo que me hacía sentir cuando estaba con él.

Era como si hubiese encontrado mi lugar en el mundo.

La sensación era perturbadora y me abrumaba. Sin embargo, no iba a permitir que nada de eso me acojonase. Era una chica dura, siempre lo había sido y me enfrentaría a aquello con las mismas agallas que siempre me enfrentaba a todo.

O a casi todo, porque con Adam siempre me costaba.

Dejé la pequeña mochila al lado de su cama y me tumbé a su lado. Cuando el colchón se hundió, abrió los ojos. Ni siquiera cambió de posición, no dio muestras de desconcierto, a pesar de que en esa ocasión era yo la que me colaba en su cuarto y no al revés.

Me sonrió, y me di cuenta de que no me arrepentiría de aquello. De que jamás lo haría. Y no hablaba solo del contacto físico, hablaba de nosotros dos como amigos, como pareja o como lo que cojones fuésemos.

Porque ni yo misma lo sabía y me negaba a ponerle nombre.

Se quitó los cascos, los hizo a un lado junto a su móvil y aproveché ese momento para subirme sobre él, a horcajadas.

Eso sí que lo aturdió, y sonreí porque al menos por una vez lograba trastocar sus planes, ya que siempre era al revés.

—¿Qué haces? —preguntó.

Alcé las cejas con presunción.

—Portarme mal. —Fue mi respuesta.

Por instinto, puro instinto, llevó sus manos a mis caderas, y me sentí arder. Así de simple, con algo tan nimio como eso yo ya estaba a punto de ebullición. Porque llevábamos tanto tiempo aguantándonos las ganas que el deseo rebosaba por todos lados.

Descendí con extrema lentitud y me apoderé de su boca con firmeza.

Eso era fácil, lo habíamos hecho tantas veces que sus labios eran mi casa. Mi boca, era su hogar. Y todo eso era una verdad absoluta para ambos.

Comencé a alzar su camiseta y se dejó hacer. Me sentí torpe y temí que todo fuese un auténtico desastre. Aun así, aparté todo eso de mi cabeza y seguí adelante tal y como había planeado.

No era momento para echarse atrás. No quería hacerlo tampoco.

Había empezado a entender que no lo hacía por dejar de ser virgen, porque los demás pensasen o dejasen de pensar, hasta ese momento creía que era de esa forma. Lo hacía porque quería hacerlo. Sin más. Porque éramos él y yo, y estaba segura de que sería perfecto.

Torpe, quizá un poco vergonzoso, pero lo recordaría como algo perfecto.

Adam se separó de mí unos segundos y percibí la vacilación en sus ojos. No quería que dudase, quería que se entregase como siempre había hecho conmigo. Sin reparo y sin miedo. Porque miedo ya tenía yo por los dos.

—Escucha, Val. —Clavó sus preciosos ojos verdes en mí—. No tenemos que hacer esto. Estamos bien, si lo haces por mí... —se aventuró a decir.

¿Por él?

—¿Por ti? ¿Quién te crees que eres?

Sonríó ladino y presionó mis caderas a la misma vez que empujó las suyas y chocamos. Vaya si lo hicimos. La sensación fue bestial. Y aún teníamos la ropa puesta, sin ella sería la hostia.

—En este instante soy el chico que quiere corromperte, princesa.

Ahí estaba, ese apelativo que fingía odiar y que tanto me gustaba que utilizase. Porque me hacía sentir especial.

Tal vez no fuese el apodo lo que me hiciese sentir única, sino él. Adam. Solo él.

No sé cómo lo hizo, solo sé que de pronto sentí el colchón bajo mi espalda, el pelo me tapaba parte de la cara y percibí la ausencia de su calor. Me descolocó aquel gesto.

—¿Dónde...? —No terminé la frase porque escuché cómo pasaba el pestillo a la puerta y se dirigía a la ventana a cerrar el cristal.

Nos moriríamos de calor, sin embargo, ¿qué más daba eso? Yo ya me moría de calor por él cada jodido día.

Regresó a mi lado, me separó las piernas y se metió entre ellas.

Madre del amor hermoso.

Buscó mis labios como el sediento que busca agua en el desierto, y yo me adelanté para darle lo que quería. Porque era justo lo que yo anhelaba también.

Abrió mi camisa, botón a botón, la piel iba apareciendo frente a él, cada lunar, cada peca, cada marca, lo memorizaba todo con admiración.

Alzó su cabeza y la ladeó, escrutando mi semblante, buscando un resquicio de duda. No iba a encontrarlo. Y sencillamente preguntó:

—¿Estás segura de esto, Valeria? —pronunció mi nombre completo. Nunca lo hacía, para Adam siempre era Val o princesa.

—Yo no soy de las que duda, Adam. Soy de las que se comen las dudas.

Mi respuesta le gustó. Tanto que llevó la boca a mi pezón derecho. Y ahí comenzó todo a irse de las manos.

No podía controlarme y mucho me temo que Adam tampoco lo logró. Arrancó mi pantalón, que cayó vete a saber dónde. Desabroché el suyo con torpeza por la inexperiencia y por las prisas, y acabé empujándolo hacia abajo con los pies.

Qué triste, era la desesperación la que hablaba o actuaba en nuestro nombre.

Cuando estuvimos completamente desnudos, nos miramos. Yo, es decir, yo sabía lo que había y él también. Porque Adam, al contrario que yo, había estado con tías. No lo habíamos hablado, pero tampoco se había escondido ni quería que lo hiciese.

A pesar de eso, me observó como si fuese su primera vez, y yo lo contemplé con curiosidad y con un poco de morbo.

Era perfecto o eso me parecía a mí.

—Puedo parar cuando quieras, puedo hacerlo, incluso cuando creas que no podré. Lo haré. Por ti lo haría.

Me tranquilizó en el más amplio sentido de la palabra. No porque dudase de su autocontrol, sino porque antepone mis necesidades a las suyas.

Sí, había hecho lo correcto.

—No quiero que pares, estúpido —lo insulté para buscarle las cosquillas y eso solo despertó la chispa entre nosotros.

Fue el pistoletazo de salida para que sus labios volviesen a mis pezones y luego a la curva de mis pechos. Tras eso, a mi barriga, a mi ombligo y siguió bajando hasta que su cabeza estaba entre mis piernas.

Mentiría si no dijese que sentí una punzada de nervios, no por lo que iba a pasar, eso lo deseaba más que nada, sino porque estaba expuesta ante él, estaba viendo lo más íntimo de mí, todo. Después de eso, no podría ocultarle nada, al menos en el plano físico.

Y lo insté a continuar. Alcé las caderas, y entendió que era una invitación a avanzar. A seguir adelante.

Y, joder, ¿de veras me había estado perdiendo aquello durante tanto tiempo?

Su lengua en mi centro fue como un puto incendio. Comencé a perder el control de mi cuerpo, a balancearme en busca de más. De más de su lengua, de más de sus dedos, de más lamidas, más presión, más placer, más de todo lo que me estaba dando con lo que estaba haciendo.

—Eso es —me animaba—. Eso es, soy yo, mírame —me pidió.

Lo hice. Me encontré con su mirada. No eran verdes, eran negros o quizá rojos, como los del mismísimo demonio. No pude averiguarlo porque me corrí con su boca en mi coño, sus ojos clavados en los míos y mi cuerpo bamboleándose sin control.

Extasiada como estaba, percibí movimientos en la cama, abrí los ojos lo suficiente para observar cómo se colocaba un preservativo.

—Eso no va a entrar ahí —susurré señalándole la entrepierna.

Pensé que lo había dicho en voz baja. Su risa me demostró que no fue de esa forma.

—Te puedo garantizar que sí.

Ahí estaba el Adam chulo que no soportaba y que amaba a la vez.

Se colocó entre mis piernas, volvió a besarme y comenzó su intrusión.

Agradecí que no me soltase el típico discurso de «te dolerá un poco la primera vez», porque todas ya lo sabíamos. Tenía amigas, ¿vale? Internet también contaba cosas y servía para algo más que para buscar enfermedades mortales.

Busqué sus labios cuando presionó con más fuerza y me besó con tanta pasión, con tantas ganas, que el pinchazo que sentí pasó a un segundo plano.

No dejó de besarme la boca, el pecho, los senos, la sien, todo mientras se movía con calma, entendiendo que tenía que darme mi momento.

—¿Estás bien?

Joder, estaba mejor que nunca.

—Pssss, puede.

—¿Puede? —lo interpretó como lo que era, una provocación.

Y lo agradecí.

Se movió con más precisión, las embestidas eran más certeras, el placer se acrecentaba por momentos, sin embargo, a mí me faltaba algo y no sabía a ciencia cierta lo que era.

Yo no lo sabía, pero Adam sí lo supo.

Se inclinó de tal manera que logró colar una mano entre los dos y la llevó hasta mi clítoris. La cosa mejoraba. Mojó los dedos con su saliva y volvió a llevarlos hasta esa zona y... ¡Dios! Era una auténtica pasada.

—Esto... Esto...

—Es una pasada —finalizó por mí.

Lo era.

No tardó mucho en correrse, yo tampoco pude resistir demasiado. La mezcla de sus dedos y sus embestidas hicieron que todo terminase más pronto de lo que me hubiese gustado.

Apoyó su cuerpo sobre el mío y sentí su respiración acelerada o tal vez fuese la mía.

Se quitó el preservativo, se colocó a mi espalda, me envolvió entre sus brazos y nos tapó con

el edredón.

—¿Te ha gustado?

¿Eso que notaba eran dudas? ¿Adam de Haro dudando? Por favor.

—¿La verdad?

—Por supuesto. —Sonó solemne.

—Adam, esperaba más de ti.

Me hizo cosquillas, muchas cosquillas esa noche. Y no os hablo de en los costados.

CAPÍTULO 32

Adam

En la actualidad. Cuando tenerla cerca es como un impacto en el centro del pecho, uno que estás dispuesto a soportar día tras día porque es ella. Siempre ha sido ella.

Sé que está incómoda. La conozco lo suficiente como para saber leer su lenguaje corporal y sé que se siente extraña. Tampoco me sorprende, yo no estoy mucho mejor, aunque finjo estarlo.

—¿Qué ocurre?

He decidido ser yo el que conduzca. Valeria se ha limitado a subirse en el asiento del copiloto y guardar un silencio sepulcral.

Se gira de forma brusca, abre la boca, se arrepiente y vuelve a mirar por la ventanilla. De nuevo se gira, ya más decidida a hablarme.

—¿Cómo lo haces? —me pregunta.

Sonrío de soslayo.

—¿Cómo hago el qué?

—¿Cómo eres capaz de tenerlos a todos comiendo de la palma de tu mano, a pesar de que te largaste sin dar explicaciones?

—¿Ese «todos» te incluye a ti? —la desafío.

—¿Qué? —suelta. La voz le tiembla—. Por supuesto que no, Adam. Ni de coña me tienes comiendo de tu mano. Ya quisieras tú que fuese de esa forma.

Chasqueo la lengua.

—En eso tienes razón.

Val guarda silencio durante unos segundos y, cuando pienso que no retomaremos la conversación y que de nuevo nos acompañará el sonido de la radio, vuelve a hablar.

—Mi hermana ni siquiera se ha inventado una enfermedad en tu presencia, mi padre te ha abrazado y, joder, Adam, eres un estúpido insoportable.

Bueno, al menos soy algo, eso ya es un gran paso.

—Tu hermana siempre ha sido adorable conmigo, y tu padre es un tío de puta madre. Sabía que me colaba por la ventana y jamás de los jamases dijo nada.

—¿Qué? —insiste—. ¿Estás loco? ¡Por supuesto que no lo sabía! —Val da un par de palmas como si con eso diese el tema por zanjado. Si piensa de esa manera, es que no me conoce en absoluto.

Y no hay nadie que me conozca en este mundo más que ella.

—Lo sabía, Val. Me pilló varias noches, es más, alguna que otra me aconsejó que tuviese cuidado porque estaban a la espera de podar varias ramas y no quería que acabase hecho un filete en el suelo de entre nuestras casas. Lo sabía —repito e insisto.

Val me observa y, aunque me encantaría detenerme a mirarla con atención, me temo que tengo que centrarme en la carretera.

—¿Por qué nunca me lo contaste?

Alzo los hombros.

—Te habrías puesto histérica, me habrías prohibido colarme en tu habitación, y eso hubiese sido una catástrofe de grandes dimensiones.

—¿Para ti o para mí?

—Para ambos, por supuesto. Para ti, porque deseabas que fuese cada noche y que hiciésemos las cosas que hacíamos. —No voy a entrar en detalles, aunque sé que os deleitaría si lo hiciese—. Y para mí, porque me divertía robar tu diario y leerlo. Y descubrir cómo de mentirosa eras.

—¿Qué? —Le tiembla la voz.

Ha perdido la garra habitual, lo que me demuestra que he dado en el clavo.

—¿Qué pensabas? ¿Que no lo sabía? —Me carcajeo ante su estupor—. Por supuesto que era consciente de que tenías dos diarios.

—¿Cómo...? ¿Cómo es posible?

—Muy sencillo. Era absurdo que escribieses tus más oscuros secretos y que los dejases a la vista de todos, y eso es justo lo que empezaste a hacer después de que leí tu diario aquella noche en la que me pillaste. Durante un tiempo, pensaste que esconderlo bajo el colchón funcionaría. Por cierto, gracias por hacerlo aquella noche, disfruté muchísimo de la panorámica que me proporcionaste de tu trasero. —Me da un golpe, finjo un volantazo y casi cae sobre mí. Qué pena, me habría encantado que lo hiciese—. Si deseas echarte encima, solo tienes que pedirlo. Soy todo tuyo.

Hasta niveles insospechados.

—No me lo puedo creer —asevera.

—Entonces —retomo el tema—, empecé a verlo sobre la mesa y, claro, lo leía. Siempre había algo sobre mí que destacar, algo negativo, obvio. Al principio me despistaste, incluso me hizo gracia, hasta que me percaté de que era demasiado fácil. No hablabas apenas de tu familia ni contabas cosas sobre Bea... Era raro. E investigué.

—¿Con investigar te refieres a que violaste mi intimidad?

—No sé de qué me hablas —me defiendo sonriente.

—Ya, claro, por supuesto. Continúa, ratero de poca monta.

Me carcajeo. Es ingeniosa, siempre os lo he dicho. Aunque, en cuestiones de su diario, yo lo he sido más.

—Lo busqué durante un rato. Cajones vacíos, mucha ropa interior que me nublaba la vista...

—Estúpido —me insulta.

—Hasta que recordé que ya habías guardado uno bajo el colchón y lo encontré. Y disfruté mucho leyéndolo.

—Eres odioso.

—Me han llamado cosas peores.

—Porque te las has merecido, seguro.

—Seguro —confirmo sus palabras.

Guardo silencio mientras aparco frente a la *boutique* o lo que mierda sea esto. Se me ponen los pelos de punta al ver a Val bajarse y acercarse decidida a la tienda sin casi esperarme. Está enfadada, ¿qué puedo hacer? Tengo ese superpoder. El de cagarla constantemente.

Sigo sus pasos y me sitúo a su lado cuando una de las chicas se acerca presurosa.

—Está deseando venderte un vestido de novia y cobrar la comisión.

—Cállate —me censura.

Me doy un punto en la boca y la sigo hasta una zona llena de sofás preciosos.

—¿Eres el novio? —me pregunta la chica mientras Valeria se pone uno de esos batines blancos.

Oh, sí, cómo voy a disfrutar esto, a pesar de que no deba hacerlo. Del batín, quiero decir, solo de eso.

—Soy el novio —confirmo.

Tal vez con suerte, lo sea.

—¿Y qué le gusta a su prometida? —me pregunta—. Usted debe conocerla bien.

Asiento, en realidad, eso no es mentira.

—Le gusta la sencillez, comer magdalenas, ponerse calcetines dispares y las amapolas la vuelven loca. Y yo, claro, solo que eso es mejor que no se lo cuente. No debemos hacerla sonrojar.

—Oh, por supuesto —me sigue la corriente—. Voy a buscar un par de vestidos sencillos. Tiene una figura preciosa y seguro que resaltarán sus curvas.

Curvas que a mí me vuelven loco.

Rectifico. Qué mal lo voy a pasar, solo a mí se me ocurre proponer este plan. Recordadlo, no es bueno actuar presa de la desesperación porque luego suceden este tipo de cosas y no tiene pinta de que vaya a terminar bien, al menos, para mí.

Escucho a Valeria protestar dentro del probador, quejarse de que eso que lleva puesto no va para nada con ella y negarse a enseñarme el modelito. Por lo que tomo cartas en el asunto.

—Bien, veo que ya estás vestida. Es una lástima —ironizo cuando abro la cortina y me adentro en el espacio.

La dependienta abre los ojos por la intromisión, y Val, por el contrario, los entrecierra.

Cómo me gusta.

—¡Fuera! —vocifera.

—No le haga caso, ella es así. —Y le regalo mi mejor sonrisa de novio paciente y enamorado. Esto último no necesito siquiera fingirlo. La observo unos segundos y silbo—. Oh, vaya —finalizo.

—Oh, vaya, ¿qué? —cuestiona.

La dependienta nos observa a ambos.

—¿Eso es sencillo? —inquiero refiriéndome a la tela en cuestión.

Un vestido que de sencillo no tiene nada. Recargado, lleno de encaje, de miles de capas de una cosa pomposa y, bueno, nada favorecedor.

—Sí, es lo que más se suele elegir —interviene la dependienta.

—No le favorece —sentencio.

—No, claro que no me favorece. Como los otros trescientos vestidos. Y, ahora, ¡fuera!

Esta vez sí que hago caso y abandono la estancia con la firme intención de buscar algo que a mí sí me guste y que crea que le pueda gustar a ella también.

Deambulo por la zona hasta que reparo en un vestido sencillo, muy sencillo, sin volumen, sin encaje, sin miles de brillos, solo un cinturón de pedrería que creo que le da ese punto elegante y que hace que el vestido resalte un poco más.

Cojo la percha, decidido, y regreso al probador.

Se escuchan protestas dentro y, aunque me gane su odio un poco más, entro con el vestido en las manos.

—¿Qué?! ¿Otra vez? —Suspira y no resignada precisamente.

—Princesa, no voy a ver nada que no haya visto ya.

Val se tapa los pechos, y yo, bueno, no soy de piedra, ¿vale? Y ella me gusta mucho. Y hace tres putos años que no me acuesto con una tía porque ninguna de ellas es Valeria.

Así de claro, así de fácil o de jodido y así de sencillo. O complicado.

—Eres... Eres... —No le salen las palabras.

—Encantador, lo sé.

Gira la cara y sé que se contiene para no darme una tunda y acabar conmigo.

Entonces reparo en el vestido que tengo en las manos. Lo saco de la percha y lo extiendo.

La dependienta lo mira como si eso no fuese lo que esperaba, y Val, Val lo hace con atención. Y luego me mira a mí, fijamente, y sé lo que está pensando porque es justo lo que no puedo dejar de recordar yo.

Lo cuelgo y salgo de allí antes de cometer una soberana tontería en público. Solo quiero besarla. Solo necesito besarla. Solo ansío hacerlo.

Tomo asiento en el sofá y encierro la cabeza entre mis manos. A vista de cualquiera, solo soy un futuro marido nervioso, a la mía, soy consciente de que cada día que pasa la pierdo un poco más.

Cuando la cortina se abre, Val sonrío. No me fijo en su vestido ni en lo bien que le sienta, en lo perfecta que está. Solo veo su sonrisa y el brillo de sus ojos.

—Es este, Adam —finaliza—. Es este —repite una vez más.

Y yo solo puedo asentir, porque tirarme por un acantilado no está contemplado.

Es Val, mi Val, y se va a casar con el vestido que yo le he elegido, solo que... lo hará con otro.

CAPÍTULO 33

Valeria

En la actualidad, cuando te repites más que el ajo.

Querido diario:

¿Cuántas veces te he contado que mi vida es una auténtica bazofia?
¿Cuántas veces has soportado con estoicidad mi discurso sobre el tema?
Mis quejas, mis protestas, mis excusas, mis argumentos y toda esa clase de cosas que una necesita para que alguien la crea cuando está hundida en la mierda.

Pues vale, nada le llega a la altura del betún a lo que ha sucedido hoy. Y no hablo de que me haya enterado de que te leían a escondidas, tal vez no a ti, a tus antecesores. Eso, bueno, me ha molestado, no obstante, tiene un pase. Lo que me ha hecho tocar fondo ha sido la cara de Adam al verme vestida de novia.

Con el vestido que él mismo ha elegido y para casarme con otro. Con el que fue uno de sus mejores amigos. Niégame que esto no es del todo surrealista y rocambolesco.

Sentí la necesidad de acercarme hasta donde se encontraba, ponerme de rodillas, tocarle la mejilla con los dedos, percibir el tacto de su barba bajo ellos y explicarle que todo saldrá bien. Sin tener idea de cómo lo conseguiremos, pero saldrá bien y me olvidará. Podrá pasar página como he hecho yo.

Porque eso es lo que he hecho, ¿verdad?

Sí, es una reacción de lo más normal, es decir, fuimos más que amigos, aunque durante mucho tiempo me negué a reconocerlo, lo fuimos. Hasta que lo admití y, ahora, ahora queda el peso de ese pasado que no sé si quiero olvidar del todo. Porque Adam fue alguien muy importante para mí, aunque no estemos destinados a estar juntos.

Y no quiero perder eso que fuimos, esa pequeña parte de mí que todavía recuerda aquello con cariño, todo, menos lo malo, la parte en la que me destrozó cuando se marchó sin más dejándome atrás y dejando atrás todo eso que sentíamos sin entender que cualquier cosa podríamos afrontarla juntos.

Esa fue nuestra primera piedra en el camino y fue tan tan grande que se convirtió en un muro que ninguno de los dos pudo escalar. Ni siquiera me he planteado si quiero ascender por él.

O puede que no necesite plantearme nada porque, el simple hecho de que la otra noche compartiésemos un cigarro en ese lugar que fue nuestra primera y nuestra última vez o que me acompañase hoy a elegir un vestido de novia, ya es en sí un acercamiento, un intento por saltar hacia la parte en la que lo perdono.

Quizá lo he hecho y podemos volver a ser amigos o... quizá no quiero que seamos solo eso.

Como ves, estoy hecha un lío. Tengo en mi cabeza muchas cosas, mensajes contradictorios que me lanzo a mí misma como si no solo tuviese una barrera entre los dos, sino que me pusiese yo también piedras, que me complicase.

Quien me entienda, que me compre, como diría Marcela.

A lo mejor todo es mucho más sencillo y solo tengo que dejar que la vida me sorprenda, que me lleve hacia algún lugar, sin saber a dónde. Que esa Valeria con garra que fui regrese, porque a veces siento que un día, hace tres años, lo perdí a él y no solo eso, también me perdí a mí misma.

Chauuuu.

CAPÍTULO 34

Adam

Hace ocho años, cuando ella afirmaba que no éramos amigos, tampoco novios ni amantes. Y, para mí, ella no solo era eso, lo era todo y más.

— ¿Y

qué más?

Me colé en su casa una vez más, como casi todas las noches desde hacía... No sé, ya había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había hecho aquello. Ya era en una costumbre para los dos y esperábamos a que llegase ese momento, ese en el que estábamos solos y podíamos..., podíamos tocarnos a nuestro antojo.

—No sé qué más quieres saber, princesa, ya te he explicado todo lo que sé.

Val se incorporó, hasta hacía nada, estaba tumbada a mi lado, con su cabeza apoyada en mi abdomen mientras hablábamos de nuestros planes de futuro. Apenas quedaban unos meses para que cada uno tomase una dirección distinta. Ella estudiaría Empresariales, y yo..., yo quería ser ingeniero de caminos, canales y puertos. Sí, de esos que construían puentes, carreteras y miles de cosas más.

—Mi abuelo está ilusionado con la idea y mi abuela mucho más. Sobre todo, porque Tristán ha confirmado que no quiere saber nada de la universidad y que abandona.

Val chasqueó la lengua y comenzó a dibujar pequeños círculos en mi pecho.

—No creo que sea buena idea que lo obliguen a ser algo que no es. Tristán siempre ha sido un artista, le gusta todo lo relacionado con el dibujo y el arte... —zanjó Val.

—Quiere montar un estudio de tatuajes —sentencié antes de que acabase.

Val abrió los ojos. Nuestras miradas conectaron y, tras eso, solo sonrió.

—Me parece bien. Tu hermano es un tipo duro. Le hará los tatuajes a Bea gratis —contestó sin perder su buen humor.

—No sé si Bea se dejaría, ya sabes, lo mismo acaban matándose primero.

—O entregándose al fornicio como conejos —finalizó.

Arqueé una ceja. ¿Fornicio? ¿Conejos?

—¿Acaso te estás volviendo una descarada, Valeria San Martín?

—¿Acaso te sorprende, Adam de Haro?

La tumbé con presteza y celeridad, y me coloqué sobre ella. Val imitó mi gesto y, mientras escondía una sonrisilla de satisfacción, de soslayo miró la puerta. Ya sabía lo que quería decir.

—Mis padres están abajo. No saben que te has colado en mi habitación.

Era probable que su madre no lo supiera, es más, esperaba que fuese de esa forma, sin embargo, su padre me había pillado trepando al árbol, me guiñó un ojo y bajó la ventana sin importarle que fuese a colarme en su casa. No sabía siquiera si se le pasaba por la cabeza la de

cosas que quería hacerle a su hija y lo indecentes que solían ser todas ellas.

Obvio que no.

—Pues entonces deberías evitar hacer mucho ruido, ¿no crees? Por eso de que siga siendo secreto. —Y de que conservase todas y cada una de mis extremidades.

Val me empujó a un lado y se acercó a la puerta. Tras cerrar, caminó de puntillas, como si evitase emitir sonido alguno. Se deshizo de la camiseta y a mí me quitó el sentido cuando descubrí que bajo ella no había nada.

—Menos hablar y más actuar, ¿no?

Joder. Por favor, si aquello era un sueño, quería seguir durmiendo.

Me comporté como un tonto del culo, como un orangután, como..., no sé, un salido de mierda porque di un salto de la cama y comencé a desnudarme sin pensar en nada que no fuese estar dentro de ella.

Val me imitó, se desnudó y, cuando acabó, se sentó en la cómoda en la que había dejado la primera magdalena que le traje, la de su cumpleaños. Ya habíamos descubierto que nos servía para otras cosas también.

Me llamó con su dedo índice, y yo parecía un putito niño que iba a su encuentro.

—Vamos a portarnos mal —insinuó.

Oh, sí. Muy, pero que muy mal.

Cuando me planté frente a ella, llevó su mano a mi miembro. Iba a reventar como lo moviese, es decir, como hiciese eso que estaba haciendo.

Y pensar que en su día me soltó ese rollo sobre que se cortaría las manos antes de jugar con otras partes de mi anatomía, ¿qué partes? Ah, sí, con las que, bueno, con esas que sujetaba en ese preciso instante.

A punto estaba de hacer esa broma, hasta que Val alzó una pierna y su sexo quedó mucho más expuesto. Lo hizo para abrir el pequeño cajón que tenía a su lado y extraer un preservativo de él.

—¿Cómo...? ¿Cuándo...?

—A ver si te vas a pensar que soy una chica sin recursos. Yo lo controlo todo, que no se te olvide.

Lo tendría en cuenta, solo que mejor cuando la sangre me circulase como debía y tal.

Colocó el preservativo en mi miembro y me guio hacia su sexo. Justo antes de entrar en ella, llevó los dedos hasta su sexo y la encontré húmeda y dispuesta.

—Joder.

Suspiró cuando comencé a penetrarla.

—Eso es justo lo que vamos a hacer.

Llevé mis manos hasta sus nalgas y de un empujón me colé en su interior.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y aproveché para besar y lamer su cuello a mi antojo.

—Me encantan tus pecas.

Alzó la cabeza y conectamos la mirada, la apreté mucho más contra mí. Aprovechando la fricción, me moví en círculos porque sabía que eso le gustaba. Le encantaba.

—¿Y qué más? —me preguntó.

—Me gusta tu pelo. —Aproveché para tirar de él también. En esa ocasión, mordí su cuello—. Me gustan tus tetas y me gusta tu coño. Me gusta cómo encajamos.

—Ahhh —gimió.

Estaba acabado. Cuando Val comenzó a hacer esos ruidos, supe que estaba acabado.

Enredó sus piernas en mis caderas y perdimos el control por completo. No sabía si era ella la

que me follaba a mí o era yo el que se lo hacía a ella, solo sabía que comencé a embestirla con fuerza y que recé para que nadie se enterase de lo que sucedía entre aquellas cuatro paredes. Y, si se enteraban, que no se liase muy gorda.

Val fue la primera en romperse en mil pedazos, y yo la seguí. Aturdido, con la respiración acelerada y las piernas a punto de ceder, nos abrazamos.

Le deposité suaves besos en la nariz, la frente, la sien, el pelo y en las manos mientras salía de ella y me quitaba el preservativo.

—Ahora vuelvo —me explicó.

Se bajó de un salto, se llevó el condón, y me vestí casi como pude.

Me acerqué a la cama y me recosté, hasta que me di cuenta de lo que había debajo de mí. Y no hablaba de ella, aunque no me hubiese importado repetir.

Hablaba de sus oscuros secretos.

—Sí, yo también me voy a portar un poco mal, Val.

No sabía lo que había descubierto, así que... aproveché para leer unas líneas mientras ella se limpiaba y regresaba. No tenía mucho tiempo, pero me podía la curiosidad.

Contaba cosas sobre Bea, sobre su hermana Camila y sobre la universidad. Me salté toda esa parte y fui directo a esa en la que hablaba de mí.

Sabes que no me gusta engañarte y que entre nosotros existe confianza suficiente como para poder ser del todo honesta contigo. Adam me gusta. Ya está. A ver, sé que lo sabes desde hace tiempo, es más, eres consciente de que yo misma lo sé desde hace tiempo y de que le prometí a Bea que me comería un hormiguero entero antes de admitir que es guapo y que me gusta.

Ella lo sabe, aunque yo no haya sido capaz de ponerle nombre, etiqueta o lo que te venga en gana. Lo sabe, de la misma forma en la que lo sé yo y todo el que me conoce.

No sé si seré capaz de esconderlo mucho más tiempo, de negar lo evidente, de ocultárselo siquiera a él.

Querido diario, negaré haber escrito esto y mañana, cuando volvamos a hablar, haré como si nada de esto hubiese sucedido. Como si no hubiésemos tenido esta conversación, así que allá voy. Seré débil por un momento, solo un momento.

Creo... Me temo... Siento que empiezo a enamorarme de Adam.

Si creía que ya me había roto en mil pedazos cuando de Valeria se trataba, era porque no había llegado a ese punto.

Val me había repetido en infinidad de ocasiones que no éramos amigos, es más, dudaba de que sus frases favoritas en la vida fuesen otras que «estúpido» o «No somos amigos». Con el tiempo también se había sumado el «No somos novios». Y, aunque ella no lo supiese, para mí

era todo eso y más, solo que, ¿quién era yo para ponerle un nombre a algo que era evidente que ya lo tenía? Es más, que lo tenía desde el principio.

Cerré el diario cuando escuché que se aproximaba, lo guardé bajo el colchón y me tumbé de nuevo en la cama, a la izquierda, dejando un hueco para que ella se acomodase a mi lado y poder envolverla entre mis brazos.

Todo había cambiado y, a su vez, nada lo había hecho.

—¿De qué te ríes? —me preguntó cuando entró y se acercó.

Se había puesto su pijama y tenía un par de calcetines diferentes. Uno de unicornios y otro de naves espaciales. Vaya mezcla más potente.

«No hay mezcla más potente que toda ella».

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba sonriendo.

—Esto... Val, solo por si mi abuelo me pregunta. —Le guiñé un ojo con descaro—. ¿Qué es lo que somos?

Se quedó parada frente a mí, con una pierna flexionada sobre el colchón sin apenas moverse. Dudaba. No me importaba que lo hiciera porque sabía que era todo fachada. Ya lo sabía con certeza.

—No somos amigos. Tampoco somos novios ni amantes, eso que te quede claro.

Sonreí cuando se tumbó a mi lado y la abracé. Me sentí en casa con ella allí. Siempre me sentía de esa forma.

—Por supuesto, princesa. No somos amigos, tampoco somos novios ni amantes.

Somos todo eso y más. Ya me encargaría yo de demostrárselo.

CAPÍTULO 35

Valeria

En la actualidad, cuando todo comienza a salir a la luz y no sabes si es mejor esconderte bajo la cama y dejar que pasen los días.

Laura, Bea y yo estamos en mi habitación, preparándonos para lo que ellas llaman «la despedida», en cambio, yo lo he bautizado como «la jodedida».

¿Recordáis aquel encuentro por fuera de la clínica dental en el que Rafa propuso que quedásemos todos para cenar y luego tomar algo?

Vale, pues resulta que lo han organizado y no me hace sentir ni una pizca de bien esa mierda.

Rafa no le ha dado mayor importancia al asunto, Adam parece que tampoco, Bea está tranquila —dentro de su desorden mental, quiero decir—, y Laura está un poco agobiada porque Román también vendrá —y luego me niega lo evidente y tal—.

—El pobre habló contigo, te contó lo que sentía, y tú decidiste por cuenta propia no tomártelo en serio y escupirle en el café. —Esa es Bea, yo las escucho hablar, solo que soy incapaz de centrarme en lo que tengo que centrarme.

Mi corazón no deja de latir tan apresurado que me temo que de un instante a otro saldrá por la boca y lo escupiré como Laura con el café de Román o el de Adam cuando fue a verla tras su regreso.

—¿Cómo quieres que me fíe de él? ¡Es un tío! Los tíos no están hechos para el compromiso. —Y me señala. Eso sí que capta mi atención.

—No entiendo por qué la señalas a ella, es obvio que Rafa sí está hecho para el compromiso. Se van a casar o eso creo —apunta Bea—. Aunque pienso que no deberías. —Esa coletilla va dirigida a mí, por si quedan dudas al respecto.

—¿Has vuelto a leer mi diario? —la increpo.

—No, no, no, no... Bueno, sí —admite al final.

Pongo los ojos en blanco.

—Es de mala educación. —No sé ni para qué me molesto en regañarla, le va a entrar por un oído y le va a salir por el otro.

—De mala educación es engañarse a una misma y fingir que nada pasa cuando sí que pasa. —O, bueno, no porque haga caso omiso, sino porque te lanza dardos envenenados de este tipo y te hunde en la miseria.

En fin, no sé lo que ocurre, solo sé que yo paso de ella.

—No la señalo por Rafa, la señalo por Adam. —Vaya, Laura, qué divertido todo.

—No me voy a casar con Adam.

—Pero te encantaría hacerlo —sentencia Bea, que no esconde la sonrisilla tras lo que acaba de largar por esa boquita demoníaca, y yo solo quiero matarla con mis propias manos por ello.

—Espero que esta noche, cuando te entren ganas de hacer pis, vayas al baño y esté ocupado —la amenazo.

—Eso... Eso... Eso es muy cruel. —Casi lloriquea y casi casi me creo su gimoteo.

Y sí, ya ha sucedido y no preguntéis detrás de qué coches hizo pis mi amiga y se tiró un pedo porque no pudo controlarlo. Al menos fue al aire libre, si llega a ser en un recinto cerrado...

—Pues chitón —le exijo.

Bea pasa, porque se enzarza de nuevo en una conversación con Laura sobre tíos. ¿Es que no podemos hablar de otra cosa? Por ejemplo, del día tan despejado que hemos tenido.

Y esperad a que les cuente lo del vestido. Y a mi madre, esperad a que se lo cuente a mi madre. Eso sí que será épico. ¿Qué digo épico? ¡Eso será una hecatombe de dimensiones desproporcionadas!

—Que sepas —me advierte Bea— que yo te apoyo a muerte, Val, de veras que lo hago, sin embargo, no estoy del todo segura de que esto sea una buena idea.

Bien, al menos hay alguien con cabeza.

—Ya, esta mierda de reencuentro solo me da dolor de cabeza.

Mi amiga sonrío mientras Laura termina de hacerse los últimos tirabuzones. Yo he decidido optar por algo mucho más sencillo. Una falda vaquera, unas zapatillas, una camiseta *rockera* con el hombro izquierdo al aire y una coleta.

Ellas, en cambio, parece que van a una boda. Cómo se nota que aquí cada una quiere impresionar a alguien, menos yo, que no quiero hacer nada de eso.

—No hablo de lo de esta noche. —Laura y Bea chocan los cinco—. Hablo de la boda.

La boda solo me produce dolor de cabeza.

—No quiero que hablemos de ese tema —contrataco.

—Ya, pero nosotras creemos que tenemos que hablar de ese tema, Val, porque no estás feliz. ¿No te das cuenta? Mírate. —Me señala y me observo de arriba abajo como si ahí fuese a encontrar alguna respuesta—. No tienes cara de ser una novia que esté ansiosa porque llegue ese día.

—No lo estoy —me sincero—. Por muchos motivos.

—Porque no estás enamorada —declara Laura sin permitirme enumerar mis argumentos.

Frunzo el ceño, esa respuesta no me ha hecho ni pizca de gracia.

—No es eso —me defiendo.

—Sí que lo es. Tu hermana, cuando se iba a casar, estaba todo el puñetero día cantando y viendo revistas.

—Eso no ha cambiado, solo que ahora las compra de bebés.

Ponen los ojos en blanco, y sonrío ante su gesto.

—Tú sabrás. —Se desespera Laura.

Sé lo que ambas pretenden y no estoy disgustada, al contrario, me siento afortunada de que mis amigas quieran mi felicidad por encima de todo.

—De veras, chicas, solo rezo para que pasen los días. Casarnos y quitarnos esto de encima. Si llego a saber que me costaría todo tanto, cuando Rafa me lo pidió hubiese aceptado, eso sí, con unas pequeñas condiciones: nada de juzgados, nada de flores rocambolescas, nada de un banquete inmenso y nada de vestidos pomposos. —Y nada de revistas de esas que mi madre compra por *packs*. Las odio. Pienso quemarlas todas.

—Es que encima no tienes vestido. Te veo casándote así. —Y me señala.

Como si mi ropa tuviese algo de malo.

Bueno, tal vez haya llegado el momento de...

—He encontrado un vestido de novia —suelto y lo hago rápido, como el que pone una inyección y espera que su paciente no se entere. Solo que ellas sí que lo hacen y, cómo no, no lo dejan pasar.

Me tumbo en la cama y me dejo caer hacia atrás, miro el techo y aguardo con entereza el interrogatorio que viene a continuación.

—¿De verdad? —Esa es Laura.

—¿En serio? —Bea, claro—. Me alegra que al final no hayas ido con él. —¡Ja!

Ambas se tiran en mi cama, aunque Laura apoya los codos para no estropear sus preciosos rizos.

—No te precipites —me adelanto—. Lo ha elegido Adam —finalizo.

Laura chasquea la lengua.

—¿Cómo es que fuiste con Adam?

Vale, atentas a esto, si Laura no se ha enterado es porque estaba centrada en Román la otra noche, lo que indica que, por muchas excusas que ponga o mucho que se justifique o le escupa en el café, sí, es otra más que ha caído en las redes del amor y reniega de él.

Estamos bonitas las tres. Más que bonitas, de mierda hasta el cuello.

—¿En qué galaxia paralela estabas tú el otro día cuando Adam se ofreció a ir con Val a elegir el vestido de novia? Y que, por cierto, pensé que se arrepentiría y no iría.

—Seré yo la que le ponga nombre. —No todos los días se tiene la oportunidad de meterse con tu amiga así como así—. La galaxia se llama Román y es tu hermano —le explico a Bea. Lo hago como si Laura no estuviese de cuerpo presente, vamos, como otras tantas veces han hecho ellas conmigo. *Quid pro quo*.

—No digáis estupideces —se defiende y de una manera pésima, por cierto—. Y no quiero hablar de ese tema.

—Anda, mira, yo tampoco quiero hablar de otros temas y me obligáis. ¿En qué posición me deja eso?

—En una muy sumisa, porque necesito que me expliques cómo es el vestido, cómo es que lo ha elegido Adam y cómo es posible que hayas ido con él, en su coche, presupongo —confirmo sus palabras cabeceando, aunque no sé si Bea me ve porque estamos tumbadas, Laura seguro que sí porque se ha colocado de lado—, y no has acabado tirándote a sus brazos.

—Casi lo hago. —Me carcajeo de forma inocente al recordar el volantazo y su siguiente provocación.

—¿Qué? —preguntan ambas.

—No es lo que pensáis.

—No sé si eso nos deja más tranquilas —apunta Laura.

—Podemos volver a eso luego, primero, y creo que hablo por las dos —añade Bea, que se señala a sí misma y señala también a Laura—, queremos saber cómo es el vestido.

Me levanto, porque este instante bien se merece que lo haga y sonrío porque...

—Nunca pensé que pudiese ser más perfecto de lo que lo es.

Ambas sonríen como bobaliconas. Tal vez esa sea la forma en la que lo hago yo también y solo se contagien de mi gesto. Desde que me probé el vestido, ha sido imposible controlar lo mucho que me gusta.

—Ay, madre —balbucea Laura.

—Es sencillo, el más sencillo que me he probado jamás. Blanco, sin brillos, sin volumen, sin una falda llena de gasa o tul o esas miles de capas que tanto ama mi madre y que tanta repulsión me provocan a mí. Y tiene un cinturón. —Me llevo las manos por inercia a la zona en la que

estaba colocado—. Es perfecto.

—Eso ya lo has dicho.

—Y lo ha elegido Adam —sentencia Laura—. Lo que indica que...

—No —la freno—. No quiero que lo digas.

Porque sé qué viene a continuación. Una frase del tipo «Tiene buen gusto», porque Adam siempre lo tuvo o, peor, mucho peor... «Porque siempre te ha conocido bien, mejor incluso que tú».

Ambas se incorporan y me abrazan, nos quedamos así un rato, sabiendo que todas estamos confusas, que tenemos miles de cosas en la cabeza, que las inseguridades y los miedos no dejan de acecharnos y, sin embargo, contentas de poder tenernos, de habernos encontrado.

—Ahora me muero de ganas de ver cómo se lo explicas a tu madre.

Y así es como Bea rompe el momento y, aunque no lo creáis, se lo agradezco.

CAPÍTULO 36

Adam

En la actualidad, cuando estás rodeado de personas y tú solo puedes verla a ella.

Soy consciente del instante exacto en el que Laura, Bea y Val entran por la puerta del local. No es ese local en el que nos hemos encontrado otras veces, tampoco en el que Bea celebraba sus fiestas de cumpleaños. Es uno de esos lugares de moda que a Rafa tanto le gustan y que sabe que a mí me ponen los pelos de punta.

Porque puede que yo sea un torbellino, sin embargo, prefiero los sitios tranquilos, la buena compañía y las conversaciones sin desgañitarte la garganta por el camino. O sin tener que forzar la vista para ver por dónde caminas.

Lo que os contaba, soy consciente del momento exacto en el que las tres entran en el local y no porque Tristán me haya dado una palmada en el hombro, de esas que muestran empatía, tampoco porque Rafa se haya girado y haya ido directo hacia ellas o porque Bea haya gritado a pleno pulmón que ha llegado el terror de los nenes —sí, eso es justo lo que ha hecho—. El motivo de que sea perfectamente consciente de todo es la energía que siempre nos ha rodeado a Val y a mí cuando estábamos lejos y cuando estábamos cerca, y eso, eso sigue ahí. Y empiezo a comprender que no se desvanecerá nunca.

Como veis, hoy no tengo un buen día, ¿por qué será? Os doy una pista: tiene nombre de chica y empieza por «V», acaba por «A» y la llamo «princesa». Sí, exacto, ella. Siempre ella. Todo ella. Nada más que ella.

—¿Estás bien? —indaga mi hermano.

Me saca de mi ensimismamiento cuando me coloca el brazo sobre el hombro, esta vez, en actitud protectora y desafiante a quien se atreva a cuestionarlo.

—Todo lo bien que podría estar, sí. —Suspiro.

Asiente sin más y se acerca al grupo dándome mi espacio. Yo hago lo propio y saludo con un par de besos a las recién llegadas. Cruzo una mirada con Val y la aparta de inmediato.

Vale, esta noche piensa permanecer alejada de mí. Lo entiendo. He sido yo el que le ha elegido el vestido de novia y, quizá, el que haya traído de vuelta muchos de nuestros recuerdos del pasado y, posiblemente, también muchos sueños truncados. Porque eso también me sacude a mí las entrañas.

No la culpo, al final, estamos como estamos por no haber sido capaz de enfrentarme a las cosas como tenía que haberlo hecho.

—Voy a por algo de beber —apunto.

Necesito alejarme de allí. Poner distancia entre Valeria y yo o entre Valeria y la mano de Rafa en su cintura, indicándome a quién ha elegido ella para pasar el resto de su vida.

Para esto no necesitáis pista, lo ha dejado más que claro.

No lo pensé, ¿vale? No pensé en las consecuencias que acarrearía mi partida, solo sé que tuve que huir, expiar mis fantasmas y purgar mis mierdas hasta volver a ser yo.

Y tampoco soy quién para culpar a Rafa de haber aprovechado la oportunidad porque, ya sabéis, os lo he explicado en infinidad de ocasiones, si hubiese sido al revés, habría actuado de la misma manera o peor, tal vez peor, si tenemos en cuenta mi poco decoro y mi escasez de honestidad.

Coloco mis antebrazos en la barra y uno las manos sobre ella, alzo la vista y aguardo a que uno de los camareros repare en mi presencia. Rezo en silencio para que eso suceda más tarde que pronto y me permita un tiempo más que valioso para retomar la compostura.

De un salto, Bea se sitúa a mi derecha y se inclina hacia adelante captando mi atención. Con su cara ocupando todo, como para obviarla.

—Veo que, además de un escapista de primera, también tienes buen gusto para elegir vestidos de novia. No sabía que tenías tantas facetas y tan distintas entre sí.

Chasqueo la lengua. No me apetece nada discutir, ni con ella ni con nadie. Puede que un poco con Rafa sí, ¿para qué mentiros?, no gano nada haciéndolo.

—Estoy desaprovechado —finalizo.

Pretendo que suene a burla, a broma, destensar el ambiente, incluso que alivie mi tensión. No lo consigo. Las cosas no suelen ser fáciles, al menos para mí.

—¿Qué pasa, Adam? Dime qué pasa por esa cabecita tuya porque te prometo que no te entiendo.

Nuestras miradas se cruzan y, a pesar de la luz que centellea a nuestro alrededor y que emite distintos tonos de colores; blancos, azules, amarillos y fucsias, el negro de los ojos de Bea permanece inamovible.

Igual de negra ha estado mi vida estos últimos años.

—No sé a qué te refieres —añado evitando entrar en detalles.

Sigue siendo su amiga y ya le expliqué demasiado la otra noche mientras compartíamos mesa, cerveza y patadas.

—Eres perfectamente consciente de lo que quiero decir. —No duda, afirma.

Bea siempre ha sido de esa manera, una tía con las cosas claras y, aunque dudase, no lo demostraría, es como si no quisiese que nadie conozca sus puntos débiles y puedan utilizarlos en su contra.

Es inteligente por su parte actuar de esa forma, aunque, en ocasiones, dé la sensación de que hablas con un robot.

Muevo la mano, y un camarero se acerca a nosotros. Pido una copa, al menos ebrio no me percataré de la felicidad de los tortolitos.

Guardamos silencio mientras el camarero la sirve bajo nuestra atenta mirada.

Cuando nos la coloca sobre un posavasos, casi la ingiero de un solo trago.

—Vaya, veo que la cosa es peor de lo que esperaba.

—No me importa lo que tú esperes.

No quiero ser hostil, no pretendo sonar duro y borde, sin embargo, ¿cómo esperáis que me sienta cuando la chica de la que estás enamorado va a casarse con otro? ¿Cuando comienzas a darte cuenta de que puede que sí que esté enamorada de él? ¿Cuando la pierdes más y más cada día? Y, sobre todo, cuando tú la has empujado hacia eso sin saberlo, sin pretenderlo, sin quererlo.

—Pues debería importarte porque somos amigos, ¿no?

—Espera, espera, espera —ironizo. Eso sí que no me lo vi venir—. ¿Desde cuándo le sueltas

a tus amigos que desees que lo hubiese atropellado un camión, que sus restos hubiesen sido esparcidos por la carretera y los buitres se hubiesen dado un festín con ellos? Ah —prosigo—, además de finalizar tu cordial saludo —añado, puro sarcasmo— con un «gilipollas».

Mi supuesta amiga chasquea la lengua y sonrío de soslayo antes de llevarse la copa a los labios. No sé si para amortiguar una carcajada o por aumentar la expectación de su respuesta.

Se gira y, con los codos apoyados en la barra, mira en dirección a donde se encuentra el grupo. Yo la imito. No sé ni por qué lo hago, es probable que sea porque soy un puñetero masoquista que quiere ver a su chica moviendo las caderas junto a Laura, con esa falda vaquera y esa camiseta que no deja de resbalar por su brazo, mostrándome trozos de su cuerpo, clavándose como agujones en mi puto pecho.

Como si no fuese poco tener que elegir su vestido —y haberme ofrecido voluntario para ello —, además, tengo que soportar esto.

«Me lo merezco». Me merezco eso y más.

—Yo a eso lo llamo un caluroso recibimiento. —Se carcajea. Lo hace de veras. Sí, ese silencio era fruto de la expectación.

—Ya. No quisiera saber cómo recibes a las personas que no son de tu agrado.

—No, no quisieras —me explica.

Guardamos silencio, dispuesto a marcharme, a salir a la calle. Porque esta idea es una de las peores que he tenido nunca, aceptar reunirnos todos, como hacíamos hace años. Cuatro, cinco o seis años. Y comportarme como si todo fuese sencillo, y ella siguiese siendo mía.

Y darme cuenta de que no lo es.

—¿Sabes qué? Esta noche estoy bien, me siento bien, porque nos hemos reunido, porque Laura está bailando con mi hermano y espero que acabe en una fiesta íntima para ellos. —Chasqueo la lengua.

—Yo también —sentencio dándole la razón porque Román está loco por ella y, por lo poco que puedo atisbar, es mutuo.

—Y, aunque es mi hermano y hablar de sus intimidades me provoca repulsión absoluta, creo que están hechos el uno para el otro. —Los señala con la copa y brinda por ellos en silencio—. Y, como estoy tan tan feliz, te daré un par de consejos. Gratuitos, no pido nada a cambio.

—¿Bea actuando de forma desinteresada?

—Ya ves, yo también sé hacerlo, igual de altruista que tú al ofrecerte a acompañar a mi amiga a elegir vestido.

Suelto un par de improperios por lo bajo rezando para que ella no se percate, solo que sí lo hace y se burla de mí sin piedad.

—Lo pillo —finalizo.

—Lo que quiero decir —añade y se coloca de lado, mirándome directamente mientras soy incapaz de apartar la vista de Val, que ha cambiado de pareja y baila con Rafa— es que tú nunca has sido de los que se dan por vencido, ¿no? Pusiste los ojos sobre mi amiga cuando aún era una renacuaja llena de trenzas, te colabas en los lavabos, te colabas en su habitación y te colabas en su puta vida hasta que conseguiste lo que quisiste.

—Eso suena mal, suena a que la he obligado, y yo jamás obligaría a Val a nada que no quisiese —mascullo defendiéndome por si esto es un ataque.

Joder, si solo rezaba para que me eligiese a mí, por encima de todo, solo a mí.

—No. —Se carcajea antes de beber un trago más—. Ten por seguro que, si Val no hubiese estado loca por ti, no habrías conseguido una mierda de ella porque es una tía muy perspicaz y siempre tuvo claro que eras tú. Aunque se tuviese que comer un puto hormiguero al admitir que

le gustabas.

—¿Un qué?

—Cosas nuestras —me interrumpe—. A lo que me refiero es a que siempre fuiste a por ella, a pesar de todas las barreras y obstáculos que encontraste en el camino. —La señala a ella—. Esta es la última. Es tu última escalada, Adam. Es como subir al puto Everest. Cuesta que te cagas, pero cuando estás arriba, cuando lo consigues, eres tan feliz que das un asco tremendo a los demás.

—Yo... Esas comparaciones son...

—Increíbles, como yo, lo sé —bromea.

Me bebo el resto de la copa, y ella también. Nos giramos y se coloca muy muy cerca.

—No dejes de intentar subir al Everest, Adam, porque estoy segura de que lo conseguirás.

Se gira y se marcha en dirección al grupo. Ocupo mi posición de antes y la veo meterse en medio de Rafa y Val, colocar las manos sobre la cintura de la chica que me quita el aliento, pegar el cuerpo al suyo y echarme un último vistazo antes de abrazarla.

Sigo el barrido por la multitud y me cruzo con la mirada de mi hermano, intentando ahondar en todo lo que hemos hablado, buscando respuesta o tal vez formulando preguntas.

Me dirijo al exterior porque, de pronto, necesito aire fresco. Me alejo unos pasos y me siento en el bordillo de la acera.

—Joder. —Encierro de nuevo la cabeza entre las manos con la vista fija en el suelo.

¿Qué quería decirme Bea? ¿Que insista? ¿Que no decaiga? ¿Será que Val no es feliz? ¿Que hay una pequeña esperanza de que entre nosotros todo vuelva a ser como antes? O no, no como antes, incluso mejor que antes.

—Hola —susurra a mi lado. Es ella, esta vez no me lo he visto venir.

Alzo la cabeza y le dedico una enorme sonrisa.

—Hola, princesa —la provoco.

No pienso dejar de hacerlo, no pienso dejar de ser yo.

No pienso rendirme. Val es el Everest, y yo soy un puto alpinista suicida.

—Bea me comentó que tenías que contarme algo. Que era urgente —me indica.

Bea, no sé si te temo o te adoro. O un poco de ambas.

Sí, es urgente, lo que tengo que decirle es urgente. De extrema urgencia.

—Vamos a acabar juntos —sentencio lleno de convicción. Me incorporo, la observo desde arriba.

—¿Qué? —susurra desconcertada.

Me acerco más, recorto la distancia que nos separa hasta que siento su calor mezclándose con el mío. Hasta que la siento cerca de nuevo. Tan cerca como antes.

—Lo que has escuchado. Vamos a acabar juntos. —Y le dedico una de esas sonrisas. Sin presunción alguna, tal y como la tengo acostumbrada, como suele ser típico en mí. Una sonrisa tan radiante que sé que me cree. Porque sería imposible no hacerlo. Porque soy de los que no se rinden. Mucho menos, cuando de Val se trata—. Prepárate, princesa, porque esto acaba de empezar.

CAPÍTULO 37

Valeria

Hace cinco años, cuando lleváis tanto tiempo separados que tu deseo de Navidad es que se cuele por tu ventana y te estreche entre sus brazos.

Desde hacía más de un año, casi dos, Adam y yo teníamos una «no relación» bastante extraña. Y digo «no relación» porque ya sabéis que ponerle etiquetas a las cosas no iba conmigo.

Estábamos juntos y, a su vez, no lo estábamos.

Yo había empezado mi segundo año de Empresariales, y él, el suyo de Ingeniería Civil. Cada uno estaba centrado en unas metas muy muy claras. Para Adam, convertirse en ingeniero era su prioridad, y para mí, acabar aquel año sin perder la cabeza también lo era. Así que nos veíamos poco, menos de lo que me hubiese gustado, hablábamos mucho, eso sí. WhatsApp y llamadas por doquier, y alguna visita cuando los parciales habían acabado o en vacaciones.

El verano anterior había sido increíble. Tuve que darle muchas explicaciones a mi madre sobre nuestra «no relación», porque ella no se tragaba para nada eso de que solo éramos amigos que compartían tiempo. Según Cristina —mi santa madre—, un amigo no estaba todo el día pegado a tu culo, y se suponía que eso es lo que hacía Adam conmigo. No sería yo la que le contase a mi madre que a mi culo no estaba pegado, aunque a otras zonas cercanas sí.

Dios, era imposible quitarnos las manos de encima. Parecíamos dos pulpos cuando estábamos cerca.

Era una mezcla de muchas cosas; de extrañarnos, de necesitarnos, de ganas de más, de anhelo y tal vez incluso de recuperar el tiempo perdido y de guardar para cuando volviésemos a separarnos. Porque eso fue lo que sucedió cuando llegó septiembre. La realidad nos golpeó y la distancia de nuevo nos separó.

—¿Has hablado con él? —Mi hermana estaba tumbada en mi cama, como solía hacer ella, jugueteando con los botones de su chaquetilla de punto.

Ambas habíamos vuelto a casa por Navidad, cenamos en familia y subimos a nuestras habitaciones cuando mamá lo ordenó porque se suponía que Papá Noel no vendría si no nos dormíamos pronto. Ya, claro, parecía mentira que tuviese veintiún años y siguiéramos escondiendo esas cosillas, aunque... me gustaba eso, sí.

Mi hermana decidió que no tenía sueño y que era mejor estar conmigo un rato más.

No la culpaba, yo tampoco habría podido dormir, aunque hubiese querido.

—No, es decir, hablamos ayer por teléfono y sé que venía hoy. Tenía un billete para el último vuelo, por lo que tuvo que haber llegado hace poco.

No pensaba confesarle que me había pegado horas mirando por la ventana a ver si en una de esas lo veía aparecer con su abrigo de color azul y su maleta de color rojo.

No sabéis la de veces que me burlaba de él porque parecía la bandera inglesa, solo le faltaba

el pantalón blanco.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Ya has visto a Tristán?

Cuando lo nombré, mi hermana dio un bote en la cama, fue tan rápido y tan preciso que pensé que le estaba dando un jamacuco. La sonrisa que tenía reflejada en su semblante me tranquilizó de inmediato.

—He conocido a alguien —me explicó.

¿En serio?

—¿De veras? ¿Quién? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Me sentía muy feliz por ella, ya iba siendo hora de que pasase página porque Tristán no estaba por la labor, a menos que fuese de esos que escondían su amor a cal y canto. Y, según lo que Adam y yo pensábamos, lo hacía, solo que era Bea por la que suspiraba. En secreto, claro.

—Se llama Nicolás... Nico —rectificó—. Y...

Mi hermana guardó un silencio sepulcral cuando una figura se coló en la habitación, y mi corazón comenzó a latir tan acelerado al percatarme de quién era que pensé que a la que le iba a dar algo sería a mí. Y mi hermana no hubiera pisado un hospital ni por todo el oro del mundo. Porque, si besar con lengua te podía matar, imagínate la de bichos que habría en un centro sanitario.

Hubiese muerto tirada sobre la alfombra de mi habitación.

La figura de Adam se materializó al instante y, a pesar de que no estábamos solos, cuando nos miramos, fuimos incapaces de permanecer separados.

Me lancé a sus brazos.

Lo hice.

Aunque más tarde negaría haber actuado de esa forma y pondría una excusa de mierda sobre un tropiezo.

—Dios, Val, cuánto te he echado de menos.

Casi lloré. Os lo juro. Sentí cómo las lágrimas acudían a mis ojos porque sí, joder, no quería ponerle etiqueta, pero ambos sabíamos que la tenía desde hacía muchísimo tiempo.

—Yo a ti no tanto, no te hagas ilusiones.

Se carcajeó y luego depositó suaves besos sobre mi cara. Por todas las partes de mi cara. Mi pelo, mis pómulos, mi sien, mi frente, mi barbilla, mi frente otra vez, hasta que acabó en mis labios.

—Joder, mira que te ha costado dar con el punto exacto —lo provoqué.

Respondió metiendo la lengua en mi boca y me encantó su sabor.

Sí, yo también lo había echado mucho de menos.

—Cami... —Observé la cama, y mi hermana ya no estaba allí. Así de sencillo era entre nosotros. Todo a nuestro alrededor dejaba de importar cuando estábamos juntos. Y cómo me encantaba que fuese así—. ¿Cuándo la hemos perdido?

—Creo que cuando me metiste la lengua hasta la garganta. —Le di un golpe en la barriga y noté algo. Algo rígido. Abrí su chaqueta y busqué—. Veo que estás desesperada por verme desnudo.

Lo estaba, solo que no lo confesaría.

—He notado algo duro.

—No me extraña. Llevo así desde que supe que iba a verte de nuevo.

Intenté propinarle otro golpe, pero esa vez fue rápido y esquivo. No lo conseguí y no me importó. Sujetó mi mano y besó la cara interna de mi muñeca.

Tenerlo allí conmigo era una fantasía. Mi fantasía.

Dio un paso atrás y entonces extrajo lo que tenía escondido bajo la chaqueta y la sudadera.

—Es... ¿Me has...? —No podía terminar la frase.

—Papá Noel ha llegado un poco pronto a casa y te ha dejado esto bajo el árbol. No me preguntes cómo lo has conseguido porque ambos sabemos que lo tuyo es portarte mal. —Sonrió presuntuoso, y me derretí allí mismo—. Aun así, te ha dejado un regalo y me he comprometido a traerlo. Es por eso, y solo por eso, por lo que me he colado en tu habitación.

Sí que iba a llorar. Y, entonces, el estúpido de Adam tendría motivos más que suficientes para reírse de mí a sus anchas y tendría que matarlo por ello.

Bajó la vista y tomó asiento en mi cama, donde antes había estado mi hermana.

Ni siquiera esperé a que me mirase, abrí el paquete con tantas ansias que destrocé el papel y terminó en el suelo. Cuando lo tuve frente a mí, no pude contenerme más.

Pasé las manos por los delicados pétalos de amapolas que habían dibujado sobre su tapa. Tenían pequeñas ramas a sus lados, eran como ramilletes que tenían vida propia. Si algún día me casaba, si eso con lo que fantaseaba tantas veces se cumplía, quería que aquello fuese lo que me acompañase ese día.

Y, bueno..., era un diario. Me había regalado un diario.

—¿Te gusta?

Lo miré a los ojos. Eran tan bonitos, tan verdes, tan brillantes, tan míos... que me sentí abrumada. Me lancé a sus brazos de nuevo y lo apreté tanto contra mi pecho, y él me apretó tanto contra el suyo, que pensé que podría morir ahí mismo sin poner pega alguna.

Mi hermana estaba contaminándose con sus pensamientos chungos, lo notaba.

Me recompuse, me separé de él y me acerqué a la cómoda.

—No solo me gusta, me encanta —le confirmé desde la distancia.

—Le pedí a Tristán que las dibujase para ti. —Eso me hizo darme la vuelta. No sé si vio reflejado el asombro en mi semblante o no lo hizo.

—¿A tu hermano?

—Ya sabes, es el artista de la familia. Mis abuelos están contentos, porque al final ha elegido un camino, el que le hace feliz.

Suponía que se refería a su estudio de tatuajes.

Bea me había explicado que su hermano estaba intentando hacerse socio de Tristán, pero que todavía no lo había conseguido.

—Mi madre es la que no está del todo conforme.

Que mencionase a su madre me pilló desprevenida. Adam apenas la nombraba y, cuando lo hacía, cambiaba el tema con rapidez. Yo había aprendido a respetar que no quisiese hablar de ella porque entendía que había heridas que era mejor no abrir.

—Tu madre, al final, querrá lo mejor para vosotros.

Estaba segura de ello porque mi madre tampoco es que fuese la mejor del mundo, tenía sus cosillas, como todos. Eso sí, siempre estaba ahí. Sabía que hacía las cosas por nuestro bien y que nos apoyaba, aunque a veces le buscase los tres pies al gato.

Abrí la cómoda y saqué lo que escondía dentro. Lo guardé en uno de los bolsillos delanteros de mi sudadera porque quería sorprenderlo. Y regresé de nuevo a la cama. Adam ya se había descalzado y se había tumbado en ella, como siempre hacíamos. Me acomodé a su lado y me apreté contra su cuerpo sin dudar.

Me dejé hacer, porque era lo que más necesitaba en aquel instante.

—No vino. —Por un momento no supe a qué se refería—. Mi madre nos prometió que vendría a pasar esta noche con nosotros y no lo ha cumplido. De nuevo, no lo ha hecho.

Percibía el dolor en su voz y solo se me ocurrió abrazarlo con más fuerza.

—Puede que haya surgido algún problema —intenté excusarla y no sé por qué lo hice. Por ese entonces, ya era bastante consciente de que había personas malas, personas egoístas de verdad y que no cambiaban, que solo pensaban en sí mismas.

No quería emitir juicios de valor porque apenas conocía la historia. Sin embargo, lo que la madre de Adam hacía con él y con Tristán para mí tenía un nombre muy claro y no os gustaría que lo pronunciase.

—O simplemente le importamos una mierda de la misma forma en la que le importaba mi padre antaño.

Nunca, jamás, Adam había sacado ese tema a la palestra. El pasado, la relación de sus padres. Lo conocía hacía mucho tiempo. Era cierto que nuestra relación se había intensificado en los últimos cinco años, sin embargo, jamás hablaba de esa etapa de su vida.

Hasta ese día.

CAPÍTULO 38

Valeria

Hace cinco años. Cuando entre nervios y besos, supe que estaba enamorada de él.

Me sentí especial, aunque no debería, porque me había elegido, porque estaba confiando en mí de una forma tal que me abrumaba y estremecía a partes iguales.

—¿Sabes? No llegaba a ser consciente de lo que soportaba mi padre, de lo que hacía por nosotros, hasta que llegamos aquí y lo vi de nuevo feliz. —Suspiró profundamente antes de continuar hablando—. Como si se hubiese quitado un peso de encima, una carga, una losa pesada y asfixiante. Cuando nos mudamos, estaba enfadado con ellos, con los dos. —Me observa—. Incluso le recriminé a mi padre en alguna ocasión que no hubiese luchado por ella si tan enamorado estaba. Hasta que me di cuenta de que mi padre luchó hasta el final por mantener a flote esa relación. Lo hizo con tanta garra, con tanta fuerza, que al final fue capaz de soportar todos los desplantes de mi madre, todas sus infidelidades, toda su indiferencia solo por nosotros. Nos antepuso a cualquier otra cosa, a su propia felicidad.

»Permaneció con ella sabiendo que ahí no quedaba nada para que Tristán y yo tuviésemos un hogar y una familia. Y esa familia estaba abocada al fracaso. No quedaba nada. —Hizo una pausa, y me permití colocarme boca abajo y apoyar la barbilla en las manos para mirarlo, para que pudiese ver con quién estaba. Conmigo, éramos él y yo, nada más.

»Durante mucho tiempo, vivimos en un hogar sin amor, con unos padres que nos querían, pero que en ellos no había ni una sola muestra de cariño. Y eso es muy triste. Aun así, se lo recriminé a mi padre. Le recriminé que no luchase sin saber cuánto lo hizo. No sé si yo sería capaz. No sé si yo sabría hacerlo de esa forma. Yo soy mucho más egoísta que él.

No entendí bien lo que quería decirme. ¿Adam, egoísta? No, por favor, nunca me había transmitido nada de eso. Siempre estaba ahí para todos, al menos, en la medida de lo posible.

—No estoy de acuerdo contigo, no eres egoísta. Eres el tío más altruista que conozco.

—¿Y conoces a muchos? —Sabía que había vuelto a la broma porque ese recurso hacía que se destensase el ambiente.

—A unos cuantos. —Chasqueó la lengua contra el paladar, desaprobando mi comentario—. Apoyaste a tu hermano cuando decidió que no quería ir a la universidad. Hablas de tus abuelos como si fuesen las mejores personas de tu vida.

—Porque lo son, mi familia lo es. Sin excepción.

Era consciente de ello, siempre que los mencionaba, a cualquiera de ellos, se le iluminaba el rostro.

—Tomas té con tu abuela y café con tu abuelo. Acompaña a tu abuela a comprar el pan cada fin de semana y bueno...

Bajé la vista, avergonzada.

—¿Y bueno...? —No lo dejó pasar.

—Y eres mi mejor amigo.

Y ahí estaba, esa era una de las etiquetas, una de ellas. No penséis que iba a lanzarme de cabeza y hacer oficial nuestra relación porque antes de caminar tenía que gatear y antes de admitir que éramos... eso que éramos, primero tendría que admitir otras tantas cosas.

—Espera. —Se incorporó y rodé a un lado, dejándome caer de espaldas sobre el colchón. Intentó quitarme las manos del rostro cuando me las tapé. Era fuerte, lo consiguió, así que cerré los ojos con nervio—. ¿Estás admitiendo que somos amigos?

Abrí un ojo de forma fugaz.

—Puede, pero no te acostumbres —me precipité a contestar.

Se colocó sobre mí, y casi me ruboricé.

—Oye, Val.

—Ni se te ocurra —lo amenacé pensando que iba a meterse conmigo por eso que había soltado. Seguía siendo una chica imprudente.

Me obligó a abrir los ojos.

—Es que... noto algo duro. —Bajó la vista y no entendí a qué se refería hasta que caí en la cuenta de lo que había guardado en mi bolsillo.

—No es lo que piensas —bromeé.

Empujé a Adam y no hizo falta mucho para que se apartase.

—No pienso nada. Salvo que te hayas hecho un cambio de sexo en estos meses y tus exámenes de Economía II fuesen una patraña como la copa de un pino.

—Eres un estúpido —lo insulté como otras tantas veces.

Me temía que ya no tenía el mismo efecto, es más, diría que hasta le habíamos cogido cariño al apodo, de la misma forma en la que yo esperaba ese «princesa» por su parte.

—Y tú tienes pene —se burló.

Le propiné un golpe y me levanté.

—Punto número uno, no tengo pene. Punto número dos, aunque lo tuviese, está sobre mi abdomen. —Y señalé la zona, lo que lo hizo sonreír—. Punto número tres, ¿y qué si lo tuviese? Me querías igual.

Hostia. Hostia. Lo había soltado, lo había hecho, y él..., él no parecía para nada aturdido o, peor..., acojonado. Porque yo estaba acojonada que te cagas. Mucho. Demasiado, para ser exactos.

Decidí darle el golpe de gracia. Al menos, uno que sí que fuese divertido porque admitir que él podría quererme no lo era. Era muchas otras cosas, pero no un chiste.

Extraje el pequeño paquete y se lo tendí.

Era una caja que yo misma había envuelto esa tarde.

—Feliz Navidad —susurré con mi mano extendida.

Adam intercaló sus ojos entre el paquete y yo.

—Pues sí que tienes un pene pequeño —bromeó.

Lo empujé, y perdió el equilibrio. En esa misma posición en la que había acabado, comenzó a abrirlo. Hasta que llegó a la caja y entonces se sentó.

Yo me dejé caer al suelo porque estaba muy nerviosa. Era la primera vez que le regalaba algo.

Adam me traía magdalenas en muchas ocasiones y había mandado a pintar un diario para mí. Sin embargo, yo nunca había comprado nada para él. Hasta ese día.

—Es una bobería —le confesé.

—Eso lo decidiré yo, ¿no crees? —Estaba serio y eso acrecentaba mi inquietud. No sabía cómo respondería.

Cuando extrajo el regalo de la caja, alzó la vista, y nuestros ojos conectaron, como siempre hacíamos.

—Sé que es una tontería, pero...me recuerda a nosotros.

Adam se incorporó, y yo no supe qué hacer. Me tendió la mano, y la sujeté sin dudar. Me levanté, y alzó mi barbilla, depositó un beso sobre mis labios, un beso tierno, un beso que, para mí, tenía un nombre, tenía etiqueta. La tenía.

—Eres increíble. Tú eres increíble —me dijo.

Me estremecí.

Observé cómo repasó el contorno de las amapolas que había mandado a tallar en el mechero y nuestros nombres grabados en él.

—Así cuando decidas escabullirte, y portarte mal, me recordarás.

Alzó de nuevo mi cabeza y me sonrió de soslayo.

Lo sentía, sentía las palabras pugnando por salir, por ser expuestas, por ser dichas. Quería hacerlo. Quería ponerle todas las putas etiquetas que me negaba a colocar.

—Princesa, como si en algún momento fuese posible olvidarme de ti.

Acalló mi confesión con sus labios. Y me entregué a él, esa noche lo hice. En cuerpo y alma.

CAPÍTULO 39

Adam

En la actualidad, cuando te vuelves un artista de las encerronas. Y no te sientes culpable por ello, claro.

— L

aura se va a mosquear que te cagas cuando sepa lo que pretendes hacer.

Cuento con ello, por supuesto.

—He buscado otra cafetería a la que ir mientras se le pasa el enfado.

Le había enviado un mensaje a Bea para que me ayudase. No es que fuésemos amigos, aunque estaba claro que lo éramos. Sus consejos seguían dando vueltas en mi cabeza y había llegado a la conclusión de que la paciencia no era lo mío, pero tal vez la perseverancia sí.

—Yo veo mucho mejor que desaparezcas durante otro año, total, nadie te ha echado de menos en estos tres.

Le dedico una mirada muy severa, y ella me responde enredando el chicle que está masticando con su dedo índice.

—Eso es asqueroso. —Y me refería al chicle y a su contestación.

—No me hagas mencionarte las cosas que son asquerosas porque encabezas la lista, pedazo de mierd...

—Lo he pillado. Gracias —me defendí.

Ya sabía cómo de intensa era Bea.

—Vale, hablaremos mientras esperamos a que Tristán traiga a tu hermano y, justo antes de que lleguen, irás al lavabo, y yo la entretengo un rato más y luego...

—Luego fingiremos que me quedo encerrado en el baño.

—No entiendo qué fijación tienes tú con los servicios, la verdad.

—A Valeria le gustaba que me colase en ellos.

—A Valeria le gustaba cualquier cosa que tuviese que ver contigo. —Esa afirmación me pillaba desprevenido—. ¿Qué? No te hagas el tonto conmigo, jovencito.

Sonrío porque me recuerda a mi abuela.

—¿Marcela? —pregunté para chincharla.

Me insulta de una forma que es mejor que no os cuente porque no resulta agradable. Y me empuja dentro del local al que acudimos de vez en cuando para tomar algo.

—He avisado a Val, por si necesitamos ayuda.

Abro los ojos. No necesitaríamos ayuda, pero la presencia de Val siempre es recibida de buen grado.

—Mi hermano también está al tanto. Esto puede salir bien o puede salir tremendamente mal —apunto.

—Como todo en la vida, ¿no? Cualquier cosa puede acabar genial o puede ser una cagada monumental.

Pues también es verdad.

Laura no tarda mucho en llegar y, cuando lo hace, luce una sonrisa que, si todo sale como Bea y yo esperamos, no se le borrará nunca más.

No me culpéis, está claro que Laura siente algo por Román, todos nos hemos dado cuenta de ello, solo que no llego a entender qué es lo que hace que Laura no se lance al vacío, y Bea tampoco sabe darme una respuesta coherente al respecto.

Tal vez ha pasado algo en estos últimos tres años, y yo me lo he perdido. «Como otras tantas cosas».

—Vaya, vaya, ¿habéis quedado para comentar las mejores jugadas de lo que sucedió la otra noche?

Laura sonríe cuando se sienta a mi lado y me da una palmada en el muslo como hacía hace años, cuando quería llamar mi atención o cuando se mosqueaba.

—Puede —afirmo—. O puede que solo quiera pasar un rato con mis amigas.

Bea se atraganta, y Laura se pone blanca.

—¿Amigas? ¿Hablas de nosotras? —insiste.

—No me tomáis en serio, chicas —me dispongo a acaparar la conversación al menos unos minutos.

Voy a aprovechar este momento para disculparme con las dos, porque está claro que no he podido hacerlo. Con Laura lo intenté, pero no salió como esperaba.

—Es probable que te tomásemos en serio si no dudásemos de que vas a largarte otra vez. —Bea es directa como ella sola.

—No me fui porque quisiera marcharme, porque quisiera dejar todo atrás o con la intención de hacer daño, ¿vale? Me fui porque estaba roto por dentro —sentencio.

Bea baja la vista como si en ese instante se diese cuenta de a lo que me refiero.

Laura ya se hace una idea por la conversación que tuvimos hace semanas.

—¿Por qué no escribiste? ¿Por qué no nos diste una explicación? ¿Por qué no nos pediste ayuda?

—Bea... —Suspiro—. Porque no sabía hacerlo. Estaba... Estaba muy jodido, ¿vale? Mucho. Tristán sabía dónde estaba y lo que me pasaba.

—Parece mentira que no sepas cómo es tu hermano.

—¿Un chico adorable? —le respondo a Bea—. ¿Un chico por el que estás loca?

Ella chasquea la lengua, y Laura suelta una carcajada enorme.

—¿Un chico al que quiero matar? —insiste.

—A polvos —apunta Laura y, por su grito, me temo que se gana una patada por parte de Bea.

—Yo te he perdonado. Lo de la otra noche fue mi forma de decirte que te perdono. Entiendo todo, ya sé a lo que te refieres. —Y me alegra que lo haga sin necesidad de explicarlo de nuevo, de recordar y de abrir viejas heridas—. Y estoy dispuesta a ayudarte con Val. Esa chica no quiere casarse con Rafa, si hasta en su diario...

Alzo una ceja cuando menciona ese diario que tan buenos recuerdos me trae. Buenos y delictivos, porque, vaya, cómo me gustaba portarme mal y leer sus oscuros secretos. Mataría por volver a hacerlo, es más, joder, podría volver a hacerlo. ¿Quién me lo impide? ¿La moral? Bueno, jugar limpio no es lo mío, ¿no? ¿Qué más da? Iré al infierno de todas formas.

—¿No quiere casarse con Rafa? —indago.

Las cosas por partes y lo primero es lo primero.

—Joder, Bea, Valeria te va a matar. —Alza los hombros ante la amenaza de Laura, como si le importase una mierda.

—Tú también lo sabes —es todo lo que suelta.

Y me mira, me mira de tal forma que sé que está recordando nuestros últimos días juntos, los que pasamos, los secretos que guarda y que han hecho, en cierta manera, que yo regrese.

El móvil me vibra en ese momento y me saca de la conversación. Bea y yo sabemos lo que viene a continuación.

—Voy al baño.

Me llevo el móvil a la oreja y es Tristán el que me llama por teléfono.

—Vamos de camino —me indica—. Si algo sale mal, no quiero saber nada del tema.

—Nada va a salir mal —grita Román al otro lado. Está nervioso, se lo noto en el tono de voz y en los gritos, en eso también—. Pienso casarme con ella y ayudarla a poner su propia panadería, porque se lo merece. Porque esa chica es lo mejor que me ha pasado nunca.

Cuelgo cuando veo que se empieza a poner pasteloso.

Mi hermano me va a matar, porque odia ese tipo de cosas. Las odia a muerte.

Vale. Me meto en uno de los cubículos del baño y me encierro por dentro. Al menos está limpio. Bajo la tapa del váter y hago tiempo.

Rezo para que esto sea buena idea, porque, si no,irme va a ser la mejor solución. Laura me matará.

Cuando han pasado diez minutos, llamo a Laura por teléfono tal y como tenía previsto.

—¿Qué pasa? ¿Te ha tragado el váter? ¿O te has vuelto a pirar?

Escucho la voz de Valeria y me distrae.

«No quiere casarse con Rafa». Puede que haya un poco de esperanza para mi maltrecho corazón.

Tal vez los tipos malos como yo también tengan derecho a ser felices.

Tal vez sea cuestión de escalar el Everest.

—Me he quedado encerrado, no puedo salir. ¿Podrías...? —Dejo la pregunta en el aire y finjo nerviosismo.

No se me da del todo bien, pero creo que Laura no se da cuenta de que es todo una mentira como la copa de un pino.

—¿Es una coña? —pregunta escéptica.

—No.

—Joder, Adam, eres un puto desastre.

—Gracias, no sé si te has dado cuenta de que no me hace especial ilusión quedarme encerrado en ningún lado.

Chasquea la lengua y recapacita.

—Vale. Ya voy.

Cuando cuelgo, le envío un mensaje a mi hermano para que sepa que todo va según lo previsto y me explica que ya van a entrar en el local.

Mi siguiente mensaje es para Bea, para que sepa qué tiene que hacer.

Me responde con una peineta y sé que ese es su «sí amistoso».

Escucho cómo se abre la puerta y cómo entra alguien.

—¿Adam? —pregunta.

Carraspeo.

—Sí, estoy aquí. Muevo la manilla para que parezca que intento salir, aunque no intento salir en absoluto.

—De verdad, no entiendo qué fijación tienes con los baños —finaliza.

Me saca una sonrisa porque Bea ha dicho lo mismo que ella.

Cuando llega a la altura de mi puerta, la abre sin problema y empuja hacia adentro como si esperase encontrar resistencia.

—¿Qué coño?

Entra y casi choca contra mi pecho.

—¿Estás bien?

—Por supuesto. —Se sacude como si hubiese caído al suelo—. ¿Estás bien?

—Ahora sí.

Me adelanto para salir, y ella se queda atrás. Y esa es mi oportunidad.

Cuando salgo del baño, cierro la puerta, y Bea saca la llave.

—No quiero saber cómo la has conseguido. Pero bien hecho.

Flexiona el brazo y se anota un tanto.

—Yo sujeto la puerta, y tú cierras con llave —le pido a Valeria.

—No pienso ser cómplice. Laura me odiará.

—Si todo sale como tiene que salir, se le olvidará pronto.

—¡Adam! —grita desde dentro—. Esto no tiene gracia. No me hace maldita gracia.

—No, no, no —niega Val.

—Lo haré yo, se ofrece mi hermano, que acaba de llegar.

Pasa la llave mientras todos aguardamos por fuera.

—Dios, qué nervios tengo. Voy a vomitar.

—Román, no, cariño, este no es el momento para vomitar. Soy tu hermana pequeña y te ordeno que contengas esos fluidos asquerosos.

Valeria no quiere participar, sin embargo, le pasa la mano por encima al susodicho para tranquilizarlo.

En ese instante, me suena el teléfono y es mi amiga.

—Estamos buscando ayuda —le indico antes de que empiece a insultarme.

—¿Ayuda? Pero ¡si me has encerrado tú, malnacido!

—Te recomiendo que te apartes de la puerta, aléjate un poco para poder empujar, por si ceden las bisagras y acabas espachurrada —grita Bea.

Parece que, el que participe otra persona más, la calma.

—Vale, ya estoy.

—Allá vamos.

Cuelgo para que no escuche lo que viene a continuación.

—Te damos veinte minutos, Román, la tienes toda para ti. Sé sincero, dile lo que sientes y no hagas estupideces —le aconsejo.

—Con estupideces quiere decir que no te pongas a vomitarle en las piernas porque eso no va a lograr que te confiese su amor.

—¿Creéis que está enamorada de mí?

Yo asiento; Bea también; Tristán mira al techo, desesperado por largarse —sí, le debo una grande o se la debe Román, según se vea—, y, por último, es Val la que se suma al asentimiento generalizado.

—Por supuesto —afirmo con rotundidad.

Le doy un par de palmadas en el hombro, y él me sonríe.

—Vale, estoy listo.

Abro la puerta y lo empujo dentro. Cierro rápido y paso de nuevo la llave.

—¡Te voy a matar, Adam! ¿Me escuchas? ¡Te voy a matar!

—Bien, y así, señoras y señores, es como se soluciona un malentendido.

Valeria se gira y se larga, mi hermano la sigue, y Bea me hace una peineta.

Y yo me quedo allí, montando guardia, durante veinte minutos.

CAPÍTULO 40

Valeria

En la actualidad, cuando comienzas a tener dudas de todo, hasta de ti misma. De las decisiones que has tomado y de las que no.

Querido diario:

¿Crees que los malentendidos se solucionan encerrando a dos personas en un baño? Porque, si es de esa forma, ¿por qué Adam no nos encerró a los dos antes de marcharse?

¿Sabes qué? No voy a decirte una vez más que estoy hecha un lío. Lo estoy, eso lo sabes y eres perfectamente consciente de ello.

El problema radica en mis sentimientos. Que sí, esa es una de las cosas que me tienen nerviosa. Bea y Laura están de acuerdo en que Rafa no es el hombre de mi vida y, bueno, no es una novedad para nadie que piensen de esta manera porque está claro que la relación que tenemos dista mucho de la que compartimos Adam y yo.

No es que esté haciendo comparaciones, por favor, no, no es eso. Son dos personas distintas que piensan, sienten y se comportan de forma distinta. No hablo de ellos, hablo de mí, de la Valeria que soy con cada uno de ellos.

Conocí a Rafa cuando era amigo de Adam, en el instituto, y no podían ser más opuestos. A veces me preguntaba cómo era posible que fuesen amigos siendo tan distintos como lo eran. Luego pensaba en la amistad que compartíamos Bea y yo y se me pasaba porque nosotras tampoco es que fuésemos una igual a la otra.

Rafa era todo tranquilidad y responsabilidad, incluso prudencia. Recuerdo que se acercó a mí cuando había pasado casi un año de la partida de Adam, y yo seguía destrozada. Intentaba sobrevivir a su ausencia.

Me refugié en él. Intenté que la amistad que un día compartimos Adam y

yo fuese la misma que empezábamos a forjar. Incluso una vez le pregunté por qué no se colaba por la ventana de mi habitación. Rafa me miró como si me hubiese salido un tercer ojo y entendí que no podía conseguir con él lo mismo que tenía anteriormente porque aquello que vivimos era irrepetible.

Y porque era Adam y no Rafa.

Una cosa llevó a la otra, y ese refugio fue dando pequeños pasos en otras direcciones.

Cuando Rafa me besó por primera vez, pensé que estaba haciendo algo mal. No él. Yo. Me vi de nuevo regresando años atrás cuando utilizaba a otros tíos para poner celoso a Adam. Cuando besaba a Lucas, cuando besaba a Diego. Sentí lo mismo con Rafa que con ellos. Un enorme vacío. Lo hice a un lado y pensé que estaba todo en mi cabeza. No iba a permitir que el fantasma de alguien que me había abandonado se hiciese con el control de la situación.

El se había ido, y yo no podía hacerlo volver.

Me centré en una relación que no me aportaba nada, a la que le faltaba de todo, aun así, a sabiendas de ello, lo hice.

Y acabé donde me encuentro hoy.

Una vez más, ¿sabes qué?

Que siempre he culpado a Adam de todo esto y no niego que no tenga en parte responsabilidad, ahora bien, en mayor o en menor medida, el error es mío, lo que me ha llevado hasta este vacío y esta infelicidad soy yo. Por buscar en otra persona algo que no iba a volver a encontrar jamás.

Ahora..., ¿qué hago? ¿Sigo a mi cabeza o al dictado de mi corazón?

Ojalá pudieses responderme, ojalá pudieses hacerlo. Solo que, aunque así fuese, esta decisión debería ser mía y solo mía.

Hoy no hay chauuuu.

CAPÍTULO 41

Adam

Hace cuatro años, cuando lo tenía todo preparado y, al final, la realidad superó a la ficción.

E staba dispuesto a que aquel verano fuese el mejor de nuestras vidas. Lo había planeado al detalle. Ese día partiríamos de excursión a un lugar en el que estuviésemos solos Valeria y yo.

Mi abuelo me había prestado el dinero suficiente para la pequeña caravana que alquilé. No le había dado muchos detalles a Val sobre el lugar al que tenía en mente llevarla. Estaba convencido de que, fuese cual fuese, ella lo aceptaría de buen grado.

También tenía planeado obligarla a ponerle nombre a nuestra relación. Llevábamos muchos años jugando al gato y al ratón. Ella era esquivia, y yo, perseverante. O pesado, como me había dicho Tristán el día anterior.

La recogí en la puerta de su casa. Su padre me dio un par de palmadas en la espalda, y le prometí que la traería de vuelta tres días después, sana y salva.

—No me preocupa eso, Adam, me preocupa que te portes bien y seas un muchacho decente.

«¿Decente? ¿Yo? ¿Eso qué es? ¿Qué significa?». Por suerte o por desgracia, la palabra «decente» jamás estaría asociada a mí.

Me sonrió como si supiese en lo que estaba pensando y, aun así, me dejó ir.

Cristina, su madre, por el contrario, frunció el ceño, me dedicó una mirada que bien podría congelar la tierra al completo y le dio un beso a Valeria antes de que se subiese en el asiento del copiloto.

—¡Cómo mola esto! —me soltó tocando todo a su alrededor.

Encima del salpicadero del coche había una figurilla de plástico de una chica con una ropa hawaiana.

—Algún día iremos de viaje a una de esas playas y lo pasaremos genial.

—Tú y yo siempre lo pasamos genial.

Y eso no era mentira.

Arranqué y hablamos durante horas. Sin cesar. Paramos en algunas estaciones de servicio para comer algo y repostar, y seguimos hablando sin parar hasta que llegamos a nuestro destino.

Ante nosotros se abría un mar de posibilidades. A Val le quedaba poco más de un año de carrera, y a mí me quedaban dos. No estaba yendo como esperaba. Me costaba aprobar y había algunas asignaturas que se me atragantaban, sin embargo, lo iba a seguir intentando porque se lo había prometido a mi abuelo.

Y puede que fuese un imbécil, pero esa promesa pensaba cumplirla me costase lo que me costase.

—¿Te gusta? —se lo pregunté con los mismos nervios aguijoneando mi pecho como cuando le entregué el diario dos Navidades atrás.

Conocía a Val, de veras, la conocía tan bien que en ocasiones me asustaba, pero quería sorprenderla, quería que se sintiese única y especial, quería que recordase aquellos días como los mejores de nuestras vidas, y estaba dispuesto a llegar hasta el final para conseguirlo.

—Es una auténtica pasada.

Y supe que lo decía de veras porque Val no era de esas que hacían cumplidos para quedar bien con nadie. ¿Por qué? Ella no necesitaba nada de eso para brillar, lo conseguía por sí sola.

Encajamos el colchón en la parte trasera y le pusimos las sábanas.

Poco después le sonó el teléfono y supe que era su madre la que estaba al otro lado, porque esas respuestas tan escuetas y su rictus tan serio eran toda la señal que yo necesitaba para conocer al interlocutor. Y que su padre, aunque ella no lo supiese, aprobaba en silencio nuestra relación. Lo sabía, me lo había soltado antes de amenazarme de muerte si le hacía algo malo a su hija o le rompía el corazón.

No pensaba hacer nada de eso. Porque estaba enamorado de ella.

Lo estaba desde hacía tanto tiempo que, si me hubiesen preguntado, no habría tenido una respuesta que dar. No sé, ¿quince años? ¿Diez? ¿Doce? ¿Toda la vida?

Rafa también me escribió para preguntarme cómo nos iba. Val me había contado que se habían visto en alguna ocasión, en esas temporadas en las que ella volvía a casa, y yo no podía porque tenía que estudiar más, esforzarme más y trabajar más duro.

Intentaba que los celos no me corroyesen por dentro. No siempre lo conseguía porque era consciente de lo que mi amigo sentía por ella. Sin embargo, en ese instante estaba ahí, conmigo, me había elegido a mí, ¿no?

Qué jodido cabrón con suerte era.

Alguien ahí arriba tenía que tenerme un cariño de cojones.

—¿Y bien? ¿Vamos a comer algo? Me muero de hambre.

Yo estaba pensando justamente eso.

Guardé mis ganas de ella en los bolsillos y caminamos de la mano hasta un pequeño local al borde de la playa. Estaban haciendo pescado, olía desde lejos y la boca se me hizo agua.

Por ella, por ella se me hizo agua.

Caminamos descalzos por la arena que comenzaba a enfriarse porque el sol había empezado a ponerse y nos sentamos a devorar nuestra cena.

Cuando terminamos, dimos un paseo por la playa y, ya de camino a la furgoneta, decidí sacar el tema. No iba a dejarlo pasar más. Ya había esperado suficiente. Para no tener paciencia, mira que me había aguantado. Mi abuela se sentiría orgullosa si lo supiese.

«Claro que lo sabe, es tu abuela, es más madre que la tuya propia».

—Oye, princesa. —Abrí las puertas traseras del furgón y me lancé a la cama sin titubear.

—Vas a ensuciar de arena las sábanas.

—Qué fina es mi chica.

—No soy tu chica, somos amigos —sentenció.

Qué jodida cabezota que era. Y qué jodidamente enamorado estaba de ella.

Me incorporé, y ella me sonrió. Era tan consciente como yo de que no éramos amigos.

—Tal vez deberíamos...

—¿Has visto eso? ¡Es una estrella fugaz! —me interrumpió de nuevo.

—Pide un deseo —le propuse.

Cerró los ojos, y recordé aquella noche en la que sopló la vela de su cumpleaños. La noche en

la que me colé en su habitación con una sencilla magdalena. Se tornaba ya tan distante ese día, tan lejano y a la vez tan cercano...

Y recordé, por supuesto, lo que le dije.

Era consciente de que aquella noche había pedido un beso. Y yo le prometí que pronto lo cumpliría. Tardé mucho más de lo que esperaba en dárselo porque con Val las cosas no eran tan sencillas. Sin embargo, eso solo hizo que lo deseara más y que, cuando llegó el momento, me rompiera por dentro.

—¿Has pedido el tuyo? —me preguntó.

—Por supuesto —le mentí—. ¿Se ha cumplido alguna vez uno de tus deseos?

No se avergonzó como pensé que sucedería. Alzó el mentón y vi el reflejo de la determinación en ellos.

—Puede.

Yo sabía que sí.

—¿Quieres que te cuente cuál es el deseo que he pedido?

Negó con mucha celeridad.

—Entonces no se cumplirá.

Por supuesto que se cumplirá.

Decidí reformularlo.

—¿Qué somos, princesa? —Ella sabía a lo que me refería.

—Somos amigos. —Acepté su respuesta porque era la que esperaba. Me habría sorprendido que me hubiese proporcionado otra.

—¿Y los amigos hacen esto?

La sujeté por la cintura y la tumbé en el colchón. Dio un bote y se carcajeó.

Me tumbé sobre ella, y abrió las piernas para que encajásemos a la perfección. Siempre encajábamos a la perfección. No había duda de ello.

Acerqué mi boca a la suya y la besé con tanta ansia como encerraba bajo mi piel. Val me respondió con arrojo.

Enredó las piernas en mis caderas y entonces me di cuenta de que estaba perdido y de que, si seguíamos por ese camino, iba a olvidarme del discurso que llevaba preparado.

Me separé, apoyé el peso de mi cuerpo sobre mis brazos para no aplastarla y marqué distancia. A ella no le gustó, desde luego, a mí tampoco.

—Estoy harto —le confesé.

Su semblante se tornó serio de inmediato.

—¿De qué? —me preguntó.

Estaba nerviosa, había bajado el tono de voz y la notaba tensa.

—De que solo seamos amigos. No quiero eso, es decir, sí lo quiero, solo que... la amistad se queda demasiado corta para lo que somos. Quiero más. Somos más.

»Siempre te he esperado. Siempre has estado con chicos, unos y otros, y yo he aguardado todo este tiempo a que fueses mía. A que admitieses que lo eras. Que lo fuiste desde el principio. Porque estábamos destinados a ser.

El aturdimiento dio paso a una tímida sonrisa. Casi me explota el puto pecho. No podía haber sido más sincero de lo que lo había sido. Joder, ni de coña.

—¿Qué quieres? —tanteó.

—¿Qué quieres tú? —Le di la opción de elegir. Siempre lo haría. Esperé a que respondiese y, como no lo hizo, proseguí: Yo te quiero a ti —sentencié—. Cada día, a cada hora. Quiero que no nos separemos, que estemos juntos. Acostarme a tu lado y amanecer junto a ti. Cada puto día

de mi vida.

Eso pareció sorprenderla. Si ni siquiera era lo que había preparado. No, aquello era mejor porque me salió del alma. Y Val lo notó.

—¿Estás insinuando...?

—Quiero que nos casemos, princesa.

Me senté sobre las rodillas, y ella lo hizo también sobre las suyas.

—¿Estás loco?

Bueno, a ver, esa pregunta sobraba.

—Sí, por ti —declaré—. Desde siempre. Desde... —No pude acabar la frase porque se lanzó a mis brazos.

No esperaba esa reacción, joder, todo era mejor que en mi cabeza.

Porque no sabéis la cantidad de vueltas que le había dado aquel semestre. Puede que eso tuviese un poco de culpa en mis resultados académicos. No me importaba en absoluto.

Se separó de mí y me observó unos segundos. Se me hicieron eternos.

Pensé que me diría que no, como cada vez que intentaba ponerle nombre a lo que teníamos. Me sorprendió que asintiera.

—¿Así? ¿Sin más? ¿Sin protestar?

Se cruzó de brazos y deslicé mis ojos por su escote. Como la primera vez que me colé en el baño.

—Esta vez, sin protestar —respondió.

Me lancé sobre ella y entonces sí que di rienda suelta a mi lujuria.

Val, por fin, aceptaba que estábamos destinados a ser. Tal y como le había dicho, estábamos destinados a suceder.

CAPÍTULO 42

Valeria

En la actualidad, cuando tienes una conversación pendiente con tu padre y sabes..., sabes que lo pondrá todo patas arriba.

Acompaño a Rafa a su coche y nos despedimos por fuera. Me ha preguntado si me sucede algo, y yo le he dado respuestas esquivas. Ni siquiera yo misma me siento capaz de hablar de las dudas que me están asolando.

Entro en casa y subo las escaleras. Mi padre me espera sentado en la cama, con una magdalena en la mano.

—¿Y esto? ¿Has escondido el postre? —me pregunta cuando me escucha llegar—. Es de muy mala hija no compartir.

—¿Compartir el qué? —Cami entra en ese momento en la habitación y sus ojos danzan entre el pequeño pastel que mi padre sostiene entre sus dedos y yo.

Me temo que ella sí que sabe lo que significa.

—Adam se ha colado en tu habitación. —No es una pregunta, es una afirmación.

Me acerco hasta donde se encuentra mi padre, sujeto la magdalena, abro la ventana y la muerdo mientras observo a través de ese hueco. No hay rastro de Adam al otro lado, a un árbol de distancia o dos ventanas, sin embargo, eso no quiere decir que no esté ahí, que no me vea o que no me sienta.

Cierro la cortina y le ofrezco un trozo de dulce a mi hermana, que, tal y como hizo días atrás, está tumbada en la cama pasándose la mano por su prominente barriga.

Apenas le quedan semanas. Está redonda y es feliz. Puede que esté acojonada, yo también lo estaría si fuese al revés, por el contrario, la noto tranquila, bien, y eso me hace sentir en paz.

—Ese chico no va a dejar pasar la oportunidad de recuperarte, Val —mi padre suelta la frase, y soy incapaz de pensar en otra cosa.

No entiendo cómo no me he dado cuenta hasta ahora, cómo he podido hacer oídos sordos a las señales o mirar hacia otro lado cuando estaba claro que Adam siempre tuvo la intención de seguir aquí.

Y no me refiero a «aquí» como un adverbio, hablo de en mí.

No es por su frase del otro día, por fuera del bar, en ese pésimo intento de reunión que terminó con Bea tirándose a Tristán una vez más. A Laura siendo esquivia otra vez con un Román loco por ella o con Rafa y conmigo volviendo a casa para compartir un encuentro sexual que dejó mucho que desear.

«Es a otro chico al que quieres. Es otro chico del que estás enamorada».

—Oye, papá —me aventuro a sacar el tema—. ¿Por qué siempre...?

—¿Me vas a preguntar por qué siempre me ha caído mal tu prometido? ¿Es eso? —me

interrumpe sin dejarme finalizar mi propia frase.

—¿Tienes dudas, Val? ¿Es por lo de la media naranja? —indaga mi hermana.

—¿Media naranja? —Mi padre observa a sus dos retoños sin entender a qué se refiere Cami.

—El otro día le expliqué a Val que tú tenías razón —habla con mi padre—, porque siempre pensaste que Adam era su media naranja. —Y me señala a mí.

—Ahhh —murmura mi padre—. Por supuesto que lo pienso y, a día de hoy, estoy seguro de ello. No tengo pruebas, pero tampoco dudas —sentencia con una firmeza tal que se me eriza el vello de la nuca.

—¿Por qué? ¿Por qué lo piensas? —inquiero.

Mi padre da un par de golpes a ambos lados de la cama. Cami se arrastra hasta su izquierda y toma asiento, yo hago lo propio con el lado derecho. Todos clavamos la vista en la cortina que acabo de cerrar y que esconde la panorámica de la casa de enfrente.

—¿Acaso no es obvio? ¿Cómo es que no te has dado cuenta tú también?

—Puede ser que para Val lo más fácil sea no darse cuenta.

—¿Tú también, Cami? —pregunto echándome hacia adelante para mirarla a la cara. Me encuentro con su perfil—. No entiendo por qué pensáis que vivo en un mundo paralelo, esa es mamá.

—Vuestra madre solo quiere lo mejor para vosotras y, por desgracia, ella sufrió mucho cuando Adam se marchó. Estuviste meses mal, Val, parecías un alma en pena. Nos dábamos cuenta de que apenas hablabas, casi no salías y te encerrabas en tu habitación a escribir en ese diario. No nos culpes, no culpes a tu madre por desear que seas feliz con él.

—¿Y tú? ¿No quieres que sea feliz con él?

—No. Quiero que seas feliz, solo eso. Tu hermana ha encontrado a alguien que la complementa.

—Y que me soporta —apunta ella.

Sonrío porque es muy bonito que Cami hable de esa manera sobre sí misma. Porque asumir nuestros propios defectos es de valientes.

—Ella ha encontrado la felicidad y ha formado una familia. Menos mal que no con el otro hermano —razona mi padre.

—Bah... Tristán no estaba hecho para mí. Todo el mundo sabe que está loco por Bea.

Parece ser que todo el mundo lo sabe menos ellos. Al final voy a tener que tomar cartas en el asunto y encerrarlos, no sé, en el vestuario, como años atrás cuando los pillé enrollándose.

—El caso es que Camila encontró el amor y ha formado una familia, y tu madre y yo queremos eso para ti también. Queremos que lo hagas, solo que pensamos que la persona adecuada para ti no es la misma.

—¿Por qué? ¿Por qué lo has defendido siempre?

Mi padre chasquea la lengua como si esa pregunta tuviese una respuesta obvia.

—Porque con él brillabas. Brillabas como una estrella, Val. Con Rafa no. Rafa te quiere, no puedo negar que sea así, sin embargo, no es recíproco. No estás enamorada de él y nunca lo has estado. Te conformaste. Sin más.

—Y, además —interviene mi hermana—, Rafa también jugó un poco sucio, ¿no crees?

—En eso estoy de acuerdo —resuelve mi padre—. Se aprovechó de que estabas mal para hacerse un hueco en tu vida. Si ni siquiera era tu amigo. El que se colaba por las noches en tu habitación era otro.

—Así que es verdad... —Lo que me contó Adam de camino a la tienda de novias es cierto.

—¿Pensabas que no lo sabía? Esa era tu madre. —Se carcajea mi padre—. Yo siempre supe

que lo hacía y no me parecía mal. Jacobo, Marcela y yo siempre supimos que terminaríais juntos, solo que, bueno, a veces las cosas tardan un poco más en suceder.

—Adam siempre ha sido tu media naranja. Y que conste que me encantan las bodas y eso, pero, siendo sincera, Val —añade mi hermana—, me temo que sería un gran error casarte con él porque estás enamorada de otro.

Mi padre coloca su mano sobre mi muslo, y la observo unos instantes.

—Todos cometemos errores en esta vida, Valeria. Todos. Yo mismo los he cometido en cientos de ocasiones. Me he equivocado con tu madre, me he equivocado al elegir trabajo, he dicho cosas que están fuera de lugar y he rectificado tarde. He perdido amigos y he ganado a otros. Lo importante es que, además de saber darnos cuenta de cuándo hacemos las cosas mal y de enmendar esos errores, además de todo eso, también es importante saber perdonar a los demás y entender cómo nos sentiríamos nosotros si fuese al revés, si quisiésemos algo con toda nuestra alma y no nos escuchasen, no nos permitiesen dar esa explicación que tanto necesitamos y aprender a perdonar.

—No sé si puedo perdonarlo. Se fue, se supone que nos queríamos —rumio.

—No —me corta mi padre—, no se supone. Os queríais. Siempre os quisisteis y siempre lo has querido. Y lo sigues queriendo.

Trago con fuerza.

—¿Y el amor tiene que justificarlo todo? ¿Hay que perdonar por amor? ¿Hay que hacerlo sin más?

Mi padre exhala y fija la mirada en la cortina. Se toma unos segundos para sí, como si quisiese darme el mejor y más sabio consejo de su vida. Y lo hace, de veras que lo hace.

—Si es de verdad, si es ese amor que rompe, que arrasa, que te hace temblar, que te quita el sueño, que te hace levitar. Si es el amor correcto, se perdona. No por obligación, sino porque te nace hacerlo. Solo necesitas saber qué clase de amor es el que sientes por Adam.

—Si de verdad estuvieses enamorada de Rafa, no tendrías dudas —dictamina Cami dando el golpe de gracia.

Y eso que no saben la cantidad de tachones que esconde mi diario, porque sí, ya sabéis que sigo haciéndolo. Es imposible e inevitable.

—Tienes mucho en lo que pensar, ¿no crees? —pregunta mi padre dándole otra palmada a mi hermana en su muslo.

—Y yo, mucho que descansar porque cuando el bebé nazca no podré dormir y tal vez se bajen mis defensas.

Me incorporo para darle un abrazo a mi padre y otro a mi hermana. Cami me acaricia la mejilla con cariño, y yo le acaricio la barriga.

—Gracias.

—Nooo, gracias a ti. Dile a Adam que la magdalena estaba riquísima. —Sonríe mi hermana—. Y que, si sufro diabetes gestacional en estas últimas semanas de embarazo y me sale un niño con siete kilos de peso, lo mataré con mis propias manos, así tenga que lavarlas con amoníaco luego.

Me carcajeo porque es de lo que no hay.

Cuando cierran la puerta de la habitación, y me quedo sola de nuevo, abro la cortina y saco un cigarrillo de emergencia que escondo bajo la madera de la ventana. Echo el cuerpo hacia adelante y dejo que mis piernas cuelguen. Lo enciendo.

Me parece observar una sombra en la oscuridad de su habitación, sin embargo, no sé si es real o es producto de mi imaginación, que desea mostrarme lo que anhelo.

Tal vez... Tal vez mi padre tenga razón. Puede que sea real. No, no, puede que sea real no. Lo es.

En el fondo, todos sabemos que nunca me he entregado a Rafa por completo. No he podido ser suya, es imposible, cuando he sido de Adam desde el principio.

CAPÍTULO 43

Adam

En el pasado. Cuando te diste cuenta de que eso que había llegado era «el gran día».

— ¿M

i hermano nervioso? Quién te ha visto y quién te ve —apuntó Tristán.

Le había contado todo. Le hice partícipe de mis intenciones, de nuestros planes, porque necesitaba un testigo, y él... se lo contó a mi abuelo en un intento de venganza por el comentario que solté tiempo atrás sobre su profundo amor por Bea.

No os voy a engañar. Me sentía feliz de poder compartirlo con él también porque, mi abuelo, junto con mi abuela y mi padre, eran los pilares fundamentales de mi vida.

—Papá nos va a matar cuando se entere.

—No podemos hacerlo oficial. No aún. Tenemos que esperar, al menos, hasta que acabe la carrera y Val también.

Me dio un par de palmadas sobre el pecho y sabía el significado que ese gesto escondía. Me apoyaría pasase lo que pasase.

—Estás loco, estás completamente loco. Laura va a flipar mucho cuando se entere. Cuando sepa que por fin lo habéis hecho.

A Laura le había contado mis intenciones ese mismo verano. Le expliqué que pretendía pedirle matrimonio a Val en nuestra escapada romántica. No me creyó. Me dijo que si le estaba tomando el pelo y que era una broma de muy mal gusto.

Decidí no entrar en detalles, no convencerla de que, loco o no, lo iba a hacer, así que ese tema quedó ahí.

Valeria aceptó mi proposición ese mismo verano. Hicimos planes de futuro y, bueno..., también pensamos que lo mejor sería hacerlo y guardar silencio un tiempo. Hasta que acabásemos nuestros estudios y nadie nos tildase de locos.

Porque lo estábamos, solo que el uno por el otro.

Era así de sencillo.

—No me lo puedo creer. —Mi abuelo hizo su aparición estelar y me observó de arriba abajo —. No te había visto tan elegante en tu vida.

Suponía que eso era un cumplido.

—Eso es porque siempre va con esas camisetas de algodón y vaqueros rotos —adujo mi hermano.

—Soy un tío práctico.

No os penséis que me había vestido de gala. Un pantalón de vestir de color azul y una camisa de botones de otro tono. Ahh, y me había peinado para la ocasión. Todo eso era mucho teniendo

en cuenta lo dejado que era.

—Voy a terminar de arreglarme. A su lado, parezco un vagabundo.

Esta vez me gané una colleja por su parte y me reí porque me recordaba a mi abuela.

—¿De verdad no quieres que vaya con vosotros? —Leí en su mirada las ganas que tenía de estar presente en ese día.

—¿No vas a soltarme un discurso o a convencerme de que es una auténtica locura? ¿Que estoy como una jodida regadera?

Mi abuelo alzó los hombros y dio un paso al frente, acercándose todavía más a mí.

—El culpable de todo es el amor. Es el que nos vuelve majaras. Así que siempre puedes echarle la culpa a eso.

—Recuérdame que lo haga cuando en unos meses tenga que contárselo a la abuela y a papá.

—Y a tu madre.

La sola mención de ella me puso el vello de punta.

—No me apetece hablar de ella.

—¿Sabes? —Hizo caso omiso a mi respuesta. Mi abuelo era así, cuando tenía algo que contar, lo soltaba sin más y le daba igual lo que pensase el resto. Lo admiraba por ello—. Tu abuela y yo siempre tuvimos miedo a que te costase confiar en el amor. Mira a tu hermano, es justo eso lo que le sucede. Está loco por esa chica. —Ambos sabíamos que se refería a Bea—. Y es incapaz de dar un paso al frente y admitir sus sentimientos. En cambio, tú... —Alzó la vista, y me imaginé a mí así dentro de muchos años. Con el mismo tono de ojos que tenía él y que yo había heredado, por supuesto, con el pelo blanco y las arrugas bordeando sus ojos, arrugas que no eran solo producto del paso de los años, sino de las risas y carcajadas que mi abuelo acostumbraba a soltar—. Tú lo tuviste claro desde que la viste por primera vez. —Y así fue. Era cierto. Me limité a asentir.

»Es complicado ver cómo tus padres dejan de quererse poco a poco. Cómo hacen vidas separadas, cómo se desprecian en ocasiones y cómo se gritan cuando creen que nadie los escucha. —Y eso, justo eso, es lo que habíamos vivido en los últimos años, antes de mudarnos a casa de mis abuelos. Antes de que todo saltase por los aires.

»Tu padre intentó hacerlo lo mejor que pudo. Aguantó para que tuvieseis una familia.

Niego. Bajo la vista y sigo cabeceando.

—No era lo mejor para ninguno.

—Se equivocó. Todos cometemos errores, Adam. Solo hay que admitirlo y enmendarlo.

No sería yo el que le llevase la contraria.

—No lo culpo. No es eso.

—Lo sé, lo sé —se adelantó y no me dejó continuar—. Igual que tu padre y yo sabemos que, en cierta medida, eso os ha condicionado. Os ha vuelto más desconfiados, a tu hermano, sobre todo.

—Yo... —balbuceé—. Yo quiero creer que puedo hacerlo mejor.

—Y lo harás mejor. No me cabe la menor duda —sentenció.

Y lo creí. De veras que creí sus palabras porque, con Val, me había equivocado muchas veces, de verdad, desde el principio actué llevado por el impulso sin saber qué pretendía o si lo hacía bien. Solo me comportaba como un estúpido y luego me percataba de que la había cagado.

Funcionaba a base de ensayo y error.

De verdad, era un puto cabrón con suerte.

Me acompañó hasta la salida, y allí aguardamos a que llegase Tristán, que, ese día, había decidido arreglarse. O, bueno, lo había intentado. Él sería mi testigo. Se lo había pedido a él

porque teníamos un vínculo inquebrantable.

Lo quería, no solo como mi hermano, sino también como mi mejor amigo. No quería que nadie más estuviese presente ese día, sino él.

Porque fue él también el que estuvo presente cuando le preguntaba por qué mis padres tenían que separarse. Cuando todavía era pequeño para comprender ciertas cosas, y él, paciente, me las explicaba.

Nunca me mintió. Fue sincero y eso siempre se lo agradeceré.

Llegamos al juzgado tras un trayecto corto en coche.

—¿Estás nervioso? —indagué.

Tenía las manos hechas un manojo de dedos frente a mí y los retorció sin cesar. Empezaban a dolerme.

—¿De veras me preguntas eso? Estás mucho peor de lo que pensaba.

—Lo digo porque vas a ver a Bea —lo pinché.

Vi en su mirada que quería contarme algo, que estaba a punto de hacerlo. En última instancia, guardó silencio porque dos chicas preciosas se acercaron a nosotros.

No tuve ojos más que para ella. Tristán se burló de mí durante días porque era imposible apartar mi vista de Val.

Estaba perfecta. No era una novia al uso. Tenía un vestido sencillo de tirantes lleno de amapolas.

—¿Amapolas? —pregunté.

Sonrió.

—No hubo quien la hiciese cambiar de idea —apuntó Bea.

Eso sí que me hizo mirarla. Estaba radiante también solo que... no era Val. Mi Val. Mi princesa.

—Estás absolutamente preciosa. —Y no eran palabras vacías, cumplidos de esos que formulabas por quedar bien y que no pensabas o sentías en absoluto.

Val estaba arrebatadora hasta con un saco de patatas en la cabeza.

Y no era el amor el que me quitaba el sentido. Era ella.

Le tendí la mano, y ella la observó unos segundos. Supe que estaba recordando la primera vez que la ayudé a colarse en mi habitación, justo antes de irnos al polideportivo, ese día en el que, años atrás, nos dimos nuestro primer beso.

La sujetó como entonces, y mi corazón se saltó un latido.

Fui consciente.

Íbamos a hacerlo.

Me moría de ganas de hacerlo.

Tristán carraspeó, y fue Bea la que rompió el silencio.

—Tenemos hora dentro —apuntó.

—Tortolitos —remató mi hermano.

Entramos de la mano con Bea y Tristán flanqueando nuestros lados.

No recuerdo el discurso del juez. No recuerdo firmar en ese papel. No recuerdo cuánto duró la ceremonia o lo que sea que fue eso, solo recuerdo la sonrisa radiante que Val me regalaba. Recuerdo cada peca, sus labios moviéndose y mis manos y las suyas unidas.

Recuerdo nuestro primer beso como marido y mujer y recuerdo que me sentí..., me sentí suyo. Por fin lo era.

Nos besamos de nuevo en la puerta. La sujeté con fuerza por la cadera.

—¿Y ahora, princesa? ¿Qué tienes que decir ahora? ¿Qué somos?

—Somos dos estúpidos —finalizó.

Nada, no había forma de que admitiese que estábamos locos el uno por el otro. Sin embargo, ya sabíamos lo persistente que yo era. Y empezaba a darme cuenta de que también era muy, pero que muy paciente.

CAPÍTULO 44

Valeria

En la actualidad, cuando la realidad te golpea la cara y no sabes si poner la otra mejilla o enfrentarte a ella.

Querido diario:

He asumido que "estar hecha un lío" es mi segundo nombre. No, ya no es solo eso, es que he llegado a la conclusión —no sin antes rebelarme como yo solo sé— de que mi padre y mi hermana tienen razón.

No estoy enamorada de Rafa. Anda, mira, en este momento, haber escrito un "Adam" no hubiese estado nada mal, la verdad, ¿por qué no me falla el subconsciente ahora? Fácil, ¿no? Porque de Rafa no estoy enamorada, sin embargo, sí que estoy loca por Adam.

Lo he estado siempre, ¿verdad? Seguro que hasta tú eres consciente de ello. No solo Cami, mi padre, Tristán, Bea, Laura y Román. Hasta Luzmila, cuando fui a la tienda por última vez me preguntó por mi vecino, mi amigo, así fue como lo llamó, y la sonrisilla delató sus intenciones y lo que escondía su frase para nada inocente.

Escapé como pude. Y me he dado cuenta de que lo único que he hecho este tiempo ha sido eso... Huir. De él. De mis sentimientos. De lo que vivimos. Del fracaso de nuestro intento de matrimonio. De esos planes que hicimos y que nunca se cumplieron porque no tuvimos tiempo de hacerlo.

Sé que tenemos una conversación pendiente, que ese pequeño asuntillo que todavía nos une está en el aire y a ese se le suma uno más y es la futura boda. Una boda que, si hubiese hurgado un poco dentro de mí cuando debía hacerlo, me habría dado cuenta de que no quería celebrarla.

No la espero con ilusión como sí esperaba la que íbamos a celebrar Adam y yo. Fue una auténtica locura. Dos insensatos y estúpidos que decidieron que querían lanzarse al vacío porque estaban tan enamorados que pensaron

que el amor podría con todo.

No fue de esa forma.

Hice lo que pude y, durante mucho tiempo, me culpé de ese fracaso.

"Tal vez si hubiese admitido desde el principio que estaba enamorada de él".

"Tal vez si no hubiese puesto cientos de excusas a nuestra amistad".

"O quizá si hubiese sido más insistente sobre su paradero". Es probable que Tristán me lo hubiese contado, lo hubiese hecho, sin embargo, no lo presioné lo suficiente, no luché lo suficiente.

Y él tampoco.

Ahora las cosas han cambiado, lo hemos hecho todos, y se ha levantado un muro con forma de tres años frente a nosotros. ¿Hasta qué punto podemos resolver esas diferencias? ¿Hasta qué punto podemos volver a ser aquellos jóvenes que fuimos? Unos locos enamorados que pensaban que podían comerse el mundo y, al final, resultó que el mundo se los comió a ellos.

Querido diario. No creo que pueda existir un Adam y Val de nuevo, ahora bien, lo que sí sé es que tampoco puede existir un Rafa y Valeria. Porque falta lo más importante.

Laura y Bea ya me lo decían. Falta la base de una relación. No hay amor.

Y, sin eso, no hay punto de partida.

Volveré a ti cuando ponga todo en su lugar.

No me eches mucho de menos.

Chauuu.

CAPÍTULO 45

Valeria

En la actualidad, cuando tienes una conversación pendiente. Mentira, cuando tienes muchas conversaciones pendientes, y no sabes por dónde empezar.

— H

ermanos, nos hemos reunido aquí...

Laura y yo intercambiamos un par de miradas tras el comentario —de lo más oportuno teniendo en cuenta las circunstancias— que hace Bea.

Es el mismo del otro día, sí, justo ese en el que le pedí que no me tocara los huevos. Mi reacción hoy es muy distinta porque considero que ya va siendo hora de coger el toro por los cuernos y afrontar la situación.

Porque yo no huyo. ¿La esquivo? Vale. ¿La rodeo? Pues sí. ¿La sorteo? No te diré que no, sin embargo, no es el momento de seguir actuando de la forma en la que lo he hecho hasta el momento porque eso solo me ha llevado al punto en el que me encuentro. Y no, no es hecha un lío, es llena de mierda hasta los ojos.

—Voy a cancelar la boda. —Directa y concisa. Esa es la mejor forma de enfrentarse a la situación—. No estoy enamorada de Rafa —apunto, por si, no sé, tal vez no se hayan dado cuenta.

Que sabemos que lo han hecho por sus incansables charlas, esas en las que les he dado largas o he evitado hablar sobre ese asunto de nada.

¿Percibís la ironía en mis palabras? Pues ea.

Laura y Bea se echan hacia atrás en sus respectivos respaldos y se cruzan de brazos.

—¿Le arreas tú o lo hago yo? —pregunta—. ¿Ves esto? —Y nos muestra su mano—. Me pica, pide carne, carne sobre la que descargar mi ira.

Laura me dedica una sonrisa compasiva, lo que me faltaba ya.

—Lo que la bruta de nuestra amiga quiere decir es que no entiendo cómo has tardado tanto en tomar esta decisión.

Bea chasquea la lengua, se acerca y me mira fijamente.

—Nunca has estado enamorada de Rafa. —Asiento—. Y nada tiene que ver con los tachones que esconde tu diario, es que ese chico... no es para ti. No te hace feliz. Y yo me equivoqué, ¿vale? Fui una amiga de mierda.

¿Qué? Como otras tantas veces, o sea, ¿qué?

—¿Qué?

Laura se acerca también y enredamos nuestras manos.

No voy a llorar. Estoy sensible. No quiero llorar. No pienso hacerlo. Ni de coña lo haré.

—Cuando Adam y tú decidisteis que... —Deja la frase en el aire porque no sabe hasta qué punto Laura es consciente del lazo que nos une.

—Adam y yo nos casamos, Laura. Nos casamos hace tres años, justo antes de que se fuese.

La cara de Laura es un poema.

—Vale. No. Es decir... ¡Joder! No me lo puedo creer. ¡Adam me lo contó! Me lo contó aquel verano, me explicó que iba a pedírtelo y pensé que se estaba quedando conmigo. Y luego... Hace semanas, cuando regresó, yo, es decir, él y yo... ¡Ay, Dios! ¿Os casasteis en serio?

Asiento confirmando sus palabras, y Bea también cabecea, por si no ha quedado lo suficientemente claro.

—Perdona que no te hayamos contado nada —se disculpa Bea.

—No... Es que... Me he quedado sin palabras —añade.

—Le hice llegar a través de Tristán los papeles del divorcio. Me voy a casar... —Hago una pausa para rectificar—. Me iba a casar con Rafa y necesitaba tener ese tema cerrado. No pensé que fuese a regresar. No sé, esperaba que los firmase, me los hiciese llegar y ya está. Era todo muy sencillo.

—Con Adam nunca ha sido todo sencillo, Val —apunta Laura—. Lo conozco desde que era un renacuajo. Cuando todavía no vivía aquí y solo pasaba los veranos con sus abuelos, y nunca jamás fue un chico del montón. Tampoco lo es Tristán —manifiesta, en esta ocasión, mirando a Bea de soslayo—. Y te quiere. Yo sé que te quiere —sentencia.

—No sé si yo estoy preparada para nada de esto.

—Nunca has dejado de estar enamorada de él. —Es Bea, mi mejor amiga, mi confidente, la persona que más leal me ha sido, la que me ha acompañado en las buenas, en las malas y en las peores, la que suelta esa frase.

Soy incapaz de negar que sea de esa forma. Porque no puedo huir de mis sentimientos.

—Sí. Nunca he dejado de quererlo. Lo he intentado, joder, lo he intentado con todas mis fuerzas, pero he sido incapaz.

—Hay amores que son para siempre. Hay personas que están destinadas a encontrarse entre todas y existir. No sé si creo en el destino, en ese hilo rojo del que se habla, no obstante, sí que creo en las conexiones, en que puede haber dos personas que se complementan si se encuentran, y estoy convencida de que dos de esas personas sois vosotros.

Ladeo la cabeza y le dedico una sonrisa radiante a Laura.

—Nunca te había visto hablar del amor de esa forma, ¿es posible que tenga algo que ver Román?

—Mi hermano está ridículamente insoportable estos días. Y —matiza Bea— ya de por sí suele serlo. Ser insoportable es su estado habitual.

—Puede que sí o puede que no. Os lo contaré todo después, primero quiero saber qué piensas hacer.

Suspiro.

—Voy a hablar con Rafa. Se merece sinceridad por mi parte. Tengo que ser honesta y explicarle que no quiero casarme con él.

—¿Y después? —pregunta Bea.

—Después hablaré con Adam.

—Siempre y cuando, tu madre no te mate. Porque esa mujer adora a Rafa por encima de todas las cosas.

Ya, ese es otro tema al que tendré que enfrentarme, sí, ya lo había pensado. Al menos no tendré que contarle que Adam me ha elegido un vestido de novia. Mirad, no hay mal que por

bien no venga. Por cierto, vendo ese vestido, ¿lo queréis?

—Lo entenderá —me defiende Bea—. Tu madre no es tonta, otra cosa es que, como todos en algún momento, se lo haga. Porque yo misma pensé que Rafa era lo que necesitabas y... Lo siento mucho, Val. De veras. —Me temo que es por esto por lo que hace nada me pedía disculpas Bea antes—. Cuando Adam se fue estabas tan mal que la aparición de Rafa en tu vida me dio motivos para pensar que todo volvería a ser como era. Que serías feliz, que sonreirías más, que querrías planear un futuro, y no me di cuenta de que era solo un parche temporal.

Una tirita. ¿Lo recordáis? Esa tirita que pensé que curaría una herida que se abriría una y otra vez y que tenía nombre propio.

—No tienes que disculparte, Bea, al contrario. Has estado a mi lado, a pesar de todo. Con mis miedos, con mis lágrimas, con mis dudas, mis errores, mis caídas...

—Y siempre lo estaré.

—No hay nada que me guste más que eso, poder compartirlo con vosotras dos.

Enredamos nuestros dedos y nos miramos las manos como si fuese un milagro habernos encontrado y es que hay amistades que son así.

Dice Laura que cree en las conexiones, se refiere al amor, por supuesto. Y yo creo que debemos ir un paso más allá, porque hay amistades que llegan para complementarte, para aportarte eso que a ti misma te falta o, sencillamente, para darte un empujón cuando lo necesitas, un abrazo cuando te sientes solo o un golpe de realidad cuando tus ojos están cerrados y no te permiten ver lo evidente.

Al final, los amigos son la familia que se elige.

—¿Y bien? —se adelanta Bea.

Observamos suspicaces a Laura, que baja la mirada. Por un momento pienso en la cantidad de cosas que pudieron salir mal. En que Román no le confesase sus sentimientos, en que Laura se cerrase en banda, en que ella marcase los mismos límites que Bea, en que no se diesen la oportunidad que ambos se merecen, o ¡yo qué sé! En que se hayan comportado como unos cabezotas redomados y prefieran seguir jugando al gato y al ratón en vez de darle la oportunidad a ese destino en el que Laura no cree.

—Román y yo estamos juntos.

Exhalo. Joder, menos mal.

Podría hacer uno de esos comentarios sarcásticos que rompen el momento y, de paso, recordarle que hasta hace nada me decía que no confiaba en los tíos, pero... dejaré que disfrute de su reciente noviazgo y se lo echaré en cara cuando me increpe por algo, lo que sea, porque, conociendo a Laura, lo hará.

—¡No me lo puedo creer! —exclama Bea. Casi grita. Yo también lo haría si no tuviese la lagrimilla en el ojo. Es que estas chicas no me lo están poniendo nada fácil—. ¿Era cuestión de encerrarlos en un puto baño? Porque no me jodas, que será por baños y por oportunidades de hacerlo.

—Que conste que no le he perdonado a Adam lo que hizo.

—Mentirosa —la acuso entre risillas.

Ella me sigue y se carcajea también.

—Vale —claudica—, sí que lo he perdonado, solo que prefiero que él piense que no. Me ha llamado, y no le he contestado a las llamadas.

—Qué pérfida eres y cómo me gusta cuando te pones de malota —aplaude Bea. Otra que no puede esconder la felicidad que siente por Laura y su hermano.

—¿Habéis pensado que vais a ser cuñadas? —pregunto al llegar a esa conclusión.

—Y vosotras dos... ¿Qué se supone que sois si cada una sale con un hermano?

—Eh, eh, eh —me adelanto—. Eso no va a pasar.

—¿Por qué? —insiste Laura.

—Porque Bea es una cabezota y porque yo... Bueno, ¿es necesario que os recuerde en qué situación me encuentro yo?

—¡Oye! —Bea intenta propinarme una patada por debajo de la mesa, por suerte para mí, le arrea a la pata de la silla—. Yo no soy una cabezota. —Laura y yo la observamos atónitas. ¿De veras ha sido capaz de soltarlo sin ponerse colorada siquiera? Carraspeo y me cruzo de brazos. Laura hace justo lo mismo, y Bea nos observa sin inmutarse.

»Vale —¡Por fin!—. He tomado una decisión.

Hostia. ¡Hostia puta! Hostia.

Aguardamos unos segundos a ver si se aventura a soltarla sin necesidad de preguntar. Nada, que a esta chica le gusta mucho mantener el suspense. Tanto que lo ha mantenido durante años.

—¿Y bien? —me adelanto cuando ya no puedo más.

—Voy a hablar con Tristán. Le contaré que estoy pillada por él, que esas normas que marqué hace tiempo se han quedado obsoletas y que necesito más. Que no me voy a conformar con lo que tenemos cuando podemos tenerlo todo.

Toma que toma. Qué orgullosa estoy de mi chica. Está madurando y todo. Esto mejor no se lo contéis. Porque Bea vale por dos y me puede linchar por dos. O patear por dos.

Laura aplaude y vitorea.

—Esto se merece un brindis.

—Nosotras no brindamos —aclarar Bea—. Nosotras intercambiamos bocatas como pago a nuestros favores —recuerda.

—Me vale —murmura Laura, que vuelve a dar un par de palmadas.

—Me sumo —añado yo.

Y, mientras llegan los bocatas, reímos mucho. No hay nada que cure el alma como una reunión de chicas y muchas carcajadas.

Mejor reír ahora, porque, con la que se me viene encima, a saber si mañana lloraré.

CAPÍTULO 46

Adam

Hace tres años, cuando llegó el principio del fin.

Todavía no podía creerme que Val y yo nos hubiésemos casado.

Todo había sido de lo más extraño porque no era una boda al uso. No habíamos tenido un banquete, un viaje de novios, ni siquiera una noche de bodas como nos merecíamos. Y, a pesar de todo eso, fue tan perfecto que, si volviese para atrás, si hubiese podido repetir el momento, no habría cambiado nada.

Absolutamente nada.

Me había colado en su habitación esa noche y... la invité a portarnos mal. Nada nuevo, ¿no?

—No puedes gritar —susurré en su oído—. Val, no lo hagas. Quiero que te corras y que todos tus gemidos mueran en mis labios.

Esa fue la promesa que le acababa de hacer. Una de tantas. No había nada que me gustase más en el mundo que tener a Val encima. O, bueno, encima, debajo, de lado, en mi boca, ocupando cualquier superficie o de rodillas. Ya me entendéis. Todo me valía siempre y cuando fuese con ella.

—Joder, Adam, joder.

Eso es justo lo que estaba haciéndole. De forma literal, sí.

—Eso es, princesa, eso es.

Val se corrió entre mis brazos. Me bebí sus jadeos, y ella luego hizo lo propio con los míos cuando me vacié dentro de ella.

No teníamos un hogar, no teníamos un espacio, sin embargo, no era un lugar lo que necesitábamos porque nosotros éramos nuestro propio refugio.

Y no necesitábamos más que tenernos el uno al otro.

—Vuelvo enseguida —comentó.

Me vestí y me tumbé en la cama de Val como había hecho otras tantas veces. Cuando pasó un tiempo prudencial, alcé el colchón y saqué a mi amigo, el diario. Era su confidente y mi cómplice de travesuras.

Me temía que Val había asumido hacía tiempo que ese diario en el que escribía una sarta de mentiras que nadie se creía solo servía para calzar un mueble que cojease.

A pesar de ello, abrí su última entrada y me prometí a mí mismo que esa vez sería la última que lo leería.

No supe hasta tiempo después cuán cierta fue esa promesa que me hice a mí mismo.

Estoy enamorada de Adam. Puede que no haya querido ponerle nombre, que haya evitado utilizar toda esa clase de etiquetas que las personas se

empeñan en ponerle a las relaciones. Sin embargo, la nuestra no puede catalogarse como nada porque no existe palabra alguna que defina lo que tenemos. O yo no quiero que exista, porque cualquier cosa que tenga que ver con Adam se queda corta.

Sí, ya ves, no sé durante cuánto tiempo he aguantado el tipo, insistiendo en lo mal que me caía, lo mucho que se pavoneaba o las ganas que tenía de ahogarlo con mis propias manos y ahora, ahora tengo que rectificar (sin que él lo sepa, por supuesto. Adam, como leas esto, te mataré con mis propias manos y te reviviré solo para matarte de nuevo) y afirmar que no solo me gusta o que, como te dije hace un tiempo, empezaba a enamorarme de él. No solo somos amigos, no solo me parece un estúpido, sino que es..., es estúpidamente encantador y estúpidamente mío.

¡Ya está! No volveré hasta que se me pase la vergüenza de esta conversación, querido diario.

Un poco tuya, un mucho suya, Val.

Chauuuu.

—¿Te ha gustado?

Alcé la vista y me encontré con Val apoyada en la pared, con el peso de su cuerpo sobre ella y los brazos cruzados.

No estaba tan enfadada como la primera vez que leí su diario y me pilló. Pero, claro, que no lo estuviese no quería decir que se sintiese genial con mi maldad.

—Mucho. —Se lo tendí y no lo cogió, tal y como pensé que sucedería—. Así que... soy estúpidamente encantador.

No quería presionarla con el tema porque su discurso me había encantado. No había nada que definiese lo que teníamos y era por eso por lo que era mejor no ponerle nombre. Aunque yo me muriese de ganas de hacerlo.

Joder, decidme que no era perfecta. Negad lo evidente. Y si no os lo parece... Pues ¿qué más da?, si me lo tiene que parecer a mí, ¿no?

Val puso los ojos en blanco, y me enamoré mucho más de ella en ese momento.

¿Uno se puede enamorar, volver a enamorar y así en bucle? Es para un amigo...

El caso es que, si me preguntáis a mí, puedo afirmar que sí, que se puede.

—Y estúpidamente insoportable.

Me lo tenía merecido. No iba a objetar nada al respecto.

—Y estúpidamente tuyo —recalqué—. Y no lo digo yo... —Señalé el diario, y ella me lo quitó de las manos—. Vamos —le pedí.

Parecía no entender nada, y esa era justo la reacción que esperaba despertar en ella. Desconcierto. Me encantaba cuando la sorprendía y cuando no era capaz de averiguar mi siguiente paso.

—¿A dónde? —La observé de arriba abajo.

—A portarnos mal —sentencié.

Nos habíamos vuelto unos hachas del escapismo. Nos colábamos de casa en casa sin miedo alguno, buscándonos y encontrándonos.

Todo era mejor cuando eso sucedía. Cuando nos encontrábamos.

Esa noche no saltamos a la ventana de casa, sino que bajamos a la calle y, de la mano, nos dirigimos al encuentro de Tristán.

Había hablado con él y le había pedido un pequeño favor. No estaba del todo seguro de que a Val le gustase mi idea, sin embargo, había algo que me decía que le encantaría.

Supongo que era por una mezcla de conocerla y por la seguridad en mí mismo, ¿no?

—¿Qué hacemos aquí? —me preguntó justo cuando nos plantamos frente al estudio de tatuajes.

Empecé a ponerme nervioso porque..., porque Val era impredecible, eso ya lo sabíamos, ¿no? Y había mil y una cosas que podían salir mal, y todas ellas rondaban por mi cabeza, susurrando, intentando tirar abajo mi sorpresa.

Y, luego, había otras tantas que me empujaban a continuar adelante.

Al fin y al cabo, ya me había pasado, no era una novedad. Con Val me había equivocado y, al final, todo parecía haber salido bien.

Puede que fuese un golpe de suerte o solo que ella era mi destino. Sin más.

—Es una sorpresa.

—Temo tus sorpresas.

—¿Las temes igual que a mí o más? —Le regalé una sonrisa que prometía muchas travesuras, y ella me miró de tal forma que daba la sensación de que no parecía inquietarse con ninguna de ellas.

Y eso me gustó.

No, no me gustó.

Me fascinó.

Ese era mi estado habitual cuando de Val se trataba.

Tiré de su mano porque estaba a punto de sacarla de allí y, no sé, montárnoslo en la vía pública. Cometeríamos un delito y me daba bastante igual que fuese de esa forma.

Toqué en la puerta, y mi hermano abrió con rapidez. Lo agradecí porque empezaba a ponerme duro de nuevo.

Me dio un abrazo fugaz y a Val, uno más largo.

—Buenas noches, cuñadita.

—Odio que me llames así —se defendió.

—Es lo que eres. No miento.

—Los hermanos de Haro parecéis tener cierta fijación por los apelativos ridículos —nos recriminó.

Se ganó una carcajada por parte de mi hermano y otra por la mía.

—Somos encantadores.

Val y yo cruzamos una mirada que lo dijo todo sin palabras. Nos carcajamos, y mi hermano nos observaba sin saber bien qué sucedía.

—¿Estáis listos?

—Depende. ¿Listos para qué?

—¿No le has contado nada? —Tristán parecía perplejo.

—No iba a estropear la sorpresa. —Fue mi respuesta.

—No me gustan las sorpresas. —Sabía que mentía.

Tiré de nuevo de su mano. No hizo falta que le explicase nada porque, cuando vio el dibujo

que Tristán tenía preparado sobre la mesa para nosotros, Val lo entendió todo.

—Es... Es... —No tenía palabras. A mí me dejaba sin ellas—. Es preciosa.

Sí que lo era, sí.

Se dedicó a tocar con sumo cuidado los pétalos de una amapola. Una que era única, como ella, como nuestra relación. Cuando se giró, me regaló una sonrisa que solo reafirmó lo que yo ya sabía.

Me pasaría toda mi vida intentando hacerla feliz. Intentando que sonriese cada día como lo hacía ese.

Y que lo hiciese solo para mí.

—¿Por qué? —me preguntó.

Negué y me acerqué a ella. Agradecí a Tristán que nos permitiese un poco de intimidad. Recorté la distancia que nos separaba y la besé con ternura.

—No somos una pareja al uso, nunca lo hemos sido y tengo asumido desde hace tiempo que no lo seremos jamás. Nos casamos y, bueno... —Me avergoncé, lo admito—. No tenemos un anillo tal y como se espera de una pareja normal. Se me ocurrió que podemos tener algo único, excepcional, como lo nuestro.

Me sonrojé por lo que le estaba explicando. Si Val se dio cuenta, no comentó nada.

—¿Vamos a tatuarnos juntos?

—Si tú quieres, sí —respondí.

Se separó y percibí la distancia al instante.

Se acercó a mi hermano y alzó su camiseta. Le mostró un costado.

—Lo quiero aquí —respondió decidida.

En ese momento, creo que me habría puesto de rodillas ante ella si hubiese podido.

Mi hermano asintió, le explicó cómo tenía que colocarse, y le di la mano mientras ella se tumbaba.

No se quejó, no protestó, solo sonreía como si de verdad le hiciese ilusión.

Cuando fue mi turno, supe que lo haría en el costado contrario. Justo en el mismo lugar en el que ella se lo había hecho y que siempre que nos tumbásemos en la cama, nuestros tatuajes estarían juntos. Y, cuando no estuviésemos al lado uno del otro, nos unirían.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos con Tristán, solo sé que horas después, cuando la noche ya había caído del todo, nos dirigimos al polideportivo de la mano.

Tomamos asiento lo más cerca de la cancha posible. Donde muchas otras veces lo habíamos hecho, alguna vez la había amenazado con grabar nuestros nombres en esos sitios para dejar constancia de quiénes eran los dueños del espacio.

—Estás loco, Adam. Muy muy loco.

Val se tocó el costado. Yo también lo hice.

—Siempre lo he estado. Por ti —sentencié.

Nos besamos, como si fuese la primera vez. Quizá como si fuese la última.

Mi teléfono comenzó a sonar y rompió el momento que compartíamos. Era mi abuela la que llamaba. Sonreí cuando vi su nombre en la pantalla.

Justo en ese instante, escuché pasos en lo alto y mi nombre se coló en el aire.

—¡Adam!

Hubo algo, no me preguntéis el qué, que me hizo estremecer.

Algo no iba bien. Lo percibía, lo sentía.

Cuando descolgué, cuando alcé la vista y clavé mis ojos en los de mi hermano, que ya había llegado a mi altura, lo supe.

Iba a incumplir una promesa. Iba a hacerlo, a pesar de que algo por dentro me desgarraba. No podría hacer feliz a Val. No podría hacerla sonreír. No podría hacerlo porque... ¿Qué entregas cuando no te queda nada?

CAPÍTULO 47

Valeria

En la actualidad, cuando afrontas una de las conversaciones más difíciles de tu vida y sobria. Ahí es nada.

Le he enviado un mensaje a Rafa en el que no le daba muchos detalles sobre lo que sucede. Todavía, por fuera de su casa, no tengo nada claro cómo afrontaré esta conversación.

Si debo pedirle disculpas, si debo ir directa al grano, si debo permitir que me bese cuando nos veamos, tal y como hace siempre, o si tengo que proponerle que seamos solo amigos.

No se me dan bien estas cosas. Con Adam fue sencillo porque se marchó y no hubo despedida alguna ni esas frases que crees que harán sentir mejor a la otra persona y, aunque le he reprochado eso durante tres años, el no haberme dejado siquiera una nota, entiendo que hay cosas que es mejor no explicar porque cualquier palabra que pronuncies supondrá una excusa de mierda para el otro o caerá en saco roto.

Así que por fuera de la puerta de su casa me encuentro esperando a que llegue del trabajo. Y, no sé, enfrentarme al destino.

Saco un cigarrillo y lo enciendo. Cierro los ojos y recuerdo la promesa que hice de que dejaría de fumar tras la boda. Me río, porque es obvio que no habrá boda y que esa fecha como plazo ya no sirve de nada.

Lo dejaré porque me da la real gana dejarlo, ¿no?

Alzo la vista y lanzo la colilla bien lejos cuando escucho unos pasos acercándose. Avanzo hacia adelante y no es Rafa al que encuentro frente a mí. Es Adam.

«Mierda».

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin entender nada—. ¿Cómo sabías que...? —Han sido ellas—. ¿Bea o Laura?

Me sonrío de soslayo.

—¿Por qué tiene que ser alguna de ellas? ¿Por qué no puedo ser lo suficientemente inteligente como para saber dónde encontrarte?

—Ni de coña —zanjo—. No eres tan listo como para eso. —Sí que es listo, solo que me gusta fastidiar—. Han sido las cotillas de mis amigas.

—Y de las mías —sentencia con presunción.

Sigue siendo tan arrogante y tan jodidamente impertinente que siento el impulso de lanzarme sobre él y patearlo. A base de bien.

¿Por qué, señor? ¿Por qué tenía que enamorarme del chico más pagado de sí que existe?

—Bueno, ¿qué quieres?

Adam da un paso hacia mí, la seguridad rebosa por cada poro de su piel mientras que la mía, la confianza en mí misma, disminuye por momentos a la vez que aumentan las ganas de

lanzarme a sus brazos y besarlo como tengo ganas de hacerlo desde que volvió.

Qué mierda todo, ¿no? Él se larga tres años sin explicarme nada y, con algo tan sencillo como su regreso y dos frases, vuelve a tenerme donde quiere.

Vale, tal vez no sean dos, sean unas pocas más, sin embargo, lo ha conseguido. Ha tambaleado mi mundo de nuevo sin siquiera sudar mientras lo hacía.

A mi cabeza llegan las palabras que formuló por fuera del bar, esa noche en la que lo encontré en esa acera sentado, con el rictus más serio que le había visto jamás. «Vamos a acabar juntos». Esa fue su frase, y yo..., yo le creí. Quiero creerle. No sé si puedo hacerlo.

—No lo quieres —afirma con rotundidad. Da un paso más hacia mí, está tan cerca que empiezo a temblar.

«No, por favor, querido autocontrol, no me falles ahora. No lo hagas, por lo que más quieras, ten piedad de una pobre humana como yo».

Si me conceden un superpoder, si en este instante puedo tener alguno, ya no quiero la invisibilidad, tampoco modificar cuerpos a mi antojo, nada de eso, quiero aparentar que todo me importa un cojón de pato, aunque sea pura fachada.

—¿Cómo dices? —Lo he escuchado bien, solo intento ganar algo de tiempo.

Da otro paso más y extendiendo las manos para que no siga avanzando. Para que haya un mínimo de distancia, una que me permita pensar con claridad.

—No quieres a Rafa, Val, ¿y sabes por qué?

Trago el nudo que se forma en mi garganta.

—Apuesto a que me lo vas a explicar tú.

Me cruzo de brazos y me apoyo en la pared. Adam pasa la mano por su pelo y agradezco que mantenga la distancia.

—Porque me quieres a mí. Sigues enamorada de mí.

Pero ¿qué coño?

—¿Te estás escuchando, Adam? ¿Estás escuchando lo que estás diciendo?

—Por supuesto que me escucho. Y lo diría mil veces porque estoy convencido de ello, estoy seguro de que es exactamente así.

Pierdo la poca paciencia que tengo. Sí, vale, joder, estoy enamorada de él y tiene razón, no obstante..., ¿cómo pretendes que actúe? ¿Que caiga a sus pies sin más? ¿Que ceda? ¿Que confíe en él después de todo?

Exhalo todo el aire intentando que las palabras tomen forma en mi cabeza antes de disponerme a lanzar dardos envenenados sin ton ni son.

—Te fuiste. Te largaste. Te marchaste rompiendo todas y cada una de las promesas que nos hicimos, los planes. Todo ese futuro con el que habíamos soñado. Fuiste tú el encargado de romperlo todo.

Ese golpe parece haberle impactado de lleno. Lo he hecho aposta, porque puede que siga enamorada, sin embargo, también estoy dolida y mucho.

Y esta conversación no tenía que haberse dado de esta forma ni en este lugar. Tendríamos que haber aprendido a comportarnos como personas civilizadas que quedan para cerrar asuntos, solo que, ¿cuándo hemos sido Adam y yo normales? Dos personas normales no tienen una relación como esta. Llena de altibajos. Nuestra relación fue una puta montaña rusa desde el principio y en aquel momento quizá fuese divertida, en cambio, yo ya no soy la Valeria de tiempo atrás. He aprendido de las heridas, he crecido y he tenido tres años hasta ser la que soy.

«Y para comprometerme con un chico al que no amo».

Vale, para eso también.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me he arrepentido de esto durante tres años?

Me acerco y comienzo a propinarle empujones, porque la rabia y la ira me consumen por dentro y no tengo otra forma de comportarme. Siempre he sido explosiva en cuanto a Adam se refiere.

—Me dejaste sin una explicación. —Empujón—. Te marchaste tras esa noche en la que nos tatuamos juntos, después de que te casaras conmigo. —Empujón—. No supe nada de ti durante tres años. —Empujón—. Ni una carta ni una llamada ni un mensaje. —Empujón—. ¿Y ahora pretendes regresar y que todo sea como fue? —Un último empujón, y Adam choca contra su coche.

«Vamos a acabar juntos».

«No, no vamos a acabar juntos porque no todo vale en esta vida».

—He vuelto, princesa, y he vuelto por ti.

La rabia da paso a un estremecimiento. ¿Cuántas veces quise eso? ¿Cuántas veces quise que volviese a mí, que me mirase a los ojos, que se colase en mi habitación y se tumbase en mi cama? Celebrar mi graduación con él. Ir a la boda de mi hermana juntos o contarles a todos que yo era suya por decisión propia y que solo lo habíamos hecho oficial.

Colocarle a lo nuestro todas las putas etiquetas que nos merecíamos.

—No, Adam. Has vuelto, pero lo has hecho tarde.

—Escucha, Val...

—Tú te fuiste, ¡te fuiste! No puedes pedirme que no me case con él cuando tu abandono me empujó hacia sus brazos.

—¿Qué quieres decir?

Sé que lo estoy rompiendo por dentro, sin embargo, aunque debería sentirme bien por hacerle daño, un daño que él me hizo a mí con su partida, no siento nada de eso, siento dolor, pero uno muy diferente al que esperaba. Uno que rompe, desgarrar y aniquila todo a su paso, y solo quiero acercarme y abrazarlo. Y explicarle que saldrá bien, que todo saldrá bien, que esta vez sí que lo hará y que no quiero que me olvide porque es imposible que ninguno de los dos olvide al otro con esto que sentimos.

«Recuerda lo que dijiste, no solo es culpa de él, no hagas eso, no te comportes de esa forma».

Y, a pesar de todas las alarmas que resuenan en mi cabeza, de todas las advertencias y de los carteles rojos con letras enormes, lo hago. Me dejo llevar por la rabia.

—Rafa estuvo conmigo, estuvo a mi lado, me apoyó en cada paso, me reconfortó cuando lo necesité, me tendió su mano cuando no me sostenía, me abrazó cuando necesité abrigo. ¿Y dónde estabas tú? Tú, que se supone que me querías tanto, ¿dónde estabas? Estoy con Rafa porque tú me dejaste. Si hay un culpable de que lo nuestro no funcionase, no he sido yo, Adam. —Niego con la cabeza con efusividad. No quiero llorar, no puedo llorar, no debo hacerlo—. Si hay un culpable —repito—, eres tú y nadie más que tú.

«No, no es solo culpa de él».

Conectamos nuestras miradas y veo en sus ojos el dolor, la decepción y la aflicción. Danzan y bucean, y me arrepiento de inmediato.

Le tiendo la mano, decidida a explicarle que todo eso que he pronunciado es cierto. Lo es, y también resuelta a contarle que todos tenemos derecho a rompernos, a caernos y a levantarnos, a equivocarnos. Y que es humano cometer errores, tal y como me dijo mi padre. El problema no es equivocarse, es saber afrontarlo y solucionarlo. Y podemos hacerlo siempre y cuando queramos hacerlo.

Y, cuando espero a que todas esas palabras salgan de mi boca, me doy cuenta de que ya él no

está. Se ha marchado.

Esta vez no es Adam el que encuentro a pocos pasos de mí, vuelve a ser Rafa. Me regala una de sus sonrisas, y yo..., yo solo sé que voy a romperle el corazón a alguien que no se lo merece.

Parece que Adam y yo no somos tan distintos, ¿no?

Rompemos todo lo que tocamos.

CAPÍTULO 48

Adam

En la actualidad, cuando sabes que te mereces esas palabras y más, solo que... Joder, ¡cómo duele!, ¿no?

— E

staba convencido de que me perdonaría, de que se enfadaría, por supuesto, ¿cómo no iba a hacerlo? ¡Es Valeria! Es como pedir al sol que no salga cada día —apunto. Mi abuela da vueltas en su mano a la pequeña taza de porcelana, y mi hermano está bebiendo algo y no precisamente té—. Pensé que podría recuperarla. Estaba convencido de ello.

Me lo merezco, ¿vale? He pecado de poco humilde, lo he hecho, he tenido una confianza en mí mismo de la hostia y no he barajado ninguna otra opción este tiempo que no sea Valeria en mis brazos de nuevo. Ella, llenando mi vida. Una segunda oportunidad.

Creí fervientemente que sería de esa forma y no me planteé ni por un momento que no fuese a suceder de esa manera.

Hasta que me he dado con la puerta en las narices y me he encontrado con una Valeria decidida a seguir adelante con su vida. Sin mí.

No puedo culparla. Tiene razón.

Yo me marché y la dejé atrás.

Dejé todo atrás. Incluso a mí mismo.

¿Cómo piensas que una disculpa puede con todo? Un «lo siento» ayuda, pero no borra tres años de ausencia. Imposible hacerlo.

—Esa chica te quiere.

Mi abuela, mi abuela sí que me quiere.

—No, abuela. Lo que vi en su mirada, lo que sentí con sus palabras, no fue amor.

Aunque Bea y Laura me hayan contado que no está enamorada de Rafa, aunque eso me haya dado el último empujón para ir a por ella, para no rendirme, no era garantía de que fuese a lanzarse a mis brazos. Y así fue.

—Era rencor —apunta Tristán.

Alzo la vista y me encuentro con su semblante sombrío. No aparta la mirada de la mía, solo me tiende el vaso para que le dé un sorbo a su bebida.

Lo hago. Cuando el alcohol desciende por mi garganta, me percaté de que no me merezco que esto mitigue el dolor.

Se la devuelvo bajo la atenta mirada de ambos.

No supe a quién acudir cuando las palabras de Valeria desgarraron cada resquicio de mi alma. Un alma que hasta ese instante no sabía que tenía. Qué fácil era todo, qué fácil había sido. Se la entregué a ella años atrás y, ahora, he vuelto a hacerlo. Vuelve a ser suya, solo que no la quiere.

Tampoco merezco que sea así.

—El rencor y el amor son dos sentimientos compatibles, ¿no crees? —me pregunta—. Tú puedes estar enfadado con alguien, mucho, y no dejar de quererlo por ello.

—No lo sé. Se supone que del odio al amor solo hay un paso, ¿no?

—Ella no te odia, Adam. —Es mi hermano el que hace ese apunte—. No te odia, pero... Sabes que no estuve para nada de acuerdo con tu decisión. Aquella noche, cuando decidiste marcharte, cuando te fui a buscar al polideportivo y le diste un beso en la frente y le prometiste que volverías a buscarla.

—Y no lo hice —resuelvo.

Porque fue eso lo que sucedió. Incumplí una promesa, una muy importante.

—Y no lo hiciste... —remarca mi hermano—. Sabes que no estaba de acuerdo con lo que decidiste.

—Yo tampoco —deja caer mi abuela.

—No me ayudáis en nada. —Intento bromear, destensar el ambiente, no lo consigo.

—Nunca vamos a decirte lo que quieres escuchar, Adam —sentencia mi abuela—. Estaremos a tu lado, te apoyaremos en cada paso que des, ahora bien, no nos pidas que seamos como monos de feria y que actuemos como tal. Si hay algo que no nos gusta, lo diremos. Si hay algo en lo que no estamos de acuerdo, te lo haremos saber. Somos tu familia y es nuestro deber comportarnos como tal.

—Lo es —sentencia mi hermano sujetando la mano de mi abuela y depositando un beso en ella.

—Lo sé y no espero otra cosa por vuestra parte. Quiero que sigamos siendo honestos los unos con los otros.

Alzo la vista y observo a mi hermano con atención, que se limita a asentir con la cabeza. Sabe a lo que me refiero porque hemos hablado de Bea en infinidad de ocasiones, antes era una broma, me metía con él porque era un tocapelotas indeciso. Ya no, ahora hablo con conocimiento de causa. Está perdiendo una oportunidad. No, no una oportunidad cualquiera, la de ser feliz con la chica de la que está enamorado, por cabezota.

Hasta que la pierda.

«Como la has perdido tú».

«Y te lo has buscado solito».

—Creo que deberías darle unos días y volver a hablar con ella.

Niego ante el comentario que ha hecho mi abuela.

—Se va a casar —les recuerdo.

—¿Y qué diferencia hay con ayer? ¿O antes de ayer? ¿O con el día que regresaste? También se iba a casar, y parecías más que decidido a recuperarla —explica mi abuela—. Me lo dijiste en esta misma mesa, delante de una taza de café recién hecho.

Suspiro. En ese momento, no contaba con nada de lo que me acaba de gritar.

—Ha cambiado todo. Ella, yo, entender que no quiere saber nada de mí. Puedo luchar contra viento y marea por Val, siempre y cuando sepa que ella siente algo por mí. Sin embargo, nunca me interpondría entre ella y su felicidad. Jamás. Porque lo único que quiero es que Val sea tan feliz como se merece.

—¿Aunque no sea contigo? —pregunta mi hermano.

Me tiende de nuevo el vaso, y me bebo el contenido del mismo de un trago. Hasta para ahogar las penas en alcohol soy un egoísta de mierda.

—Sí. No importa con quién, siempre y cuando ella lo consiga.

—¿Y tú? —indaga mi abuela. Percibo la ternura en sus palabras—. ¿Qué hay de ti?

Niego y sonrío. Sonrío sin ganas, carente de emociones.

No es el alcohol, es el vacío que siento por dentro.

—Yo no puedo ser feliz si no es con ella. No he dejado de quererla. Me equivoqué. La cagué, y este es mi castigo.

—Llevas tres años siendo infeliz. Porque has perdido todo.

—¿Y? Los actos tienen sus consecuencias, ¿no es así? Tú misma me lo dijiste, abuela. —Hago una pausa para recordar cuáles fueron sus palabras exactas—. Los actos tienen consecuencias y los míos no iban a ser menos. Esa es mi penitencia. Tal vez vaya siendo hora de que la pague, ¿no crees?

Mi abuela chasquea la lengua con desaprobación.

—Sí, y también te dije que eras humano.

—Lo sé.

—Y las personas nos equivocamos, ¿acaso crees que yo soy perfecta? ¿Que tu abuelo fue perfecto? ¿O tu padre? Sin ir más lejos, se equivocó manteniendo una relación con una persona de la que no estaba enamorado por vosotros dos y eso también os afectó. De una forma o de otra, lo hizo. Mira a Tristán...

—¿Qué he hecho yo ahora? —interviene el susodicho cuando lo nombran.

Mi abuela no parece hacerle ni caso.

—No confía en las relaciones, piensa que todas tienen un principio y un fin, es por eso por lo que está enamorado de esa chica y no es capaz de lanzarse al vacío. Y ese fue un error que vuestros padres cometieron. Y os condicionaron.

—Joder —masculla mi hermano encerrando la cabeza entre sus manos—. Joder —repite sin alzarla y echando la silla hacia atrás.

—Cariño, al igual que a tu hermano, al igual que tú mismo con nosotros dos, somos familia, pero eso no hará que no te diga lo que pienso cuando creo que tengo que decirlo. Estás perdiendo oportunidades en esta vida por no confiar en tus sentimientos.

—Yo confío en mis sentimientos. En los que no confío es en los suyos.

Mi abuela bebe y empuja la taza hacia el centro de la mesa, donde se encuentra el vaso vacío que hasta hace nada era de Tristán y ahora es mío y mi propia taza que contiene té. Porque el alcohol es mejor compañero de penas.

—¿Cómo sabes que puede funcionar si ni siquiera eres capaz de intentarlo?

—¿Y si sale mal?

—¿Y si me caigo por las escaleras mañana? ¿Y si me atropella un coche? ¿Y si me cae un rayo en la próxima tormenta? ¿Y si me electrocuto?

—Lo pillo —sentencia mi hermano.

—¿Para qué me levanto de la cama, para qué vivo, si me puedo morir dentro de tres minutos?

—Para no perderte nada si eso no sucede. —Tenía que expresarlo, tenía que hacerlo, aunque me gane una mirada reprobatoria de mi hermano.

Me sorprende que no sea de esa forma, sino que asiente tras mi frase.

—Exacto —apunta mi abuela dándome la razón.

—Ella me dijo... Ella no quiere nada más... —Respira con fuerza, con resignación—. Bea marcó unos límites.

—¿Te digo yo por dónde os podéis meter esos límites? —Uhhh, mi abuela perdiendo los estribos. Esto es increíble—. No os hemos enseñado esto. Nos hemos equivocado, porque somos humanos —insiste—. Pero también os hemos enseñado a pelear por las cosas que queréis y a no

rendiros antes de tiempo.

Mi hermano y yo cruzamos una mirada y nos sonreímos con ternura.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —finalizo.

Nos levantamos y estrechamos a nuestra abuela entre los brazos. Ella apoya la cabeza en uno y en otro alternativamente.

—Vuestro abuelo y vuestro padre estarían muy orgullosos de vosotros.

—De unos más que de otros —bromea mi hermano.

Le doy un empujón justo cuando la puerta de casa suena.

Me planteo que sea Valeria y casi corro a abrir. O sin el casi.

Mi gozo en un pozo.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí —ironizo.

Me hago a un lado y me trago la decepción. Bea entra en casa y, cuando paso por el lado de mi hermano en dirección a mi habitación, le doy un par de palmadas en el hombro.

—Ahí tienes tu oportunidad. No la cagues, como lo hice yo. No lo hagas, Tristán.

Salgo de allí, dejándoles un poco de intimidad, y me dirijo a acabar lo que empezamos. Entro en mi habitación, cierro la puerta, saco el sobre y los papeles que contiene.

—Parece que esta va a ser la última vez que me cuele en tu habitación, princesa.

Firmo los papeles del divorcio y se los dejo sobre la mesilla de noche. Observo el colchón y me llama poderosamente.

No leo su diario.

Ya he tenido suficiente dosis de realidad por un día.

No soportaría leer cómo de enamorada de Rafa está.

CAPÍTULO 49

Valeria

En la actualidad, cuando, si no has tenido suficiente, toma dos tazas.

He sido cruel.

Muy cruel, ¿vale? Y no es el despecho el que ha hablado por mí. Ha sido la rabia la que ha tomado el control de la situación y me ha hecho saltar por los aires.

Sí, joder, ya sabemos que no lo he olvidado. Y también tengo asumido que es culpa suya y también culpa mía porque es egoísta que sea la otra persona la que asuma los errores de una relación en la que intervienen dos.

O, bien, no es cuestión de señalar con el dedo a quién hizo qué, tal vez sea mucho más sencillo que eso y solo tenga que asumir que éramos dos personas que se querían mucho, solo que lo hicieron en el momento equivocado.

Siempre supe que éramos dos estúpidos. Porque el amor nos había hecho así.

—Val, Val, espera, ¿a dónde vas?

La mano de Rafa sujeta mi brazo y me giro para encontrarme con unos ojos que no son los suyos. Con unos labios que no son los que quiero besar y con unos brazos que no quiero que me sujeten.

No, ¿cómo he podido tardar tanto en darme cuenta? ¿Cómo he podido tardar tanto de nuevo?

—Iba... Necesito... —¿Escapar? ¿Huir? ¿Hablar con Adam? ¿Entenderlo? ¿Besarlo? —. Solo regresaba a casa.

—Habíamos quedado, ¿recuerdas? —Pasea una mano por mi mejilla, y me siento una traidora de campeonato—. Son los nervios, no te preocupes, es cuestión de semanas que todo se normalice y que estemos juntos.

Traidora con Rafa. Traidora con Adam y, peor aún, traidora conmigo misma y con mis sentimientos.

—Rafa... —Tira de mi mano y me acerca a su cuerpo. Hasta este momento, pensaba que era algo muy normal, que mi cuerpo no reaccionase al suyo como lo hacía con Adam era natural. Sin embargo, no lo es—. Tenemos que hablar.

Esta, señoras y señores, es una pésima forma de comenzar una conversación cuando quieres anular la boda, el compromiso y la relación.

Soy una pésima oradora aunque eso tal vez ya lo sabéis.

—No tienes buena cara, ¿qué sucede? —Me observa con atención. Estoy segura de que no se espera para nada todo lo que tengo que contarle—. ¿Subimos a casa?

Suspiro con fuerza y niego.

Es ahora o nunca.

—Rafa. No quiero casarme contigo. —Hago una pausa—. No puedo casarme contigo — recalco.

Alzo la vista y me encuentro con su semblante. No augura nada bueno, ¿está enfadado? ¿Decepcionado? ¿En estado de *shock*?

—Val, ¿qué dices? ¿Qué pasa? ¿Es Adam? ¿Te ha dicho o hecho algo?

Niego antes de que pueda interpretar mi silencio como una afirmación.

Lo cojo de las manos y me sincero. No puedo más.

—No es Adam. Adam no tiene nada que ver en esto. —No parece creermelo del todo—. O sí, sí tiene que ver. Porque no puedo casarme contigo cuando estoy enamorada de él. Nunca he dejado de estarlo, Rafa, y sería muy injusto por mi parte seguir adelante con la boda cuando no es lo que realmente quiero.

—Pero... no lo entiendo. —Da un paso atrás y marca distancia entre nosotros. Esa distancia se me clava como un puñal en el pecho porque lo estoy haciendo. Estoy haciéndole daño a alguien y no lo merece—. Vamos a casarnos —insiste.

—No puedo, Rafa. De veras. Lo he intentado, he intentado seguir adelante. Dejar atrás lo que Adam y yo tuvimos, intentar quererte. Intentar ser esa persona que tú necesitas, sin embargo, no soy yo. No puedo serlo.

—¿No puedes o no quieres? —me recrimina. Suelta una risa irónica—. Por supuesto que no quieres.

—No es cuestión de querer...

—¡Sí es cuestión de querer, Valeria! —grita—. He estado enamorado de ti muchos muchos años. Incluso cuando estabas con él, cuando estabas con Adam, yo estaba enamorado de ti. Me comían los celos pensando en que estabas con él y que no era capaz de quererte como lo hacía yo. —Eso me duele.

—No sabes nada. —No sabe absolutamente nada de lo que Adam y yo compartimos.

—Por supuesto, claro, ¿cómo voy a saberlo? Estabas loca por él, y él... En fin. Mira. —Abre los brazos—. Se marchó y te rompió en mil pedazos y ¿quién te recogió? ¿Quién estuvo ahí?

—Rafa...

—No, no. Fui yo. Yo estuve ahí para ti. —Me señala con el dedo y apuesto a que si estuviésemos más cerca, si hubiese menos distancia entre los dos, ese dedo me tocaría el pecho y se clavaría en mi piel como un anzuelo—. Cuando necesitabas llorar, cuando necesitabas salir, cuando necesitabas reír. Era a mí al que llamabas.

—Fuiste tú el que aprovechó la oportunidad. Sabías que era imposible que yo estuviese contigo si Adam no se hubiese marchado.

Joder, ¿por qué le he dicho eso?

Rafa me mira, lo he herido y no se lo merece.

—¿Sabes qué es lo peor? —pregunta acercándose a mí—. Lo peor es que, a pesar de que él no estaba, sí que seguía entre nosotros. Tanto que ha logrado separarnos.

Da unos pasos atrás, sin apartar sus ojos de los míos, y se mete en su edificio dejándome sola.

No sé cuántos minutos pasan hasta que retomo el control de la situación. Me doy la vuelta y me dirijo a mi casa. Necesito la seguridad de los míos.

Necesito espacio. Necesito tiempo. Necesito saber qué coño hago con mi vida y entender por qué he tenido que hacer las cosas tan mal.

Cuando abro la puerta, mi madre está sentada en la escalera, con el teléfono en la mano. No tiene buena cara. Yo tampoco.

Mi padre asoma el cuerpo por la puerta que da al salón. Asiente, me sonríe y se marcha dejándonos solas.

Tomo asiento al lado de mi madre. En silencio. Esperando lo que viene a continuación.

Porque Rafa la ha llamado y ya lo sabe todo.

—Siempre lo supe, ¿sabes? Siempre supe que esto pasaría. Lo sabía. No quería creerlo. Incluso hubo algo dentro de mí que me decía que había una pequeña esperanza de que no sucediese. No me ha sorprendido, Valeria —murmura.

Se gira y me observa.

Alzo la vista.

—Estoy enamorada de Adam, mamá. Sé que nunca te ha gustado, sé que siempre has desconfiado de él, y Dios sabe que tienes mil y un motivos para que sea de esa manera, sin embargo, no puedo luchar contra eso y no quiero que tú lo hagas por mí. Solo quiero que me entiendas.

Alarga la mano hasta que sujeta la mía.

—Siempre he sido muy estricta contigo, te he exigido demasiado y me he equivocado en infinidad de ocasiones. Ahora bien, no me gustaría que mi hija, ninguna de mis hijas —declara con solemnidad—, sean infelices.

—Pero...

—Adam siempre ha puesto tu mundo patas arriba. Desde que erais dos renacuajos. Desde que solo venía a pasar los veranos con Marcela y con Jacobo. Os buscabais tanto como os despreciabais. Erais como agua y aceite. Y miraos. Él sigue enamorado de ti, y tú nunca has dejado de estar enamorada de él.

—Mamá...

—Que no lo diga, que no lo verbalice, no quiere decir que no me dé cuenta de las cosas, Valeria.

—Entonces, ¿no estás enfadada?

Mi madre se levanta y se coloca frente a mí.

—Oh, por supuesto que estoy muy enfadada. Soy tu madre. Había elegido unas flores preciosas y quería un vestido pomposo para mi hija.

—Ya tenía un vestido y lo eligió Adam. —¿Qué puedo perder al contárselo? Nada. Toma, destino, no contabas con esa, ¿ehhh?

—No quiero saberlo. —Bate las manos frente a mí y, aunque intenta parecer muy ofendida, sé que no lo está tanto y que es todo fachada—. Va a ser un escándalo, Valeria, y Rafa...

—Lo sé... Sé que está dolido.

—Por supuesto. Aunque también lo entenderá y encontrará a alguien que tambalee su mundo como Adam de Haro ha tambaleado siempre el tuyo.

Me incorporo y me acerco a ella.

Mi madre abre sus brazos y me abraza con ternura.

Os lo dije, os conté que es un poco bruja cuando quiere, pero que tiene muy buenos sentimientos. Solo que los esconde bajo esa fachada de mujer dura, que, si no la conoces, te la crees.

—¿Y ahora? ¿Qué hago ahora?

—¿Sabes? No tengo ni la menor idea. Sé que lo averiguarás por ti misma. Y sé que, hagas lo que hagas, estaremos contigo.

Siento unos brazos a mi espalda y sé que es mi padre, que se ha sumado al abrazo.

—¿Qué? —pregunta al notar nuestra risilla—. Yo también quiero uno de esos achuchones.

Me separo, y mi madre me sonrío con cariño.

—Papá, se te ha rodado el peluquín.

—A esto se le llama un pelo rebelde, ¿verdad?

Lo ajusto y lo dejo guapetón.
Le doy una palmada en la mejilla.
—Gracias por permitir que se colase en casa todas esas veces.
Me guiña un ojo con devoción.
—No se lo cuentes a tu madre, pero... hace nada se volvió a colar.
—Tengo... Yo... —Alzo la vista y llevo la mirada hacia mi habitación.
Mi padre se carcajea.
—Yo la entretengo.
Me da un empujoncito cariñoso y subo las escaleras de dos en dos.
Parece que ha llegado la hora de que estos dos estúpidos pongan cada cosa en su lugar, ¿no crees?

CAPÍTULO 50

Adam

En la actualidad, cuando te rindes.

¿Os he decepcionado? Porque no me sorprendería tampoco. No sé qué esperabais, tal vez que montase un circo, que me arrastrase, que protestase o que la secuestrase. Sí, no os voy a engañar, algunas de esas cosas han pasado por mi cabeza, sin embargo, eso que le dije a mi abuela y a mi hermano sobre la felicidad de Valeria es cierto.

Conmigo, o lejos de mí, lo único que me importa es que sea feliz.

Ella siempre ha estado por encima de todo. Siempre. Aunque me haya equivocado a la hora de demostrarlo.

—¿Qué haces? —La pregunta me pilla desprevenido. No esperaba encontrarla aquí tan pronto. ¿No se supone que estaba con Rafa? ¿Qué demonios hace Val en casa?

Echo un leve vistazo al sobre marrón que acabo de dejar encima de su mesilla de noche hace unos segundos.

—He firmado los papeles —le explico todavía con una pierna fuera de la ventana. Me ha pescado con las manos en la masa, justo en el momento en el que iba a marcharme—. Solo he venido a eso. Supuse que preferías que los dejase sin más y no tener que volver a verme.

Seguir adelante sin mí. Cerrar nuestro capítulo.

Suelto las palabras, y todas y cada una de ellas me cortan la garganta al pronunciarlas.

Val, en cambio, chasquea la lengua.

Se la ve tan tranquila, para nada alterada, como si tuviese el control de la situación. Como si no le sorprendiese encontrarme aquí, en su habitación. Como si estas palabras, sumadas a las de antes, no fuesen una despedida. El punto y final a una relación sin etiqueta alguna durante muchos años.

—¿Y ya está? ¿Así acaba todo entre nosotros? ¿Esto es todo, Adam?

Alzo la vista sin entender a qué se refiere. Fue ella la que me dijo que todo era culpa mía, la que le puso nombre a la realidad, porque fue de esa manera. Si yo no me hubiese marchado, las cosas habrían sido de otra forma, no sé si más sencillas o más complicadas, si hubiésemos tenido veinte mil enfrentamientos porque nuestros caracteres son como toros bravos o si todo hubiese salido a pedir de boca. Lo que sé es que, a pesar de todo eso, estaríamos juntos.

—Vas a casarte, Val —pronuncio con amargura—. Tú misma lo has dicho en infinidad de ocasiones. Estás con Rafa, y no te culpo por ello.

Val da un par de pasos en mi dirección.

—No me culpas por ello —repite como una autómatas.

—A lo que me refiero es que todo eso que dijiste antes era verdad. Yo soy el culpable, yo te

empujé a ello y tengo que pagar por mis errores.

Lo que no le digo, lo que no le cuento, es que pagar con su ausencia es uno de los peores castigos que se pueden vivir.

—Adam...

Bajo la cabeza, avergonzado, sin saber qué más añadir, sin saber cómo lograr que me entienda.

—Esa noche, en el polideportivo, después de tatuarnos... Sabes lo que sucedió.

Alzo la vista y nuestras miradas se encuentran. Val me mira con cariño, entendiendo a qué me refiero, empatizando conmigo.

—Siento todo aquello. No lo supe hasta el día siguiente, Adam. Mi madre y mi padre nos lo contaron. Fui a buscarte, sin embargo...

—Ya no estaba —finalizo por ella.

Ella niega. Se acerca más, tanto que casi se coloca a mi altura.

Meto de nuevo el cuerpo dentro de la habitación, siendo consciente de que le he pedido disculpas a Laura, a Bea, a mi abuela, pero no a ella.

—Me sentí... roto, Val, te prometo que sentí cómo algo dentro de mi cuerpo se fracturaba. Roto y culpable. Eran mi padre y mi abuelo los que iban en ese coche, los que se estrellaron contra ese árbol, los que fallecieron en ese accidente. Y yo... Yo tenía, debía, haber estado con ellos, ¿entiendes? Era yo el que debía haber estado allí, el que tenía que haber ayudado, haberlo evitado y no fue de esa manera.

Val me sujeta la mano, tira de ella, y yo me dejo hacer. Volver al pasado, traer de vuelta esos recuerdos, sigue rompiéndome en mil pedazos.

Nos tumbamos en la cama como años atrás, como si el tiempo no hubiese pasado entre nosotros, solo que sí que lo ha hecho. Para ambos lo ha hecho. Hemos seguido adelante, aunque no de la forma en la que en su día pensamos que sería.

No juntos, con nuestros planes, con ella en mi vida.

—Porque estabas conmigo... —afirma retomando la conversación. Asiento—. No lo sabías, Adam. Nadie sabía lo que iba a suceder. Nadie lo sabía —insiste—. Es doloroso, Adam, es una mierda, sin embargo..., no podías evitar que sucediese, estuvieses tú allí o no. —Trago con fuerza—. Y es probable que esa noche... —en esta ocasión es ella la que contiene el aliento—, esa noche... —repito como si no pudiese continuar, como si le faltasen las palabras para hacerlo—, te hubiésemos perdido a ti también.

Lo sé, lo he pensado en infinidad de ocasiones. ¿Hasta qué punto esa noche yo podía haber evitado ese desastre?

—Quizá... Al menos..., al menos —me es imposible continuar porque en cierto modo sé que tiene razón. La tiene, solo que la culpa sigue ahí—. Al menos los hubiese abrazado durante mucho más tiempo. Hubiese aprovechado cada pequeño instante con ellos, los hubiese...

—Esos momentos siguen ahí contigo. No permitas que sea lo malo lo que permanezca, lo que recuerdes.

—No quiero hacerlo.

Val se gira, pasa su mano por encima de mi abdomen, y yo apoyo la mía sobre su brazo. El contacto me hace estremecer y me reconforta a partes iguales.

Val siempre ha sido mi puerto seguro, mi casa. Val siempre ha sido mi pequeño salvavidas. Y llegó un punto en el que entendí que las cosas pequeñas y diminutas son las que causan grandes impactos. Las que consiguen que todo salte por los aires.

—Y no tienes que sentirte culpable.

—Te elegí a ti —finalizo—. Te elegí a ti. Elegí quedarme contigo esa noche. —Ella no lo entiende, pero Val siempre ha conseguido que todo mi mundo explote cuando estamos juntos—. Elegí estar contigo y no con ellos —sentencio. Ya está, esa es la verdad, ese es el dolor que me lacera el pecho.

La vida está llena de elecciones, de decisiones que pueden ser erróneas o no, que cambian tu camino, tu destino. Yo esa noche elegí a Val y esa pena me ha consumido durante tres años.

—¿Y sabes qué es lo peor? —Val niega—. Que mi abuelo y mi padre habrían estado de acuerdo en que te eligiese a ti, porque ellos, ambos, siempre han querido nuestro bienestar, siempre han tomado decisiones en pro de nuestra felicidad.

Se abre un silencio entre nosotros. Es Val la primera que lo rompe.

—Antes me equivoqué, Adam. Lo que dije no era cierto. Nada de aquello lo es.

Me incorporo lo suficiente como para observarla y entender lo que dice.

—¿A qué te refieres?

—No solo es culpa tuya.

Suelto el aire por la nariz en un burdo intento de sonrisa.

—Sí que lo es. Fui yo el que se marchó, ¿lo recuerdas?

—Lo sé. Sin embargo, yo tendría que haberte buscado, que haber insistido. Sabía que estabas mal, que estabas solo tras la muerte de tu padre y de tu abuelo, y lo único que hice fue regodearme en el sentimiento de soledad, en la incompreensión por haberte marchado sin explicar nada al respecto y no intenté con todas mis ganas encontrarte. Tenía que haber insistido, Tristán me lo hubiese contado, lo sé. Solo que... me resigné demasiado pronto. Tú luchaste por mí durante mucho tiempo, Adam. Sé que me querías. Tú me elegiste a mí y yo... Yo debería haber luchado por demostrarte que siempre te elegí a ti. Que siempre te elegiría a ti.

—No, no. —Me aventuro a cortar su discurso aun sin asumir la profundidad de sus últimas palabras—. Te quiero. Eso no ha cambiado. He vuelto por ti.

Val me sonríe como antaño y mi corazón late acelerado.

—Tenía que haber luchado una ínfima parte de lo que tú lo hiciste por mí. Ahora lo entiendo todo. Ahora le encuentro el sentido. Yo también te elijo a ti —repito una vez más.

Me incorporo, y Val también lo hace. Nos sentamos uno frente al otro. Con los zapatos en la cama, con las chaquetas puestas, con el corazón a rebosar de amor y de perdón.

—¿Sabes? Hay mil cosas que no tienen sentido en este momento, salvo nosotros. Nosotros siempre le hemos dado sentido a todo.

Poso mi mano sobre su mejilla y la acaricio con suavidad.

—Adam... —Val se estremece.

—Te deseo toda la felicidad del mundo, princesa. Te deseo que seas tan tan feliz como yo no supe hacerte.

Me incorporo y recojo los papeles que he firmado, le tiendo el sobre, y Val lo sujeta sin apartar la vista de ese papel marrón que supone el principio del fin.

Este sí que es el principio del fin.

Me acerco a la ventana, abro la cortina y me dispongo a saltar de vuelta a mi habitación.

—Me gustaban más tus cortinas de amapolas —pronuncio antes de salir.

Val se lleva la mano al costado, donde nos tatuamos hace tres años el símbolo de nuestro amor, de nuestra unión. Sigue sin alzar la vista. Y, cuando lo hace, las lágrimas ruedan por sus mejillas.

Me acerco, odio verla llorar. Siempre ha sido una chica con agallas, de armas tomar, y me jode infinito que sea culpa mía su estado de desasosiego.

Me arrodillo frente a ella y alzo su mirada para que conecte con la mía.

—No llores, princesa, no llores. Esto no es un adiós. Es un hasta la vista.

Porque, aunque no pienso alejarme de ella de nuevo, aunque solo podamos ser amigos, me conformaré con lo que sea que ella me dé con tal de estar a su lado.

Val se incorpora, pasa junto a mí y se acerca a la ventana. Abre el sobre y extrae los papeles. Busca la firma en cada uno de ellos y se gira antes de mirarme con intensidad. Yo sigo de rodillas, en el suelo.

Comienza a hacer trizas cada una de las hojas bajo mi atenta mirada. Abro la boca para... No sé, ¿protestar? ¿Se debe protestar en estos casos? Joder, no, no se debe.

Sigo siendo egoísta, a pesar de todo.

—Ni se te ocurra —me advierte alzando el mentón y desafiándome a que le lleve la contraria—. Ni se te ocurra despedirte de mí porque te lo advierto, estúpido, no vas a deshacerte de mí con facilidad. No pienso permitir que te vayas de nuevo y, como lo hagas, te encontraré y te mataré con mis propias manos.

—Val —susurro.

—No vas a librarte de mí —insiste.

Se gira y lanza todos los pedazos de esos papeles que sellaban de una forma u otra nuestro destino por la ventana. Con cada trozo que veo volar, mi corazón late apresurado.

—Yo jamás me querría librar de ti —le confieso—. Nunca he podido hacerlo.

Y cuando pensaba que mi destino estaba sellado, cuando no me quedaba más opción que rendirme, los astros me demuestran que sí, que soy un jodido cabrón con suerte.

Y no pienso poner objeción alguna.

CAPÍTULO 51

Valeria

En la actualidad, cuando piensas ponerle todas las malditas etiquetas del mundo a esta relación.

— N

o voy a casarme —confieso—. No puedo casarme con Rafa. Antes de que tú llegases hoy, yo... había decidido sincerarme con él. No podía hacerlo —finalizo.

Adam tiene sus brazos alrededor de mi cintura, lo siento tan cerca, tan tan cerca, que sé que, con un pequeño impulso, nuestros labios se rozarían y ¡boom! Todo saltaría por los aires.

—Espera. —Se separa de mí y percibo el vacío atenazando mi cuerpo—. ¿Estabas decidida a dejarlo, por mí, claro? —Se señala como un maldito gamberro de campeonato—. ¿Y has esperado hasta ahora para contármelo?

—Es que te pones tan mono cuando lloriqueas. Por mí, claro. —Me señalo en esta ocasión.

Adam entrecierra los ojos, y hace un lento y ardiente barrido por mi cuerpo.

—Por ti haría cualquier cosa en esta vida.

Como si no lo hubiese hecho siempre.

—¿Esa es tu forma de confesarme que me quieres? —lo provoco—. ¿Que estás loco por mí? ¿Que me has echado de menos?

—Cada maldito día de mi vida —sentencia, y no se me ocurre nada mejor que lanzarme a sus brazos.

Cuando tropiezo, y caigo sobre él, la puerta de mi habitación se abre y entra mi padre seguido de mi madre.

—No he podido llegar antes, esas malditas escaleras son un infierno, y tu madre es rápida y veloz.

—Adam. —Mi madre ladea la cabeza y se cruza de brazos—. Sabía que volverías. —Lo está poniendo a prueba y me hace gracia estar presente.

—Por ella volvería una y otra y otra vez —finaliza él.

Lo pronuncia con tal rotundidad que me tiembla el alma al escucharlo.

Me lanzo a sus brazos de nuevo y estampo mi boca contra la suya. No soy delicada, no soy romántica, no soy cariñosa o tierna, soy la antítesis de todo eso.

—Te he echado tanto de menos —sentencio separándome unos segundos antes de volver a lanzarme a por sus labios.

Sus manos vuelven a aprisionar mis caderas y me encaramo a su cintura como un mono desesperado.

Si el destino me concediese un superpoder, pongamos que, por pesada, quisiera que fuese el de enamorarme de Adam cada día un poco más, el de poder ser suya por siempre y que él sea

mío también.

Sí, definitivamente, me lo pido.

Escucho un par de carraspeos a lo lejos.

La lengua de Adam no me deja pensar con claridad. Intenta separarse unos segundos.

—Ni se te ocurra —le advierto—. Ni se te ocurra.

—Suenas desesperada.

—No me importa admitir que lo estoy. Solo por hoy, mañana volveré a ser la Valeria que te pone en su lugar.

Cuando escuchamos cerrarse la puerta de mi habitación, sí que miramos en esa dirección, solo para confirmar que mis padres no estarán presentes cuando le quite la ropa y haga de todo con su cuerpo. Ahora mi madre ya sabe que Adam se puede colar en mi habitación y no sé si se nos acabará el chollo.

Ya pensaré en eso más tarde.

Me bajo de un salto al suelo y comienzo a despojarme de su chaqueta con impaciencia. Tras eso, hago lo propio con la camiseta de algodón y luego me tomo la molestia de quitar alguna prenda mía.

—Joder, Val.

Sí, me está mirando las tetas. No me importa en absoluto.

—¿Qué? No hay nada que no hayas visto ya.

Me sonrío con suficiencia, esas fueron sus palabras mientras se colaba en el probador de la tienda de novias.

Termino de desvestirlo por completo y, cuando estoy quitándome la última prenda, Adam sujeta mi mano.

Alzo la vista, no tengo demasiada paciencia.

—Llevo mucho tiempo esperando esto —me confiesa.

Se me quiebra un poco el corazón al escucharlo.

—Yo también —me sincero—. Es más, creí... Pensé...

—Que nunca habría un Adam y Val de nuevo, ¿verdad?

Me limito a asentir.

Adam se arrodilla frente a mí, coloca sus dedos alrededor de mis bragas y clava sus preciosos ojos verdes en los míos cuando comienza a deslizar la prenda por mis piernas.

En cuestión de segundos, está arremolinada en torno a mis pies. Sin apartar la vista de mí, lleva su mano a mi centro. Y los recuerdos me sacuden el alma.

En esta habitación, sin ropa. Sobre la cómoda, en el suelo, sobre la alfombra, en la cama, contra la pared..., pero siempre con él.

Cuando sus dedos han comprobado lo evidente —que estoy muy húmeda— comienza a incorporarse. Le sujeto la cabeza con las manos e impido que lo haga.

—Bésame —le pido. Le ruego. Le exijo.

Él lo hace sin rechistar.

Dejo caer mi cabeza hacia atrás cuando su lengua comienza a jugar con mi clítoris.

—¡Dios! —jadeo.

Bajo la cabeza con intención de mirar cómo lo hace y me encuentro con sus ojos puestos en mi rostro.

Lo está disfrutando casi tanto como yo.

Y eso me pone a mil.

Tiro de su pelo, y se incorpora, dejándose llevar.

—Siempre has sido una fiera —murmura.

Su lengua se encuentra con la mía y percibo mi humedad en su barbilla y el sabor de mi sexo en su boca.

Lo devoro por completo, ¿o es él quien me devora a mí?

Lleva sus manos hasta mis muslos, y me encaramo una vez más a su cintura. Siento su dureza presionando mi abdomen.

—Me muero por follarte —sentencia.

Otra vez esas palabras decididas, otra vez esa vehemencia en su tono que tanto me gusta.

«Vamos a acabar juntos». Joder. Lo creí, lo hice, y al final parece que ha podido ser.

Cuando pensamos que no habría más Adam y Val, el destino nos recompensa con una segunda oportunidad.

Sujeto su polla entre mis dedos y la guío a mi entrada. Sin siquiera haber apoyado mi culo en la cómoda, Adam está dentro de mí.

Al completo.

—Joder, Val. Esto es...

—Hemos vuelto a casa —finalizo por él.

Asiente. Muerde mi labio y tiro de su pelo una vez más. Ladeo la cabeza, y nuestras bocas se encuentran mientras mis labios y los suyos se tragan los gemidos del otro.

Me folla como siempre lo ha hecho o tal vez como la primera vez que lo hace.

Me pierdo con cada embestida, me pierdo con cada lamida, con cada beso, caricia, pellizco o mordida.

Me pierdo cuando el orgasmo sacude todo mi cuerpo y grito su nombre.

Adam. Adam. Adam.

Porque siempre hemos sido él y yo, ¿verdad?

—Te quiero, estúpido. —Me abro en canal, le entrego lo que tengo y lo que soy sin medir las consecuencias.

O no, no le entrego nada. Solo... Solo se lo devuelvo. Porque siempre ha sido suyo.

—Te quiero, princesa.

Estamos en casa. Somos nuestra propia casa.

EPÍLOGO

Adam

Ni pasado ni presente. Solo nosotros dos.

Me he vuelto a colar en su habitación, pero, esta vez, no lo he hecho por la ventana. Cristina nos ha abierto la puerta y he dejado a mi abuela y a ella tomando un café mientras subo a ver... Mientras subo a leer su diario.

Joder, que estemos juntos no implica que vaya a portarme bien, ¿vale?

No, desde luego que no.

Cuando entro a su habitación, llevo mi vista hacia esa cama en la que anoche hicimos, bueno, no hace falta que os especifique la de cosas que hicimos, ¿verdad?

Por aquí nada ha cambiado demasiado en estos últimos meses. O sí que lo han hecho, solo que no es una sorpresa como tal.

Román y Laura están juntos, ¿a que no te lo esperabas? Pues sí.

Bea y Tristán no hacen más que revolcarse como..., ¿cómo lo definió Val en su día? Ah, ya sé, entregarse al fornicio como conejos.

Y nosotros..., nosotros solo hemos estado recuperando el tiempo en muchos sentidos.

Abro el diario por la última página y leo sus oscuros secretos.

—Uhhh. —Casi saboreo las palabras.

Adam sigue siendo un estúpido.

—Vaya. Ya empezamos.

Y, aunque sea de esa forma, estoy feliz con él aquí. Hemos pasado por momentos malos, por momentos peores y por situaciones en las que pensamos que no tendríamos nuestro final feliz.

Eso sí..., a pesar de todas las barreras, a pesar de tener que comerme un hormiguero por admitir que me gusta, a pesar de que sé que las etiquetas nunca han sido lo nuestro, puedo decir abiertamente que sí, que estoy enamorada de él. Lo quiero. Lo quiero muchísimo y esta vez, querido diario, no actuaré luego como si esta confesión no hubiese sido escrita.

¿Qué? ¿Cómo te quedas? Estás orgulloso, ¿a que sí?

PD: Adam, eres un estúpido por leer mis intimidades. Que sepas que te

saldrán pelos en las manos por ello, ahh, y que el diario de verdad está escondido en un lugar en el que no lo vas a volver a encontrar.

Separo la vista de la página con una sonrisilla bailando en los labios y me encuentro a Val apoyada en la pared, con una mirada críptica en su rostro.

—¿Te lo has pasado bien?

Me incorporo casi de un salto, lanzo el diario de forma despreocupada sobre la cama y me acerco a ella. La envuelvo entre mis brazos y se deja hacer.

—Eres una listilla —la acuso.

—Y tú, un estúpido.

—Soy estúpidamente encantador. —Un par de movimientos de cejas y la tengo en el bote.

Cede, se pone de puntillas, enreda sus dedos en el pelo rebelde que encuentra en mi nuca y mis labios buscan los suyos.

—¿Preparada? —le pregunto.

—Preparada —me confirma.

Deposito un beso en la sien para tranquilizarla y bajamos la escalera de su casa de la mano. En la cocina, encontramos a nuestras familias. Nos detenemos en el instante en el que contemplamos la escena. Compartimos una mirada cómplice y sonreímos por lo tierno del momento.

Mi abuela está sentada al lado del padre de Val, se le mueve el peluquín cuando se ríe, pero nadie le dice nada al respecto. Nico y Camila están sentados al otro lado, Tristán tiene en brazos al pequeño Marcos, el retoño de mis cuñados —sí, ya puedo llamarlos así, aunque ellos no lo sepan. Aún—. Bea lo contempla con devoción, que no se entere de que lo he definido de esta forma porque me matará y esparcirá mis restos para que los devore un buitre o, peor aún, en mi próxima visita al dentista, no usará anestesia y me las hará pasar putas. Laura y Román... Laura y Román dan un poco de asco. Desde que los encerré en aquel baño y se confesaron su amor —uhh, qué sorpresa para todos—, no se han separado. O casi.

Y, bueno, Val y yo estamos aquí, esperando a que nos hagan un poco de caso.

Mi chica carraspea y atrae la atención de los presentes.

—Tenemos algo que contaros.

Cristina baja la vista hasta llegar a la barriga de Val.

«Ojalá, mira que lo intento, pero no hay forma de convencerla para que acceda». Niego y la veo respirar con tranquilidad.

—¿Tiene algo que ver con una boda? —pregunta Manolo, mi suegro.

Val asiente, yo también.

—¡Ay, que se casan! —grita Cristina.

Ya, bueno... Con respecto a eso...

Mi hermano tose, y Bea suelta una carcajada.

—En realidad, sí que vamos a volver a casarnos —sentencia Val.

Todo son risas y aplausos hasta que ese «volver» se hace eco en la estancia.

La madre de Val se levanta y extiende las manos. Mi abuela se las sujeta.

—¿Volver? ¿Cómo que volver? Explícame eso de volver. —La escucho hiperventilar.

—Verás... —intercedo yo y tomo la palabra—. Resulta que Val y yo nos casamos hace tres años.

—¿Cómo? —Ese es Manolo. Esta no se la veía venir—. ¿Estáis casados? —inquire—. Pero ¿cómo? ¿Por qué? Sois...

No sabe cómo terminar la frase, así que vuelvo a tomar la palabra.

—Se lo pedí. Ella accedió porque soy irresistible.

—Y estúpido —apunta ella mientras pellizca mi costado, allí donde se encuentra mi tatuaje.

—Y nos casamos. Bea y Tristán fueron nuestros testigos. —Si las miradas matasen, ellos estarían ahora mismo a las puertas del cielo.

—Gracias por dar todos los detalles. —Bea me insulta, no sin antes taparle los oídos al pequeño Marcos.

—Queremos hacerlo de nuevo, solo que, esta vez, de forma oficial —apostilla Val a mi lado, sin soltar mi mano.

—Se lo he pedido, y Val ha aceptado. —La observo—. De nuevo.

Val se gira y me besa.

—Estos dos son como pulpos —sentencia su madre.

Sonreímos con los labios pegados.

—Bueno... Ya que estamos todos aquí y que nos estamos sincerando —apunta Román—, tal vez sería un buen momento para contaros que Laura y yo vamos a ser padres.

Bea se pone blanca, porque va a ser tía. Echa la silla hacia atrás y boquea.

—Anda, mira, por una vez en la vida te has quedado sin palabras —bromeo.

Bea no habla, sin embargo, me hace una peineta. Sin habla, sí; pero sin gestos, no.

Pasamos el resto de la tarde aquí, reunidos, comiendo, tomando algo, hablando, compartiendo historias de cómo nos conocimos, de los bocatas con los que Bea chantajeaba a Val o de la primera vez que leí el diario de mi chica.

Cuando nos despedimos para irnos cada uno a su casa, subo a mi habitación y, como cada noche, me cuelo en la de Val, que, si todo va como tengo previsto, en breve tendremos que despedirnos de ella y compartiremos una, los dos. Un hogar, una familia... Lo tendremos todo.

—¿Adam? —pregunta Val cuando escucha sonidos antes de abrir la cortina y colarme dentro—. Pensé que esta noche no vendrías.

—Cada noche. Vendré cada noche. —Como siempre ha sido y como siempre será.

Me dejo caer sobre su cama y mis brazos cuelgan hacia atrás.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Hoy los he echado de menos más que nunca. —Sin necesidad de pronunciar sus nombres, sé que Val entiende a quiénes me refiero—. Me encantaría haberles contado todo, ver sus rostros cuando supiesen que íbamos a casarnos. Mi abuelo lo sabía, ¿te lo conté? —Val niega en un par de ocasiones—. Fue el cotilla de Tristán el que no supo guardar el secreto.

—¿Y qué te dijo al respecto? ¿Pensó que estabas loco? ¿Que lo estábamos ambos?

Niego, recuerdo ese día como si fuese hoy.

—Me aseguré que el culpable era el amor. Que ese sentimiento es el que nos vuelve majaras. No somos nosotros, es el amor —puntualizo dando voz al recuerdo.

Val me sonrío. Se coloca a mi lado y me giro hacia ella. Quedamos uno frente al otro.

—Tu abuelo tenía razón, siempre podemos echarle la culpa al amor de todo, ¿no?

—También podemos culpar a la estupidez, ¿no crees?

Val me sonrío mientras recorre mis mejillas con sus dedos.

—¿No vas a preguntármelo? —cuestiona. Me incorporo un poco y apoyo mi cuerpo en el codo.

—¿A preguntarte el qué, princesa?

—¿Qué somos? —aduce.

Los nervios me atenazan las entrañas.

—¿Quieres que te lo pregunte? ¿Quieres ponerle nombre? —¡Por fin!

—Me ha llevado diez años hacerlo, ¿no? Ya va siendo hora.

Me tumbo, con el brazo bajo la cabeza, completamente extendido, y Val hace lo mismo. Nuestras narices casi se rozan, nuestros pechos también y nuestros labios... Nuestros labios siempre quieren besarse.

—¿Qué somos, princesa?

Se toma su tiempo, medita sus palabras, y yo contengo el aliento cuando comienza a hablar.

—Hemos sido mejores enemigos, hemos sido mejores amigos, hemos sido novios, hemos estado prometidos y estamos casados, ¿se me olvida algo?

Recorto la distancia, casi nos fundimos en uno. Es Val, mi Val. Siempre ha sido ella. Siempre hemos sido nosotros. Destinados a colisionar. Destinados a existir. Destinados a ser.

—Solo un pequeño detalle.

Alza una ceja, inquisitiva.

—¿Cuál?

Me acerco y solo susurro:

—Se te olvida que, a partir de ahora, seremos eternos.

EPÍLOGO

Valeria

En el futuro, porque hemos conocido cuál es el presente y cuál es el pasado. Ahora nos morimos de ganas de saber lo que viene después. Ahh, y te gustará.

Querido diario:

Estoy embarazada. No es una novedad para nadie o para ti, claro, porque este es mi segundo hijo. Y, bueno, porque Adam y yo somos incapaces de apartar las manos del otro cuando nos tenemos cerca. En eso mi santa madre tiene razón.

Nos ha costado bastante llegar hasta aquí, lo sabes tan bien como yo. Hace poco, Adam me contó que nuestra relación era como escalar el Everest, fíjate, vaya comparación. Me dijo que había estado toda la vida preparándose para ese ascenso y, cuando lo consiguió, se sintió el hombre más feliz del mundo.

Me reí de él, pensé que bromeaba, sin embargo, no hubo ni una sonrisa por su parte ni una mueca burlona ni nada que me demostrase que eso que soltaba por la boca no era real.

El caso es que él ha escalado el pico más alto del mundo, y yo me he sentido tremendamente afortunada de que sea de esa manera.

Vamos a ser padres de nuevo. Todavía recuerdo la cara que puso cuando le conté que esperábamos nuestro primer hijo, ¿te acuerdas? Pensé que tendría que hacerle una reanimación cardiopulmonar de esas porque se quedó en silencio, con los ojos abiertos como platos y las manos a ambos lados de su cuerpo. Y yo me limité a sentarme y a leer una revista de bebés. Camila se hubiese sentido muy orgullosa de mí en aquel instante.

Tras el shock inicial, me tendió la mano para que me levantase, me sujetó por la cintura y me dio vueltas por la habitación como una peonza. Ah, y me obligó a dejar de fumar. Cosa que agradezco, porque en algún

momento tenía que pasar. Ahora Bea es feliz porque no tendré que ponerme prótesis dentales y esas cosas.

En fin, que he decidido que esta vez no pienso ser yo la que se lo cuente, sino que serás tú. Así que tienes que ser mi cómplice. Te dejaré a la vista porque ambos sabemos que Adam no puede alejarse de ti —casi casi como de mí, no te flipes— y, cuando te lea, ¡ya está! Es un plan del todo infalible.

Querido diario. También quiero despedirme de ti. Aprovecho para hacerlo, para agradecerte que hayas estado a mi lado en las duras y en las maduras, que hayas soportado cada letra, cada tachón y cada subrayado. Que hayas entendido que el amor que le profesaba a Adam sí que tenía nombre, aunque me empeñase en no ponérselo, y que te haya desesperado y no me hayas abandonado.

Esta será mi última entrada, la última vez que nos veamos las letras o las hojas, o lo que sea que tengamos y que nos una.

Prometo volver a ti cuando me sienta sola, cuando necesite desahogarme o consuelo. Y prometo, por encima de todo, enseñarle a mi pequeña Martina a volcar sus sentimientos en uno, a encontrar un amigo tan fiel como lo has sido tú para mí.

¿Quién sabe? Quizá dentro de quince años, mi pequeña loca también hable del amor entre unas páginas como las tuyas. Y la hagas tan feliz como me has hecho a mí.

Hasta pronto.

Hasta siempre.

Hasta que nos volvamos a encontrar.

AGRADECIMIENTOS

Para todas las personas que me habéis apoyado desde el principio.

Para las que habéis llegado hace poco.

Para quienes leéis, compartís y recomendáis mis historias.

Para los que os tomáis la molestia de dejar un comentario en Amazon, Goodreads, una reseña en redes sociales, blogs, etc.

Para los que formáis parte de mi vida y confías en mí más que yo misma.

Os quiero mil, princesas.

BIOGRAFÍA

Aquí estoy una vez más para contaros quién soy. Mi padre era muy dado a apuntarnos en el registro con un nombre totalmente diferente al que acordaba con mi madre y si le hubiese hecho caso, mi nombre habría sido Yaniré, así que, no sé mis hermanos, pero yo le agradezco que no le haya hecho caso (perdona, mamá).

Nací y viví durante muchos años en un pequeño pueblo de poco más de siete mil habitantes al norte de la isla de Tenerife llamado La Matanza de Acentejo, sin embargo, con veintipocos años, dejé el pueblo por amor y me fui a la capital. Actualmente vivo en las afueras de Santa Cruz de Tenerife con mi hijo y mi pareja.

He sido desde siempre una apasionada de la lectura, recuerdo sacar libros de la biblioteca y devorarlos cada noche antes de dormir. En el año 2016 escribí mi primera novela y después de ella, han llegado once más. Las cabronas también se enamoran es mi duodécima novela autopublicada y espero que vengan muchas muchas más.

Mis libros se caracterizan por personajes muy divertidos, socarrones, canallas, irónicos y sarcásticos, aunque entre sus páginas, además de risas, podéis encontrar algunas reflexiones sobre la vida, escenas hot, amistad, amor y familia.

Supongo que, si ya me conocéis, sabréis que lo de resumir, definitivamente, no es lo mío y he dado por perdido intentarlo ;)

Me encanta la playa, la piscina, el sol, comer (todo lo que no se debe), hablar, hablar y hablar y escribir, of course. No concibo mi vida sin historias que contaros, así que...

¡Nos leemos!

Encuentra mis otras novelas

